

# MUERTE EN TAURUS

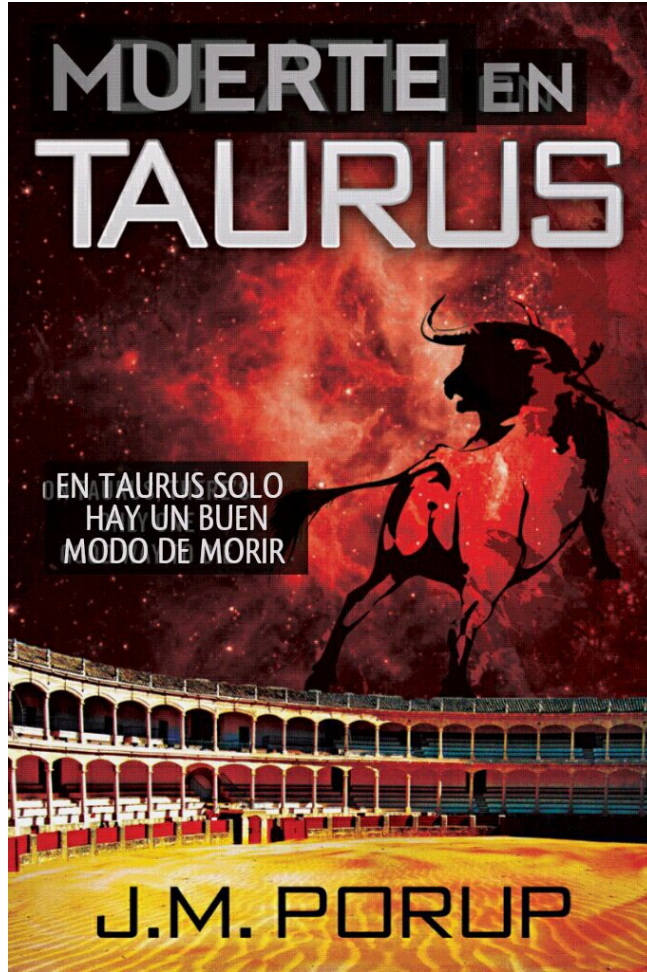
EN TAURUS SOLO  
HAY UN BUEN  
MODO DE MORIR

J.M. PORUP

# MUERTE EN TAURUS

EN TAURUS SOLO  
HAY UN BUEN  
MODO DE MORIR

J.M. PORUP



# Créditos

## **Muerte en Taurus**

(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

Copyright © 2021 de **J.M. Porup**. (Algunos derechos reservados. CC-BY-NC-SA)

Publicada en [Artifacs Libros](#)

Traducción: Google

Edición: Artifacs, febrero 2021.

Diseño de Portada: Derek Murphy.

\_\_\_oOo\_\_\_

Obra Original: **Death On Taurus**

Copyright © 2013 de **J.M. Porup**. (Algunos derechos reservados. CC-BY-NC-SA) [www.JMPorup.com](http://www.JMPorup.com)

epub ISBN: 978-0-9918022-4-1

kindle/mobi ISBN: 978-0-9918022-3-4

ASIN: B00CMRYZRI

Publicada gratuitamente por J.M. Porup en [Smashwords](#)

# Licencia Creative Commons

**Muerte en Taurus** se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

## Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

# Sobre el Autor

¿Cómo cambia la tecnología lo que significa ser humano?

J.M. Porup es periodista y futurólogo que estudia cómo la exponencialmente creciente innovación perturba el orden político y social. También es el CEO de la *LatAm Startups Angel Funds*, un acelerador con base en Latinoamérica y centrado en escalar globalmente empresas emergentes. Ha cubierto temas sobre seguridad informática para *The Economist*, sobre el Bitcoin para *Bitcoin Magazine*, y el *Gringo Trail* para numerosas guías *Lonely Planet*.

Sus premiadas novelas y obras incluyen: *The Second Bat Guano War*, *Dreams Must Die* (Los Sueños Deben Morir), *Death on Taurus* (presente obra), y *The United States of Air*.

Porup es miembro de la *Lifeboat Foundation's Advisory Board*, un tanque de pensamiento dedicado a prevenir la extinción humana.

Puedes saber más sobre J.M. Porup en su web: [JMPorup.com](http://JMPorup.com)

# Agradecimientos

Las gracias van primero a mis editores, Alison Dasho y John Helfers. Sus contribuciones fueron incalculables.

La elegante arte gráfica de Derek Murphy adorna la portada.

El asombroso Jill Mueller hizo la prueba de lectura.

Mucha gente leyó y comentó en varios manuscritos. ¡Gracias!

Y finalmente, y más importante que todo, gracias a mi conejita y *ladybug girl*. Te amo y te amo.

# **Muerte en Taurus**

**por**

**J.M. Porup**

# Capítulo 1

«Pobres insensatos. Bobas bestias, todos vosotros. Tenéis cerebro, ¿por qué no lo usáis? Ir a vuestra muerte así. Pidiendo que os maten. ¿Y para qué? Para nada. Para un dios que lleva muerto cinco mil años y más. Esperad a descubrir la verdad. Que todo por lo que vivís y morís es mentira. ¿Qué haréis entonces?»

«Solo echaos un vistazo,» pensó Vizzer. «Cincuenta mil rumiantes. Más bestia que hombre. El cuerpo y el hocico de un toro, cuernos hechos para matar y miembros humanos sobresaliendo delante y atrás de las articulaciones de las piernas. Y treinta mil más de vosotros esperando en la cola fuera del estadio, babeando para ver a vuestros compañeros Cruces ser torturados hasta la muerte. ¿Y qué hacéis una vez dentro? Los becerros retozan bajo los cuernos de sus mayores. Los Reproductores rumian, majestuosos en su lugar de honor, cotilleando sobre sus harenes. Las vacas vírgenes con velo en el Palco de Premios señalan entre risitas el sacrificio desnudo de hoy. ¿Qué problema tenéis?» quiso gritar. «¿Desde cuándo el asesinato es una ocasión festiva?»

El matador <sup>[1]</sup>, Garrso, acechaba por la arena, un asesino camino a su deber. «¿Qué es esto? ¿Una sonrisa? Le divierte demasiado su trabajo».

Un saludo a la multitud y las plateadas lentejuelas de su traje ondearon por su pecho bovino. Tensó las tiras de algodón que le sujetaban los cascotes traseros a los muslos. Solo los matadores podían mantener el equilibrio sobre los pies. La roja luz solar proyectaba una monstruosa sombra.

«Pero claro, ¿no somos todos monstruos, los monstruos del universo?» Pensó Vizzer. «La enfermiza broma de un hombre. Eso es. Hombre. No Dios. El así llamado Todopoderoso Carlos no era más que un depezuñado bípedo mortal. Y adiós muy buenas a él y a su raza.»

«Pero nosotros, sus ridículas criaturas, seguimos viviendo. Mira el toro que sacrificamos hoy. ¿Cómo es posible que él y yo seamos de la misma



especie? De pie es tres veces mi tamaño y tiene el cerebro de un becerro. Mientras que yo, el enano, tengo un cerebro del tamaño de sus músculos, pero un cuerpo poco más grande que un recién nacido. ¿Quién recibe el respeto? ¿Quién se queda con las vacas?»

«No es que yo quiera una vaca de todos modos,» pensó Vizzer. «Pero eso no viene al caso.»

«Carlos nos dio el cerebro y la voluntad de usarlo, luego nos encerró en esta disparatada carne. ¡Ocho miembros! Demasiados para el toro.»

Cuerdas nazza naranja ataban al Cruz por los codos y rodillas, preparadas para podarle los brazos y piernas humanos allí donde brotaban, perpendicularmente, de las articulaciones.

«¡Y cuernos! ¿Para qué bien son los cuernos sino para matar? ¡Y estómagos en constante necesidad de comida! ¿Cómo podemos afanarnos por cosas más elevadas cuando tenemos que pasar todas nuestras horas de vigilia pastando?»

El toro amarrado era ajeno a este tipo de pensamiento, por supuesto. Pisoteaba el polvo con sus cascos delanteros y arrojaba sus afilados cuernos a los cielos intentando enervar a su oponente. No es que eso probase servir de algo. Nueve de cada diez veces, el matador escapaba ileso, el toro aleteaba hacia la *fantasilandia* de aguas frías y vacas hambrientas de toros prometidas por el Código de Carlos. Vizzer se movió sobre sus talones donde se arrodilló junto al rey. Su mundo nunca volvería a ser el mismo. Y él, el gran <sup>[2]</sup> vizzer del rey, era el único en Taurus que podía recoger los pedazos.

Desde la llegada de esa transmisión, se había necesitado toda su fuerza de voluntad para no saltar a la arena y gritar: “¿Por qué os estáis matando el uno al otro? ¿Para apaciguar a los dioses? ¿Qué dioses? ¡Los dioses están muertos!”

Entrarían en estampida si él hiciera eso. Se esperaba que el sumo sacerdote de Taurus dirigiera la ceremonia, no que la criticara. Él tenía que pasar por los canales adecuados. Presentar su evidencia al rey. Hacer la verdad tan

clara que ni siquiera Pisotón pueda ignorarla. Apelar al Concilio del Rebaño si era necesario.

Abajo en la arena, otra cuerda nazza giró desde detrás de la barrera de madera hacia el sacrificio. El toro abrió la boca y el lazo de energía se envolvió por sí solo alrededor de la base de la lengua. Él flexionó los dedos, hizo un puño con ambas manos. Cuerdas de músculos de sus antebrazos se hinchaban y se contraían.

«Disfrútalos mientras puedas,» pensó Vizzer.

El sangriento medio disco del sol, siempre bajo sobre el horizonte del Polo Norte, se asomaba por encima del muro del estadio. Un círculo negro se deslizaba sobre ese ojo siniestro. La sombra los envolvió. La temperatura cayó. Vizzer se secó el sudor de los ojos. El único alivio para el calor era el momento de matar.

Murmullos de sorpresa ante el milagro de la oscuridad ascendió revoloteando desde la multitud. «Venga ya, gente, esto pasa todos los días. No tiene nada de mágico ni sagrado. Hasta yo puedo decirlos cómo se hace.»

Las luces del estadio se encendieron, cegándole durante un momento. Cien mil asientos de mármol vacíos (reservados para los dioses inmortales e invisibles, por supuesto) brillaban fantasmalmente a la luz blanca y nítida. Diminutas videocámaras, de las que solo los sacerdotes sabían, grababan en silencio la carnicería de abajo. Que un Cruz se sentara en los asientos de mármol y bloqueara la vista sería un sacrilegio.

Tampoco es que se les ocurriera intentarlo. Para el rebaño común, el estadio era un templo, una fuente de asombro y maravilla, un lugar para comunicarse con los dioses. Era la única estructura de cualquier clase en Taurus y era enorme. Solo entrar por las Puertas Grandes hacía que los novillos y las damas vacas jadearan de asombro. Las puertas de madera se elevaban muy por encima de sus cabezas y se abrían para revelar un gigantesco cuenco de mármol blanco, con una zona de verde en medio. A su alrededor, esos puestos relucientes se elevaban hacia el cielo en cientos de filas perfectamente circulares. Pero los adoradores no giraban para subir

a esos bancos sagrados, a menos que quisieran ser desollados con un látigo nazza. En su lugar, se extendían sobre la terraza espiral cubierta de hierba que descendía en sacacorchos hasta la arena misma, el círculo arenoso muy por debajo donde tenía lugar la matanza.

Según el Código, el Mismo Carlos había levantado estos muros, colocado estas piedras, y presidía la carnicería. Pero Carlos había ascendido al cielo miles de años atrás, sin regresar nunca. Y los dioses sedientos de sangre de la Tierra y los otros planetas también se habían ido.

«Aunque aquí estamos nosotros aún,» pensó Vizzer, «reunidos cada veintiséis horas y media para repetir este antiguo y sangriento ritual. ¿En qué momento pensamos que esto era una buena idea?»

Desde donde él estaba sentado en la parte superior del estadio, justo debajo del borde de ese gran cuenco blanco y muy por encima del rebaño, Vizzer imaginó un día en que esta magnífica estructura ya no se usara para matar, sino para... ¿para qué, exactamente? No estaba seguro. Se masajeó los muñones de los codos y las rodillas donde antes habían estado sus cascos. El rey se movió a su lado. Vizzer recordó las palabras burlonas de Pisotón. Hacía solo diez días, Vizzer había subido las escaleras tambaleante, recién salido de la cirugía de Feeh, luchando por mantener el equilibrio sobre sus pies humanos. Se sorprendió de lo difícil que era. Los matadores hacían que pareciera fácil. Pero claro, los matadores nacían para esa profesión, con cuerpos elegantes y ágiles. Los sacerdotes no.

¿Quién creía él que era, de todos modos? había bromeado el rey. ¿Tratando de parecer un dios? ¡Y que le quiten los cuernos! No había precedentes de tal automutilación. Vizzer había soportado el ridículo en silencio. Él debería haber dicho que era alguien que quería ser más que la suma de sus bajos deseos animales. Aunque nunca diría eso a la cara del rey. Ni los otros sacerdotes, que habían jurado celibato como él, podían entenderlo. Carlos nos dio ocho extremidades por una razón, dijeron. ¿Por qué iba alguien a separarse voluntariamente de cuatro de ellas? Excepto los toros de sacrificio, claro está.

El rey Pisotón se puso en pie. Era hora. Las fosas nasales del rey temblaron en religioso éxtasis. Probablemente recordando sus propios tiempos en la

arena. Vizzer también se puso de pie. Juntos se volvieron hacia el Trono del Creador, un simple banco de piedra desgastado por miles de años de viento y lluvia. El rey inclinó los cuernos en reverencia.

Vizzer levantó el sombrero de vaquero blanco de la cabeza de Pisotón y lo dejó a los pies del trono. «¿Qué era un *vaquero* <sup>[3]</sup>, por cierto?» Siempre se lo había preguntado. Tendría que buscarlo en los datos de seguridad que venían con la transmisión. Algo de los tiempos antiguos humanos, sospechaba.

Ambos se volvieron para mirar a la gente. Vizzer levantó las manos por encima de la cabeza, la túnica blanca se deslizó hacia atrás para revelar sus muñones. Él habló, y el sistema de sonido oculto, dirigido por sus compañeros sacerdotes en el lugar santo santísimo, la Cabina de Control, tomó sus palabras y las arrojó a todos los anhelantes oídos:

"¡Que haya sangre!"

Las cuerdas nazza se tensaron alrededor de las extremidades y la lengua del toro, y se volvieron azules. Más afiladas y más limpias que un escalpelo, las cuerdas nazza le seccionaron los brazos y las piernas, cauterizando las heridas al instante. La lengua cayó con un «plop» sobre la arena entre los cascos.

Rumia entró en la boca de Vizzer. Se atragantó con la hierba dulce, ahora amarga entre las muelas. Luchó contra el impulso de vomitar todo el contenido de su primer estómago sobre la cabeza del rey. Nunca le resultaba fácil, no importaba cuántas veces lo viera. Tomar a un joven Cruz, un toro, con cerebro y alma, y despojarlo hasta los huesos y los músculos, convertirlo en una bestia, era cruel, era humano. Demasiado humano. Gracias a los dioses había llegado el momento de detenerlo. Si los dioses, (los humanos), lo que demonios fuesen, no se hubieran volado ellos mismos por los aires, esto podría haber seguido para siempre.

Vizzer buscó bajo su túnica y tocó el talismán que llevaba en una bolsa alrededor del cuello. La antigua estatua en miniatura de Carlos era una insignia secreta de la oficina del sumo sacerdote. Debía destruirla, lo sabía,

pero por alguna razón no podía reunir coraje para hacerlo. En momentos de estrés, tocar la baratija lo calmaba.

Dos banderilleros <sup>[4]</sup> salieron de detrás de la barrera. Sus trajes verdes tenían menos lentejuelas que el matador para no eclipsar a su jefe. Llevaban banderillas blancas, los dardos de madera de su oficio. De la punta de cada una sobresalía una hipodérmica llena. Sosteniendo las banderillas por encima de sus cabezas, con la hipodérmica inclinada hacia el suelo, se acercaron de puntillas al toro desde direcciones opuestas.

El toro meneó los cuernos de un lado a otro, calculando las probabilidades. Este era el momento más peligroso para los banderilleros y la única oportunidad real para que el toro escapara de la muerte. De nuevo de rodillas junto al rey, Vizzer se golpeó el peludo muslo con la palma abierta. «Venga. Cornéalos. No dejes que coloquen la hipodérmica.» La droga apagaría el cerebro del toro y le convertiría en nada más que una bestia persiguiendo capotes. Pero si lograba ensartar a uno de sus torturadores con lentejuelas, podría agitar al matador lo suficiente como para que este cometiera un error. Un error. Eso es lo único que hacía falta. Y el toro podría vivir para llegar a los pastos de semental.

La joroba de músculo detrás del cuello del toro brillaba de sudor. Todo su cuerpo se tensó, cabeza gacha y cuernos hacia fuera. La multitud se inclinó hacia adelante sobre sus cascos. ¿De qué manera cargaría? El toro arrancó, nube de polvo donde había estado un momento antes. El banderillero elegido caminaba de puntillas hacia la embistente amenaza, con los brazos extendidos y los dardos brillando a las luces del estadio. Un buen banderillero rara vez fallaba, Vizzer lo sabía. Observaba a través de los dedos. Los dos combatientes se acercaron. Vizzer cerró los ojos para evitar ver el impacto final.

"Ooh," respiró la multitud.

Vizzer espió de nuevo. El toro se había desviado en el último momento y se abalanzaba ahora hacia el otro banderillero. Un estruendoso borrón de músculos y cuernos giró hacia la derecha. Un traje verde saltó hacia la izquierda. Los dardos destellaron, se clavaron, se hundieron profundamente. La multitud repiqueteó en aplauso con los cascos.

Brincando, pisoteando, lanzándose al aire, el toro herido trató de deshacerse de las hipodérmicas alojadas en su chepa. Disminuyó la velocidad. Se quedó quieto. Luego, con un fuerte bufido, agitó los cuernos en el aire. «Mi ser toro. ¿Ahora que? ¿Quién carga? Agh.» O eso imaginaba Vizzer que eran los pensamientos del toro.

Un banderillero de apoyo agitó un capote sobre la barrera para que sus colegas tuvieran la oportunidad de ponerse a salvo. «Agh. Cosa que se mueve y asusta. Voy a matarla». El toro cargó contra el capote, corneó la pared de madera. El matador regresó al centro de la arena. El toro era ajeno a su presencia, obsesionado con el cobarde capote. De nuevo, Garrso sonrió.

Tenía que ser Garrso, ¿no? El más popular matador en Taurus. Más de cien muertes en su Hoja de Sindicato. Y Vizzer conocía esa sonrisa. La confianza era el arma más poderosa de los matadores. ¿Y por qué no iba a sentirse seguro? El peor peligro había pasado. Desgastar al toro y luego matarlo de acuerdo con el Código (espada sobre los cuernos, entre los omóplatos) era difícil, pero de ninguna manera imposible. Como demostraba la presencia de Garrso aquí hoy. Él era un superviviente. Mataría bien o mataría mal, pero mataría. El segundo y tercer estómago de Vizzer se retorció de agonía.

Garrso levantó la montera negra de entre los cuernos y la sostuvo por encima de la cabeza. Un rugido atronador le dio la bienvenida. Él se movió en un círculo cerrado, saludando a la multitud y lanzó la montera por encima del hombro. Esta aterrizó bocarriba. Los silbidos estallaron ante este presagio. Bocarriba era buena suerte. Bocabajo, mala. «Tonterías supersticiosas,» pensó Vizzer.

El banderillero retiró el capote. El toro dio la vuelta, se persiguió el rabo durante un rato. Miró a la multitud confundido. «Ruido fuerte. Muy ruidoso. ¿Para qué?» Tal vez notara la reluciente amenaza plateada en el centro de la arena. «¿Quién ese? Brillante.»

Garrso agitó el capote. El toro no se movió. El matador deslizó la punta de la espada en el borde más alejado de la tela, para hacer un área de superficie más grande, y agitó el capote de nuevo. Aún así, el toro no cargaba. Solo

miraba por la arena con muda perplejidad, jadeando por el calor. Garrso saltó en el aire y gritó: "¡Hoo hoo hoo ha!" y pisoteó con los pies.

La atención del toro volvió al capote danzante y veloz. «¿Quién esto? Otro toro. Sin espacio para dos. Este espacio mío. Hora de matar.» Vizzer interrumpió sus imaginaciones. ¿Qué sucedía realmente en el cerebro de un toro después de que la droga hacía efecto? ¿Qué es lo que veía? ¿Cómo se sentía? Que le apagarán el cerebro, que se suprimiera todo pensamiento racional, lo único que le quedaba que lo hacía un Cruz y no una mera bestia. Los toros que sobrevivían en la arena afirmaban ver el rostro del propio Carlos. Pero eso era imposible, Vizzer lo sabía ahora. Carlos no solo estaba muerto, para empezar, nunca había sido un dios.

Morir así, atormentado y confundido. Vizzer hizo una mueca. Qué terrible destino.

El toro cargó esta vez. Garrso permaneció inmóvil, con los pies juntos y el capote extendido. Una ligera brisa agitaba la tela. La multitud jadeó. El viento de cualquier tipo era peligroso. Podría enviar a la bestia cargando contra el matador en lugar del capote.

Un movimiento rápido de la muñeca de Garrso echó el capote hacia un lado. Los cuernos se deslizaron a través de la tela fluida. Garrso giró y le ofreció la espalda al toro con el capote en la otra mano. El toro siguió al capote, sus poderosos flancos fallaron al matador por centimos. La multitud rugió y, mientras rugía, el matador repitió la hazaña, dirigiendo al toro a un dedo de distancia del cuerpo, agotando y confundiendo al animal con una serie de rápidos y cercanos pases hasta que el toro tropezó y cayó de rodillas.

"¡O-lé!" rugió la multitud en crescendo con cada cambio y giro sucesivos del capote. "¡O-lé! ¡O-lé!"

«Repugnante,» pensó Vizzer. Los novillos de Taurus dirigían el cántico desde donde se reclinaban en la pendiente de hierba. Algún día ellos estarán en la arena también. Y el toro que estaba en la arena era su amigo. No les importaba si vivía o moría. La muerte significaba el paraíso. La vida, si sobrevivían a la terrible experiencia, significaba un gran harén de vírgenes,

un asiento en el Consejo del Rebaño y cientos, si no miles, de descendientes. Aplaudían al matador a cada pase. Se sabía que algunos se desmayaban de delirio cuando llegaba el momento final.

Las vacas, agrupadas en su sección acordonada, estaban más comedidas. Varias lloraban abiertamente, en desafiante violación del Código. Sin duda la madre y las hermanas del toro del ruedo. El rey podía enviarlas al exilio por eso. Vizzer miró a su lado, pero Pisotón parecía absorto por el derramamiento de sangre. «Al menos tapaos con un velo», pensó furioso. «Si el rey os manda a morir en las Tierras del Sur, mi trabajo es pronunciar la condena.»

Las otras vacas eran igual de malas a su manera. Los jóvenes ignoraban el sacrificio por completo, susurrando con ojiplática envidia a las tres vírgenes vestidas de rosa en el Palco de Premios. Soñando con ser prestada algún día en honor a un matador triunfante, o mejor aún, entregada directamente a un toro superviviente. Otras lanzaban miradas furtivas a los quince Reproductores, donde descansaban con majestuosa dignidad en la cima de la espiral de hierba, justo a las Puertas Grandes.

Los Reproductores. Solo los toros que habían sobrevivido en la arena podían aparearse. Entre ellos y el rey habían engendrado a más de la mitad de la audiencia en el estadio. No era de extrañar que sus hijos los miraran con asombro.

¿Cuál de los quince sería el próximo rey? ¿Alguien se atrevería a desafiar a Pisotón? Eso implicaba un duelo de cuernos a muerte y el rey había destrozado a los dos últimos rivales con facilidad, empaquetando sus cuerpos rotos en el Túmulo del Entierro. Incluso Prinz, el principal contendiente, cuya joroba y cuernos admiraba todo Taurus, no mostraba indicios de hacer un movimiento.

¿Cómo reaccionarían los Reproductores ante la noticia? ¿Seguirían a Pisotón? Si Pisotón se negaba a aceptar el reto, ¿qué harían? La vida, tal como la conocían, había terminado. La noticia emitida en la transmisión significaría cambios fundamentales en todo Taurus. Como acabar con la corrida <sup>[5]</sup>, el sacrificio de sangre. Y eso era solo el principio. ¿Alguno de ellos podría ver la verdad? ¿Alguno de ellos estaba dispuesto a hacer lo que



se debía hacer? Vizzer apoyó la papada en los nudillos. Lo dudaba. «Es mejor seguir con Pisotón. Por ahora.» Además, tenía que pensar en su juramento. Puede que los dioses estuvieran muertos, pero su palabra seguía siendo su palabra.

En la arena, los fatigados combatientes se separaron. El toro cojeó hacia el montón de miembros que alguna vez fueron suyos. «¿Qué esto? Piernas. ¿De quién?» Pinchó los ensangrentados apéndices con un cuerno.

El matador se acercó a la barrera y hundió el hocico en un balde de agua. Se secó la cara y el cuello con una toalla húmeda. Devolvió a su entrenador la espada roma que había usado para el trabajo del capote, sacó la espada asesina de la vaina ofrecida. La sostuvo en posición horizontal y miró a lo largo. ¿Estaba la punta doblada en el ángulo correcto para deslizarse entre las costillas? Satisfecho, regresó con lánguidos pasos al centro de la arena.

El toro golpeó su lengua descartada con un casco, bramó su confusión y angustia. Era como si se diera cuenta de su propia falta de articulación y, en este momento de muerte inminente, la ansiara.

"¡Toro! <sup>[6]</sup>" llamó el matador. "¡Oi, oi, oi, toro!"

El animal se volvió. Estaba agotado tras cien cargas inútiles, Vizzer lo sabía. Solo por esta vez quería rezar: que sobreviviera el toro. Solo por esta vez, quería creer que la oración tenía valor, que los dioses lo escucharían y responderían en su mayor necesidad. Pero, por supuesto, eso era una tontería. No tenía sentido rezar ahora. Nunca lo había tenido.

Garrso se giró para mirar al toro y extendió la espada con el brazo. Agitó el capote una vez más. El animal cargó. Agachó la cabeza, dispuesto a cornear. El matador dio un paso a un lado, apuñaló la joroba de músculo sobre los hombros del toro. Empujó la hoja hacia abajo en el cuerpo del toro, enterró el arma hasta la empuñadura y bailó fuera del camino.

Vizzer se apretó el pecho. Sintió el dolor como si fuera suyo, el acero templado le partió el corazón en dos.

El toro bramó de nuevo, sacudió la cabeza, desconcertado por el eje de metal incrustado en su torso. La empuñadura de la espada subía y bajaba en su espalda con cada latido de su gran corazón. Se dio la vuelta una, dos veces, tratando de identificar la cosa terrible que le partía las entrañas. El pulso se detuvo. Su mandíbula se abrió. Una mirada de perplejo asombro le cruzó el rostro. Cayó al suelo y yació inmóvil.

La multitud se puso en pie. Los pañuelos blancos revoloteaban en cada mano. Videocámaras descendieron flotando desde arriba, dirigidas por un sacerdote en la cabina de control. Las lentes brillaban mientras volaban en busca de un primer plano del matador victorioso, con los últimos estertores del toro a sus pies. «Lo que pervierte a los dioses debe haber sido deleitarse con tal crueldad.» Vizzer se alegró de que se hubieran destruido.

Pisotón le habló al oído. El ruido del estadio era ensordecedor.

"¿Qué ha dicho, Su Alteza?"

"He dicho, ¿por qué los dioses nos están castigando?"

"¿Castigando?" gritó Vizzer en respuesta. "¿Qué quiere decir?"

El rey hizo un gesto hacia el sencillo tablero de luces que tenía delante. Una luz significaba una oreja, dos luces significaban dos. Tres luces significaban dos orejas y el rabo, una recompensa que casi nunca se daba. Tres pañuelos blancos yacían doblados al costado del rey, listos para ser colocados sobre el trono, la señal del triunfo. Un sacerdote en la arena cortaba los pedazos requeridos y se los regalaba al matador. Los verdaderos trofeos, por supuesto, eran las vacas en el Palco de Premios, una por cada pañuelo.

Hoy el tablero de luz permanecía oscuro, como lo había estado durante más de cien días consecutivos.

Vizzer estudió a Pisotón: la papada pesada, los hombros macizos, los cuernos anchos y curvos. Por no hablar de los bobalicones ojos. No llegabas a rey siendo inteligente, sino siendo grande. Quizá por eso era un gobernante tan bueno, al menos en comparación con sus predecesores. Era

demasiado estúpido para ser malo. Hasta ahora, eso nunca había sido un problema. Solo deseaba que el rey no fuese tan condenadamente religioso.

Con su mejor voz cortesana, Vizzer preguntó: "¿Qué le hace pensar que los dioses nos están castigando, señor?"

Los vítores de la multitud ahogaron su voz. Abajo en la arena, el matador desfilaba alrededor de la barrera de madera, con sus banderilleros pisándole los talones, aceptando la adulación y los ramos de hierba dulce de su público adorador. Cuando llegó al lugar directamente debajo del rey, levantó la empuñadura de la espada ensangrentada a modo de saludo, inclinándose profundamente por la cintura. Había luchado bien y lo sabía. Todos en el estadio también lo sabían. Esperaba una oreja, al menos. Pisetón permaneció inmóvil.

Cada vez más pañuelos abanicaban el aire sofocante, pidiendo un triunfo. Los cuernos de Pisetón se balanceaban de un lado a otro. El rostro del torero mostró asombro. La multitud rugió en protesta. "¡O-re-ja! ¡O-re-ja! ¡O-re-ja! [7]" gritaban exigiendo una oreja en la lengua ancestral del Mismo Carlos.

"Quizá no seamos lo bastante buenos para ellos," dijo el rey. "Los dioses no están contentos con nosotros. Así es como lo demuestran."

Vizzer se rascó detrás de la oreja. El lóbulo aún no estaba del todo bien. Tendría que hablar con el doctor Feeh pronto. "Quizá los dioses no sean lo bastante buenos para nosotros," dijo.

"¿Qué es eso?" Gritó Pisetón.

"¡Su Alteza!" Gritó una voz desde las escaleras. "¡Su Alteza, por favor! ¡Le ruego una audiencia!"

Un matador con un traje de lentejuelas rojas saludaba desde el pie de los escalones de piedra. Subía los escalones de dos en dos.

"Su Alteza. Gran Vizzer. ¿Con su permiso?"

Una orden en forma de pregunta. Frokker. Debería haberlo sabido. El Sindicato de los Matadores tenía que meter el casco en cada boñiga de vaca. Vizzer no podía permitirse ofender al sindicato en esta delicada coyuntura. La verdad tendría que esperar.

"¿Qué pasa, Frokker?" gruñó Pisetón.

"Señor." El ayudante se arrodilló ante el rey. "Debo protestar. Esa fue la muerte más limpia que he visto en mil días. ¿Por qué los dioses le iban a negar una oreja?"

Vizzer se obligó a reír. "¿Qué cosa tan ignorante que decir. ¿Protestar por la voluntad de los dioses?" Hizo un gesto con la mano hacia el panel de luz vacío. "¿Quién eres tú para contestar a los que viven más allá de las estrellas?"

Frokker bajó aún más la cabeza. "No hago nada por el estilo, Gran Vizzer. Aunque si bien los dioses mismos pueden ser infalibles, seguramente aquellos que interpretan su voluntad divina pueden cometer... digamos, errores, de vez en cuando."

"¿Así que ahora acusas al rey de no hacer la voluntad de los dioses?" Vizzer se volvió hacia Pisetón. "Su Alteza, ¿permitirá esta falta de respeto? Le insulta en la cara."

Pisetón negó con la cabeza. "Ahora no, Frokker."

"¿O quizá el rey se resiste a separarse de sus adorables novias?" Frokker lanzó un brazo hacia el Palco de Premios muy abajo, donde incluso ahora las tres querubines vacas coqueteaban delicadamente con la multitud. Todas las vírgenes pertenecían al harén del rey, y solo las vacas que ovulaban podían ser premios. Un matador al que los dioses le concedían una oreja recibía el préstamo de una vaca para un día completo. Veintiséis cortas horas y media para plantar su semilla.

"Frokker, he dicho que ahora no." La voz de Pisetón había perdido su simpatía. "O la próxima vez que luches, estaré yo en la arena."

El ayudante tragó. Ningún matador se atrevería a correr ese riesgo. Pisotón tenía la mayor amplitud de cuernos de Taurus. No había sido una sorpresa para nadie, y mucho menos para el desventurado torero de aquel día, hacía diez años, cuando Pisotón lo había corneado en el pecho. Feeh había vuelto a coserle la lengua a Pisotón, pero se deshizo de los brazos y piernas humanos en el Túmulo de Entierro, como dictaba el Código. Pisotón se había unido a los Reproductores y, en cuestión de días, había llegado a la realeza desafiado a todo el mundo. No había nadie que lo igualara ni en la arena ni en los pozos de entrenamiento de los retadores afuera.

"Señor," dijo Frokker, con la montera retorcida y rota entre los puños. "Perdóneme." Levantó una mano cautelosa. "¿Puedo preguntar una cosa más?"

Pisotón no dijo nada. El matador vaciló, luego se lanzó. "No ha concedido una oreja en más de cien días." Se volvió hacia Vizzer, con la montera rota colgando de los dedos. "¡Cien días! ¡Nunca en la historia del mantenimiento de registros del sindicato había sucedido algo así en Taurus!"

"¿Se te ha ocurrido...," dijo el rey con frialdad, "que tal vez vuestras luchas no agradan a los dioses?"

Frokker se agachó y tocó con los cuernos el escalón de piedra junto a los cascos del rey. "Por supuesto, Alteza. Perdome mi atrevimiento." Se puso en pie y tropezó con los talones en su prisa por bajar las escaleras de nuevo.

Las Puertas Grandes se abrieron. Garrso botaba sobre las espaldas de la multitud mientras esta lo sacaba del estadio. Una creciente media luna de luz roja empapaba las cabezas y las espaldas de la multitud. El rey se puso en pie. Vizzer recolocó el sombrero vaquero entre esos monstruosos cuernos.

En voz baja, Pisotón preguntó: "¿Ha terminado Dex su informe?"

"Sí, Su Alteza."

"¿Y?"

"No le va a gustar."

## Capítulo 2

Vizzer siguió a Pisotón fuera del estadio por la entrada privada del rey. Cerca del Trono del Creador, una abertura en el muro de piedra conducía por una rampa estrecha hasta el nivel del suelo. Una puerta discreta los depositó junto a las Grandes Puertas, justo cuando la multitud salía disparada hacia la luz del sol llevando a Garrso en volandas.

"¡To-re-ro!" Entonaban. "¡To-re-ro! ¡To-re-ro! [8]" La celebración ancestral: ¡Torero! ¡Torero!

El matador vio a Pisotón y a Vizzer y pareció vacilar. Les sonrió y levantó una mano. ¿Qué otra cosa podía hacer? No deseaba enemistarse con el rey.

Vizzer llenó los pulmones de aire, saboreó el olor de la dulce hierba. Los pastos se extendían en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. El intenso calor polar en sus fosas nasales fue un cambio bienvenido después de la fría sombra del eclipse artificial. Por supuesto, la manada no sabía que era artificial. Pensaban que el oscurecimiento del cielo era la Sombra de Carlos, su inexistente deidad pidiendo sacrificio de sangre. Tenían mucho que aprender. «Como lo hice yo,» pensó Vizzer. «Un mero, ¿cuánto? ¿Han pasado solo cien días desde que llegó la transmisión?»

Ordenó a su cuerpo que se relajara. «Intestinos: relajaos. Estómagos: dejad de removeos.» Sus órganos obedecieron reluctantes. La corrida había terminado, al menos hasta mañana. Pero lo peor aún estaba por llegar. Dex había terminado su informe. Ahora era el momento de darle la noticia a Pisotón. No una tarea fácil.

El guardaespaldas del recién nombrado rey se puso firme, colgando al hombro sus peculiares armas nuevas. Un metro de negro metal pesado con un agujero al final. Vizzer había descargado el diseño de los datos de la copia de seguridad y el convertidor de materia le había construido varias docenas de copias. Había armas más modernas y más poderosas enumeradas en la copia de seguridad, pero el convertidor había montado un

berrinche y había exigido ver a Carlos. Carlos estaba muerto, le había explicado Vizzer pacientemente, pero aquel chisme había rehusado creerle. «¿Qué quería esa quisquillosa caja?» Volvió a tirarse del lóbulo de la oreja. Por ahora estaba atrapado con estas antigüedades. «¿Cómo los llamaban los humanos? ¿Armas?»

Conseguir que Pisetón aceptara guardaespaldas no había sido fácil.

"¿Estas chiflado?" había rugido el rey hacía diez días. "No hay nadie en Taurus que pueda dañarme. Ni quién quiera hacerlo."

"Su gente lo ama, señor. Esto es verdad. Pero cuando se filtre la noticia, es muy posible que haya una estampida. Solo pienso en su seguridad."

"¿Qué noticias? No dejas de hablar de noticias. ¿Qué es eso?"

"Dex casi ha terminado con su informe, Su Alteza."

"Tiene algo que ver con esa transmisión, ¿no? Pues suéltalo de una vez."

"Terminará pronto. Entretanto, por favor, ¿quiere confiar en mi juicio?"

Para colmo de males, en lo que respectaba a Pisetón, todos los guardaespaldas que Vizzer contrataba eran errores. Pies zambos, cuernos torcidos, otros defectos de nacimiento que los hacían inadecuados para la arena y, por tanto, marginados. Ver pasar al rey, el toro más poderoso de Taurus, protegido por una docena de Errores, bueno, la gente reía disimuladamente detrás de sus cascos y Pisetón lo sabía. Incluso se decía que algunos de los Criadores menos inteligentes estaban tramando un golpe de estado.

No eran los Criadores a los que temía Vizzer. ¿Quién más había visto la transmisión antes de que él le pusiera una tapa? ¿Otros sacerdotes, quizá? No todos le eran leales. ¿Se había corrido la voz? ¿Quién más lo sabía? ¿Qué harían cuando se enteraran? Era mejor adelantarse a cualquier lucha. Estar listo.



"¿No podemos al menos usar el Cuerpo Fronterizo?" se había quejado Pisotón. "¿Por qué Errores?"

El Cuerpo Fronterizo era una antigua unidad de élite de toros jóvenes cuyo trabajo era llevar a las vacas menopáusicas al exilio al sur. Vizzer había considerado la posibilidad y la había rechazado. Quería guardaespaldas que fueran leales a sí mismo, no al rey. Aunque él no decía eso.

"El Cuerpo Fronterizo está en constante movimiento," había respondido Vizzer. "A veces pasan diez días sin que se presente ninguno aquí en el Polo Norte. Necesita guardaespaldas dedicados a su seguridad."

Pisotón se alejó trotando de las Grandes Puertas. Vizzer y los guardaespaldas corrieron para alcanzarlo. El rey se detuvo al pie de la estatua de Carlos, la única imagen grabada permitida en Taurus. El Todopoderoso Mismo en bronce, con incrustaciones en antiguo cardenillo. De dos metros de altura sobre un amplio pedestal, el divino matador balanceaba su espada verde sobre la supina figura de un toro de bronce recién matado en el suelo. No un toro de verdad, sino uno de los animales que Carlos había utilizado para crear la raza de los Cruces. «El Código lo había entendido mal. Ningún labio sagrado había dado aliento de vida a la arcilla. Diminutas herramientas en un laboratorio nos habían creado.» Vizzer no estaba seguro de cómo exactamente. Pero aquello no era natural.

«Somos experimentos,» pensó repentinamente furioso, «juguetes creados para el cruel deporte de sangre de los espectadores de otros planetas. Una repugnante amalgama humana y animal.» Y Feeh se preguntaba por qué quería él que le quitaran las patas delanteras y traseras. Miró la estatua y reprimió el impulso de dejar caer una boñiga. No en presencia del rey. Pero era lo único que el estúpido mito que se merecía. Un jugosa y aparatosa boñiga de vaca para un mortal largo tiempo muerto.

Carlos. ¡Ja! ¡Menudo chiste! Algunas personas incluso creían que el dios mismo había caminado una vez por la tierra, antes de subir allí y convertirse en una estatua. El pedestal estaba lleno de restos de cera de abeja y quebadizos nudos de hierba dulce, ofrendas votivas de gente ignorante.

El rey se giró abruptamente. Plantó una pezuña sobre el pie descalzo de Vizzer. "Dime la verdad."

La pezuña le cortó la carne del pie. «No duele si no dejas que duela». "¿Acerca de?" consiguió decir.

"¿Por qué los dioses nos han abandonado?"

Gruesos cráneos crujían con los choques en los pozos de arena cercanos. Dos toros jóvenes se enfrentaban, los cuernos chocaban en medio de gritos de alegría juvenil. Algunos de los otros toros se habían reunido para mirar. El resto de la multitud se dispersaba por los campos verdes que los rodeaban. El dolor en el pie de Vizzer se volvió insoportable. Luchó por permanecer lúcido.

¿Está preparado para oírlo, señor? ¿No importa cuánto te disguste la verdad?"

Pisotón levantó la pezuña y caminó hacia el sur, alejándose del estadio. Por supuesto, todas las direcciones eran hacia el sur cuando estás en el Polo Norte. El sol rojo llenaba el cielo a sus espaldas. Vizzer soltó el aliento que había estado conteniendo. Se frotó el pie y cojeó junto al rey.

"¿Hemos hecho daño a los dioses?" Preguntó Pisotón.

"Su Alteza... No veo cómo. Siempre observamos los sacrificios rituales. Ha obedecido el Código en todos los sentidos."

El ceño del rey se profundizó. "El Código es lo único que hay. Lo único que sabemos de sus instrucciones. Si obedecemos sus leyes, ¿cómo pueden estar enojados con nosotros?"

Vizzer puso las manos a la espalda, enderezó la columna, como había visto hacer a los humanos en vídeos. "Le doy mi santa palabra como sacerdote, no tiene nada que ver con usted."

"¿Entonces qué es? ¿Quién ha pecado para que nos castiguen así?"

La piadosa ansiedad del rey hizo que el tracto digestivo de Vizzer se retorciera una vez más. Pisotón tenía que ser informado tarde o temprano. Ahora era el momento. Los guardaespaldas estaban en sus puestos designados, en un perímetro de cinco metros, con las orejas erguidas, escuchando.

"Deje que le susurre al oído," dijo Vizzer. Y así lo hizo.

"No... ¡pero eso es... imposible!" jadeó Pisotón. La sangre bañó sus mandíbulas. "¡No puede ser!"

"Le aseguro que lo es."

"¿Puede Dex demostrar esto?"

"Puede, señor."

"Pero ¿y si se equivoca? ¿Cómo puedes estar seguro?"

"He visto la evidencia con mis propios ojos, Su Alteza. No tengo ninguna duda."

La sangre desapareció del rostro de Pisotón tan rápido como había venido, dejándolo pálido ahora bajo su piel marrón. Sin previo aviso, se fue al galope. Vizzer y los guardaespaldas corrieron tras él, tratando de mantener el ritmo.

"¿Ahora lo ve?" gritó detrás del rey. "¿Por qué tiene que terminar?"

"Te lo advierto, Vizzer," gritó el rey por encima del hombro. "¡Hablas sacrilegio!"

"Señor, ¿no ha oído lo que acabo de decir?"

"Los dioses exigen nuestro sacrificio." Las palabras siguieron al rey. "O sentiremos su ira."

Vizzer dejó de correr. Los guardaespaldas pasaron a trompicones, jadeando por aire. Sabía que esto iba a pasar. El rey rehusaba aceptar la verdad. ¿Qué

iba a hacer ahora? Frustrado, gritó a los flancos del rey en retirada: "¡Por la Barba de Carlos!"

El jadeo de Pisotón fue audible a un kilom en todas direcciones. "¡Vizzer!"

Tomar el nombre del Creador en vano era algo peligroso en presencia del rey. Incluso decir el nombre de Carlos en voz alta estaba prohibido por el Código. Olvidando a los guardaespaldas, Vizzer gritó: "No hay dioses, Su Alteza. ¡Están todos muertos!"

Pisotón se volvió y se lanzó hacia él con los cuernos por delante. Los guardaespaldas se apartaron de un salto. El rey se abalanzó sobre él, con una punta afilada dirigida directamente al pecho de Vizzer. Así que así era como iba a morir. Al servicio de la verdad. Que así sea. El rey se detuvo, cuernos a escasos centímetros del pecho de Vizzer. La pasión brillaba en los ojos reales, el fuego religioso que parecía infectar a todos los Criadores.

"Yo he visto el rostro de Dios, mi buen sacerdote," gruñó. "No en la cabina de control. En la arena. Donde tú nunca has estado."

Vizzer espetó. "Alucinación. Nada mas."

"Te digo que los dioses son inmortales. Son eternos. No pueden ser asesinados."

Los guardaespaldas los rodearon ahora y escucharon, con las mandíbulas laxas, con una curiosidad no disimulada. Vizzer azotó el aire con la palma abierta y regresaron a sus puestos.

El rey rió, una risa grave y profunda que sacudió su enorme cuerpo como pequeños hipos. Este cambio repentino sorprendió a Vizzer.

"Ahora lo veo," dijo Pisotón.

Vizzer frunció el ceño. "¿Ver qué, Su Alteza?"

El rey asintió, como si finalmente comprendiera un chiste cuyo final todos los demás ya comprenden. "Me has preocupado por un minuto, ¿lo sabías?"

“¿Eso hice, señor? Porque pensé que quería...”

"Ya veo lo que intentas hacer." El buen humor cesó, reemplazado por palabras de hielo. "Me has perseguido durante miles de días sobre este tema. Desde que has sido vizzer. Desde que yo he sido rey."

Vizzer había ascendido a su puesto actual pocos días antes de que Pisotón desafiara y matara al antiguo rey. Pisotón y él tenían la misma edad, quince años y habían llegado a la mediana edad juntos. Habían visto morir en la arena a miles de novillos. Y cuanto más viejo se hacía Vizzer, más odiaba eso.

"Señor..."

"No me interrumpas. Lo he tolerado. Hasta ahora. Otro rey podría haberte despojado de tus vestiduras." Bajó la cabeza y colocó un cuerno en la mejilla de Vizzer. "O algo peor."

Las fosas nasales de Vizzer se ensancharon. "No soy el único que rechaza la corrida."

"¿Y dónde están los demás?" preguntó el rey. "Duermen en el calor de las Tierras del Sur y pastan de hierba amarga."

Vizzer luchó por ocultar un estremecimiento involuntario ante la mención de la colonia de exiliados al sur del Círculo Polar Ártico. "Preferirían morir en paz, ahí fuera, que verse obligados a ver cómo matan a sus hijos en la arena."

"Son cobardes y una vergüenza para su derecho de nacimiento." Pisotón se incorporó sobre sus patas traseras, los cascos delanteros molieron el aire y él profirió un incoherente juramento hacia las distantes montañas del sur de la península. Más allá de esas montañas se encontraba la colonia de exiliados. El rey había condenado personalmente a muchas vacas impías a la larga y lenta marcha hacia el sur. A esos y a las hordas de vacas menopáusicas cuyos estériles vientres las condenaban al sufrimiento y la muerte. "No te permitiré difundir este tipo de rumores. ¿Entendido?"

"Pero ¿no cree que la gente tiene derecho a saberlo?"

“¿Saber qué? ¿Tus fantasías impías? ¿Tu tienda de deseos?"

"Señor, le aseguro que..."

“Tal rumor causaría pánico. Caos." El rey estaba de pie junto a él, su hocico goteaba limo junto a la mejilla de Vizzer. "¿O es ese tu plan? ¿Liberarme de mi lugar junto al trono del Creador, oponerte a la voluntad de los dioses?"

Vizzer mantuvo la cabeza en alto, el rostro fijado en piedra bajo este ataque. "Como gran vizzer, exijo una audiencia del Consejo de Rebaño."

Pisotón se marchitó. Arrancó un bocado de hierba, rumiando a la manera de una recatada vaca ante su señor. Murmuró: "No hagas esto."

"Déjelos oír el informe de Dex. Déjelos decidir."

“¿Ese rumor? ¡El Consejo de Rebaño repetirá tus mentiras hasta el último ternero y vaca en Taurus!"

Vizzer frunció los labios. “Señor, no es por eso que lo hago. Quiero una audiencia justa. Eso es todo."

El rey levantó la cabeza. "¿Cuánto tiempo hemos sido amigos?"

¿Amigos? ¿Eran amigos? “Mi señor,” tropezó, sin saber cómo responder. Si lo eran, ¿importaría acaso? Había más en juego aquí que cualquier otro Cruce. El tragó. "Quizá si usted..."

"¿Cuánto tiempo?" La voz fue insistente. Cortés, pero insistente.

El bolo alimenticio subió a la garganta de Vizzer. ¿La verdad?"Un buen rato, señor."

"En todo ese tiempo, ¿alguna vez te he pedido un favor?"

"¿Un favor?" Esto era sin precedentes. ¿Pisotón? ¿Pidiéndole un favor?"

“Te lo ruego, Vizzer. Olvida esto. Esta teoría tuya.” Le tendió un casco. “Oh, sé que piensas que es más que eso. Pero no tiene por qué ir más lejos. Dile a Dex que destruya su informe. Olvida que esto sucedió alguna vez. No respondas. Aún no. Haz esto por mí, y tendrás mi reino.”

El rostro del rey se apretó contra el suyo, sus hocicos casi se tocaban. Las cerdas de los pelos de la cara de Píotón rozaron el labio de Vizzer. Un aliento caliente le bajó por la barbilla.

Solo había una forma de responderle, y a Vizzer le dolía decir las palabras. Eran amigos, se dio cuenta. Sentía mucho afecto por este toro gigantesco, tan diferente a él. Porque a pesar de todas sus diferencias, tenían una cosa en común: ambos eran toros de principios inflexibles.

"No quiero su reino," dijo.

"¿Entonces qué quieres? Nómbralo y será tuyo."

Vizzer se aclaró la garganta. No serviría de nada, pero lo diría de todos modos. "Que no se derrame más sangre sobre Taurus."

El dolor se dibujó en los rasgos carnosos de Píotón. "Sabes que no puedo hacer eso," susurró.

Por primera vez en su vida, el rey estaba impotente. Vizzer no disfrutaba de la conquista. Le hacía sentir incómodo.

"Lo siento, Su Alteza," dijo. “Soy un pacifista. Estoy en contra del asesinato. Estoy en contra de la tortura, en contra de la carnicería sádica. No estaré satisfecho hasta que terminen los sacrificios de sangre. Mis principios no tienen precio.”

# Capítulo tres

Las pantallas de burbujas parpadearon en la tenue luz de la cabina de control, sus hologramas esféricos bañaban a Dex con una docena de vistas diferentes de la arena de abajo. Garrso apuntó a lo largo de su espada, penetró al luchador y durante un largo momento, congelado en el tiempo, dos se convirtieron en uno en una unión casi sexual.

"Ahora no, bebé," murmuró Dex por sus auriculares. "Sabes que estoy en el trabajo."

Matill jadeó en el comunicador de garganta ilícito que le había dado. Sus palabras inundaron sus oídos con la impaciencia lasciva de una vaca en celo. "Pero quiero que te metas conmigo, Dex," susurró, su voz más caliente que la de Taurus en su ecuador fundido. "Quiero que me des un becerro."

Dio unos golpecitos en su cuaderno sagrado y dos videocámaras se acercaron para obtener primeros planos de vencedor y vencido. La vista de Garrso era excelente, esa sonrisa arrogante mientras bebía de la adulación de la multitud. Dex seleccionó la imagen del vencedor y, por la fuerza de la costumbre, presionó el botón para que los espectadores votaran: ¿Nada? ¿Un oído? ¿Dos orejas? ¿Cola? Mantén las apariencias, había dicho Vizzer. Que nadie se dé cuenta hasta que estemos listos.

"Mira, cariño, te hablaré más tarde, ¿de acuerdo? Estoy transmitiendo una corrida a los dioses en este momento... Sí. Lo sé. Pero no puedo hacer esperar a los espectadores divinos, ¿verdad?" Cerró la conexión sin esperar respuesta. ¿Cuántas vacas le perseguían por ternero? ¿Siete? ¿Ocho? Después de todo, lo cortejaron. Déjalos esperar.

Un estallido de risitas lo golpeó desde la esquina, se cortó. Lo ignoró. Sabía que los novicios chismorreaban sobre él. No le importaba. La verdad saldría muy pronto y entonces todo sería diferente. Entonces podría estar con sus amantes en público cuando y como quisiera, sin todo esto a escondidas.



Lo que estaba haciendo era peligroso. Los sacerdotes que rompían sus votos de celibato eran ejecutados, o más bien, enviados al exilio, que equivalía a lo mismo. Aún recibió muchas ofertas, una vez que se corrió la voz de que estaba dispuesto. Como todos los sacerdotes, era un enano. Y los sacerdotes estaban a salvo. Sus becerros también serían enanos, demasiado pequeños para entrar al ruedo como toro o torero. Muchas vacas codiciaban a los sacerdotes solo por esta razón: ver morir la carne nacida de sus lomos en la arena era simplemente demasiado doloroso.

Garrso salió del estadio a lomos de la turba. Una vista de gran angular, reflexionó Dex, y cambió a una videocámara colocada sobre las Grandes Puertas. La salida pareció durar una eternidad. Finalmente presionó un botón, terminando la transmisión interespacial. No es que importara. De todos modos, nadie se fue para mirarlos.

Apenas podía soportar pensar en eso. Desde el momento en que nació como un enano, fue criado por sacerdotes, vivió y respiró los secretos de los dioses, mantuvo las videocámaras y la electrónica, participó en los sagrados misterios de la cabina de control. Toda su vida había tenido el privilegio de estar en comunión con los dioses.

Ahora que sabía la verdad, tenía mucho que compensar. Diez años de celibato, para empezar. Más de la mitad de su vida adulta. Había creído en el Código, la santa ley que unía a todas las Cruces en Taurus. ¿Qué resultó ser? Una estafa, nada más. Las mentiras lo enojaron. Ya no sentía la obligación de obedecer las ridículas reglas impuestas por un dios falso.

Nadó profundamente en la amarga mezcla de sus pensamientos. Un golpe en la puerta exterior lo sacó de su ensueño. Dex señaló con la cabeza a un becerro cercano. El joven enano, aún vestido con la túnica gris de un novato, miró por un agujero en la puerta.

"Es Vizzer."

Dex dejó caer su frente en sus palmas con un golpe audible. El novato se rió. El acceso a la cabina de control se gestionó mediante un lector de huellas. Los secretos del Lugar Santísimo no eran para consumo público.

Pero cuando los dioses diseñaron su templo, este estadio, no consideraron la posibilidad de que su sumo sacerdote le cortara los cascos.

Dex se frotó la cara. "Déjalo entrar."

La puerta se abrió. Reprimió una risita. Vizzer era su amigo y jefe. Se llevaban bien y su trabajo compartido durante los últimos cien días, desde que llegó esa transmisión, los había acercado. Pero, sinceramente, ¿qué clase de toro se automutila así? ¿Quién se creía que era? Tratando de ser más divino que el resto de nosotros. ¿O quiso decir más parecido a un hombre? O era "Hu-man." Después de todo, así se llamaban los dioses. "Hu-mens." Todo era tan confuso; el idioma que había usado toda su vida ya no funcionaba. Y Vizzer quería ser como ellos. Como si su amigo se negara a aceptar la realidad. El pensamiento agrió a Dex. Habrá mucho de eso dando vueltas en poco tiempo.

Vizzer entró en la habitación y los novicios se arrodillaron ante él. Fue ese sentido natural de importancia personal, incluso arrogancia, lo que llevó a Fhoriu, el último sumo sacerdote, a elegir a Vizzer como su sucesor. Vizzer incluso se negó a usar el nombre que le habían dado cuando era un becerro, prefiriendo ser conocido simplemente por su título.

Dex dejó caer sus auriculares en el mostrador y se puso en pie. "¿Entonces?" dijo él. "¿Come te fue?"

"Usted." Vizzer ignoró la pregunta y señaló al más joven de los novicios. "Ven con nosotros."

Dex se rió entre dientes. "Así de malo, ¿eh?"

Vizzer cargó a través de una puerta interior, irrumpió por un largo pasillo, caminó a lo largo de un corredor tortuoso lleno de cajas y luego bajó un tramo de escaleras. La cabina de control estaba junto al Trono del Creador, donde el sumo sacerdote podía acceder fácilmente en caso de que algo saliera mal. Un laberinto de pasillos y almacenes llenaba el espacio cavernoso debajo del estadio de piedra. Continuaron aún más profundo, más allá del hospital, donde Feeh trabajaba, hasta el nivel más bajo, debajo de la arena. Vizzer se detuvo frente a una puerta redonda de metal.

"Quédate aquí y mira," ordenó al novicio. "Rutt, ¿no es así?"

"Sí, señor," chilló el novicio.

"Carlos's Piles, eres diminuto. ¿Cuántos años tienes?"

El enano solo parpadeó ante la obscenidad prohibida. "Lo bastante mayor, señor."

Dex dijo: "Parece pequeño, Vizzer. Es uno de mis mejores."

Vizzer alborotó el pelaje de la cabeza del becerro. "Nadie nos interrumpe. ¿Entendido?"

"Puedes contar conmigo, Gran Vizzer." El joven enano frunció el rostro en una mueca feroz, se cruzó de brazos y se volvió hacia el pasillo vacío.

Preparado para enfrentarse a todos los interesados, pensó Dex. Tosió para ocultar su risa.

"¿Te importaría?" Vizzer susurró.

"Oh si. Por supuesto."

Dex dio unos golpecitos en su cuaderno sagrado y echó un vistazo a los cascos delanteros de Vizzer. Sujete el dispositivo al lector de huellas en la pared. Se había hecho los escáneres hace un par de diez días, antes de que Vizzer fuera operado. El sumo sacerdote se negó a llevar consigo una libreta sagrada, insistiendo en que no era digno de su parte mancharse las manos con aparatos electrónicos. "Para eso están los sacerdotes técnicos. ¿Recuerda?" Vizzer había dicho.

La puerta se abrió. Se deslizaron dentro de una bóveda abovedada. Los recibieron los olores a mosto y putrefacción.

El Museo de las Reliquias. Dex no recordaba la última vez que había estado aquí. Lo abrieron solo en ocasiones especiales, como la ascensión de un nuevo rey. Los gobernantes recientes, incluido Pisotón, menospreciaron la

práctica del culto a las reliquias, y pocos se aventuraron a descender a este nivel subterráneo. Cerró la puerta hermética detrás de ellos.

Vizzer caminó por el pasillo alfombrado en rojo, pasando cientos de vitrinas cubiertas de polvo. En el centro del espacio, un pilar de hormigón grueso se clavó en el techo. Encima de ellos, Garrso había derramado la sangre de su víctima apenas media hora antes.

Dex extendió una mano. "¿Entonces qué pasó?"

Sacudieron el camino de los Hu-men, como habían visto en los videos del tratado. Vizzer se llevó un dedo a los labios.

"Oh vamos. Nadie puede oírnos."

Vizzer negó con la cabeza.

Paranoico como de costumbre. Dex recuperó los esquemas de la habitación en su cuaderno sagrado y, uno por uno, levantó un juego adicional de focos. "También apagué todas las videocámaras de seguridad."

"¿No hay anulación?"

"En esta habitación..." Hizo tapping un poco más. "La única persona con acceso anulado eres tú."

Los focos desterraron todas las sombras de la habitación, pero Vizzer seguía deambulando entre las vitrinas en busca de intrusos.

Dex se encogió de hombros. "Si lo prefiere, siempre podemos salir."

"Eso es otra cosa. Quiero que te quedes en casa tanto como sea posible."

"¿Para qué?"

"No quiero que te pase nada."

"¿Me paso?" Dex retrocedió poco a poco contra el pilar de hormigón, se incorporó sobre sus pies humanos, la columna vertebral contra el áspero

hormigón. "¿Qué esperas que me pase?"

"He convocado una sesión especial del Consejo de Rebaño."

"Pisotón no fue receptivo."

"Él no estaba."

"¿Vas a presentar mi informe entonces? ¿Ese metraje de la Tierra? ¿Y los otros?"

"No. Usted está."

"¿Yo?" Dex sintió como si lo hubieran corneado en el estómago. Había una razón por la que trabajaba en el lado tecnológico de las cosas. Odiaba hablar frente a grupos grandes. Eso le hizo ponerse bizco y balbucear sus palabras. "¿Por qué yo?"

"Mis opiniones sobre el tema son bien conocidas. Sería visto como una fuente sesgada."

"Yo, en cambio, soy un sacerdote humilde sin un hacha política que moler, dando un informe técnico."

"Precisamente."

Dex se apartó del pilar y cayó sobre sus cascos. Entrecerró los ojos a través del cristal polvoriento de una vitrina cercana. Una copia antigua del Código yacía abierta, ilustrada en color, escrita a mano sobre hierba de río hilada del río sagrado Albiot. Hubo un período en el que estos libros arcaicos se consideraban más sagrados que la obra digital original. Para evitar la descomposición, la caja de vidrio encerró el libro al vacío. La página invertida proclamaba el segundo mandamiento: "Cada día en la arena hay que morir."

"¿De verdad crees que Pisotón intentaría matarme?" Preguntó Dex. "No es exactamente la estrella más brillante del cielo."

"De todos modos, los estoy consiguiendo guardaespaldas. No pastas ni sueltas una palmada sin ellos a tu lado."

Guardaespaldas. Quién observaría todos sus movimientos. Evita que vea a sus amantes. "Pero aunque me matan, o aunque nos matan a los dos, no pueden evitar que los otros sacerdotes descubran la verdad. Eventualmente lo descubrirían, aunquen nuestra ayuda."

"Lo sé," dijo Vizzer, "y tú lo sabes, pero ellos no piensan tan lejos." Se tocó el cráneo donde le habían quitado los cuernos. "Demasiadas conmociones cerebrales, ¿sabes a qué me refiero?"

Dex lo sabía bien. Había sido la pena de su vida estar fuera de los corrales de sementales, deseando, esperando, esperando, desesperando. La existencia de runts como él solo se toleraba porque alguien tenía que ejecutar el equipo, alguien tenía que transmitir el video del sacrificio diario a los dioses. Y así, las Cruces más grandes y tontas sembraron su semilla, y los pocos inteligentes como él estaban condenados a un callejón sin salida evolutivo. Pero todo eso había cambiado con la transmisión. Como ahora sabía, el gen enano era dominante. Si no fuera por la infidelidad, no habría sacerdotes como todos.

"El rey está realmente enojado, entonces."

"No sabes el principio," dijo Vizzer. "Trató de sobornarme."

¿Sobornarlo? ¿Cómo?"

"Me ofreció su reino."

La papada de Dex colgaba suelta. "Oh mi Carlos."

"Quiere que finjamos que nunca sucedió."

Los dedos de Dex bailaron sobre la almohadilla sagrada. Requirió los esquemas de media docena de sistemas, hizo referencias cruzadas y consideró las implicaciones. "Podría... podría... podría funcionar."

"¿Lo siento?"

Pasó una mano por el hueco. "Podríamos fingirlo aquí, ¿no?"

Vizzer cruzó los brazos sobre el pecho. "Quieres decir, jugar a ser dios. Reparta orejas y colas de la cabina de control."

"Podríamos conectar un circuito a la pantalla real. El tablero de luces que transmite el juicio de los espectadores. Nadie tendría que saberlo jamás."

"Me gustaría saber."

Pero esta fue la respuesta. Tenía que ser. Podían conseguir todo lo que quisieran. Sin revolución. A mansalva. ¿Cómo podía hacer ver a Vizzer?" ¡Podemos usar esto como palanca!"

"¿Apalancamiento? ¿Para qué?"

"Pisotón haría cualquier cosa para evitar que la verdad salga a la luz. Va a poner todo patas arriba."

"¿Entonces?"

"Así que negocia. Oblíguelo a cambiar las leyes del celibato."

La terrible sombra de un toro que iba a matar cruzó el rostro de Vizzer. "¿Eso es todo lo que te importa? ¿Dónde metes la polla?"

¿No eran ambos de carne y hueso? ¿Cómo podría Vizzer no sentirse de la misma manera? Él soltó: "¡De hecho, lo es!"

El rostro del sumo sacerdote se suavizó con evidente esfuerzo. Extendió una mano y apretó el hombro de Dex. "Hay más en juego aquí que solo tu vida sexual."

Dex sacudió la mano libre. "¿Como que?"

"¿Como que?" Con las palmas abiertas de par en par, Vizzer parecía consternado. ¿Como el asesinato de inocentes? ¿Novecientas sesenta y siete víctimas enviadas al matadero cada año? Que nos vemos obligados a no solo mirar sino bendecir. Usted. Yo. ¿Por qué? ¿Para apaciguar la sed de

sangre sádica de un hombre que se llama a sí mismo un dios y ha estado muerto durante miles de años?

"¿Qué pasa con el derecho a semental?"

"¿Qué pasa con eso?"

Dex entendió la sed de sangre. Lo sintió crecer en él ahora. Un par de cientos de kilos de más y un cuerno más ancho, y se habría emocionado de morir como un trueno en la arena. Al menos de esa manera tendría la oportunidad de semental, tener un harén propio. No todo esto a escondidas. "¿No tienes necesidades?" preguntó. "¿La nieve de las Montañas del Sur corre por tus venas?"

Las fosas nasales de Vizzer se agitaron, como ofendido por un hedor que solo él podía oler. "No sé de qué estás hablando."

"En lo que a mí respecta," dijo Dex, "que se maten entre sí. No me importa."

"Bueno, me importa."

Dex se volvió. Suficiente de este cowpat de alta mentalidad. Trotó por el pasillo, los cascos resonaban a través de la alfombra raída contra el suelo de cemento. Se detuvo frente a un cubo de vidrio alto. En el interior, un sombrero de vaquero manchado de sangre los saludaba en un ángulo desenfadado, apoyado entre dos cuernos de terciopelo púrpura. La placa debajo lo declaraba el sombrero del primer rey de Taurus, el rey Morti.

Una mano le acarició el codo. "Las leyes del celibato son parte del Código," dijo Vizzer. "Escrito por el propio Carlos. Pisotón nunca estaría de acuerdo con algo tan sacrílego."

Dex se apartó bruscamente. "Entonces tal vez deberías aceptar esa oferta."

Vizzer se rió. "¿Qué oferta? ¿Convertirse en rey?"

"¿Por qué no?"



“Sabes por qué no. Nunca ha habido un sacerdote rey de Taurus. Un retador destruiría a un líder así en la arena.”

"Pero con las armas que tenemos ahora, con las armas, no importa si los Reproductores te desafían."

“No quiero obligar a la gente a disparar. Cuando vean la verdad, querrán hacerlo a mi manera.”

"¿Y si optan por ignorar la verdad?"

"No lo harán." Los pies desnudos de Vizzer golpearon contra el suelo a su lado. Caminaron flanco contra flanco entre las filas de reliquias polvorientas. “Necesitas tener paciencia. Todo sucederá. Tendrás derecho a fornicar, si eso es tan importante para ti.” La obscenidad goteó de los labios de Vizzer con disgusto.

Dex negó con la cabeza. "Estás cometiendo un error."

"¿Qué quieres que haga?"

La desesperación arañó el alma de Dex. El imperativo genético palpitaba en sus entrañas, exigiendo la satisfacción que solo la unión física completa podía brindar. Su oportunidad de ser feliz se estaba escapando.

Dile a Pisotón que te llevarás su reino. Luego, realice los cambios necesarios."

La mano huesuda de Vizzer le apretó el hombro con fuerza. “Le hice un juramento a mi rey. No lo traicionaré.”

Dex tragó. "¿Y si estás obligado a elegir? ¿La verdad o tu juramento?"

Vizzer se enderezó. Él sonrió. "Esa es la diferencia entre tú y yo, Dex. Eres un cínico. Soy optimista."

Las puertas del museo se abrieron detrás de Rutt. Vizzer y Dex salieron. Corrió detrás de los dos sacerdotes principales. Salieron por una puerta oculta a nivel del suelo que conducía a la luz del sol. Se despidieron con

gruñidos superficiales y se marcharon, dejando que Rutt volviera a sus deberes en la cabina de control.

A mitad de la escalera, Rutt se metió en un rincón oscuro. De debajo de su túnica gris sacó una almohadilla sagrada. Solo los sacerdotes de pleno derecho podían usar los dispositivos; había robado uno, informó que estaba dañado. Tocó la pantalla varias veces hasta que encontró lo que estaba buscando.

Huellas de cascos de Vizzer. Toque toque. Ahora apareció el Museo de las Reliquias, una vista desde una videocámara del techo: el pilar en el centro, vitrinas dispuestas en círculos concéntricos. Dos sacerdotes entraron corriendo en la habitación. Rutt pausó el video, puso un botón de sonido en su oído y presionó play.

# Capítulo cuatro

El toro carbonizado permanece ahumado a la sombra del túmulo. Los sacerdotes en servicio de incineración cantaron una oración. Una vaca de mediana edad lloró ante el altar. Dos sacerdotes la sujetaron por los codos; las vacas a veces se arrojaban a la pira funeraria. Fue una molestia en las raras ocasiones en que tuvieron éxito, ya que solo a los que murieron en la arena se les permitió el entierro en esa colina sagrada.

El olor a sangre y huesos, carne pudriéndose en el calor opresivo bajó del montículo. Las moscas zumbaban sobre sus cabezas. Vizzer apretó su agarre en su cuarto estómago. La pira de cremación no fue suficiente para hacer el trabajo, había muy poca madera en Taurus. Se necesitaba cada centímetro cuadrado de tierra para el pasto. Solo los tallos viejos más añejos podrían salvarse para apresurar a los muertos a su supuesta vida celestial, que se divierte con el harén.

Taurus no contaba con aves de presa para consumir estas cáscaras carnosas que alguna vez fueron orgullosas, ninguno de los animales carroñeros que tenían los otros planetas, como había visto en los videos de datos de respaldo. Solo moscas. A veces, el montículo parecía ser una masa gigante de gusanos retorciéndose. El entierro consistió en un puñado de hierba metida en sus bocas hundidas y sin lengua, y un movimiento de la antorcha sagrada para enviarlos en su camino. Las moscas hicieron el resto.

Con Dex a su lado, Vizzer bordeó el borde de la sombra del montículo. Se pellizó la nariz. Ese lugar oscuro, sin sol, la sombra proyectada por el montículo, en constante rotación frente al sol, era un terreno sagrado, destinado solo para los dolientes y sacerdotes en el funeral. Incluso él, como sumo sacerdote, no violaría deliberadamente ese tabú. Caminaron rápidamente, tratando de ignorar el olor. Ha fallado. Finalmente pasaron. Soltó la nariz y se obligó a relajarse. El fin de los ritos de sangre significaría el fin del hedor. Eso por sí solo sería un cambio bienvenido.

Vadearon el río sagrado Albiot. El agua tibia corrió y se arremolinó alrededor de sus pies y cascos, murmurando sobre la estrecha franja de rocas que permitía el paso a través de su amplia circunferencia de movimiento lento. El vapor flotaba sobre la superficie como una niebla. En el increíble calor de Taurus, se podía ver evaporarse el río. Unos kilómetros río abajo, el río desaparecía en una llanura fangosa. Más adelante, había hierba en el horizonte, alimentada por lluvias frecuentes.

Glit los vio venir, escupió en la tierra. Era un toro mayor y estaba encaneciendo. Las puntas de las orejas y el pecho estaban manchadas de blanco. Solo los sacerdotes y los errores llegaron a la vejez en Taurus. Bueno, y las vacas, pero una vez que entraron en la menopausia fueron desterradas a la tierra de la hierba amarga, ¿y quién sabe cuánto tiempo sobrevivieron allí?

El anciano Mistake se había cavado un agujero en el suelo para ocultar su deformidad. Cuando se acercaron, se bajó y cojeó hacia ellos, con las patas traseras retorcidas como por el útero de una madre celosa. A un lado, veinte de las nuevas armas se inclinaban juntas en una pirámide.

"¿Qué noticias de la arena, oh excelentes sacerdotes?" La sonrisa de Glit enmascaraba una profunda amargura, porque no se permitió que Mistakes asistiera. "Buen asesinato hoy, oí decir."

Vizzer no disfrutaba de la compañía del toro, pero Glit era digno de confianza, al menos. Un toro cojo es más bajo que la tierra en Taurus, no le sirve a nadie. El recibir un encargo tan sagrado del sumo sacerdote lo elevó a las alturas de su clase dañada. Sabía bien que Glit haría cualquier cosa por semejantes misericordias.

Vizzer arrojó una pequeña caja al césped. "Te traigo balas."

Glit se apresuró a recoger la caja. "¿Los que hacen ruido?"

"Mejor," dijo. "Los que hacen agujeros."

"¿Agujeros? ¿Qué tipo de agujeros?"

“Ten cuidado con estos. Cada uno es como una espada voladora.”

Glit inclinó la cabeza y besó la caja de balas. "Tendré mucho cuidado con esta santa bendición, Mi Vizzer."

Vizzer pasó un brazo alrededor de los hombros del Error y masajeó el músculo atrofiado allí. "Necesito que hagas algo por mí."

“Cualquier cosa, Mi Vizzer. Dime, lo hago por ti.”

"Quiero que te lleves a dos de tus guardaespaldas, los mejores que hayas entrenado con los matracas. ¿Conmigo hasta ahora?"

“Sí, mi Vizzer. Tengo dos: Hupp y Tyru, creo. Y les doy las espadas voladoras que hacen agujeros.” Glit miró la caja, se la acercó al oído y la agitó. Saltó hacia atrás ante el traqueteo de metal contra metal.

Vizzer asintió. "Exactamente. ¿Y ves este toro aquí?"

Sacerdote Dex. Que los dioses te protejan."

"Y tú también," entonó Dex, luego frunció el ceño. Vizzer sabía que la hipocresía de fingir creer en los dioses estaba poniendo de los nervios a su amigo.

Glit dio un paso atrás. "No quieres hacerle agujeros a Dex, ¿verdad? No lo haré. Te digo que no lo haré."

Vizzer se rió. Era una pena que él y Dex no pudieran simplemente portar armas. Pero dejar que los sacerdotes anden armados enviaría un mensaje equivocado. "No, amigo mío. Quiero que lo protejas."

"¿Protegerlo? ¿Cómo? Quiero decir, ¿de qué?"

“Me preocupa que alguien pueda intentar matar a Dex. Quiero que los detengas.”

“¿Quién es, mi Vizzer? Dime, les hago agujeros.”

"No lo sé, Glit. Por eso quiero que tú y tus guardias protejan a Dex. Síguelo a donde quiera que vaya. Asegúrate de que no pase nada malo."

Incluso... La voz de Glit se redujo a un susurro. "¿Incluso en la cabina de control?"

"No. En ese caso esperas afuera. Dex estará lo bastante seguro en el Lugar Santísimo."

"¿Debería pensarlo!" Glit lloró. "Los mismos dioses protegen a los sacerdotes en la cámara sagrada."

"De hecho lo hacen." Vizzer le dio una palmada a Glit en la espalda y agregó: "Incluso puedes ver la corrida si así lo deseas."

Glit lo miró fijamente durante un largo momento. Luego vino la explosión de gratitud. "¡Oh gracias! ¡Gracias, gracias, gracias!" Babeó sobre la mano del sumo sacerdote.

Vizzer enarcó una ceja a Dex. "¿Todo bien?"

Los ojos de Dex se entrecerraron. La duda frunció el rostro. Glit rebotó arriba y abajo sobre sus cascos delanteros. La baba goteó alrededor de su papada gris y sin lavar.

Para alivio de Vizzer, Dex solo dijo: "¿Cuánto tiempo va a durar esto?"

"El consejo de la manada es mañana después de la corrida."

"Veintiséis horas y media," dijo Dex. "Excelente. Bien. Hasta entonces."

Dex construyó un pequeño túmulo a cincuenta metros del agujero de Glit. Cuando regresó, Glit extendió el arma de un metro de largo como una espada, balanceándola en el aire.

"Es bastante pesado," dijo el error. "¿Se supone que debes tirarlo? Supongo que dolería. Pero no entiendo qué quiso decir Vizzer con estas pequeñas piedras que son espadas voladoras." Empujó la caja abierta de balas con su casco.

¿Qué estaba pensando Vizzer? Este "guardaespaldas" no solo era un fenómeno físico, estaba mentalmente lisiado. Al menos sería leal. Eso era todo lo que se podía decir de Glit. Él te entrenó. Dijo que sí. ¿Ya lo has olvidado?

El Error tembló de terror repentino. "Era una especie de video. Los dioses llevaron estos palos sagrados. Los palos explotaron. Los otros dioses cayeron. Algunos gritaron de dolor. Algunos murieron. Pero los dioses no pueden tener dolor. Los dioses no pueden morir. Cubrí mis ojos. Fue espantoso."

Dex tiró de la pistola en las manos de Glit. Dame el arma. Deja que te enseñe."

"¿Es así como se llama?"

Dex recogió un puñado de balas. Uno a uno los cargó en el cargador. Era una pena que ninguna de las armas menos letales pero igualmente efectivas de la humanidad estuviera disponible para ellos, como las que habían visto en los videos el último diez día. Con suerte, Vizzer podría encontrar la forma de aplacar a ese malhumorado convertidor de materia.

Metió el cargador lleno en la parte inferior de la pistola y le tendió el arma a Glit.

"¿Ahora que hago?" preguntó el anciano Error.

Apunta el arma a las rocas. Apretar el gatillo."

"¿Esta cosa de aquí?"

Las balas salpicaron la hierba a los pies de Dex. Saltó hacia atrás. "¡No a mí, idiota!"

Glit se tiró al suelo, hundió la cara en la hierba. "¡Soy escoria! ¡Soy inmundo! ¡No me maldigas a las tierras del sur! ¡Te lo ruego, por favor!"

"Levántate."

El Error se puso de pie y se secó las lágrimas. A pesar del calor omnipresente, Dex vio que estaba temblando.

"Aquí," dijo amablemente. "Mira. Puedes hacerlo. Te mostrare."

Dex tomó el arma. Lo sostuvo bajo en sus brazos, apoyó sus cascos traseros y exprimió una ráfaga. Las balas dieron en el mojón. Volaron chispas. Varias rocas se convirtieron en polvo.

"Ahora tu intenta."

Glit parecía dubitativo. Cogió el arma por el cañón y la dejó caer inmediatamente.

"Arde con fuego santo. ¡Soy indigno!"

"No lo agarras al final. Sosténgalo así." Dex se lo mostró.

Glit tomó la pistola y la sostuvo según las instrucciones.

"Ahora, apunta el final a las rocas."

"¿Este final?"

"Correcto. Ahora prepárate. Apriete aquí una vez y suéltelo."

Lentamente, Glit apretó el gatillo. Sonó un disparo. La roca superior del mojón cayó al suelo.

"Wow," dijo. Sostuvo el arma hacia el cielo, asombro en su rostro. "Esto es mucho mejor que una espada. Incluso podrías detener a un Criador enojado con esto, ¿cómo lo llamaste de nuevo?"

Dex se aclaró la garganta. "Un arma." Hizo un gesto a Glit para que bajara el arma. "Debes tener cuidado. Solo use esto con el permiso de un sacerdote."

"Por supuesto, sacerdote Dex. Entonces, ¿es un arma sagrada, algo de los dioses?"



"Sí. Eso es. Un arma sagrada. De los dioses." Se volvió irritado. Deseó poder decirle a Glit la verdad. Pero los Errores nunca lo entenderían. La mayor parte de la manada no era más inteligente. ¿Cómo demonios iba a hacer Vizzer que la gente viera?

# Capítulo cinco

Rutt se agachó dentro de la cabina de control. Los técnicos se habían ido y él estaba solo. Las pantallas de burbujas reflejaron su forma encorvada una docena de veces. Vizzer le había dicho que esperara. Se acurrucó contra la pared, los codos alrededor de las rodillas y contempló su grandeza venidera.

Estaba destinado a la grandeza. Lo sabía de la misma manera que respiraba o bebía agua o deslizaba deliciosas briznas de dulce hierba entre sus labios. Había nacido como un enano y entregado inmediatamente a la cabina de control, de acuerdo con la santa ley. Pero a diferencia de los otros sacerdotes, él sabía quién era su familia. Su madre le había dicho. Ella lo había reconocido: la mayoría de las Cruces tienen pieles marrones o negras uniformes, pero él tenía una oreja negra y una oreja blanca. Los colores lucharon en su rostro y se fusionaron a lo largo del meridiano de su nariz. De perfil, su cabeza parecía toda blanca o toda negra. Los otros novicios se burlaban de él por eso.

El nombre de su madre era Mantz. Ella se había acercado a él un día después de la corrida mientras él marchaba desde el estadio, con la cabeza en alto, balanceando la olla aromática de hierba quemada. Su padre era el mismo rey, le había confiado ella, y había pronunciado los nombres de sus famosos hermanos: Prinz y Ghuy, Tropk y Tnuu; el más grande de los Reproductores vivos, que había pasado ileso por la arena, e incluso ahora dividían su tiempo entre los pastizales y los pozos de arena, donde lucharon por la gloria de un día desafiando al mismo Pisetón.

La noticia lo había amargado. Qué orgulloso había estado de ser un novato. Su alma se había elevado con alas de asombro, deleitándose en los santos misterios de los que solo el sacerdocio puede participar. El toque furtivo de Mantz, su mirada, sus palabras, lo habían llevado hasta Taurus. Era un enano, maldito por una casualidad genética a no ser más que un humilde sacerdote, despreciado por todos, prohibido por la ley de copular, olvidado por los libros de historia. Aprendió a esconder su nuevo resentimiento detrás de una sonrisa, a esperar el momento oportuno hasta que se

presentara una oportunidad, cualquier posibilidad, alguna forma de enderezar el equilibrio.

Porque estaba destinado a la grandeza. Por Carlos, lo era. Mantz también le había dicho eso, hasta que Vizzer vio su conversación ilícita y Pisotón ordenó que la azotaran. ¡Tratar así a la madre de tu hijo! Él, Rutt, sería más grande que todos ellos antes de terminar.

El golpe sonó por segunda vez antes de que él lo oyera. Saltó sobre sus cascos y abrió la puerta.

"Gran Vizzer," dijo con una sonrisa feroz. "Una vez más nos honras con tu santa presencia."

El sumo sacerdote pasó junto a él y entró en la cabina de control. "Eres tu. Bueno. Ayúdame con el convertidor de materia."

La sonrisa de Rutt se ensanchó. Feliz. Amistoso. Digno de confianza. "Siempre es un placer ayudar al gran vizzer con cualquier servicio que pueda necesitar."

Deja de chuparte el rabo, Rutt. Es poco sacerdotal."

Qué fastidioso. Si Vizzer no sabía cómo usar su poder, entonces debería ser reemplazado por alguien que lo supiera. Él mismo, por ejemplo. ¿Por qué esta monstruosidad mutilada debería ser sumo sacerdote de Taurus? El rey merecía un consejero principal que al menos se pareciera al pueblo.

"Por supuesto," dijo, "te obedeceré en cada detalle."

Vizzer lo condujo por un largo pasillo, los pies desnudos del sumo sacerdote golpeaban obscenamente el suelo de piedra, desgastado por milenios de pasos. Abrió una puerta y se convirtió en un polvoriento almacén lleno de aparatos electrónicos quemados. Se detuvieron frente a una pesada bóveda cromada. Vizzer abrió la puerta con una llave. La investigación secreta de Rutt no había encontrado rastros de los esquemas de la llave. La clave era única, alguna tecnología nuclear de los dioses de los últimos días. Asimismo, la habitación era impenetrable a todos los

medios de entrada conocidos. La única forma de entrar en la habitación era con la llave colgando del cuello de Vizzer.

O eso pensó Vizzer. Rutt reprimió una sonrisa. Un día, mientras el sumo sacerdote dormitaba, Rutt se lo había quitado del cuello. Él y Svim, un compañero novicio, se habían deslizado hasta aquí y habían entrado en la bóveda. "Solo para ver," le había dicho a su amigo. Diversión juvenil e inofensiva. ¿Correcto?

Una vez que se muestra cualquier objeto, no importa cuán complejo sea, el convertidor de materia podría reproducirlo hasta el electrón. Una vez en memoria, o con esquemas detallados, podría hacer tantas copias como quisiera el sacerdote oficiante. Habían rezado al conversor de materia y Svim observó con horror cuando Rutt pidió una copia de la clave. Había asesinado a Svim ese día y había utilizado un dispositivo de secado elegante patentado por Zhong-gua II, sugerido por el convertidor de materia, para desecar el cadáver. Había escondido el cuerpo y el dispositivo detrás de un montón de basura en el subsótano del estadio. Ninguno había sido encontrado nunca. Deslizó una mano debajo de su túnica, tocó la llave alrededor de su propio cuello ahora. Sería útil y pronto.

La puerta de la bóveda se abrió con un silbido. Ignoraron la maldición cortada profundamente en el cromo: "Entra por la voluntad de los dioses, o enfréntate a la ira de Carlos el Creador." Debajo, un antiguo grafito había tachado la última palabra y la había reemplazado con "Gallo."

La puerta se cerró tras ellos. Estaban solos en la habitación revestida de plomo. En el centro había una caja blanca de cuatro metros de largo, dos de alto y tres de profundidad. Los escalones de madera conducían a ambos lados de la impecable superficie. Una paleta-nazza flotaba en reposo en medio del suelo.

Parecía un congelador de restaurante, del tipo que había visto en esos programas de cocina en los videos de respaldo. Aunque había muchas cosas que no había entendido, ¿por qué, precisamente, querrías enfriar tu comida? ¿O caliente, para el caso? Claramente, los humanos tenían algunos requisitos dietéticos peculiares.

Rutt no se atrevió a expresar este sentimiento en voz alta. Desconocido tanto para Vizzer como para Dex, había descubierto la controvertida transmisión antes de que pudieran ocultarla; la enorme explosión de datos había abrumado los sistemas del sacerdocio. Había monitoreado a Dex desde una terminal remota, ya que el llamado "mago técnico" había cifrado los datos y los había almacenado fuera de línea.

El sumo sacerdote se colocó a la izquierda de la gran caja blanca. Indicó a Rutt que se sentara a la derecha. Juntos subieron los escalones de madera, colocaron las manos sobre la superficie fría de la estructura e inclinaron la cabeza en oración.

Se suponía que solo debían usar el convertidor de materia para arreglar equipos electrónicos; los Apéndices Secretos del Código de Carlos prohibían cualquier otro uso. Estaban rompiendo un gran tabú. Una sonrisa se deslizó por sus labios, genuina esta vez, incontenible. La posesión del dispositivo había sido ilegal entre los propios dioses, de acuerdo con las leyes de la Tierra y los demás planetas. Quienquiera que le hubiera puesto cruces a Taurus les había dado más poder que los dioses. ¡Qué tontos deben haber sido!

O no tan tonto. Había una razón, reflexionó, por la que se necesitaban dos sacerdotes para operar la máquina. Aun así, se sorprendió cuando Vizzer lo eligió. No lo habría hecho. Rutt se felicitó por su expresión ansiosa y llena de asombro, en la que otros parecían leer todo tipo de buen humor. ¡Barba de Carlos! Qué mal juez del carácter fue Vizzer.

El metal se calentó al tacto. Un resplandor anaranjado envolvió sus manos.

“Todos los dioses santos,” cantó Vizzer, “te rogamos por reparaciones. Dañados están nuestros santos dispositivos electrónicos. Te rogamos que nos des acceso a la fuente de todo poder, toda bondad, para que podamos arreglar tus sagradas cámaras y pantallas, y continuar proporcionándote actualizaciones instantáneas de alta calidad sobre nuestros sacrificios diarios.”

Rutt esperó a que Vizzer le diera la señal. El sumo sacerdote había explicado que los cánticos cantados se habían desarrollado durante miles de

años, la única forma comprobada de superar la personalidad cascarrabias de la caja. Vizzer asintió. Rutt cerró los ojos y dijo: "Yo también rezo. Danos acceso a la fuente de toda tu bondad."

Levantaron las manos de la parte superior de la caja y la tapa se abrió con un silbido.

"Oh, queridos míos, por fin has vuelto a mí," dijo una voz chillona y aguda. Rutt casi había dejado caer un cowpat la primera vez que lo escuchó, cuando lo usó con Svím. Incluso ahora aún le ponía nervioso.

Vizzer le había explicado que era mecánico, no vivo. Había añadido condescendentemente: "Pobre principiante. No hay ningún dios escondido dentro de la caja. ¿Ver?" Rutt había forzado una sonrisa tonta y se había prometido a sí mismo que la muerte del sumo sacerdote sería larga y dolorosa.

"Te suplicamos," continuó Vizzer en una oración cantada, "por cien Nip-Kof 436s y mil rondas de munición de un centímetro céntimo."

"He estado tan solo aquí," se quejó la voz. "No hay nadie con quien pueda hablar. ¿Quieres bombones? ¿Quizá una taza de té? ¿O un puro? Te gustan los puros? A Carlos le gustan los puros."

Vizzer miró a Rutt con los ojos en blanco. "Reiteramos humildemente nuestra petición."

"¿Eso es todo lo que quieres? ¿Usarme, abusar de mí, abandonarme?"

Como si recitara un estribillo memorizado desde hace mucho tiempo, el sumo sacerdote entonó: "Buscamos esto por el bien de Taurus."

"Sabes que se supone que no debo dejarte tener juguetes así. ¿Qué diría Carlos?"

"Mor-ti-mer es un buen chico," recitó Vizzer, balanceándose ligeramente. "Nos encanta Mortimer."

Un agudo gemido de dolor salió de la caja. "Prométeme quedarte y hablar conmigo un rato. Solo un poco. ¿Por favor? Entonces tal vez pueda pasarlo por alto."

"Así lo prometemos," declararon los dos sacerdotes al unísono.

La caja gruñó. Un sonido eructó desde lo más profundo de sus pies. El suelo se estremeció en un pequeño terremoto. El dispositivo aprovechó la magia profunda del núcleo interno del planeta, había explicado Vizzer.

Jirones de vapor se despejaron. Rutt pudo ver el interior del convertidor de materia. Había una pila de armas a un lado y cajas de municiones al otro.

"¿Le gustaría papas fritas con eso?" presionó la voz chillona, y se rió salvajemente. "¿Consíguelo? ¿Papas fritas?"

Rutt golpeó el taburete con su casco trasero para llamar la atención de Vizzer. "¿Qué significa eso?"

El sumo sacerdote levantó la cabeza. "No lo sé. Algún tipo de broma."

"No es una broma," dijo la voz. "Puedo fabricar fácilmente cualquier alimento que desee. Simplemente dirígete a mí con la oración adecuada."

Rutt miró dentro de la brumosa bóveda. "Oh, grandes dioses, saciemos nuestro hambre con la dulce hierba de Taurus."

La caja estaba en silencio. Vizzer le hizo un gesto para que se retirara.

La voz chillona dijo: "Nunca he comido hierba. ¿Tienes un esquema? Tráeme un esquema. Me encantaría prepararte comida alguna vez." La voz se iluminó. "¿Estás seguro de que no te gustaría un puro?"

Rutt articuló la palabra "cigarro," pero Vizzer agitó las manos hacia él y se llevó un dedo a los labios. "Estamos agradecidos por su generoso regalo," le dijo a la caja. "No tenemos más necesidades en este momento." Miró a Rutt.

Recogieron las armas y las municiones y las colocaron en el palet de la nazza. Cuando cerraron la caja, la voz chillona gritó en falsete: "No me

crees. Nadie me cree. Estoy atrapado aquí. ¿Por qué no me dejas salir?

Le había preguntado a Vizzer qué significaba la voz, pero solo recibió una mirada aguda a cambio. Cierra-tu-boca-mente-tu-propio-negocio-este-es-santo-tú-no-entiendes-o-no-entiendes. Bla, bla, bla. No le gustaba que le hablaran así. Fue incluso peor cuando preguntó por el panel rojo en la pared de la habitación revestida de plomo. "En caso de invasión alienígena, rompa el cristal"? ¿Que significaba eso? ¿Quiénes eran estos extraterrestres que posiblemente podrían invadir Taurus? ¿Seguramente no los dioses?

Se volvieron para irse. Las armas y las municiones zumbaban sobre el palé de la nazza que levitaba. Un maullido sordo gritó desde el interior de la caja: "A veces me siento tan solo, desearía poder morir."

La puerta se cerró tras ellos con un gemido. Se detuvieron una vez más en el polvoriento almacén.

"Mi Vizzer, ¿puedo hacer una pregunta humilde?"

"Ahora no, Rutt."

"Perdóname, Vizzer. Solo deseo saber, ¿nuestro gran rey está en peligro?"

Las cejas de Vizzer se arquearon hacia abajo. "¿Pisotón? ¿Qué quieres decir?"

"Por eso le has dado guardaespaldas, ¿verdad?"

"Sí. Quiero decir, por supuesto."

"Pero los guardaespaldas ya tienen armas," razonó en voz alta. "¿No te acuerdas? Te ayudé a orar por ellos el último día. Entonces, ¿por qué solicita más?"

"No seas impertinente, Rutt."

Como usted dice, señor. Soy el más impertinente de tus humildes e indignos discípulos. Pero ¿no puede un gusano de un novato buscar la iluminación?



Vizzer suspiró, detuvo el palé de la nazza. “En primer lugar, el convertidor de materia tiene límites.”

“¿Límites, Gran Vizzer? ¿Qué tipo de límites?”

Vizzer agitó una mano en el aire. “Límites geotérmicos. Utiliza mucha energía. Lo succiona del centro de Taurus. Tienes que dejar que el conversor descansa entre ruegos.” Revolvió el cabello detrás de las orejas de Rutt. “Entrometido, ¿no es así? Recuérdame a mí mismo a tu edad.”

Rutt deseaba poder clavar algo afilado y dentado en el pecho de Vizzer. “Dijiste en primer lugar. ¿Qué fue lo segundo de todo?”

El rostro de Vizzer se veía sombrío. “Bueno, Rutt, yo...” Se interrumpió.

“¿Si?”

“Estoy preocupado.”

“¿Acerca de?”

“Cosas.”

“¿Qué cosas?”

Vizzer se rió entre dientes. “No te preocupes. Estos son asuntos que están por encima de la comprensión de un simple novato.” Palmeó a Rutt en los flancos. “Corre ahora.”

# Capítulo seis

Fue otro día caluroso en el Polo Norte.

Pisotón jadeaba a la sombra. El estadio proyectaba una sombra de un kilómetro de largo, que incluso mientras miraban se deslizó en un círculo lento mientras el planeta giraba sobre su eje vertical. La sombra era prerrogativa del rey, y se recordó a los que se encontraban pastando dentro de sus fríos confines que siguieran adelante.

Dieciocho cruces se encontraban ahora en esa oscuridad fugaz. Dieciocho cruces que determinarían el destino de Taurus. Vizzer sabía que estaban agradecidos por una audiencia con el rey, aunque sólo fuera como un respiro temporal del calor del sol rojo que llenaba para siempre su cielo. Estarían menos agradecidos cuando supieran por qué estaban allí.

Fue el primer consejo de manada en más de cien años, hace más de una docena de generaciones. El Código ordenaba sus vidas con tanto detalle que había pocas razones para que se reunieran. Todos parecían un poco inseguros de sí mismos, como si participaran en algo que no entendían del todo.

El rey mordisqueó hierba. Los demás miraron hambrientos los dulces mechones, pero se contuvieron. Rumiar frente al rey era de mala educación.

Vizzer se aclaró la garganta. "Como Gran Vizzer de nuestro líder de rebaño, el rey Pisotón, señor de todos los Taurus, defensor de la fe, maestro de la hierba dulce, padre de su pueblo y semental de las llanuras, por la presente llamo a ordenar esta reunión del consejo de rebaño congregado de Taurus. Dé su mejor consejo y sea bendecido por el Creador."

"Bendito seas tú también," murmuraron los demás y se sentaron en cuclillas.

"¿Vizzer?" El rostro de Pisotón no delataba la tensión que sabía que estaba sufriendo el rey. El sombrero de vaquero blanco caía bajo sobre sus ojos.

"¿Si señor?"

"Usted convocó a esta reunión. Como era tu derecho. " Pisotón escupió la palabra. "Si tienes algo que decir, escuchémoslo."

"Por supuesto, Su Alteza." Se volvió hacia los demás. Mantuvo sus ojos por un momento, cada uno por turno, sopesándolos, juzgándolos, preguntándose cómo reaccionarían ante la noticia. Los quince Reproductores constituían la mayor parte del consejo. Como Pisotón, eran grandes, tontos y padres de miles. Prinz se reclinó en la hierba al lado de Pisotón. Como retador de rango y heredero del sombrero, su voz tendría un gran peso. Steward Frokker estaba de espaldas rígido, vestido con su brillante vestimenta de torero. El élder Fhoriu, el ex sumo sacerdote, se apoyó en su bastón, con las extremidades crispadas por la parálisis. La enfermedad lo había obligado a renunciar. ¿Había afectado su mente?

No es que importara. Por estúpidos, cojos o seniles que pudieran ser, una vez que vieron lo que Dex tenía para mostrarles, ¿cómo podrían ignorar la verdad?

"Para aquellos de ustedes que no lo conocen," comenzó Vizzer, "este es Dex, el sacerdote técnico en jefe y mi asistente de mayor confianza."

Su amigo asintió y dio unos golpecitos nerviosos en su cuaderno sagrado. Vizzer esperaba que el sacerdote más joven estuviera listo. Había perdido la cuenta de cuántas veces habían practicado la presentación durante las últimas veintiséis horas y media. Tenía que salir bien. Tenía que hacerlo. Este encuentro fue la culminación de toda su vida. Todo lo que siempre había querido dependía de la siguiente hora.

Dex se puso de pie y se aclaró la garganta. Miró a la audiencia a su alrededor y tocó su cuaderno sagrado. Se aclaró la garganta de nuevo.

Rey Pisotón. Gran Vizzer. Steward Frokker. Anciano Fhoriu. Líderes de manada de Taurus." Su voz tembló. Respiró hondo y continuó. "Hace ciento tres días y medio, nuestro enlace de comunicación con los dioses murió."

Murmullos de los reunidos.

"¿Murió?"

"¿Qué quieres decir con murió?"

Dex tartamudeó: —Nuestro enlace de comunicaciones sagrado no se ha roto durante miles de años. Ahora se ha ido." Se secó las gotas de sudor en el pelaje negro de su frente.

Cálmate, quiso Vizzer en silencio. Te están escuchando. Dígalo directamente, como sucedió.

“Cuando le informé de esto al gran vizzer, me pidió que investigara. ¿Qué significaba? Sin el enlace de comunicación, ¿cómo recibiríamos los premios al valor que tanto anhelan los matadores?"

Frokker asintió con los brazos cruzados sobre el pecho, sin darse cuenta del sarcasmo que se dirigía hacia él.

"¿Cómo," continuó Dex, "los dioses sabrían que hemos cumplido con los sacrificios requeridos?"

La audiencia contuvo la respiración. Dex siguió adelante.

“Al principio estábamos perplejos. Seguimos todas las instrucciones de uso de las cajas sagradas, los cables sagrados, las pantallas y almohadillas sagradas. Verificamos y volvimos a verificar todo. Nada funcionó. Entonces tuve una idea. Fui al gran vizzer y dije, ¿por qué no intentamos hablar directamente con los dioses?"

"¡Pero eso es un sacrilegio!" exclamó Fhoriu. Su bastón temblaba violentamente en sus manos.

El público volvió a murmurar. Dex esperó a que se callaran.

“Sí, anciano Fhoriu. Es. Por favor, no crea que hemos ignorado este mandamiento a la ligera. Vizzer me instó a encontrar otro camino. Pero pasaron diez días y... nada. ¿Qué se suponía que debíamos hacer?"

“Como saben, nuestro equipo está diseñado para enviar solo una señal por día: la corrida de una hora. Y recibir solo una señal por día: el juicio de los dioses. Eso dice el Código. Esto todos lo saben.”

“Los dioses escuchan nuestras oraciones,” dijo Fhoriu. “Con o sin la electrónica sagrada. ¿No trataste de rezar?”

“Por supuesto que lo hicimos. Pero o no escucharon o decidieron no responder.” Los dedos de Dex temblaron contra la almohadilla sagrada.

“Veo.” Fhoriu aplastó su bastón en la hierba. “¿Entonces que hiciste?”

“Modifiqué nuestro equipo.”

“¿Lo modificó?”

“Con el permiso de Vizzer. Desmonté las cajas sagradas, volví a cablear la electrónica sagrada. No hay información en los manuales sagrados sobre cómo hacer esto. Fue solo mediante una larga prueba y error que finalmente logré que funcionara.”

“¿Qué quieres decir?” Fhoriu se inclinó hacia adelante, sus grandes cejas proyectaban una sombra teñida de naranja sobre su rostro. “¿Te hablaron los dioses, hijo mío?”

“Sí. Quiero decir, no. Es decir-”

“O te respondieron o no lo hicieron. ¿Cuál es?”

Dex hizo una pausa y tragó saliva. “Recibimos un mensaje.”

“¿Qué decía? ¿Qué te dijeron los dioses? Frokker agitó una borla de oro en su hombro.

“'Copia de seguridad externa completa'. Sus palabras.”

Los miembros del consejo se miraron, frunciendo el ceño.

“Me he pasado toda la vida adorando a los dioses,” dijo Fhoriu. “Confieso que no sé lo que eso significa.”

“Después de este simple mensaje de advertencia, una avalancha de datos llegó a nuestros sistemas. Tuve que detener la transmisión para evitar daños en nuestros santos dispositivos electrónicos.”

Pisotón levantó la cabeza. “¿Qué tipo de transmisión?”

“Señor, nos tomaría cien vidas leer y comprender todos los datos que los dioses nos han enviado. Pero lo que sucedió parece bastante claro.”

“¿Que es que?”

El bramido de una vaca enojada interrumpió la conversación. Los guardaespaldas cruzaron sus armas como si fueran espadas para bloquear el paso de tres vacas. Sus ubres estaban hinchadas, descubiertas al aire libre; todas habían dado a luz recientemente. Todos los miembros del consejo se quedaron mirando, notó Vizzer con disgusto.

“¡Rey Pisotón!” gritó uno. Su cuerno derecho se retorció hacia adentro en una horrible punta.

“¡Padre, hermano, esposo!” gritó otro.

“¡Exigimos una audiencia con nuestro rey!” chilló el tercero.

Pisotón bajó los cuernos y apuntó a Vizzer. “¿Esto es obra tuya?”

“¿Haciendo qué, alteza?”

“No juegues conmigo, Vizzer. Esta.”

“Por supuesto que no, señor,” dijo. “Ya sabes como soy.”

“De hecho lo hago.” Se dirigió a las vacas. Deja que Mantz dé un paso adelante.

Una vaca mayor se agachó bajo los cañones cruzados y se lanzó hacia delante, con las manos juntas y la cabeza gacha. Ella se arrodilló de costado, las ubres se juntaron en la hierba.

"Madre Mantz," dijo Pisotón. "Se bienvenido."

Lanzó su cuerno retorcido hacia el cielo. "No me siento bienvenido aquí hoy de su parte."

"Fue su hijo el que los dioses honraron hoy en la arena, ¿no es así?"

Mantz aulló en dirección al túmulo funerario, donde un fino hilo de humo manchaba el cielo naranja quemado. "Incluso ahora su carne arde en el altar de los dioses." Ella escupió. "¿No era también tu hijo?"

"Todos aquí son mis hijos," dijo Pisotón.

"¿Y los sacrificarías a todos?" Ella levantó la voz en un chillido vulgar.

Pisotón frunció el ceño. "Hacemos la voluntad de los dioses. Tú lo sabes, Mantz.

"Fornicar a los dioses."

La blasfemia provocó jadeos. Las fosas nasales de Pisotón temblaron.

"¿Me escuchas? Fornicar a los dioses. ¿Qué tipo de dios exige este sacrificio?"

"Dioses que te aman, Mantz."

"¿Quién me ama?"

Pisotón habló muy lentamente. "No te corresponde a ti cuestionar lo santo. Dudar del milagro de la vida."

"El santo," se burló. "¿Qué milagro? Nunca he visto a estos dioses. ¿Tienes?" Movié un casco enojado hacia el consejo reunido. "¿Quiénes son

estos dioses invisibles que exigen la muerte de mis hijos y hermanos en la arena?" Ella se puso de pie. "Nos son falsos. Son falsas para ti."

Pisotón dijo: "Mantz." La palabra era una orden. Todos los que lo escucharon sintieron miedo. "Has sido una buena consorte para mí y una excelente madre para mis hijos. No deseo enviarte a la hierba amarga."

"Doce hijos te he nacido. Doce hijos que he visto morir. No te soportaré más."

"Pero eso no es verdad. Cuatro de sus hijos se sientan aquí hoy en consejo. Prinz. Ghuy. Tropk. Tnuu. No han muerto. Son Reproductores y engendran grandes tribus propias. ¿No los saludarás?"

Mantz miró al suelo. "Murieron en la arena cuando se convirtieron en asesinos. No son hijos míos."

"Nacieron para luchar. El Código exige que maten o mueran. ¿Preferirías verlos desterrados en desgracia?"

"Hay más desgracia en la arena que en las Tierras del Sur."

Pisotón giró su gran cabeza hacia los guardaespaldas y asintió. La tomaron por los codos. "Todos tus hijos, vivos y muertos, han visto el rostro de dios en la arena. La mayor gloria que puede esperar cualquier vaca. Serán recordados. Todos ellos."

"No habrá más que recordar," dijo Mantz. "Hoy estrangulé a mi becerro recién nacido con su cordón umbilical."

Jadearon, incluso Vizzer.

"Es mejor eso," dijo con la cabeza en alto, "que sufrir y morir en la arena."

El rey frunció los labios. "No me das otra opción."

"Hay elección en todo lo que haces."



Pisotón bajó la cabeza para juzgar. "Madre Mantz, te exilio a las tierras de la hierba amarga, de las que nadie regresa."

"Que así sea." Estiró los brazos hacia el cielo, abrazando los cielos ardientes. "Doy la bienvenida a la muerte, el fin del infierno en el que se ha convertido la vida en Taurus."

"Como todos nosotros," dijeron las otras dos vacas, y mugieron largo y tendido.

Pisotón frunció el ceño. "Ustedes son jóvenes aún, mis consortes. Tienes mucha vida por delante. Muchos niños aún no me han dado a luz. ¿Por qué querías sufrir y morir antes de tiempo?"

El más joven baló: "La Madre Mantz dice la verdad. Preferiríamos morir antes que vivir aquí contigo."

La furia y la tristeza atravesaron el rostro del rey. Vizzer sabía que estaba forzando el casco del rey, y nada menos que frente al consejo. Demasiado. Una vena espesa bajo la piel de la frente del rey palpitó. Pisotón asintió sombríamente a los guardaespaldas, que se acercaron a las tres vacas y las escoltaron.

Vizzer sabía que los mantendrían separados de los demás. En uno o dos días, el Cuerpo Fronterizo los conduciría por las Montañas del Sur hasta su última morada. Lo que había más allá, nadie lo sabía con certeza. Los soldados que regresaban de un puesto de diez días en las frescas nubes del paso montañoso susurraban horrores, gritos provenientes de abajo, monstruos marinos con tentáculos, insectos del tamaño de un puño. Una vez, un médico trajo una brizna de hierba amarga para que Vizzer la probara. Fue una experiencia que no quiso repetir.

Lamentó que Mantz fuera enviado al exilio. Nunca se lo admitiría a nadie, pero la quería. Ella lo sedujo una vez cuando él era un sacerdote más joven, antes de que ganara el control sobre sus deseos corporales. Nunca salió nada de eso, no hubo descendencia, que él supiera, pero nunca olvidó ese frenético acoplamiento, la única vez que había roto su voto.

No debería haber interrumpido la reunión del consejo. Su destierro fue contraproducente para sus esfuerzos por poner fin a la corrida. El consejo había sido sacudido por su descarada declaración de cidio de ternera. Tenía que llamar su atención de nuevo y rápido.

“Presta atención,” dijo Vizzer. “Todos ustedes. No sea que vivas y mueras por un dios falso.” Hizo una pausa, midió sus reacciones hasta el momento. Presionado hacia adelante. Eso fue todo lo que pudo hacer. “¿Dex?”

Dex tragó saliva de nuevo, con fuerza. “Sería mejor si te lo mostrara.”

Tocó la almohadilla sagrada en sus manos. Apareció una imagen tridimensional de un sistema estelar. Un sol amarillo brillaba en el centro. Los planetas salieron disparados de la imagen en sus cabezas antes de girar alrededor de la estrella. Todos se agacharon.

“¡Magia negra!” respiró Fhoriu.

“No.” Vizzer hizo una mueca. “Un nuevo tipo de santidad que acabamos de conocer. De los dioses.”

Dex levantó la vista de su pantalla. “¿Ahora?”

Vizzer asintió con el labio inferior.

“Este es el mensaje que nos enviaron.”

La imagen cambió. Una imagen de una esfera azul y verde apareció en el aire.

“¿Que es esto?” Preguntó Fhoriu, apoyándose en su bastón.

“Esto, señor,” dijo Dex al rey, “es la Tierra.”

Silbidos y jadeos.

“¿Eso es la Tierra?”

“¿El hogar de los dioses?”

"¿De dónde proceden los creadores?"

"¿Nuestro Señor mismo?"

Dex extendió una mano. "Reloj." Apretó un botón en la almohadilla sagrada. Sin previo aviso, la imagen en el aire se arrugó. Las masas verdes se estiraron en dolorosas contorsiones. El planeta se absorbió a sí mismo y desapareció. La audiencia jadeó. Pasaron momentos. Todo lo que quedaba era una vista de las estrellas.

"Dios mío," dijo Fhoriu. "¿Qué significa esto?"

"Significa," dijo Vizzer, con toda la paciencia que pudo reunir, "que las casas de los dioses están destruidas."

Pisotón golpeó sus cascos juntos. "¿Estás seguro de que esto es genuino?"

La frustración de Dex era real. "¿Vamos a dudar de un mensaje de las estrellas?"

Vizzer le tendió una mano. "Hay más. ¿Qué pasa con los otros planetas, Dex? Los otros seis mundos de los dioses."

Dex volvió a tocar la almohadilla sagrada. "Nueva Granada." Otro planeta apareció en la pantalla: esta vez verde, rojo y morado. Se estremeció, se redujo a la nada. "Sirius Dos." Un planeta verde anaranjado: lo mismo. "Zhong-gua II. Urales." Pronunció las palabras como un gong fúnebre. Una tras otra, Dex recorrió las imágenes, la audiencia se estremecía cada vez, como si tuviera miedo de ser absorbida por ese vórtice esférico junto con los habitantes de cada planeta.

Pisotón levantó un casco. "¿Me estás diciendo que todos los planetas de los dioses han sido destruidos?"

El nerviosismo de Dex lo superó. Dejó caer la almohadilla sagrada y la recogió de nuevo. Miró a su alrededor a los rostros de sus mayores. Él dudó. Con una sacudida, Vizzer se dio cuenta de que el consejo tenía miedo. Perturbado. Incluso enojado. Vamos, Dex. Puedes hacerlo.

"Hubo una guerra, señor," dijo por fin. "Los dioses lucharon. Todos están muertos."

Todos hablaron a la vez. Pisotón gritó pidiendo silencio y el clamor disminuyó.

"Pero ¿cómo?" el rey quiso saber. "¿Cómo puede suceder algo así?"

"Los dioses tienen armas terribles, alteza. Más terrible de lo que tú o yo podemos imaginar. Han usado su poder unos contra otros y, al hacerlo, se han destruido a sí mismos."

"Pero ¿te has ido?" La voz de Fhoriu tembló.

"Para siempre," dijo Dex.

El consejo asimiló esta noticia en silencio.

"Pero ¿seguramente no todos, Dex?" dijo el rey. "Debe quedar al menos algo. ¿No dicen que los dioses pueden vivir en el espacio?"

"Así es," dijo Fhoriu emocionado. "Según el Código, los dioses pueden viajar entre las estrellas. ¡Quizá algunos quedan para recibir nuestros sacrificios!"

Bajo este asalto combinado, Dex se debilitó. Se arrodilló y enterró sus diminutos cuernos en la hierba. "Señor, soy simplemente su humilde mensajero."

"Sí, sí, Dex. Lo sé. Levántate. Responder a mi pregunta."

Dex se puso de pie. Apretó su capa sagrada como un aprendiz de torero. Incluso los dioses deben respirar aire, señor. Deben tener comida y agua, al igual que nosotros."

"¿Como sabes eso?" Preguntó Frokker bruscamente.

"He pasado los últimos cien días leyendo los datos de los dioses. Es inequívoco en este punto."

"¿Vendrían aquí?" preguntó un criador.

"¿Aquí?" Dex se sorprendió.

"Dices que necesitan agua y aire. Dices que pueden viajar entre las estrellas. ¿Por qué no los invitamos aquí? Entonces podríamos adorarlos en persona." El Criador en cuestión agitó sus cuernos a sabiendas a sus colegas, confundiéndolos con esta demostración masiva de lógica inesperada.

Dex frunció los labios. "Estamos lejos de la Tierra y sus colonias. Incluso el planeta más cercano, Nueva Granada, estaba a quinientos años luz de distancia. Por lo que tengo entendido, las comunicaciones sagradas viajan más rápido que la luz. Al instante, creo. Pero viajar en algún tipo de embarcación esa distancia sería mucho más lenta. Ningún dios nos ha visitado desde el Creador. No en miles de años. No tenemos ninguna razón para pensar que lo harán ahora. O que, para empezar, queda alguno vivo."

Vizzer interrumpió. "¿Tu conclusión, Dex?"

Dex dejó su almohadilla sagrada sobre la suave hierba, juntó los dedos y respiró hondo antes de sus últimas palabras. "Los dioses están muertos. No van a volver." Levantó las manos y las dejó caer. "Estamos solos."

"Gracias, Dex." Vizzer se puso de pie. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Forzó su sonrisa a reducirse a una mueca estrecha. Este fue su momento de triunfo. Esto era lo que había estado esperando. Debe clavar la espada y girar la hoja. "Puedes estar sentado," le dijo a su amigo, y esperó a que Dex se uniera a los demás en el césped.

"¿Comprendemos todos lo que esto significa?" preguntó. No hay necesidad de regodearse o frotarse, pensó. Declare los hechos. Hablan por sí mismos. ¿Qué otra conclusión hay?

Frokker lo agarró por la entrepierna. "No más orejas, no más Prize Box."

Vizzer se ruborizó. Cuando la risa se calmó, se volvió hacia el rey.

“Su Alteza, ¿por qué sacrificamos a nuestros más jóvenes y valientes todos los días en la arena? ¿Por qué hacemos esto? Hizo una pausa, déjelos pensar en eso. “Para ganar el favor de los dioses. Porque son dioses celosos, y nos exigen este sacrificio.”

Pisotón se rascó la nariz con la pezuña. "Vizzer," dijo, "no estoy seguro de a dónde vas con esto. ¿Qué estás tratando de...?"

Sabes tan bien como yo lo que esto significa. No se haga el tonto, señor. Por favor."

El rey extendió los cascos con burla desconcierto. “Mi Vizzer me acusa de ser tonto. Quizá le gustaría ofrecerme el consejo que me debe por su exaltado puesto.”

Vizzer se volvió hacia el resto del consejo y les suplicó con las palmas abiertas. "¿No pueden ver todos? Matamos en la arena. ¿Por qué? Para satisfacer a los dioses. Pero los dioses están muertos. ¡Muerto!" Ahora estaba frenético, con los brazos extendidos hacia los rostros fruncidos de Fhoriu, Frokker, Prinz y los demás. "Si no hay dioses, ¿para qué sirve la matanza? ¿Por qué continuamos con esta maldita carnicería?"

Senile Fhoriu parecía genuinamente confundido. “Ven ahora, Vizzer. Sabes tan bien como yo que los dioses no pueden morir.”

Cud subió a la garganta de Vizzer. “Te acabo de mostrar. Los planetas de los dioses se han ido. ¡Los dioses eran mortales, incluso como nosotros! No eran dioses. Eran hombres. ¡Seres diminutos de la mitad de nuestro tamaño!

"Eso dice el enano," gruñó Prinz, y el consejo se rió.

"No nos burlemos," dijo Tnuu, un criador sombrío junto a Prinz. Levantó un casco. “Vizzer es un sacerdote. Él no entiende. Aquellos de nosotros que hemos estado en la arena, que hemos recibido la hipoglucemia y hemos mirado el rostro del mismo dios, sabemos que es inmortal. ¿Cómo no podemos?"

Mejillas y cuernos se balanceaban hacia arriba y hacia abajo en un pesado asentimiento.

Frokker se puso de pie. "He peleado en la arena decenas de veces y nunca he visto el rostro de dios. Tampoco ninguno de los miembros de mi sindicato, que yo sepa."

"Pero tampoco recibes la droga sagrada," dijo Tnuu.

"Eso es cierto," admitió Frokker. "Pero hay algo más importante a considerar." Se irguió y señaló su cuerpo alto y delgado. "Nacimos para ser toreros. Esto es lo que hacemos. Eso es todo lo que sabemos. No puedo pensar en otra cosa que valga la pena hacer." Frokker levantó los hombros con borlas y los dejó caer. "¿Puedes?"

Vizzer imitó la postura orgullosa de Frokker y señaló su propia túnica. "Eres un gran matador. Soy un gran sacerdote. Pisotón es un gran luchador y rey ." Vizzer sostuvo su mirada a su vez. "Pero ¿no podemos ser más que eso?"

Incluso Dex parecía desconcertado por esto. "¿Como que?"

Vizzer respiró hondo. "Convertirnos en dioses nosotros mismos."

"Sacrilegio," gruñó Fhoriu, clavando su robusto bastón en la hierba. "¡Blasfemia!"

"Los dioses están muertos, Fhoriu. ¿Cómo es esa blasfemia?"

Pero el consejo no se inmutó. El momento se le estaba escapando. Estaba asombrado. ¿No pudieron ver lo que él vio? ¿La oportunidad que se cernía aquí ante ellos, esperando ser aprovechada? ¿Cómo iba a convencerlos? ¿Qué otro curso de acción posible podrían tomar?

"En lugar de matarnos unos a otros," continuó, "podemos aprender los secretos de los dioses. Domina su magia, viaja por las estrellas."

Pisotón se sopló mocos por la nariz. "Ya es suficiente, Vizzer."

"¡Pero esto lo cambia todo!" Vizzer estaba de rodillas, suplicándoles, jadeando por el calor. "¿Ninguno de ustedes puede ver? ¿Qué debemos hacer, en qué debemos convertirnos?"

El rey bramó, un sonido de tristeza. Se acabó la discusión. "Nada cambia," dijo Pisotón en voz baja. "¿Estamos de acuerdo?"

Cabezas asintieron.

"Sí."

"Absolutamente."

"La única forma."

Los hombros de Vizzer se hundieron.

Frokker se puso de pie. "Entonces, ¿podemos pedirle al rey que use su propio juicio en el futuro, en la concesión de orejas y colas?"

"Estaba a punto de sugerir lo mismo," dijo Pisotón.

"Gracias, alteza. Nosotros, los del sindicato, respetamos mucho su juicio en estos asuntos. Su decisión será en todos los casos definitiva. Aunque, por supuesto," agregó, "los instamos a que sean generosos."

Se pusieron de pie, murmurando el uno al otro y moviendo la cabeza. Dex hizo una mueca, se colocó su almohadilla sagrada debajo del brazo y trotó hacia el estadio y la cabina de control. Los Reproductores se apiñaron juntos, los cuernos se tocaron, las colas hacia afuera.

Vizzer gritó a sus espaldas: "Los dioses están muertos. ¡Muerto! ¿No entiendes lo que esto significa?"

Pisotón sostuvo un cuerno en la garganta de Vizzer. "Has dicho tu pieza. Ahora estarás en silencio. O te unirás a las vacas en la hierba amarga." La punta afilada del cuerno hizo brotar sangre. "¿Entendido?"

"Si su Alteza." Las lágrimas se mezclaron con el sudor de su mejilla.



“Nada cambia, Vizzer. Ahora no. Jamas.” Para los que aún estaban cerca, Pisotón cantó: "Sean bendecidos por el Creador."

“Y bendito seas tú también," entonaron los demás.

La reunión terminó.

# Capítulo siete

Feeh cortó el lóbulo inferior de la oreja izquierda de Vizzer. "Gran pelea hoy, ¿no?"

Vizzer se estremeció de dolor. El oído estaba entumecido, pero no lo suficiente. Habían pasado diez días desde la reunión del Consejo de rebaño. Durante ese tiempo, Píson había regalado premios en cada corrida. Hoy incluso le otorgó una cola.

"Si tú lo dices, Feeh."

El doctor se rió. Apartó trozos de oreja del hombro de Vizzer y se movió hacia el otro lado. "Simplemente no te entiendo. Debes ser el primer vizzer en la historia de Taurus que odia su trabajo."

Las nazza-blades zumbaron cerca de la cabeza de Vizzer. El hospital subterráneo estaba fresco y húmedo. "Supongo que me quedaré sin trabajo pronto."

"¿Oh sí?" Feeh se enderezó. "¿No sentirse bien? ¿Algo que quieras que mire?"

El puesto de vizzer era un nombramiento de por vida. Solo había dos formas de dejar el trabajo: muerte y resignación. Fhoriu había sido uno de los pocos en dimitir debido a su parálisis.

"No. Pero no podemos continuar así. Las cosas tienen que cambiar. Y así."

"Cambiar en Taurus." Feeh silbó. "Nunca escuché de un cambio en este lugar que fuera bueno para nadie."

"Si las cosas no cambian, entonces estamos condenados."

Feeh cortó. "Realmente crees eso, ¿no es así?"

"Por supuesto que sí."

"Tú vienes a mí, pides una cirugía. Corta esto. Quitá eso. Dobla esto. Cambia eso. ¿Por qué estás haciendo esto? Me preguntas, no es natural."

Vizzer se miró en el espejo. Feeh fue un excelente cirujano. Los cuernos habían sido los primeros en desaparecer. Luego, su mandíbula había sido alisada y acortada, su rostro aplastado más plano, estilo masculino. Feeh se había quitado grandes trozos de costillas, había aplastado el pecho y había vuelto a colocar el centro de gravedad sobre la columna vertebral; esto hizo que caminar erguido durante períodos prolongados fuera más cómodo. Su nariz había sido esculpida imitando el pico en forma de gancho de Carlos. Aún le faltaban oídos, y por eso estuvo aquí hoy.

"Estamos cerca," dijo. "Pero no del todo aún."

"Eres imposible, ¿lo sabías?" Feeh hizo un gesto detrás de él. "Tengo pacientes a los que atender, cosas de la vida real y la muerte, y aquí les estoy realizando una cirugía estética."

Detrás de él, una vaca en labor de parto dejó escapar un terrible mugido. Otra docena de vacas gestantes esperaban sus exámenes prenatales. El hospital subterráneo apeataba a sagrado antiséptico. Cerca de allí había dos sacerdotes jóvenes, preparados para bautizar al recién nacido en el nombre de Carlos.

"Solo un poco más," instó Vizzer.

"Desde que llegó esa transmisión, ha sido cortada, cortada, cortada," dijo Feeh. "¿Cuándo voy a terminar?"

Vizzer desenvolvió el talismán que estaba en su regazo. Levantó la figura para que Feeh pudiera ver. Un antiguo artesano lo había hecho con arcilla cocida y utilizó una herramienta fina para tallar profundas arrugas en la cara arrugada, cada vértebra en la curva doblada de la espalda, las motas de barba que se movían hacia los lados.

"Véalo usted mismo," dijo. "Casi estamos allí."

Feeh miró a la estatua, luego a Vizzer en el espejo. "¿De dónde diablos sacaste eso?"

"Bueno, yo..."

"¿Y estás loco?" añadió. "Las imágenes grabadas están prohibidas. Tú lo sabes."

"Cálmese. Fhoriu me lo dio."

"¿Fhoriu? ¿Ha estado senil por cuánto tiempo?"

"Es un talismán antiguo. Transmitido de vizzer en vizzer durante miles de años. Es Carlos. ¿Ver?" Le dio la vuelta al talismán y lo acercó a la luz. La mano del artesano había cortado letras en la base de la figura de arcilla: C-A-R-L-O-S. "Esta es la verdadera imagen de Dios."

El médico estudió el objeto, horrorizado en su rostro. Vizzer tuvo un momento de miedo. La pena por la posesión de tal imagen, incluso para el sumo sacerdote, era el exilio y la muerte.

Entonces Feeh se rió. "No te entiendo," dijo. "Dices que no crees en Dios. Sin embargo, quieres parecerte a uno."

Vizzer se apartó las manchas ensangrentadas de las orejas del hombro. "No importa eso," dijo. "Solo haz tu trabajo."

Feeh apagó las nazza-blades. "Mira. Te estoy haciendo un favor. No tengo que perder mi tiempo complaciéndote con esta extraña automutilación."

Vizzer se puso de pie y apretó los puños. "No es automutilación."

"¿No? ¿De qué otra forma lo llamarías?"

Vizzer respiró hondo y soltó el aire lentamente. "¿Conoces la historia de la creación, cómo Carlos nos hizo criando dioses y bestias?"

"Por supuesto. Todo ternero lo sabe."

“Muchos de nosotros somos bestias. Más bestia que hombre, o dios, si prefieres esa palabra. ¿Y por qué debería ser una bestia? Nací para ser más que eso.”

Feeh asintió y frunció los labios, como si reflexionara sobre las palabras de Vizzer. Lanzó la toalla a una mancha de sangre en la piel de Vizzer. "Ven. Mi amigo. Siéntate. Déjame terminar contigo. Entonces puedes ponerte enojado. ¿Convenido?"

Vizzer volvió a sentarse de rodillas. Las nazza-blades volvieron a hacer clic.

"Así que el chisme es correcto," dijo Feeh.

"¿Chisme? ¿Qué chismes?"

"Lo que todo el mundo está diciendo. Los dioses están muertos, ahora Vizzer quiere ser él mismo un dios."

"Es eso así." Diez días de fracaso y aquí era el hazmerreír.

Feeh se rió entre dientes. "Eso es lo que me dicen."

Vizzer podía oler a su amigo, el hedor a desinfectante, líquido amniótico, sangre. "¿Qué piensas?"

"¿Acerca de?"

Él apartó la cabeza. "Todo el mundo piensa que estoy loco. ¿Qué piensas?"

"No creo."

"Eres médico. Un sacerdote médico. Tienes una mente científica. ¿Qué te parece?"

Después de la decisión del Consejo de Rebaño, Vizzer había abierto el acceso a los archivos a todo el sacerdocio. Pisotón le había prohibido discutir la transmisión con el público en general, pero dentro de la orden sagrada, Vizzer reinaba en forma absoluta. Ningún sacerdote se atrevería a romper sus votos secretos. Los novicios se habían apiñado juntos, viendo la

implosión de planeta tras planeta. Los demás deambulaban sin rumbo fijo por los oscuros pasillos del estadio debajo del estadio, con los rostros pintados de gris por la conmoción.

Feeh cortó la parte superior de la oreja derecha de Vizzer. "He visto las imágenes. Seguro que lo he hecho."

"Entonces, ¿no es obvio?"

El médico tosió un bocado de hierba. El rumió por un momento. "Si los dioses están muertos," dijo al fin, "tal vez no fueran realmente dioses."

El gemido de la vaca resonaba contra las paredes de hormigón. La cabeza de un becerro emergió de entre sus piernas. Los sacerdotes corearon aliento a su lado.

"¿Qué significa eso?" Preguntó Vizzer.

"Bueno, si los dioses pueden morir, alguien debe haberlos creado. ¿Me entiendes?"

"¿Qué?" Vizzer se rió. "¿Crees que hay otros dioses que no conocemos? ¿Dioses dentro de los dioses?"

Feeh agitó una mano en el aire. "No sé lo que pienso. Pero solo porque un grupo de planetas a miles de años luz de distancia desaparecieron no significa que tenga que cambiar la forma en que vivo. ¿Ves lo que quiero decir?"

Vizzer se sentó sobre los talones y estudió su reflejo en el espejo. "Eso es lo más ridículo que he escuchado en toda mi vida."

El médico rumió un poco más. Haz lo que quieras. Pero estoy un poco ocupado. No es el mejor momento para rumiar contigo."

Vizzer sintió el talismán firme y frío bajo la punta de sus dedos. Había más en este mundo que apariencias. No había nacido para vivir y morir como otros. Él estaba seguro de ello. Tenía un destino. Ser más que él mismo, más

que un mutante en este planeta sobrecalentado, más que el juguete enfermo de un dios muerto hace mucho tiempo.

Piernas delgadas se empujaron desde el útero de la vaca, las articulaciones dobles agitándose mientras buscaban agarrarse al frío y áspero cemento. Una nueva generación nacida de la matanza, pensó con amargura. Nacido para morir. Nacido para sufrir. ¿Y para qué?

Él suspiró. "Solo desearía que Pisetón escuchara. No se me ocurre ninguna forma de comunicarme con él."

Feeh dio un paso atrás y estudió su trabajo. "Perdiendo el aliento allí," dijo. "Mientras sea el rey de Pisetón, nada va a cambiar."

Vizzer asintió. Eso era ciertamente cierto. Si tan solo Pisetón no fuera el rey. El pensamiento que había estado ignorando durante diez días, creciendo, hinchándose como un saco venenoso en su cerebro, finalmente estalló en toda su supurante gloria. Por un momento no pudo ni respirar ni moverse.

Le había hecho un juramento sagrado al rey. Aconsejarle como vizzer, pero también obedecerle. ¿Qué era peor: desobedecer a Pisetón o dejar que la carnicería continuara?

Tu juramento, dijo una vocecita. ¿Qué hay de eso? Un juramento ante los dioses.

Pero los dioses estaban muertos. Le debía lealtad a Pisetón, pero también a su gente. Su corazón se hundió bajo el peso de esta elección. Él suspiró. Sabía lo que debía hacer. Dex tenía razón. Fue horrible, pero necesario. Era la única forma de acabar con la violencia.

"Quédate quieto, ¿quieres?" Feeh se quejó.

Vizzer se quitó el babero manchado de sangre que tenía alrededor del cuello y se puso de pie.

Feeh puso una mano sobre su pecho. "Ve más despacio. Déjame arreglarte. " El antiséptico sagrado se untó húmedo y frío en sus lóbulos. "¿Estás enojado ahora?" Feeh quería saber.

"No. De ningún modo. Pero me has dado una idea. Te debo una —gritó desde la puerta, y salió del húmedo frescor del hospital al caldero de Taurus.



# Capítulo ocho

La debutante no era mucho más que un becerro. Ella bailó y giró sobre la colina cubierta de hierba, su túnica azul arremolinándose con hábiles movimientos de sus manos, dando destellos de sus ubres a la multitud de Reproductores debajo. Su belleza se vio empañada por una mancha de color marrón que cubría la mayor parte de su rostro.

Prinz yacía al pie del montículo, rasgando la hierba dulce con los dientes. El suyo era un lugarpreciado, con la mejor vista en la túnica de debutante. Como retador de rango al rey y heredero del sombrero, Prinz fue el primero entre iguales.

Vizzer se agachó a su lado, una mano protegiéndose los ojos para evitar ver el striptease. La pantalla le disgustó. No deseaba aparearse ni tener descendencia, y no entendía a los sacerdotes como Dex, que estaban desgarrados por ese impulso en particular. La carne era algo de lo que avergonzarse. La naturaleza cruda y brutal de la pareja resbaladiza le provocó náuseas. Era un recordatorio constante de la pobre envoltura de carne en la que estaba atrapado. No. No deseaba formar un harén. Deje que los Reproductores hagan eso. Persiguió inclinaciones más elevadas. Aquella vez con Mantz había sido más que suficiente.

Prinz levantó la cabeza. Masticó un bocado de hierba, con los ojos fijos en los pezones colgantes del becerro. Sin volver la cabeza, murmuró: "¿Qué te hace pensar que puedes lograrlo?"

Vizzer arrancó una brizna de hierba con los dedos. Lo dobló entre los dientes, saboreó la dulzura. "Los sacerdotes podemos aprovechar el poder de los dioses."

Prinz inhaló una risa. "Pensé que no creías en los dioses."

Oh, los dioses solían existir, quiso decir. Ahora no lo hacen. ¿Dónde entra la creencia en ello? Pero eso confundiría al pobre y tonto Criador.

En cambio, respondió simplemente: "No lo hago."

"Ahora te contradices."

"De ningún modo. Quiero hablar en términos que puedas entender."

Prinz tragó su bocado de hierba. "Aquí hay términos que entiendo. Tengo doscientas trece vacas en mi harén. Todos ellos son imperfectos." Hizo un gesto con sus cuernos a la debutante. "Pisotón tiene la primera elección. En sus pastos pastan siete mil cuatrocientas dieciséis vacas. Lo mejor en Taurus. El año pasado su harén produjo más de cinco mil becerros. Estos son términos que entiendo."

La vaca giró hacia el público, se acarició. Pisotón la había rechazado, sin duda por la marca de nacimiento. Su objetivo hoy era encontrar un criador en cuyos pastos pudiera pastar. De lo contrario, la enviarían al exilio. Sus dedos pellizcaron y tiraron en los lugares habituales. Los silbidos perforaron el aire.

Vizzer hizo una mueca. "Hay una manera fácil de conseguir lo que quieres," dijo a la ligera. "Todo lo que tienes que hacer es desafiar a Pisotón."

Prinz encorvó sus enormes hombros. "El rey aún es fuerte. Sería un tonto si entrara a la arena con él."

"Así que debes esperar."

"Debo esperar," acordó Prinz.

Quizá en cinco años. Diez."

Prinz asintió, no dijo nada.

"Cuando Pisotón se debilita," continuó Vizzer, con un tono de voz, "entonces puedes desafiarlo. Pero en ese tiempo tú también te debilitarás. Para entonces, otro puede haber desafiado tu lugar como heredero del sombrero." Vizzer siguió conduciendo sin piedad. "Sin mi ayuda, nunca serás rey."

Los cuernos de Prinz se inclinaron en señal de asentimiento. "Podría ser cierto."

"Te aseguro que lo es."

"No lo niego. Así que te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué te hace pensar que puedes lograrlo?"

"¿Has visto a los nuevos guardaespaldas?"

Un bufido de desprecio. Errores, todos. Un tirón de mis cuernos y están muertos."

"Es cierto que son Errores. Pero ¿has visto sus nuevas armas?"

Por encima de ellos, la debutante se quitó la túnica exterior, con los ojos solo en Prinz, pero él ya no la miraba.

"Juguetes que hacen ruido, me han dicho."

Vizzer bajó la voz. "Hacen más que ruido. Son palos de fuego que hacen agujeros."

"¿Agujeros? ¿Qué tipo de agujeros?"

"Peor que una herida sangrienta."

Prinz se volvió para encontrarse con su mirada. "¿Peor que eso?"

Vizzer asintió.

"¿Qué pasaría si Pisotón intentara detenernos?"

"No lo hará."

"Pero ¿si lo hizo?" Prinz insistió. "¿Si un criador como Pisotón, o incluso yo mismo, cargara a un guardaespaldas con un palo de fuego? ¿Qué pasaría?"

"Él te apuntaba con el palo. Tire hacia atrás de una palanca. Una pieza de metal que vuela a gran velocidad te convertiría la cabeza en papilla o te haría un agujero en el corazón."

Prinz tragó su bolo alimenticio. "Santo Carlos."

"Son armas poderosas. Más poderoso que el toro más fuerte y más grande que jamás haya existido."

El Criador rumió por un momento. Entonces, tienes la intención de matar a Pisotón.

"Oh no." Vizzer estaba horrorizado. "No lo vamos a matar. Qué idea tan espantosa."

"¿Qué otra opción hay?"

Puedo conseguir que Feeh se quite los cuernos. Entonces ya no sería un peligro para nadie."

Sin embargo, aún podía hablar. Agite a la gente contra nosotros."

Vizzer se tiró de la papada. "Así que también le cortamos la lengua. Estos son detalles. La pregunta es, ¿estás dentro o fuera?"

Prinz consideró esto. "¿Por qué yo?"

La culpa pesaba sobre sus palabras. "Si Pisotón no está dispuesto a hacer cambios a la luz de esta noticia de los dioses, entonces debería ser reemplazado."

"Pero de nuevo, ¿por qué yo? ¿Por qué no uno de los otros Reproductores?" Señaló con un cuerno por encima del hombro a los otros catorce Reproductores que estaban encorvados detrás de él. "Tienes el control de estas palos de fuego. ¿Porque no tu?"

"¿Yo?" Vizzer se rió.

Los Reproductores cercanos se quedaron mirando. Los sacerdotes no eran bienvenidos en el debut de una vaca. Solo como invitado de Prinz le habían permitido estar presente hoy.

Vizzer bajó la voz. "La manada nunca me seguiría. Tú lo sabes. Ningún sacerdote ha sido rey de Taurus. Cuando Pisetón se haya ido, serás el más fuerte. El más fuerte siempre lidera."

"Eso es cierto," dijo Prinz, y rumió. Después de un momento, preguntó: "¿Qué te hace pensar que estoy dispuesto a hacer lo que me pides?"

Vizzer levantó los hombros y los dejó caer. "Es la única forma de ser rey."

"Me estás pidiendo que cometa traición."

"Te estoy pidiendo que hagas lo correcto para Taurus."

Prinz bajó la cabeza y arrancó la hierba con los dientes. Supongamos que estoy de acuerdo. ¿Qué querrías a cambio?

La vaca ahora se balanceaba sobre su espalda, con las manos y los pies en el suelo, los cascos pateando el aire, las ubres desnudas sobre su estómago. Los otros Reproductores los ignoraron a los dos en la conversación, su atención fija en la debutante.

"Una sola cosa," dijo Vizzer.

"¿Cuál es?"

"La corrida debe terminar."

Prinz hizo girar el bolo alimenticio en su boca. "No más sacrificios."

"No más derramamiento de sangre. No más asesinatos."

"¿Y si los dioses se enojan? ¿Entonces que?"

Estuviste en el Consejo de la manada. Escuchaste el informe de Dex. Los dioses están muertos."

Prinz frunció el ceño. "Una verdadera revolución, entonces," dijo al fin. "Un cambio de todo."

"Sí, un cambio de todo." Vizzer respiró satisfecho. "Ya no seremos esclavos de dioses falsos."

Prinz frunció el ceño. "Pero si los dioses están muertos y nuestros sacrificios de sangre no tienen sentido, entonces, ¿cuál es el sentido de nuestra existencia? ¿Por qué estamos aquí? Cual es nuestro proposito? ¿Que hacemos ahora?"

"¡Si!" Vizzer gritó, ignorando las miradas sucias de los otros Reproductores. "¡Tú entiendes! Estas son las preguntas a las que todos necesitarán una respuesta. Aquí es donde dejarás tu huella."

"¿Mi marca? ¿Qué quieres decir?"

"Serás el rey pionero que condujo a su pueblo desde la era del sacrificio sangriento y la religión ignorante a un futuro construido sobre la razón."

"Pero no sé cómo hacer eso," objetó Prinz. "Las viejas formas son todo lo que sé."

"Puedo guiarte, si lo deseas. Ese es el papel de un vizzer."

El Criador arrugó la cara. "Me parece que lo que quieres no es un rey. Es una marioneta."

"De lo contrario. Tendrás la mayor responsabilidad de cualquier rey que haya vivido. Diseñar una nueva forma de vida. Para todos los que estamos aquí en Taurus."

"¿Qué tienes en mente?"

Vizzer se arrodilló y apretó los puños bajo la nariz de Prinz. "Como le dije al consejo. ¿Por qué no deberíamos convertirnos en dioses nosotros mismos?"

Prinz resopló. "¿Cómo es eso posible?"

“Con el conocimiento que los dioses nos han dejado. De los datos de respaldo. Seremos los nuevos amos del universo.” Vizzer se golpeó el pecho de bovino con el puño cerrado. “No rezaremos a un Creador. Nosotros mismos nos convertiremos en Creadores.”

Prinz rumió. “¿De verdad crees que podemos llegar a ser como los santos?”

Vizzer se agachó, dispuesto a saltar triunfante. “Sí. Absolutamente.”

“¿Como hacemos eso?”

Marcó los escalones con las puntas de sus dedos regordetes. “Primero, debemos continuar nuestra investigación de los datos que los dioses nos han enviado. Debemos aprender a cultivar a Taurus. Domesticar los duraderos del sur. Construye ciudades. Tal vez incluso algún día dejar este planeta, viajar entre las estrellas como lo hicieron los dioses mismos.”

“Tienes una gran visión, Vizzer. Estoy impresionado.”

“Gracias.”

Prinz asintió. “Así será.”

Vizzer inclinó la cabeza hacia abajo. “Muy bien, alteza.”

# Capítulo nueve

Prinz decidió no reclamar a la vaca con la túnica azul. Deje que uno de los otros Reproductores se la lleve, o habría un desafío en los arenales, y él no estaba de humor. Lo mejor es guardar sus energías para una vaca por la que valga la pena luchar. Además, la marca de nacimiento era desagradable.

La mayoría de las vacas que tenía a su disposición eran desagradables. Las sobras de Pisotón. El rey se quedó con lo mejor. Prinz haría lo mismo si fuera rey. Corrección: cuando era rey.

Aún así, el striptease lo había excitado, y ahora, mientras se deslizaba hacia su esposa número uno, agarrándola por los flancos con sus cascos, se preguntó si Vizzer sería capaz de lograrlo. El sacerdote era demasiado aprensivo. Su renuencia a matar a Pisotón, por ejemplo. Ningún rey podría sobrevivir a un golpe.

Más importante aún, ¿Carlos se enfadaría con él si terminaba la corrida? Estaba bastante seguro de que era una mala idea. A diferencia de Vizzer, había visto el rostro de dios. Sabía lo que no sabía el sumo sacerdote. La droga sagrada aflojó el sello entre este mundo y el siguiente. Y lo que había visto, con solo pensarlo, le dio ganas de humillarse y maravillarse. No. No había ningún delito en traicionar al sacerdote. Pero ¿realmente detener las peleas? No estaba preparado para ir allí. De todos modos, no por mucho tiempo.

"¡Prinz!" una voz gritó. "¡Criador Prinz, debo hablar contigo!"

Un sacerdote que no conocía estaba discutiendo con el nuevo guardaespaldas. Vizzer había insistido en que un error lo acompañara en todo momento. Los otros toros ya se estaban riendo de eso. ¿Un criador, el propio heredero del sombrero, defendido por un error? Se empujó más rápido hacia la vaca, sus labios apretados en un ceño fruncido. Dejarían de reír cuando él fuera rey.



"El criador Prinz está ocupado," dijo el guardaespaldas, y golpeó la culata de su rifle en el estómago del sacerdote. Interesante, pensó Prinz. Error sabe más de lo que deja ver.

El sacerdote se dobló. "Necesito hablar con Prinz," chilló. "Es urgente."

"Nadie se acerca." Un ruido de clic-clac.

Vizzer le había enseñado un palo de fuego y le había explicado lo que hacía. El guardaespaldas acababa de pasar una ronda. Quizá podría ver una espada voladora en acción.

"Ya sabes cómo funcionan estas cosas," le dijo el guardaespaldas al sacerdote.

La vaca le devolvió el aire, compitiendo por su atención. Abrió la boca para proferir una maldición, decirles a los dos que se callaran, cuando el sacerdote dijo: "Vizzer me envió."

El guardaespaldas se animó. "¿Él hizo?"

"Sí."

"¿Cual es la contraseña?"

"¿Contraseña?"

El guardaespaldas gritó un susurro: "La palabra secreta."

El sacerdote negó con la cabeza. "Él estaba en un apuro. Solo dijo que te dijera que me dejes pasar."

El guardia volvió a golpear al sacerdote en el estómago con su rifle. "Seguir. Sal de aquí."

Ya basta de esa interrupción, pensó Prinz. Volvió a bombear y la vaca gimió. Una serie de ruidos fuertes entrecortados lo sobresaltaron, casi lo hicieron perder su semilla.

"¡Detener!" gritó el guardia, apuntando con el arma al sacerdote. "¡Detente o te apuñalaré con una espada voladora!"

El sacerdote se detuvo, a menos de cinco metros, jadeando, con las manos en el aire. "¡Criador Prinz! Dile que no me mate. ¡Debo hablar contigo!"

Prinz ralentizó sus golpes. "Estoy un poco ocupado en este momento."

La vaca lo miró y dijo irritada: "¿No puede esperar hasta que terminemos?"

"No, no puede," dijo el sacerdote.

Prinz se empujó y lo mantuvo allí. "¿Bien?"

"Conozco tus planes con Vizzer," dijo el sacerdote. "Es un error. Por favor. Escúchame."

El guardaespaldas se acercó trotando, cojeando, con el arma apuntando al vientre del sacerdote.

"Está bien," dijo Prinz. Déjalo quedarse.

El Error se inclinó. "Como desees, Criador Prinz." Se volvió y regresó a su puesto.

"Este es Vero, por cierto," dijo Prinz, señalando a la vaca.

"Encantado de conocerte." Ella extendió una mano. Tenía solo cuatro dedos. El sacerdote le besó las yemas de los dedos, una bendición tradicional para la fertilidad.

"Oh. Sí. Por supuesto." El sacerdote se secó los labios con el dorso de la mano. "Soy Rutt. Un sacerdote."

Y un novato, pensó Prinz, examinando la túnica gris. Reanudó sus caricias. "¿Entonces Vizzer te habló de sus... planes?"

"Se lo dijo a todos los sacerdotes."

Prinz frunció el ceño. "¿Por qué tendría que hacer eso? Hay cientos de sacerdotes en Taurus. ¿Es realmente tan estúpido?"

"Necesita nuestro apoyo si quiere llevar a cabo una revolución." Rutt hizo una mueca. "Él piensa que todos queremos un cambio drástico."

"Y tú, lo tomo, no."

"No. Yo no." La mirada de Rutt se desvió hacia la carnosa unión de las dos bestias. "De alguna manera, no creo que tú tampoco."

La vaca se estremeció y dejó escapar un largo mugido orgásmico.

"Quizá sí, quizá no." El sudor perlaba la frente de Prinz. "¿Qué piensan los demás?" Su embestida aumentó en ritmo.

"La mayoría está en shock con la noticia. Han sido sacerdotes toda su vida. No quieren que las cosas cambien."

"¿Y qué quieres?" La respiración de Prinz se convirtió en jadeos calientes. "¿Por qué vienes a mí?"

"Porque Vizzer te va a traicionar."

Un ladrido agudo de risa. "¿Y cómo hará eso?"

"Se deshará de Pisotón. Te convertirás en rey. Pero si no está de acuerdo con él, ¿alguno de los cambios que hace? ¡Maricón! Te has ido."

Los palos de fuego. Carlos, maldito sea. Rutt tenía razón. Una idea se formó en el fondo de su mente. Juegas tonto.

"Vizzer es solo un pequeño enano. ¿Cómo hará eso?"

"Él tiene las armas..."

"¿El qué?"

“Los palos de fuego. Lo que llamamos armas. Y que tienes ¿Un par de cuernos?”

Prinz se estrelló contra su pareja. "Lo bastante grande como para matarte."

“Pero con las armas, Vizzer puede gobernar a todos. Los cuernos ya no son el arma más peligrosa de Taurus. ¿No ves? Vizzer puede darte órdenes cuando lo desees y no hay nada que puedas hacer para detenerlo."

Con un gruñido y un grito salvaje, Prinz se acercó, bombeando húmedamente contra la exhausta vaca. Descansó un momento sobre su espalda, luego se deslizó fuera de ella con un resbaladizo plop. Le dio una palmada en los flancos. Ve a pastar un poco, cariño. Tengo negocios para hablar." A Rutt le dijo: "Camina conmigo."

Los sacerdotes consideraban que la mayoría de los Reproductores eran blandos de cabeza. Demasiadas conmociones cerebrales. Prinz puso su mirada aturdida. "Tal vez los cambios que quiere no sean tan malos."

Rutt bailó junto a él, tratando de mantener el ritmo. “¿De verdad crees que Taurus lo tolerará? Habrá guerra civil. Debe ser detenido."

"¿Qué estas sugiriendo?"

“Vizzer puede controlarte porque controla el suministro de armas. Sin alguien adentro que te ayude, estás jodido."

"Y supongo que eres esa persona."

"Sí. Puedo conseguirle todas las armas que necesita."

Parezca aburrido. Prinz se detuvo, perezosamente arrancó la dulce hierba. “¿Entonces por qué vienes a mí? ¿Por qué no ir a Pisetón?”

"Porque creo que es hora de que Taurus tenga un nuevo vizzer, así como un nuevo rey."

Prinz se permitió una sonrisa. "¿A quién tienes en mente?"

"Tú serás rey y yo seré tu vizzer."

La elección estaba en deuda con Vizzer y las nuevas formas, o este enano y las viejas formas. Él frunció el ceño. De cualquier manera, tenía una obligación con un sacerdote. Pero Carlos preferiría a Rutt y las viejas costumbres, y Prinz no deseaba enfadar a los dioses.

"Pero ¿qué hay de los guardaespaldas?" Preguntó Prinz. "No se trata solo de armas, sino de cruces con manos y dedos que pueden usarlas." Levantó un casco e indicó la cicatriz en su codo donde le habían cortado el antebrazo en la arena.

"Bueno," dijo Rutt, "los guardaespaldas son leales a Vizzer, ¿verdad?"

"Exactamente mi punto."

"Pero ¿por qué son leales a Vizzer?"

Tonto. Tonto. Espere. En realidad, no tenía ni idea. "No lo sé."

"Porque les ha dado estatus. El respeto."

Prinz negó con la cabeza. "Aún no veo."

"Hay algo que los Errores quieren incluso más que respeto."

"¿Que es eso?"

El novicio se inclinó y le susurró al oído a Prinz.

¡Por la barba de Carlos! Eso está prohibido."

"Todos iguales."

Prinz se rió de repente. "Supongo que eso tiene sentido. Pero no puedo imaginar que una vaca escoja voluntariamente aparearse con un Error."

Rutt señaló con una mano a las vacas que pastaban cerca.

"¡Pero son mi harén!"

El sacerdote se encogió de hombros. "Cuando seas rey, elegirás primero a todas las vírgenes de Taurus. Tu nuevo harén superará a los de todos los demás. Tu viejo harén es un pequeño precio a pagar, ¿no es así?"

Prinz frunció las cejas sobre su ancha nariz, fingiendo disgusto. "Pero es irritante. Dejar que un montón de errores llene de semillas a mis vacas. Imagínese la monstruosa descendencia. ¿No podemos simplemente quitarles las armas?"

Las diminutas fosas nasales de Rutt se dilataron de frustración. "No es solo una cuestión de armas. Es una cuestión de balas."

"¿Balas?"

"Las espadas voladoras que hacen los agujeros."

"¿Que hay de ellos?"

"Solo puedes usarlos una vez. Y cuando se van, se van. Por eso me necesitas."

"Y los guardaespaldas para usarlos."

"¿Lo ves?"

Prinz rumió. "Pero para dar acceso a Mistakes a mis vacas... ¿No hay otra forma?"

"¿Como que?"

"Los novillos aún tienen brazos y piernas."

El sacerdote se acercaba a la exasperación. Alivia un poco a los tontos, decidió Prinz.

"¿Estas loco?" Dijo Rutt. "¿Recuerdas cómo eras antes de pasar por la arena? Se volverían locos y matarían a todos solo para llegar a tu harén."

Prinz asintió. Los toros jóvenes apenas podían esperar para pelear, estaban tan frenéticos de lujuria. “Un buen punto. Pero ¿y los sacerdotes? Aún tienes tus brazos y manos. Dijiste que había otros que se sentían como tú. ¿No podrías crear un guardaespaldas compuesto por sacerdotes?”

“Quieres seguidores tontos que estén agradecidos por cualquier basura que les arrojes. No sacerdotes bien educados que conozcan todos los santos secretos. ¿O de qué otra manera puedes estar seguro de que te obedecerán?”

"Punto a favor. ¿Entonces, cuál es tu plan?"

Rutt bajó la voz, aunque no había nadie al alcance del oído. “Vizzer tendrá su golpe. Acepta todo lo que te diga. Te conviertes en rey. Tu primera orden es desterrar a Písotón y Vizzer a la hierba amarga y convertirme en tu vizzer en su lugar.”

"¿Y a cambio?"

"Te garantizo un suministro constante de balas, que, repito, solo un sacerdote puede proporcionarte."

"¿Algún sacerdote?"

Rutt sonrió y tocó algo debajo de su túnica. "Cualquier sacerdote que tenga acceso al palco sagrado."

"¿Cuanto es eso?"

Rutt sonrió. "Dos."

"¿Vizzer y... tú?"

"Muy bien."

Prinz pateó el suelo y trotó alrededor de Rutt en un círculo atronador durante cinco minutos completos. Esta era su oportunidad de ser rey. Puede que no tenga otro. Si se negaba, sin duda Rutt encontraría a otro Criador dispuesto a cumplir sus órdenes. Como Tnuu. Quién exigiría no solo la

muerte de Pisotón, sino la suya propia. Entonces. Conviértete en rey y vive, declina y muere. No hay competencia allí.

Más concretamente, Rutt no blasfemó contra los dioses. Convertirse en rey sólo para enfurecer al propio Carlos... bueno, Prinz había contemplado el rostro de dios. No querría ver a Carlos enojado.

Pero el enano lo estaba obligando a actuar. Eso no le gustó. Haciéndolo bailar como una marioneta. Él seguiría el juego. Por ahora. Redujo la velocidad y se detuvo junto al sacerdote. Bajó la cabeza y arrancó un bocado de hierba.

En voz alta y estridente, el sacerdote preguntó: "¿Tenemos un trato?"



# Capítulo 10

Las Grandes Puertas temblaron, bloqueadas por primera vez en la historia de Taurus. Era la hora de la corrida, pero el estadio resonaba vacío detrás de Vizzer. Ningún perverso lascivo profanó la arena con su ansia de muerte. Su corazón latía jubiloso; la euforia envió su alma cantando al cielo oscurecido. Hoy comenzó una nueva era en la historia de Taurus. Ya no se vería obligado a gritar: "¡Que haya sangre!" De ahora en adelante gritaría la buena nueva en cada prado, la proclamaría a los cielos: "¡Hágase la vida!"

Un gruñido regio penetró desde afuera. "¡Como Rey de la Manada, te ordeno que abras la puerta!"

Dex le había advertido por radio desde la cabina de control. "Ahí viene. La multitud lo está dejando pasar. Voy directo a ti."

Los guardaespaldas de Vizzer estaban apoyados contra la puerta, sus armas preparadas, los rostros parpadeando entre resolución y miedo. Un fuerte golpe les endureció la columna vertebral. Las puertas con barrotes crujieron, se abultaron, arrojaron astillas, pero resistieron. Con medio metro de grosor y veinte metros de alto, las puertas ceremoniales nunca habían sido probadas contra un atacante decidido. Sostener. Carlos, maldito seas, espera. Por unos minutos más, al menos.

Vizzer había permanecido allí durante más de una hora, mirando a través del hueco de las puertas, viendo llegar a los espectadores. Cincuenta mil cruces se arremolinaban afuera. La risa y la confusión se extendieron entre la multitud como olas. Presionó la oreja contra el hueco, ansioso por conocer su estado de ánimo.

"Los dioses se enojarán," dijo uno. "Nos castigarán. Ha pasado la hora. ¿Ves cómo incluso ahora el disco de la oscuridad bendice la arena? La sangre debe ser derramada antes de que parta."

"Debemos hacer algo." Una voz más vieja y afilada ahora. "Cuidado con los rayos. El relámpago vendrá y nos dejará a todos muertos."

"¿Relámpago?" suplicó una voz más joven. "¿Qué rayo?"

Vizzer había escuchado la historia antes. Pura vaca, pensó, con la oreja en el hueco de la puerta. Bueno para asustar a los terneros, nada más.

"En la época de nuestros antepasados," continuó la voz aguda, "un rey rebelde se negó a celebrar la corrida. Su hijo favorito debía pelear. ¿Y sabéis lo que le pasó a él, mis jóvenes terneros? ¿Vos si?"

"¡Cuéntanos, cuéntanos!"

"El Creador mismo apareció, cubierto de oro, escupiendo rayos de sus ojos."

"No."

"Sí." Una risa. Hizo matar al rey con un rayo de su fuego celeste. Desde entonces, ningún rey ha dejado de sacrificar a los dioses."

Las Puertas se doblaron de nuevo, un feroz asalto, seguido por el grito gutural de Pisotón, "¡Abre las puertas! ¡El rey lo ordena!"

La oscuridad se arrastró por la arena. Llegó a las Grandes Puertas. Bajó la temperatura. Los nerviosos Mistakes tocaron sus armas y lanzaron miradas preocupadas al disco negro que tapaba el sol. Glit tembló a su lado. Pobre cosa. Vizzer les había explicado de antemano lo que iba a suceder. Se habían mostrado reacios y acordaron estar al lado de Vizzer solo cuando él les explicó que la edad de oro de Taurus se extendía ante ellos, y que serían contados entre los grandes cuando se escribieran los libros de historia. Puso una mano sobre el hombro deformado del anciano Error.

"¿Estás listo?" Preguntó Vizzer, apenas audible por encima de los gritos de la multitud afuera.

El guardaespaldas movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo, evitando su mirada.

Impar. Deben ser nervios. Vizzer se llevó las manos a la boca: "¡Abre las puertas!"

Dos de los guardias estaban apostados veinte filas en las gradas de piedra, a ambos lados de las Grandes Puertas. Uno empujó, otro tiró, y la barra pesada se movió lentamente hacia los lados, hasta que un extremo se estrelló contra el suelo.

De repente, la puerta se abrió unos metros, derribando a dos de los guardias. La monstruosa forma del propio Pisotón llenó la puerta, con los cuernos incrustados en la barrera de madera. En las llanuras de más allá, cincuenta mil cruces agitaban sus cascos y cantaban: "¡Cor-ri-da! ¡Cor-ri-da! ¡Cor-ri-da!"

Con un bufido salvaje, el rey arrancó los cuernos del bosque. Estaba medio en la oscuridad, medio en la luz: la cabeza oscurecida por el eclipse de la arena, la cola agitándose en los ardientes rayos rojos detrás de él.

"Vizzer," gruñó, y pateó el suelo. "Has ido demasiado lejos. Hoy mueres."

—Señor —dijo, y se inclinó hasta la cintura—, esta es su última oportunidad. La gente merece saber la verdad."

"Eres un tonto." Pisotón cargó. Sus enormes cuernos golpeaban el aire donde había estado Vizzer. La cabeza del rey se levantó de asombro.

Desde tres metros en el aire, Vizzer miró la ancha espalda de Pisotón. El cinturón de levitación había sido un verdadero hallazgo. Dex lo había descubierto en los datos de respaldo, y había rezado al conversor de materia para que lo hiciera uno.

"Lo siento, alteza. No me has dejado otra opción." Tocó un botón en su cintura y flotó a través del espacio en las puertas.

Al ver a Vizzer volando por encima, el cántico de la multitud se desintegró en tibios fragmentos. Los puños se aflojaron. Las mandíbulas flojas lo miraron boquiabiertas de terror. Fue un buen toque, pensó. Un pequeño extra para llevar el punto a casa.

Subió el volumen del micrófono que colgaba de su oído. “¡Gente de Taurus! ¡Escucha mis palabras!” Oradores ocultos proyectaban su voz hasta el borde mismo de la multitud.

Un murmullo confuso se extendió por la multitud.

“Los dioses nos han enviado un mensaje. ¡Prestar atención!” Hizo una pausa para permitirles digerir sus palabras.

Susurros confusos silbaron abajo. “¿Los dioses? ¿Un mensaje? ¿Cómo? ¿Que dijeron?”

“¡Vizzer!” Gritó Pisetón, su gran voz era un débil balido en comparación con el discurso amplificado de Vizzer. “¡Detenlo!” le ordenó al guardaespaldas. ¡Bájalo de allí!

Vizzer se llevó las manos por encima de la cabeza, señal para que Dex comenzara a reproducir. Una enorme esfera azul apareció en el aire sobre las Grandes Puertas. Muchos se postraron en el suelo.

“¡Mirad!” gritó triunfante en la verdad. “El lugar de nacimiento de los dioses: ¡la Tierra!”

Una vez más, el planeta aguamarina se encogió sobre sí mismo y desapareció. Miró a su rebaño, preparado para gritos de alegría. Sus brazos aún se movían por encima de su cabeza. El sudor le corría por las mejillas.

“Mátalo, maldita sea, usa tus espadas voladoras!” gritó el rey.

Pero los guardaespaldas ignoraron las órdenes desesperadas de Pisetón y miraron a Vizzer como en estado de shock.

La voz de Vizzer resonó sobre el tumultuoso zumbido y latido de la multitud. “El mensaje final de los dioses es este: están muertos. Todos ellos. Se han matado unos a otros en una gran guerra. Repito: ¡los dioses están muertos!”

“¡Vizzer!” Pisetón gritó, ahora histérico.

Vizzer se volvió en el aire y lanzó un brazo en dirección al rey. "Rey Píotón," continuó razonablemente, "¿reconoces esta verdad?"

"¡Nunca!" el rey gimió. "¡Vizzer, no sabes lo que haces!"

"¿Por qué," se dirigió a la multitud, un dedo didáctico raspando el cielo, "sacrificamos a nuestros jóvenes en la arena?" Hizo una pausa y luego respondió a su propia pregunta. "Para complacer a los dioses. Pero ahora los dioses están muertos." Una sonrisa se extendió por el rostro de Vizzer y dio el remate. "¡A partir de este día, en lugar de la muerte, celebramos la vida!" Abajo, rostros holgados lo miraban maravillados. "Rey Píotón, ¿pondrás fin al sacrificio de sangre?"

"Preferiría morir antes que desobedecer a los dioses."

Vizzer suspiró y frunció los labios. "Tenía miedo de que dijeras eso." Miró a la multitud y fijó los ojos en las nubes distantes. "Solo hay una alternativa. El rey debe ser reemplazado." Un golpe de metal contra la carne. Los guardaespaldas apuntaron a Píotón con sus armas y le robaron centímetro de la cabeza del rey.

"¿Qué demonios es esto?" Preguntó Píotón, estudiando los cañones de las armas y los errores que las tenían. "¿Qué está pasando? ¿Quién te dijo que hicieras esto? Sus cascos danzaron una rabieta petulante. "¿Vizzer? ¿Fue idea tuya? A los guardias: "Bájelo de allí. ¡Tira de tus palancas!" Gritó: "¡Obedece a tu rey!"

Como en respuesta, Prinz atravesó la puerta. Estaba de pie en la oscuridad, detrás de los guardaespaldas, invisible para la multitud. Su voz no estaba amplificadas, a pesar del micrófono que Vizzer le había dado antes.

"Los días de tu reinado han terminado," anunció en un tono monótono, la forma en que podrías hablar del clima. "Los días míos acaban de comenzar."

Píotón soltó un bufido de burla. "¿Te atreves a desafiarme?"

Prinz rumió ociosamente. "No hay necesidad."

“Ya veo,” dijo el rey. Demasiado amarillo para desafiarme, así que me traicionas. Tú y Vizzer.” Gritó a los pies de Vizzer: “¡Cobarde traidor! ¿Qué hay de tu juramento?”

Su juramento. No lo había olvidado. Vizzer se lo explicaría a Pisotón más tarde. Quería que él entendiera. Su lealtad fue lo primero para la gente.

“Lo siento, alteza, pero...”

Los disparos borraron las palabras de sus labios. La cabeza de Pisotón explotó en una lluvia de sesos y huesos. Un cuerno giró en el aire y se enterró en la hierba. El otro cayó al suelo, colgando de una larga tira de carne.

Silencio.

La masa pulposa de lo que quedaba de la cabeza de Pisotón brotó sangre. Los monstruosos hombros del rey se hundieron. Dio dos pasos a la derecha, uno hacia atrás y cayó al suelo. Una pata trasera se movió y se estremeció, se apuñaló a sí misma como si estuviera de puntillas y se quedó quieta.

Gruesas oleadas de náuseas se abrieron paso a través de los cuatro estómagos de Vizzer. Los olores de sangre caliente y cerebros enfriados se abrieron paso en sus pulmones, acusándolo, llamándolo desleal, traidor, no amigo. Su juramento era sagrado, aunque el dios al que juró era falso. Esta no era la manera de que el rey terminara.

“El escroto peludo de Carlos, ¿qué estás haciendo?” le gritó a Glit. “¡No se suponía que debías matarlo!”

Debajo de él, en todas direcciones, las vacas lloraban, los toros jóvenes se arrancaban el pelo de la cabeza y rechinaban los dientes. Estallaron peleas espontáneas, los cuernos chocaron juntos, hasta que una voz solitaria gritó: “¡Asesinos!” Se corrió la voz, una llamarada de indignación e ira, y la multitud se empujó hacia adelante, gruñendo maldiciones.

La primera oleada de enjambre de confusión chocó contra los guardaespaldas. Manos aferradas a sus armas. Glit levantó su palo de fuego

y disparó una larga ráfaga sobre la cabeza de la multitud, a centímetros de donde levitaba Vizzer.

"¡Oye!" le gritó al guardaespaldas. "¡Cuidado!" Pero su voz amplificadora fue ahogada por el tumulto de abajo.

La multitud gritó y se convulsionó, los que estaban en las primeras filas lucharon por retirarse mientras los que estaban detrás de ellos se lanzaron hacia adelante, una masa sin sentido de furia y terror.

Vizzer subió el volumen de su micrófono. "¡Estate calmado! ¡Por favor!" Levantó los brazos al cielo en una bendición.

El sonido de los disparos lo interrumpió. Se dio la vuelta en el aire a tiempo para ver a los guardaespaldas apretando los gatillos, luchando por sostener sus armas mientras las balas atravesaban a la multitud. El ruido fue una carcajada horrible, pronto intercalada con gritos de angustia cuando decenas de miles salieron en estampida del estadio, esparciendo cuerpos doblados y rotos a su paso.

"¡Detener!" Vizzer gritó. "¡Carlos, maldito seas, para! ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás haciendo esto?" Luego otra vez, "Por favor, ¿qué estás haciendo?"

El fuego cesó cuando se acabaron las balas. La turba se dispersó por la llanura. Debajo de él, una vaca preñada yacía de lado. La sangre se acumuló bajo su cola. El hocico de un becerro por nacer asomó por un agujero en su vientre. Agarró su cabeza inmóvil, gruñendo de dolor y angustia. Al otro lado del campo de batalla, un par de terneros jóvenes tropezaron con la carnicería, llamando a su mamá.

Los gritos de los heridos contrastaban con los gemidos de los moribundos. Trató de contarlos todos. Cientos yacían esparcidos por los pastos, huellas ensangrentadas cubriendo la dulce y verde hierba. Feeh caminaba de cuerpo a cuerpo, sin demorarse mucho. De donde había venido? Vizzer se preguntó, en estado de shock. Observó al médico agacharse, inclinarse sobre la vaca herida. Sacudió la cabeza y continuó su sombrío recorrido. Los que estaban muertos no requirieron tratamiento. Aquellos que pudieron

alejarse lo habían hecho. Y había muy pocos en ese malvado campo de batalla, sabía demasiado bien, a quienes la medicina de Feeh podría salvar.

Vizzer se dio cuenta de que aún estaba flotando. Una nube de pólvora le rodeó la cabeza y le hizo toser. Apretó un botón y se hundió lentamente en el suelo. El toque de la gravedad lo empujó a sus rodillas. Cayó hacia adelante, con los dedos hundidos en la hierba pegajosa y ensangrentada.

Una sombra acechaba en su rostro. "Bueno," dijo Feeh. "No más muerte. Eso es lo que querías, ¿verdad?"

Vizzer bajó la cabeza. ¿Qué había hecho? El horror se apoderó de sus entrañas. No pudo contenerlo más, y el vómito brotó de los cuatro estómagos, y vomitó hasta que arcadas secas sacudieron su cuerpo delgado. Se secó la boca con la manga de su bata.

"No se suponía que fuera así."

"¿Que esperabas? ¿Asesinar al rey y a nadie le va a importar?"

"¡No se suponía que lo mataran!"

Pero Feeh se había ido, agachándose y cloqueando mientras continuaba su triaje en el campo de batalla.

Vizzer se puso de pie, su equilibrio era inestable. El humo subía por las bocas de los tubos negros. Los guardaespaldas miraron a su alrededor con asombro. El cuerpo sin vida de Pisotón babeaba los sesos sobre la hierba ensangrentada, que ya se secaba al sol.

Levantando los pies a la altura de la rodilla, pisoteó a través de la pegajosidad hasta donde estaba Glit. Agarró el arma del guardaespaldas de sus manos que no protestaban y la arrojó a un lado. Gritó ante el error: "¿Te dije que dispararas?" Agarró a Glit y lo sacudió. "¡Respóndeme!" Le dio una bofetada en la cara. El guardaespaldas se negó a mirarlo.

"Le dije que disparara," dijo Prinz con calma.



"¿Usted?" Dio un paso adelante, se detuvo. El Criador lo miró fijamente. Vizzer estaba fuera del alcance de la bocina. Los otros guardaespaldas tenían las armas preparadas.

Detrás de él, un gemido familiar hizo que la columna de Vizzer se enderezara.

"Vizzer," jadeó la voz. "¿Qué has hecho?"

Vizzer se volvió. El cráneo mutilado luchó por formar palabras. Los cerebros se filtraban por los grandes agujeros. Se arrodilló y tocó la mejilla del rey, como si temiera una descarga eléctrica. El aliento caliente del rey le acarició las yemas de los dedos. Un casco tembló.

"No se suponía que fuera así," dijo Vizzer. Golpeó con los puños el flanco del rey. "Maldito seas, ¿por qué no me escuchas?"

Pisotón luchó por respirar. Las burbujas rojas silbaron y estallaron entre sus costillas. "Que los dioses... te perdonen," dijo al fin.

"Señor, yo..."

Pero el burbujeo se detuvo, el cuerpo tembloroso quedó flácido. El rey estaba muerto.

Se puso de pie y pateó el cadáver aún caliente. "¡No hay dioses fornicarios! ¿Me escuchas?" gritó al enfriar el trozo de carne. "¡Respóndeme!"

Vizzer miró a su alrededor, a Prinz impasible en la oscuridad del eclipse. No había viento y el fuerte olor a humo se cernía sobre ellos en un enjambre contaminado. Su alma se llenó de horror.

"Están todos muertos," logró finalmente.

Prinz dio un paso adelante. "Sí, están muertos. Pero murieron para que el resto de nosotros podamos vivir. Hoy termina la corrida. Termina el sacrificio de sangre. Hoy amanece un nuevo día en la vida de Taurus."

Vizzer abrió la boca. No salió ninguna palabra y volvió a cerrarla. ¿Era este el precio que tenía que pagar? Para detener el asesinato, ¿tenía que matar? ¿Para poner fin al derramamiento de sangre de inocentes, cientos de inocentes tenían que morir? La contradicción le hizo girar la cabeza en convulsiones de horror y odio.

¿Qué opción tenía? Apoyar la matanza significaba influir en la configuración del nuevo mundo, el futuro que deseaba crear para su pueblo. Rechazar lo que había hecho Prinz, condenar al nuevo rey como se merecía, Vizzer simplemente terminaría como los demás, un lío pegajoso bajo el sol ardiente.

Lo habían golpeado. Prinz guardaría sin piedad su poder. Por eso había matado a Pison. Vizzer debería haberlo visto antes. Ningún rey podía dejar vivir a su predecesor. Y la masacre... eso fue un accidente. Él también podía ver eso. Fue lamentable. Fue terrible. Pero todo había terminado, y no había nada que pudiera hacer para corregirlo.

"¿Bien, Vizzer?" Prinz dijo suavemente, desde su lugar en la oscuridad.

Una vez más, Vizzer cayó de rodillas. "Todos saluden a Prinz, rey de Taurus." Las palabras salieron como un grito ahogado. "Larga vida."

# Capítulo 11

Rutt se bajó los auriculares con disgusto. Así que por eso Prinz lo quería aquí, escondido a salvo en la cabina de control. Había visto a Glit disparar al aire, deliberadamente perdiendo a Vizzer. Escuché a Prinz adular a ese monstruo de sumo sacerdote, respaldar sus ridículas ideas. Gritó cuando Vizzer se arrodilló y proclamó su amor por Prinz. ¡Bollocks de Carlos! Todo iba mal.

Una mano le acarició el hombro. Dex dijo: "Lamento que tuvieras que ver eso."

Él se apartó. "¿Qué? Oh."

La carnicería se extendió a través de una docena de pantallas de pared. Dex probablemente pensó que estaba teniendo problemas para lidiar con toda la sangre.

La mano lo consoló de nuevo, como si fuera un niño. "Un precio terrible a pagar."

Rutt sonrió al sacerdote mayor y le dio unas palmaditas en la mano. Catalogó mentalmente el orden preciso en el que destriparía a Dex cuando llegara el momento. "Gracias Carlos, estabas aquí para consolarme," dijo.

"No hay problema." Dex le apretó el hombro. "Eso es para lo que estoy aquí."

Idiota.

Se puso de pie, se cubrió los ojos, tembló en sollozos falsos.

"Oye, ¿estás bien?"

Rutt salió corriendo de la habitación y cargó hacia la oscuridad. Parpadeó, dejó que sus ojos se adaptaran. Detrás de él, la puerta se cerró de golpe. El

Trono del Creador estaba vacío a un lado. Sus pasos resonaban en el estadio vacío. Un rayo de luz apareció cerca de las Puertas. El eclipse se estaba yendo.

Ahora para encontrar esa pieza de doble cruce de Prinz.

Rutt lo encontró en el campo ensangrentado, supervisando la eliminación de los caídos. Los sacerdotes arrastraban los cadáveres, arrastrando sus cargas a través de la hierba viscosa y cubierta de rojo.

Mientras se acercaba al nuevo rey, el balido senil de Fhoriu llenó el aire.."no están santificados," estaba diciendo. "No se puede utilizar el Burial Mound para este propósito."

"Puedo y lo haré." Prinz vio a Rutt. "Es más," continuó a Fhoriu, "Vizzer está de acuerdo en este punto."

Dos de las esposas más jóvenes de Pisotón acariciaron los flancos de Prinz. Criaturas impecables. Uñas perfectamente formadas que se balancean libremente bajo sus túnicas rosadas, un pelaje negro uniforme, muñecas y tobillos sin pelo. La gruesa erección de Prinz colgaba entre sus piernas. Tan pronto te olvidas de tus amigos, pensó Rutt.

"¡Honorable Rey!" gritó, interrumpiendo el lamento pedante de Fhoriu. "Su Alteza, una palabra."

El anciano sacerdote lo miró de arriba abajo. "Sí, novato. ¿Qué es?"

Rutt se arrodilló y tocó el suelo con los cuernos. "El rey y yo tenemos grandes asuntos de estado que discutir." Levantó la cabeza de la hierba. La sangre se le pegaba a la frente. "¿No es así, señor?"

Prinz hizo girar el bolo alimenticio en su boca. "Élder Fhoriu, continuaremos nuestra discusión más tarde."

"Pero señor..."

"Dije, más tarde."

Fhoriu hizo una profunda reverencia. "Como me pidas, lo hago."

Prinz habló por encima de su hombro. "Señoras, déjenos."

Las vacas sonrieron y se alejaron brincando, conscientes de los muchos ojos que quemaban agujeros en sus finas túnicas.

"¿Bien?" Preguntó Rutt.

Prinz lo miró fijamente, o lo intentó. Durante un largo momento lucharon por dominar.

"Aún no es el momento," dijo finalmente el rey.

Rutt chilló: —Eres rey por mí. No olvides eso."

"No lo he olvidado," dijo Prinz. "Y tendrás tu recompensa."

Cerca de allí, los sacerdotes atendían el cadáver de la vaca preñada, con su feto muerto colgando de su vientre. Miraron hacia arriba y fruncieron el ceño.

Rutt bajó la voz. "Los guardaespaldas gastaron todas sus balas. Vizzer no les va a dar más. Sin mí, estás muerto y lo sabes."

"Pero lo sé."

"Entonces dame lo que me debes," siseó, "o no serás rey por mucho tiempo."

"Obtendrá lo que se le viene," dijo Prinz. Él se alejó. "Ven. Camina conmigo." Avanzó pesadamente por el césped tórrido. "¿Qué pasaría, dime, si matamos a Vizzer ahora?"

Rutt bailó para mantenerse al día. "Lo reemplazarías conmigo y no tendríamos esta conversación. ¿Bien?"

"¿Cómo se lo tomaría la gente?"

"¿La gente? ¿A quien le importa lo que ellos piensan? Harán lo que les digamos."

Prinz se detuvo, se cernió sobre él, una oscura montaña de músculos. "¿Estás dispuesto a arriesgar tu vida en eso?"

"¿Qué quieres decir con apostar?"

El rey agitó los músculos de su hombro, un gesto amenazador. "Pisotón ha sido asesinado delante de sus propios ojos. Vieron el planeta de los dioses destruido. Cientos de muertos por esa estampida. Desde su punto de vista, no sé cuál de estas cosas es peor."

"¿Que importa?" preguntó. "Aún puedes reemplazar a Vizzer."

El rey resopló desde lo más profundo de sus pulmones. "La gente no está acostumbrada a cambiar. Lo que propone Vizzer, el fin de la corrida, cambiará su mundo."

Rutt golpeó con el pie. "Por eso hay que detenerlo."

"De lo contrario." Una sonrisa partió la pesada papada de Prinz. "¿Cuál es el antiguo dicho de los dioses? ¿Darle suficiente cuerda...?"

"Y se ahorcará."

"¿Ahora ves?"

Rutt le devolvió la sonrisa. El rey no era tan estúpido después de todo. "La gente no lo tolerará."

Los cuernos del rey se balanceaban de un lado a otro.

"Entonces vienes y nos rescatas de la locura de Vizzer," dijo Rutt.

La sonrisa de Prinz se ensanchó. "¿Lo ves? No he olvidado nuestro acuerdo."

De debajo de su túnica, Rutt sacó un arma extraña, similar a los palos de fuego, pero más pequeña y sin un agujero en la punta. Una raya roja recorría todo el cañón. Incrustadas en el extraño material pulsaban las brillantes palabras "RAY GUN."

"Yo tampoco."

# Capítulo 12

Vizzer dijo: "Debe haber algo que podamos hacer en este planeta además de matarnos unos a otros."

Dex levantó los hombros y los dejó caer. "Los giros de cola sincronizados no eran tan malos."

El eclipse había ido y venido por segunda vez. Los sacerdotes habían logrado quemar la mayoría de los cuerpos. Un miasma de hedor se cernía sobre el Túmulo del Entierro, trozos de carne carbonizados, un recordatorio desafiante de la matanza del día anterior. Una tormenta eléctrica había estallado en el Polo Norte, limpiando la hierba de sangre. Muchos tomaron esto como un buen augurio.

A la hora de la corrida, la multitud se formó fuera del estadio, pero las Grandes Puertas permanecieron cerradas. Toros y matadores e incluso algunos sacerdotes se arremolinaban, sin saber qué hacer o cómo actuar. Vizzer podía sentirlo él mismo: una sensación de desapego, un desarraigo, como si una mano invisible le hubiera atravesado la nuca con unos antiguos y retorcidos zarcillos.

"¿Y el mago?" Preguntó Dex.

Prinz se aclaró la garganta. "Fue entretenido. ¿Por qué no usarlo?"

Vizzer apretó los dientes y su bolo alimenticio chirrió. El mago había hecho desaparecer algunos pañuelos y luego trató de tragarse una espada. Se había derrumbado frente a ellos, y Feeh incluso ahora estaba operando para reparar las heridas punzantes.

"En el hospital, me temo, señor."

Los tres se inclinaron en lo alto de la terraza cubierta de hierba. Habían sufrido seis horas de audiciones. Un último grupo de bailarinas, todas vacas, esperaba para actuar.



Prinz rasgó un mechón de hierba cercana y se metió las hojas en la boca mientras masticaba. "Tenemos que hacer algo. Tú mismo lo dijiste."

Vizzer se cruzó de brazos y presionó la barbilla contra el pecho. Era casi como si el rey quisiera que fracasara, quisiera ver una revuelta. ¿Por qué Prinz querría eso? Escuchó pasos por encima y detrás de él. Se volvió. Un rostro volvió a meterse en la cabina de control y cerró la puerta. No estaba seguro, pero se parecía a Rutt. El becerro había estado actuando de forma extraña últimamente. Tenía la intención de hablar con él. La masacre de ayer había conmocionado a mucha gente. Un buen grito en un hombro amigo era probablemente lo que necesitaba el becerro.

Dex interrumpió sus pensamientos. "¿Por qué no vemos lo que ofrece el último grupo antes de tomar una decisión?"

Él asintió, una conformidad lenta y dolorosa. La gente necesitaba algo. Al abolir la corrida, había abierto un agujero en sus corazones donde habían estado los dioses. ¿Qué podría poner en su lugar?

"Convenido." Enderezó la espalda. "Haz los honores, ¿quieres?"

¡Valera y sus portadores de la antorcha danzantes! Dex gritó, leyendo de su cuaderno sagrado. Volvió a sentarse en la hierba. "Veamos qué tienen."

Un grupo de veinte vacas se puso de pie con las antorchas apagadas en la mano. Todas eran mujeres mayores, casi menopáusicas. Una vaca de piel gris se adelantó y se dirigió a Prinz. Debe ser Valera.

"Mi rey," dijo, "eres un toro de gran misericordia. Si no fuera por ti, mis compañeros y yo estaríamos cojeando hacia el sur encadenados. Bendito seas por tu compasión. Tu sabiduría."

Prinz interrumpió. "Haz lo que vas a hacer."

Valera se arrodilló en el polvo e inclinó la cabeza hasta que los muñones de sus cuernos rasparon la arena roja. "Es un baile, alteza. Un baile de alegría. En una segunda oportunidad de vida." Ella se levantó. "Un baile para todos los Taurus."

Un laudista a un lado tocó una cuerda. Valera encendió su antorcha. Los otros bailarines hicieron un círculo a su alrededor. Como uno solo, levantaron sus antorchas sobre sus cabezas, luego se inclinaron hacia la llama de Valera, hasta que, con un zumbido, sus antorchas se encendieron.

Los dedos del intérprete de laúd saltaron a través de las cuerdas y, de repente, los bailarines también se pusieron en movimiento: girando, girando, saltando, retorciéndose, sus antorchas eran arcos de fuego brillante, incluso bajo la intensa luz del sol. Una sacudida se disparó por la espalda de Vizzer. En la oscuridad del eclipse, el grupo sería un verdadero placer para la multitud. No hay necesidad de las luces del estadio, pensó, con el dedo sobre los labios. Más espectacular sin.

Danza. Por supuesto. ¿Por qué no había pensado en eso antes? Otros grupos habían hecho audiciones, por supuesto, pero ninguno con la intensidad de estas vacas. Se arrodilló sobre la hierba y apoyó el peso en los nudillos.

Valera encabezó a los bailarines en una procesión solemne que se disolvió en piruetas de fuego. ¿Sería esto suficiente? ¿Satisfaría a la gente? ¿Llenaría el agujero vacío?

Miró de reojo a Dex y Prinz. El sacerdote dio unos golpecitos en su cuaderno sagrado, miró a la compañía y frunció el ceño. El rey rumió, un gigante impasible. ¿No pudieron ver la belleza aquí?

Los bailarines imitaron la corrida. Una vaca lanzó sus diminutos cuernos y pateó el suelo. Otro blandía su antorcha como una espada. En silencio, corrieron el uno al otro, con los cascos peleando en el polvo. La antorcha golpeó los flancos del "toro," y ella tropezó y cayó al suelo. La vaca matadora cantó triunfante sobre ella, la antorcha empalaba el cielo. Los bailarines restantes hicieron una pausa en el cuadro: Grief. Horror. Muerte.

Los aplausos de Vizzer resonaron y estallaron en la amplia piedra vacía del estadio. Los bailarines hicieron una profunda reverencia. Valera dio un paso adelante. Una sonrisa de placer como un ternero invadió su rostro, el rubor visible incluso bajo su piel gris.

"Maravilloso," dijo. Se volvió hacia Dex. "¿No fue magnífico?"

Dex se aclaró la garganta y dejó caer la almohadilla sagrada a un lado. "Gracias, señoras," gritó. "Estaremos en contacto."

Vizzer esperó con impaciencia a que los bailarines pasaran y abandonaran el estadio.

"¿Bien?" dijo, tratando de ocultar el entusiasmo en su voz. "Son perfectos, ¿no?"

Dex jugueteó con su cuaderno sagrado. "Aún me gustan los giros de cola sincronizados."

"¿Padre?" Vizzer inclinó la cabeza hacia el rey. "Mejor que el mago, ¿no?"

Prinz tragó su bolo alimenticio. "No soy un sacerdote. Todo es lo mismo para mí. Usted escoge."

"Muy bien." Vizzer se puso de pie, repentinamente exultante. Levantó los puños al cielo y miró las nubes naranjas. En algún lugar allá arriba, más allá de los confines de este planeta, este sistema solar, escondido en un rincón oscuro de la galaxia, moldeó el cementerio de los dioses. Te hemos vencido, pensó. Ya no seremos tu broma enfermiza de un mundo, el juguete del dios muerto Carlos. ¡No más! Estas vidas son nuestras vidas. Este destino es nuestro destino: dejar atrás esta apestosa roca y convertirnos en dioses nosotros mismos.

# Capítulo 13

Vizzer corrió al lado de Prinz, tratando de seguir el paso torpe del rey. Juntos salieron del estadio a través de Great Gates. Valera y su compañía bailaron en un prado lejano, celebrando su victoria. Dex había regresado a la cabina de control. En las arenas de entrenamiento a un lado, una veintena de toros aplaudieron y vitorearon a un par de sus compañeros, dos terneros que trabaron cuernos con estrépito, retorciéndose y forcejeando en el polvo.

"¿Monogamia?" Preguntó Prinz. "¿Qué demonios es la monogamia?"

"Una antigua costumbre, señor," dijo Vizzer. "Practicado por algunos de los propios dioses."

"Pero ¿qué significa?"

No había una forma agradable de decirlo. "Significa tener una sola esposa."

Prinz se detuvo bruscamente. "¿Solo uno? ¿Estas loco? Nadie lo aceptaría jamás."

Vizzer mantuvo la calma. "Aboliste la corrida, ¿no es así?"

"¿Qué tiene eso que ver con algo?"

"Dígame usted. ¿Cómo van a conseguir esposas los toros?"

Prinz resopló. "Ese no es mi problema." Giró sus flancos hacia Vizzer y se retiró.

"Es su problema, Alteza," lo llamó Vizzer. "Has matado sus esperanzas."

El rey se detuvo y miró por encima del hombro. "¿De qué estás hablando?"

"¿Por qué los toros están tan ansiosos por luchar en la arena?" preguntó, y señaló a los becerros en los pozos de arena. "Para ganar un harén. Pero una

vez que los toros se dan cuenta de que no corrida significa no harén, en esta vida o en la próxima, ¿qué crees que van a hacer?

Prinz frunció el ceño, pero permaneció en silencio.

"Te lo diré," dijo Vizzer. "Si no les das vacas, vas a tener una revuelta en tus manos."

"Eso parece poco probable," espetó el rey.

"¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?" Preguntó Vizzer.

Prinz reflexionó sobre eso. "¿Que sugieres?"

"Debemos darles vacas."

Un movimiento de cabeza. "Como veas conveniente."

"Bueno. Podemos disolver el harén del rey mañana, después de la colocación del sombrero." Después de la ceremonia formal, este tonto sería oficialmente rey.

"¿Hacer qué?" Prinz se lanzó hacia adelante y se contuvo.

"¿De dónde esperas que vengan las vacas? Todas las hembras de Taurus te pertenecen a ti o a uno de los Reproductores."

"La monogamia, si así es como la llamas, está bien para los otros toros. Pero no para el rey."

"Debes dar el ejemplo."

Prinz resopló. "¿Qué sentido tiene ser rey si no puedo tener ninguna vaca que quiera?"

Vizzer se encogió de hombros. "Eso no puedo responder, señor. Pero si no consideras las necesidades de tus súbditos, no serás rey por mucho tiempo."

Los cuernos de Prinz atravesaron el aire sobre la cabeza de Vizzer. "Fuera de la cuestión."

"Tarde o temprano tendrás que lidiar con esto."

Los ojos del rey ardían negros y amenazadores. "Nadie toca mi harén. Ninguno. ¿Está claro?" Se alejó al galope, batiendo el césped con cada paso de hinca.

Vizzer respiró hondo y soltó el aire lentamente. Tenía miedo de que esto pudiera pasar. El rey no podía ver más allá de su propio hocico. Los sacrificios de sangre afectaron a todas las partes de la sociedad taurana. No se puede simplemente abolir la corrida y luego esperar lo mejor. Había que lidiar con las consecuencias, remodelar la sociedad a raíz de este nuevo cambio.

O tal vez Prinz era más inteligente de lo que parecía, reflexionó Vizzer. La gente los culpó a ambos por la masacre. Con el tiempo, llegarían a aceptar las nuevas formas. Pero... ¿y si Prinz planeaba incumplir su acuerdo? ¿Convertir a Vizzer en el chivo expiatorio, enviarlo al exilio y volver a las viejas costumbres?

Tendría que encontrar una forma de lidiar con esta amenaza. Fuerza la mano del rey. Que le sea imposible reinstaurar la corrida.

Pero ¿cómo?

Vizzer vio cómo la pareja de toros en el arenero volvía a chocar sus cabezas. Dándose conmociones cerebrales el uno al otro, sin duda. ¿Para qué estaban practicando? No habría más peleas.

Se acercó al grupo de toros. Una nueva pareja entró en el arenero con los brazos atados a los cascos. Veinte de sus compañeros gritaron y animaron. Los dos dieron vueltas en busca de una abertura y se juntaron en un estruendo de cuernos. Sus pieles relucían de sudor. Arena pegada a sus costillas.

La multitud se quedó en silencio cuando vieron acercarse a Vizzer. Uno silbó, una nota penetrante y los dos combatientes se separaron.

“Saludos, Vizzer,” dijo uno cortésmente.

“Que Carlos te bendiga,” dijo otro, con una sonrisa en su labio.

Carlos está muerto. Los dioses están muertos. Vizzer dejó pasar este momento de enseñanza. Apela a su naturaleza animal. Preguntó: “¿Quién quiere un harén?”

Cada mano se disparó, además de algunos cascos.

Vizzer hizo una pausa, asintiendo. ¿A dónde iba con esto? Que se pregunten. “Puedes tener un harén ahora mismo,” dijo.

“Pero ¿cómo?” preguntó uno de los becerros más jóvenes, frotando el bulto en su entrepierna.

“Simple,” dijo Vizzer. “¿Dónde están las vacas?”

“Los harenes de los Reproductores,” dijo uno.

“El harén del rey,” dijo otro.

“Sí,” dijo Vizzer. Él encontró sus miradas, una a la vez. Era un movimiento arriesgado, pero tenía que tomar la iniciativa, o perdería todo por lo que había trabajado tan duro. “Y todo lo que tienes que hacer es ir y tomar uno.”

Varios rieron. “Como si Prinz permitiera que eso suceda.”

“Lo superas en número,” dijo Vizzer, alzando la voz. La risa se calmó. “Si cada toro soltero de Taurus toma una esposa, Prinz no podrá detenerlos a todos.”

“Bueno, no hay suficientes vacas para todos,” dijo alguien, y los demás asintieron.

“Claro que los hay,” dijo Vizzer. “Una vaca por cada toro.”

Se taparon la boca con las manos. "Pero ¿quién quiere una sola vaca? ¿Cuál es el punto de eso?"

Vizzer esperó hasta que se callaron. "¿De qué otra manera se propone crear un harén?"

Lo miraron como si fuera un becerro estúpido. "En la arena, por supuesto."

"Viva o muera," dijo el joven, "¡cientos de vírgenes esperan!" Los demás sonrieron.

Vizzer luchó por tener paciencia. "El rey ha abolido la corrida. Nunca tendrás una oportunidad en la arena."

"Eso es lo que dice ahora," dijo el sonriente.

"¿Qué quieres decir?" Preguntó Vizzer. Se sintió perdiendo el control. Hablar con estas personas era como tratar de hablar con una piedra.

El toro levantó los hombros, los dejó caer. Sus brazos aún estaban atados a cascotes. "Solo un toro que haya visto el rostro de dios en la arena puede tomar un harén."

"¡Pero Carlos está muerto, idiota!" Las palabras brotaron de Vizzer. "¡No hay Dios! ¡Y esa droga te vuelve estúpido y más fácil de matar! ¿No ves que ya no tiene sentido practicar, soñar con harenes que nunca tendrás? Tienes que empezar a pensar en el ahora, en cómo es realmente el mundo, y no en un cuento de hadas lleno de vírgenes."

Se miraron el uno al otro, avergonzados por su arrebató. "Gran Vizzer," dijo uno finalmente, "nos honra con su presencia. Pero, con su permiso, debemos continuar con nuestra práctica. Le invitamos a mirar, si lo desea. Participa, incluso." Los toros rieron disimuladamente.

Vizzer se dio la vuelta y se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta que sintió que la sangre fluía. Mira el rostro de dios. ¿Qué tipo de cowpat era ese? Querían sexo. Sabía que lo hacían. Querían descendencia. Pero cuando les ofreció vacas, se negaron. ¿Qué le pasaba a esta gente? ¿Fue



codicia? ¿Una vaca no fue suficiente? ¿Fue el estado? ¿Una especie de competencia machista? ¿O algo completamente diferente que no pudo entender?

De alguna manera tenía que convencerlos de que tomaran esposas. Porque si Prinz cambiaba de opinión, restablecía la corrida, ¿qué haría entonces? Todo ese trabajo y muerte por nada. Necesitaba ganarse el apoyo de los toros. Una vez que tuvieran esposas, nunca aceptarían volver al celibato. Una vez que el harén del rey se dispersara, Prinz sería solo un toro más, excepto por el divertido sombrero blanco.

¿Cómo iba a hacerles ver?

# Capítulo 14

Vizzer apoyó los codos en la cerca de madera que rodeaba el Harem del Rey. A su lado estaba Frokker. Las borlas plateadas que colgaban de las charreteras del torero temblaban con la brisa. Las vacas salpicaban el verde pasto, sus túnicas fluían con cada movimiento lánguido, las cabezas inclinadas hacia la dulce hierba. El líder del sindicato puso un pie en el peldaño inferior de la cerca y se inclinó hacia adelante.

"¿Estás seguro de que esto está bien?" dijo al fin.

Vizzer golpeó con impaciencia el travesaño de madera. "¿No soy el vizzer del propio rey?"

Detrás de ellos, los otros matadores gruñeron de aprobación. Todo el sindicato estuvo presente hoy, ataviado con sus mejores galas, un ejército de bravura brillante y con lentejuelas.

Frokker chasqueó la lengua. "No puedo creer que Prinz permitiera esto."

Vizzer puso una mano sobre el casco del torero. "Él les pide que tomen una esposa cada uno."

"¿Un harén de uno? ¿No solo un préstamo de un día de la Caja de premios?"

"Precisamente."

"Pero ¿dónde está?" Insistió Frokker. "Me gustaría escucharlo de sus propios labios."

Vizzer suspiró, un largo lamento. "El rey reflexiona sobre grandes asuntos de estado. No será molestado."

"¿" Todo debe cambiar "? ¿El propio rey dice esto?"

“Pero ¿no es obvio? Ya no luchas y mueres en la arena. No te esperan más vacas en la Caja de Premios.” Vizzer bajó la voz, de modo que solo Frokker pudiera escuchar. “Te lo digo claramente, el rey teme una revuelta.”

“¿Revuelta? ¿De nosotros?” Frokker miró por encima del hombro a sus hermanos. “Me preocupan más los toros, los más jóvenes.”

Vizzer dio una palmada en el hombro brocado del torero. “Dejemos que los matadores den el ejemplo. Los demás te seguirán.”

“¿Los banderilleros también?”

“Por supuesto. Especialmente ellos.” Se volvió hacia la multitud que esperaba y levantó la voz. “¡Entren ahora y busquen esposas!”

El susurro cobró vida. Se extendió de boca en boca, un cántico tenue al principio, luego un grito, luego un grito: “¡Viva el rey Prinz!”

Los miembros del sindicato avanzaron, dos mil fuertes. Rodearon a Vizzer, saltando la barrera con los saltos practicados normalmente reservados para escapar de la carga atronadora de un toro.

“Bueno,” dijo Frokker con una sonrisa irónica, “deséame suerte.”

“¡Buena suerte!” Vizzer lo llamó.

Las vacas miraron sorprendidas a los intrusos. Estaba prohibido que cualquier Cruz entrara en el Corral del Rey, salvo el propio rey, bajo pena de muerte. Los matadores se pavoneaban con sus mejores galas a través de la hierba dulce, y cada uno seleccionaba una vaca. Las lenguas trabajaban con las melosas palabras de seducción.

Frokker apuntó a Matill, la esposa número uno del rey, la más joven y bonita de todo el harén. No perdió el tiempo acariciando su cuello, sus hombros, sus flancos. Ella mugió de placer.

Vizzer sonrió, su barbilla apoyada en la barra superior del corral. Su plan iba bien. El rey estaba ocupado con Dex, planificando la logística de la colocación del sombrero. Habría una gran abolladura en el harén antes de

que Prinz se enterara de lo que estaba pasando. Entonces sería demasiado tarde. El sindicato le debía lealtad a una sola Cruz: Vizzer. Y lo que es más importante, había dado un ejemplo para el resto de los toros a seguir: dudarían de su lavado de cerebro religioso y dejarían de lado esa estúpida tontería de "ver a Dios en la arena."

En cada par de labios temblaban y gemían dulces palabras. Las vacas estaban dispuestas, eso lo sabía. Prefieren aparearse con las dulces venas del amor profesado que con el rudo toque del rey. Ya empezó: Frokker bajó la cremallera de su bragueta y penetró en su presa, que gimió con cada deslizamiento. Cremalleras descendieron; túnicas separadas; una figura negra saltó la valla lejana y galopó hacia el coito de los amantes.

Los hombros anchos, el cuerno blanco reluciente, la montaña de músculos que palpitaba y se retorció con cada movimiento de la imponente cabeza, solo podía ser Prinz. El banderillero que vio al rey primero lo agarró por el pantalón, que le caía hasta las rodillas, y cojeó hasta la cerca. Cayó por el costado, su estómago raspando el travesaño en su prisa por salir del campo. El trueno de los cascos del rey hizo temblar el suelo, y uno a uno los matadores se dieron cuenta del peligro y se desconectaron de sus nuevos amantes, trotando medio vestidos hacia la seguridad de la cerca del harén.

Sólo quedaba Frokker, arando a Matill por detrás, con los ojos cerrados y la cola colándose a través del orificio del asiento de los pantalones, que no se había molestado en quitar. Prinz se acercó más. Su bufido enojado se escuchó desde el otro lado del campo. Frokker se alejó, inconsciente. La vaca le rodeó las rodillas con las piernas y lo apretó con fuerza.

¿Debo llamarlo para advertirle? Vizzer se preguntó. Los otros matadores habían trepado la cerca y ahora corrían a todos los puntos de la brújula, lanzando miradas aterradoras de vez en cuando por encima de sus hombros. Las vacas miraban, perplejas. ¿Debería unirse a ellos en su huida? Pero era gran vizzer. Los demás podrían esconderse; él no podría. No. Él había tomado una posición. Él tenía razón. Si debe ser un mártir, que así sea.

Abrió la boca para gritarle a Frokker, pero dudó demasiado. El matador se dio cuenta de su peligro cuando Prinz estaba dos cuerpos detrás de él. Frokker trató de salir, apartarse, pero las piernas de Matill lo encerraron

dentro de ella. Él la agarró por los flancos, la empujó, pero ella lo empujó hacia atrás, forzándolo a entrar en ella. Dejó escapar un mugido largo y rugiente cuando el orgasmo se apoderó de ella. Frokker gritó de placer, resistiéndose contra su voluntad, un grito agudo que se convirtió en dolor mientras miraba el cuerno blanco ensangrentado que sobresalía de su pecho.

Por entrenamiento e instinto, agarró el cuerno con ambas manos. Prinz lo arrancó del abrazo de Matill. El semen brotó del miembro hinchado del torero. Ninguno dijo una palabra. Frokker estaba casi muerto; ambos lo sabían. Siguió una contienda sin palabras para ver cuánto tiempo Frokker podía retrasar lo inevitable. Finalmente, con un gran movimiento de hombros, el rey catapultó al torero por los aires. Frokker aterrizó en un montón tembloroso y arrugado. Prinz volvió a casa con la punta de sus cuernos para terminar el negocio.

Vizzer se apoyó con indiferencia contra la cerca, esperando su propia muerte. Su corazón latió salvajemente dentro de su pecho. Estaba listo para morir. Aquí estoy, pensó, no puedo hacer otra cosa.

Prinz le dijo una palabra dura a Matill, quien se enderezó la túnica y se alejó haciendo cabriolas con un movimiento de sus diminutos cuernos. Galopó hacia Vizzer. La sangre goteaba de sus cuernos a su papada, pintando su rostro de escarlata. Se detuvo lenta y mesuradamente frente a Vizzer. El aliento caliente del rey, impregnado del hedor a bilis y sangre, atravesó la cerca baja del corral. Miró a los matadores que huían con los ojos llenos de balas.

Él gruñó: "¿Conoces el castigo por violar el harén del rey?"

"Padre." Vizzer hizo una profunda reverencia. Su lengua se sentía seca. ¿Cómo iba a hablar para salir de esto?"Estaba tratando de evitar una revuelta."

"¿Prevenir una revuelta? A mí me pareció más como si estuvieras intentando iniciar uno."

"Su Alteza, solo quiero que su reinado sea largo y fructífero."

"¿Cómo puedo ser fructífero sin mi harén?" El rey pateó el suelo y apoyó la punta de un cuerno ensangrentado contra la mejilla de Vizzer. "El becerro más joven sabe más sobre el mundo que tú. Usted. Nuestro sumo sacerdote." Torció su cuello y golpeó la base roma de su cuerno contra la sien de Vizzer.

El dolor floreció dentro del cráneo de Vizzer. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza.

"Aún vives sólo porque yo lo permito," dijo Prinz. "Si vuelves a transgredir mi regla, yo..."

"¿Qué? ¿Vas a qué? Preguntó Vizzer. "¿Me vas a matar? Porque estoy listo para morir."

Prinz acercó su rostro al de Vizzer. "No. Te enviaré a la hierba amarga. Deja que sufras en el exilio con un montón de vacas menopáusicas."

Vizzer se mordió el labio y bajó la cabeza. Un destino peor que la muerte. Buen Carlos, el rey fue despiadado. Había elegido al Criador equivocado. Eso estaba claro. Su títere se estaba convirtiendo en un titiritero.

"La única razón por la que no te despojo de tu túnica y te envío al exilio ahora mismo," dijo el rey, "es porque ahora me debes la vida. Y me obedecerás. A. Los. Letra."

Vizzer asintió, pero no dijo nada.

"Cualquier cosa fuera de lugar," continuó Prinz, y las palabras parecían venir de muy lejos, "una sola palabra, y eso es todo. ¿Ha quedado claro?"

"Sí."

"¿Si que?"

"Sí. Su Alteza."

# Capítulo 15

Vizzer estaba de pie sobre el pedestal, de espaldas a la espinilla de la estatua. Carlos en toda su gloria incrustada de verde se elevó sobre sus cabezas. A su lado, vestido con una túnica púrpura, Prinz yacía boca abajo directamente debajo de la espada de la estatua. Había suficiente espacio entre el toro de bronce y la punta de la espada para que el rey apretara su cabeza. Las lentejuelas doradas del Holy Hat Box relucían en el pedestal. Ochenta mil cruces llenaron los pastos que rodean la estatua, toda la población de Taurus. Los rostros susurraban como hojas de hierba en la brisa. A pesar del calor, la estatua estaba fría contra la columna de Vizzer. Lanzó un cuchillo largo y delgado de negrura profundamente en la multitud.

Nota mental: derribarlo. Desde la muerte de Pisotón y el final de la corrida, cada vez más fieles rezaban a la estatua de Carlos. Como si fuera el propio dios. Había tenido que emplear a una docena de novicios para raspar los restos de las velas votivas en preparación para la ceremonia de hoy.

La colocación del sombrero. Una estúpida costumbre. Poner un sombrero de vaquero blanco entre los cuernos de un toro, ¿eso lo hace rey? Ahora que Vizzer sabía lo que significaba "vaquero," la costumbre parecía francamente bárbara. Lo había buscado en los datos de respaldo. Observados con horror como dioses, es decir, humanos, con sombreros como los del rey, cabalgando sobre criaturas desconocidas de cuatro patas y azotando el lomo de algunas especies bovinas menores, primos pobres que mugían su sufrimiento en un dialecto que él no podía entender..

Mirad, compañeros taurinos, quería llorar a vuestro ridículo nuevo maestro, ataviado con los atavíos de nuestros divinos opresores. Que sea bendecido por dioses que ya no existen y que, si existieran, querrían ponerse sombreros blancos y llevarte a través de una llanura polvorienta y estéril para que los caníbales los mataran y se los comieran.

Vizzer se incorporó con la espalda recta y levantó las manos en el aire. Era hora.

"¡Gente de Taurus!" gritó, su voz amplificada retumbó a través de los campos.

El susurro cesó. Todos los ojos se fijaron en él. Hizo una pausa, dejó crecer su expectativa. Un viento caliente sopló entre la multitud, llenando sus pulmones con el olor a muerte. El túmulo funerario se pudrió cerca. Prinz levantó la cabeza, sin duda asombrado por la demora.

"¡Hoy conoces a tu nuevo rey!" Vizzer dijo, sin entusiasmo. Se agachó, quitó la tapa de la caja del sombrero y levantó la monstruosidad de ala blanca para que todos pudieran ver.

"Criador Prinz. Surgir. Has pasado todas las pruebas. Has sobrevivido en la arena, el ex rey está muerto, nadie más ha desafiado." A la multitud le dijo: "¿Qué dices? ¿Prinz será rey?"

"Olvidaste la prueba final," gruñó el futuro rey. Un micrófono colgaba de un cuerno que aún sangraba.

Vizzer bajó la cabeza. Más superstición. Había querido evitar esto. Solo pareció animar a los adoradores de ídolos fijados en la estatua. Buscó a tientas su micrófono y lo silenció. "No veo la necesidad de la prueba final."

"Mi gente," gritó Prinz. "¿Debo hacerme la prueba? ¿Deberá el dios mismo decidir mi destino?"

"¡La prueba!" rugió la multitud. "¡La prueba! ¡El rey debe pasar la prueba!"

La gran espada de la estatua se curvó hasta un punto justo por encima de la cabeza de Prinz. Se puso los cascos delanteros sobre los zapatos de la estatua y se incorporó. La multitud se calló en voz alta, empujándose hacia adelante para tener una mejor vista.

Prinz levantó la cabeza y apretó el centro de la frente contra la punta de la hoja. Mantuvo esa pose durante un largo momento, dejó que sus nuevos sujetos se maravillaran del resultado. La hoja le atravesó la piel. Un delgado riachuelo de sangre goteó por la nariz del rey. De repente, se lanzó hacia adelante. La espada cortó la piel desde las cejas hasta la parte posterior de



su cráneo. El micrófono captó el sonido de la carne desgarrada y lo hizo eco sobre las cabezas de la multitud.

Era una cuestión de autosacrificio, o eso decía el Código. La mente del rey se dividió así en dos: la mitad para su pueblo, la mitad para dios. Un símbolo. No más. No fue una prueba en absoluto. Pero la gente no lo sabía.

Prinz se arrodilló y apoyó la cabeza en el zapato verde de la estatua. La sangre corría por sus mejillas.

Vizzer agarró al rey por las orejas. "¿Estás listo?"

"Tan duro como puedas."

Tiró hacia los lados en direcciones opuestas, exponiendo el hueso. El rey no se movió ni gritó de dolor.

"Levántate, mi señor, y ponte tu sombrero."

Prinz se puso de pie. Mantuvo la cabeza baja, giró lentamente en círculo, para que todos pudieran ver el hueso donde se había partido su carne. Se detuvo, levantó la cabeza hacia Vizzer para recibir el sombrero.

—Te soy el Rey de Taurus —proclamó Vizzer, y empujó el tocado sobre el cuero cabelludo herido de Prinz. El material blanco absorbió la sangre. Se formaron manchas rojas con manchas en la corona.

"¡Larga vida al rey!" Vizzer gritó.

Ochenta mil gargantas se hicieron eco del grito.

Se enfrentó a Prinz, sin pestañear. La adulación ilimitada de la multitud se apoderó de ambos. Habría guerra. Ahora podía ver eso. Nunca debería haber retrocedido durante su enfrentamiento en la valla del harén. ¿Quién controlaba las armas? ¿Quién controló las balas? Él hizo. Vizzer. Nadie más.

Cierto. El rey tenía guardaespaldas. Pero su munición se había ido. ¿Qué les quedaba? Clubes de metal. Armaría el sacerdocio. Es hora de que el rey

comenzara a hacer lo que le decían. O su reinado sería realmente breve.

Juntos, Vizzer y Prinz marcharon entre la multitud hacia el estadio. Los guardaespaldas mantuvieron a raya a la multitud. Las Grandes Puertas se abrieron a medida que se acercaban. Entraron en fila para la corrida inaugural del rey, que hoy, por supuesto, había sido reemplazada por Valera y sus vacas danzantes.

Prinz subió los escalones de piedra hasta su lugar al lado del Trono del Creador. Como era costumbre después de la colocación de un sombrero, se había erigido una carpa púrpura para ocultar al rey de la vista. Feeh esperó dentro.

Su botiquín estaba extendido sobre una mesa plegable. Se inclinó levemente ante los cascos. "¿Puedo ofrecerle mis felicitaciones, alteza?" dijo, y tomó el sombrero del rey.

—Déjalo —gruñó Prinz. "¿Qué es eso en tu mano?"

Feeh abrió el puño. Un tubo de ungüento curativo descansaba en su palma. La práctica estándar era tratar la herida que el rey se había dado a sí mismo con un antiséptico.

Vizzer arqueó las cejas. "Ver asesinos en cada esquina, ¿verdad?"

Feeh se rió entre dientes. "Ven, señor. Yo soy su médico." Volvió a coger el sombrero ensangrentado. "No crees que yo..."

"No," gruñó Prinz, agitando el aire con sus cuernos para evitar que el médico se acercara. "Deseo dejarlo sangrar."

Feeh retrocedió. "Señor, no tengo ningún interés en la política. He tratado a una docena de reyes antes que a ti el día de su sombrero nuevo. Ninguno se quejó jamás."

"Eres sacerdote, ¿no?" el rey resopló. "Todos ustedes, sacerdotes, están contra mí."

El médico bajó la voz y habló de la forma en que le dirías a un becerro que acababa de rasparse la rodilla de dos puntas. “Señor, existe el riesgo de infección. Si me permites... ”

"Dije, ahora no." Prinz había encontrado su voz de mando. Déjeme, doctor. Por favor —añadió, con un toque de cortesía.

Feeh respiró hondo y soltó el aire lentamente. Vizzer sabía que no estaba del lado de nadie. Sin duda le molestaba que lo acusaran de traición.

“Muy bien, Su Alteza,” dijo el doctor, empacando su botiquín. “Te recomiendo que me visites en el hospital después de la corrida. O como sea que llames a este espectáculo.” Miró a Vizzer y salió de la tienda a cuatro patas, con el botiquín apretado contra su pecho.

Cuando Vizzer se volvió para seguirlo, el rey gruñó: "Quiero hablar contigo." Su voz profunda y amenazante.

Vizzer plasmó una sonrisa en su rostro. Y yo para usted, mi señor. Pero mis deberes antes de una corrida inaugural están en la cabina de control. Me disculpas, ¿no? Salió de la tienda sin esperar respuesta.

"¡Vizzer!" El estruendo del trueno se estrelló tras él.

Vizzer llamó a la puerta de la cabina de control con los nudillos y se deslizó por el hueco cuando se abrió.

Rutt estaba allí, con la mano en la puerta. ¿Detectó un destello de hostilidad del joven novicio? Parpadeó. No. Un pergamino de catecismo digital yacía en el suelo de piedra, flanqueado por otros dos novicios concentrados en su trabajo de memoria. Debe haberlos alarmado por su repentina entrada.

Dex se arrodilló ante el panel de control.

Tocó a su amigo en el hombro. "¿Una palabra?"

# Capítulo 16

Dex se apoyó en una caja y se rascó debajo de la túnica. Todo este alboroto y alboroto, y le dolían las bolas. Demasiado tiempo sin una vaca. Esperaba que las cosas se calmaran pronto, para poder volver a estar junto a sus amantes. Vizzer estaba diciendo algo. Medio escuchó las palabras y supo que eran un problema. ¿No era propio de su amigo hacer un truco como este? Arruina las cosas, ignora sus consejos y luego acude a él en busca de ayuda.

"¿Qué estás proponiendo exactamente?" Preguntó Dex.

Se acurrucaron en un armario de almacenamiento a la vuelta de la esquina de la cabina de control. Rutt custodiaba la puerta. Para mantener alejados a los espías, supuestamente. Vizzer había insistido. Paranoico.

Vizzer se raspó la piel de la nuca con las uñas, señal de frustración. "Quizá tenías razón," dijo. "Quizá un sacerdote debería ser rey."

Dex tosió en su bolo alimenticio. "¿Y quién sería? ¿Usted?"

"¿Por qué no? ¿Quién más está más calificado para hacer las reformas que necesitamos?"

"¿Qué te hizo cambiar de opinión?"

Vizzer levantó los brazos, como para apelar a los dioses mismos en el cielo, y se rompió la muñeca contra una caja de equipo eléctrico roto. Maldijo y se cuidó la muñeca con la otra mano. "A cada paso, el rey se queja. Ata mis manos. Se niega a hacer lo que debe hacerse."

Dex golpeó con un casco el suelo de piedra. Tenía grandes noticias para Vizzer. Pero ¿cómo explicar lo que había descubierto?"Tal vez eso sea algo bueno," dijo tan casualmente como pudo.

"¿Cómo puede ser algo bueno?" Su amigo estaba frenético ahora. "¿No eres tú quien quiere el derecho a aparearse?"

"Absolutamente. Y espero que hagamos ese cambio pronto."

"Pero ¿?" La saliva de Vizzer le salpicó la cara.

Dex puso una mano sobre el pecho de su amigo y lo empujó suavemente. Sacó una almohadilla sagrada de su manga. "No creo que aprecies lo difícil que es este cambio para la gente de Taurus."

"¿Qué hay que entender?" Preguntó Vizzer. "En lugar de hacer una cosa, hacen otra. Simple."

Dex hizo girar la almohadilla sagrada sobre la palma de su mano. Una escalera de doble hélice subía a ninguna parte, girando sobre un campo de negro.

"¿Que es eso?"

"ADN."

"¿Que es que?" Preguntó Vizzer.

"He estado estudiando los archivos. El dispositivo de respaldo. Tratando de averiguar de dónde venimos."

"La verdadera historia de la creación," dijo Vizzer con impaciencia.

"Precisamente."

"Pero eso ya lo sabemos. Carlos nos hizo en un laboratorio. Somos experimentos. Descubrimos eso, ¿hace diez días?"

Dex recordó la alegría de su amigo ante ese descubrimiento. De alguna manera, no pensó que esta nueva revelación sería tan entretenida. "Te olvidas," dijo. "Lo que no sabíamos es cómo."

Vizzer volvió a mirar la estructura de doble hélice. "¿Quieres decir con esto?"

"Nos hace quienes somos. Que somos. Es por eso que tenemos ocho miembros en lugar de cuatro. Por qué tenemos cuatro estómagos en lugar de uno. Es por eso que eres sacerdote y Prinz es rey y Garrso es matador."

Vizzer entrecerró las cejas. "No estoy seguro de que me guste a dónde vas con esto."

Dex miró hacia la puerta. La sombra de los cascos de Rutt se deslizó de un lado a otro en el pasillo exterior. "Tal vez somos como somos por una razón."

"¿Que quieres decir?"

"¿Por qué Carlos nos dio la vida?"

"Porque quería vernos matarnos unos a otros. Eso ya lo sabemos."

Dex levantó un dedo. "Pero ¿qué pasa si más que nuestras características físicas son el resultado de este ADN?"

Vizzer se encogió de hombros. "¿Y si lo es?"

"No estás escuchando. ¿Y si nuestra estructura social está escrita en nuestro código genético?"

"Sentido...?"

"¿Qué pasa si la corrida está integrada en cada célula de nuestro cuerpo? ¿Y si no podemos cambiar?"

"Pero eso es..." Las manos de Vizzer se agitaron, casi tan mal como las de Fhoriu. "¡Eso es imposible!"

Dex negó con la cabeza. "De todos modos, ¿y si no tenemos otra opción?"

Una mirada terrible ensombreció el rostro de Vizzer. La amistad huyó. El sumo sacerdote del rey frunció el ceño. "¿No somos seres inteligentes?" el demandó. "¿No podemos elegir vivir como deseamos? ¿No tomamos la decisión de acabar con la corrida? Déjame terminar. ¿No puedes sentir la mano de...? Luchó por encontrar la palabra, con las manos tanteando el aire..".. la mano del progreso guiando cada uno de nuestros pasos?"

Dex tomó una profunda bocanada de aire y la dejó salir. Quizá estaba equivocado. Quizá Vizzer tenía razón. Solo el tiempo lo diría. "No puedo decir que sí." Levantó un casco para detener la réplica. "Sin embargo, recién comencé mi investigación. No entendemos completamente cómo nos hizo Carlos, ni siquiera cómo funciona el ADN." Puso una mano sobre el hombro tembloroso de Vizzer. "Todo lo que digo es que aquí están pasando más cosas de las que piensas. Ten cuidado."

# Capítulo 17

Los murmullos de la multitud llegaron desde abajo. Vizzer se inclinó hacia delante, con las orejas erguidas, esforzándose por captar sus murmuraciones. Multitudes de espectadores llenaron las laderas cubiertas de hierba. Miles más se arremolinaban fuera del estadio. Vizzer los había animado a ocupar los asientos de mármol, pero la multitud había preferido mirar la nueva pantalla de video que había instalado afuera.

¿Les gustaría? el se preguntó.

No. Eso estuvo mal. No debe pensar así. Se les debe enseñar lo que les gusta. Instruidos como los terneros ignorantes que eran. Salvajes, todos ellos. Vizzer esperaba que otros ocuparan su lugar, después de que él se fuera. Que sería pronto. Se sentó sobre sus talones. Intenté relajarme. Ha fallado.

Prinz se reclinó a su lado, con el sombrero ensangrentado aún en la cabeza. El rey le había dado un regio regaño antes, cuando regresó de su conferencia con Dex.

“Esa fue la última vez que me desobedeciste, Vizzer. Cuando termine la corrida...

"No es una corrida, señor."

“Como quieras llamarlo," había gruñido el rey, “cuando termine, tú también. Por la presente, te despojo de tus ropas y te despido de tu puesto. El próximo rebaño de vacas que se dirija al sur, tú las acompañarás."

Vizzer había tocado el suelo con la frente. No le quedaba más opción que someterse. Si debe ser un mártir por su causa, que así sea. "Como usted ordene, Mi Maestro Real, así obedeceré."

Maestro Real. Más como Royal Idiot.



Pero ese Royal Idiot te hará sufrir y morir, pensó. Y suspiró. Tal es el camino del mundo.

Detrás del rey, el Trono del Creador estaba vacío. Un puñado de polvo, aún húmedo por la lluvia reciente, se secó en el asiento cóncavo de piedra. ¿Se uniría Prinz a esto? ¿Un dios muerto? ¿Un mito? ¿Un recuerdo? Una sonrisa le hizo cosquillas a las mejillas de Vizzer, a pesar de sus preocupaciones. ¿Qué diría Carlos para verlos ahora?

Ningún toro de sacrificio, retenido por cuerdas nazza, se preparó para morir en la arena. Ningún matador se estiró y agitó su capa, dispuesto a matar. La Caja de Premios estaba vacía: ninguna mujer sin aliento que incitara al carnicero a su sangrienta tarea. Hoy no se derramaría sangre.

La Sombra de Carlos se arrastró por el sol. Desde su posición eternamente baja en el horizonte, su estrella gigantesca se asomó por encima del borde del estadio, inundando la arena con luz roja. Sombras crecientes aparecieron bajo los dedos de las manos y los pies extendidos. En las laderas cubiertas de hierba de abajo, el alboroto se convirtió en un frenesí.

Prinz levantó la cabeza.

"¿Está listo, señor?"

El rey se puso de pie. El aire soplaba en arcadas de sus orificios nasales ondulados. "Mi primer día completo como rey," dijo. Y tu último como vizzer. Disfrútalo mientras puedas."

La oscuridad ahora era completa. Las luces del estadio parpadearon. Vizzer quitó el sombrero de vaquero ensangrentado de la cabeza de Prinz y lo sostuvo en alto. Entrecerró los ojos bajo el reflector. Encendió el micrófono. Este era el día que había estado esperando. Este sería su legado después de que se fuera. Entonces, ¿por qué se sentía tan nervioso?

Gritó y su voz retumbó por todo el estadio:

"¡Que haya vida!"

Un puñado de vacas repitió las palabras. El resto permaneció en silencio. Chocante, eso. Había esperado una respuesta más entusiasta. Dejó el sombrero al pie del Trono del Creador. Prinz había insistido en seguir este protocolo, a pesar de las objeciones de Vizzer.

El foco se movió abajo, ensanchado para abarcar a Valera y sus portadores de la antorcha mientras hacían piruetas en la arena. Pero Vizzer no los miró. Observó a la multitud. ¿Por qué no habían respondido a su grito? ¿Sus vidas no significaron nada para ellos? Allí. Abajo. Fila tras fila de toros con los brazos cruzados, frunciendo el ceño ante los procedimientos. Les he salvado la vida. Todos ustedes. Entonces, ¿por qué estás tan malhumorado? The Matador's Syndicate estaba sentado en una plaza apiñada, vestido con sus mejores galas. No muy feliz por la muerte de Frokker. Su nuevo líder, Tanos, lo había dejado muy claro. Desplegaron un letrero que decía: "Cada día en la arena hay que morir." Citando las escrituras a él. ¡El nervio!

Rugidos de risa interrumpieron sus pensamientos. Los bailarines se habían detenido. Valera se sacó una pata de vaca de las cuencas de los ojos y se raspó más de la barbilla. Otro cowpat navegó por el aire. Luego otro. Pronto las vacas se apiñaron juntas en la arena, con los brazos defendiéndose de una tormenta de resbalosas heces verdes.

Prinz se rió entre dientes.

Vizzer se puso de pie. "¿Cree que es gracioso, señor?"

La risa creció. Las lágrimas corrían por las mejillas del rey, mezclándose con la sangre seca. "Sí," se las arregló. "Hago."

Vizzer pulsó un interruptor en su auricular. "¿Bien? ¿Crees que eso también es gracioso?"

La voz de Dex crepitó en su oído. "Aún creo que los giros de cola sincronizados eran el camino a seguir." Una risa sofocada se filtró a través del enlace descendente desde la cabina de control.

"Carlos, maldita sea," maldijo Vizzer. Inmediatamente se reprendió a sí mismo. No hubo dioses. De él, como sumo sacerdote, debía dar ejemplo.

"Trae a los guardaespaldas," le dijo a Dex. "Pregúntenles," dijo, y agregó, "cortésmente," pensando en su reciente traición, "si es posible que acompañen a los bailarines fuera de la arena. ¿Qué demonios es eso?"

Trueno gruñó en lo alto. Nubes de tormenta ennegrecidas surgieron de la nada y cubrieron el cielo con sucia espuma gris. Los relámpagos golpearon de un lado a otro dentro del útero del cumulonimbus. El propio Taurus tembló.

"¿Dex? ¿Tú allí?"

Nada.

Desesperado, gritó: "Dije, Dex, ¿estás ahí?"

"Lo estoy viendo," dijo Dex.

"¿Que Tú?"

Golpeteo de botones y perillas. "No estamos haciendo nada aquí."

Los gritos rebotaron entre la multitud, creciendo a intervalos hasta que cincuenta mil voces gritaron de pánico. Los toros más jóvenes y fuertes se apiñaban en la hierba corta. Dedos temblorosos señalaron al cielo. Vizzer no pudo ver nada. ¿A qué estaban apuntando todos? ¿Algo sobre su cabeza? ¿Detrás de él? ¿Fuera del estadio?

Un destello de oro atravesó el aire y entonces lo supo. ¿Era esto siquiera posible? Pero ¿cómo? La saliva se deslizó por su barbilla. Cayó de rodillas.

Fue un zapato. Un pie Un pie dorado. Varios metros desde el talón hasta la punta. Unido a una pierna dorada, que siguió. El pie se plantó en el centro de la arena, aplastando a cinco de los desprevenidos bailarines, con los ojos cerrados ante esta aparición. El crujir de los huesos y el crujir de la carne se podía escuchar sobre los chillidos aterrorizados de la multitud. Vizzer estiró el cuello para ver el resto de la estatua.

Eso es lo que parecía, de todos modos. Cinco veces, no, diez veces más grande que la estatua que estaba fuera de las Puertas. Solo que en lugar de

un verde crujiente, las ramas doradas brillaban con las luces del estadio. El torso se alzaba hacia el cielo, sobre el estadio, oscurecido por la oscuridad. Dos pequeños orbes azules colgaban suspendidos en la frontera con las nubes. ¿Ojos, tal vez? Vizzer entrecerró los ojos pero no pudo distinguir la cabeza.

Los ágiles dedos de los pies de la estatua buscaron al último de los bailarines y lo aplastaron. Valera corrió hacia la barrera y la relativa seguridad de la multitud. Vizzer observó, horrorizada, cómo la estatua la pisó en los flancos, dejando que la cabeza y el tronco se retorcieran y cayeran en agonía.

Terminada con esta espeluznante tarea, la estatua blandió su espada hacia la audiencia encogida, apuntando a éste, luego a aquél, hasta que llegó al rey mismo, y levantó la hoja hasta que quedó suspendida a menos de un metro de la cabeza de Prinz.

Entonces la estatua habló, y el sonido fue más fuerte que el amplificador más poderoso del planeta. Vizzer se metió los dedos en los oídos, pero aún podía oírlo, las palabras vibrando en sus huesos.

“Yo soy tu dios,” decía. Se inclinó hacia adelante, hasta que Vizzer pudo ver ese par de ojos de zafiro haciendo chispas de rayos en su rostro bruñido. “Y yo soy un dios celoso.”

La multitud se arrojó al suelo, hundió la cara en la hierba. Todos excepto Prinz y los Reproductores, que miraron al gigante como en un reconocimiento mudo y rumieron tranquilamente.

Una veintena de toros se precipitó hacia las Grandes Puertas. Con su mano libre, la estatua arrastró las escapadas hacia el estadio. Cerró su puño alrededor de la media docena que quedaba en su palma. Exprimido. La sangre brotó de entre esos nudillos gigantes. Descartó los restos pulposos con un movimiento de muñeca desdeñoso. Trozos de carne y fragmentos de hueso llovieron sobre la multitud.

Prinz se puso de pie. “Oh, gran Carlos,” gritó, su voz pequeña y distante en el aire sofocante. “¿En qué te hemos hecho daño?”

La espada no había vacilado en todo este tiempo. Su punta estaba ahora a escasos centímetros del rostro del rey. El rostro dorado descendió más. Vizzer se apartó de la confrontación, el desastre inevitable que haría el rey. Sin embargo, parte de él se negó a creer lo que estaba viendo. Carlos, su Creador, era un hombre. Un antiguo ser de carne y hueso. Debe ser una especie de truco mecánico.

Entonces, ¿por qué esos ojos sin pestañear parecían ensartar su alma con la amenaza de la condenación, el tormento sin fin?

La estatua golpeó con el pie. El suelo debajo de ellos tembló. "¿Quién se atreve a usar mi santo nombre?"

Prinz no vaciló. "Hago. Yo, Prinz, Señor de todos los Taurus, Defensor de la Fe, Amo de la Hierba Dulce, Padre de Mi Pueblo y Semental de las Llanuras."

Vizzer se acercó a la cabina de control, moviéndose tan rápido como se atrevió. Aún faltaban cinco metros. Se obligó a reducir la velocidad, no fuera a atraer la atención de la estatua.

"No está allí," dijo una voz con voz ronca en su oído.

"¿Qué es eso, Dex?" susurró tan suavemente como pudo.

"La estatua. No está ahí. El pedestal está vacío."

"¿Cómo es eso posible?"

"Estoy mirando el video. La alimentación exterior."

Un sonido estridente le atravesó el oído. Murió. La estática se borró donde había estado la voz de Dex. ¿Qué diablos fue eso? ¿Fue la estatua responsable? ¿Cómo? ¿Podía oír lo que estaban diciendo?

El gruñido metálico de la bestia agitó los pelos de la mejilla de Prinz. "Durante tres días no has podido sacrificarte."

¿Realmente habían sido solo tres días? Vizzer pensó de repente. Pareció una eternidad.

La espada siguió adelante. Prinz se alejó de puntillas, hasta que presionó las nalgas contra el trono.

"El castigo por esto es la muerte."

El rey se tensó y se agachó. "¡Escuché a mi vizzer!" le gritó a la figura que se avecinaba. "¡Él hizo esto!"

Un rayo se hinchó en los ojos de la estatua. Un rayo golpeó la base del Trono del Creador donde Prinz se había sentado. El sombrero de vaquero bailaba en llamas. El rey bajó los escalones de piedra, zigzagueando y zagándose mientras un rayo chispeaba en su cola.

Vizzer golpeó la puerta de la cabina de control, lamentando la decisión de que le quitaran los cascos.

"¡Dex!" él gritó. "¡Déjame entrar!" Pero todo lo que podía oír en su auricular era estática.

Prinz llegó a la pendiente cubierta de hierba. La multitud se separó para dejarlo pasar, desesperada por evitar convertirse en daños colaterales. Pero en vano. Un rayo cayó alrededor del rey, detrás de él, a un lado, cada vez dejando un cadáver humeante a su paso.

Vizzer se dio la vuelta, con los pies juntos y la espalda recta. Agarró el talismán que llevaba alrededor del cuello. Debajo de él, su gente estaba muriendo. Y que estaba haciendo? Corriendo. ¿Qué clase de cobarde lo convirtió eso? No. Esto había ido bastante lejos. Fuera lo que fuera esta estatua, no era un dios. No puede ser. No doblaría ninguna rodilla ante un monstruo mecánico. Preferiría morir. No podría vivir consigo mismo de otra manera.

Si era un dispositivo mecánico, pensó, debe haber una forma de detenerlo. Alguna debilidad. No tenía herramientas a su disposición. No había tiempo para usarlos si lo hacía. Pero la máquina podía hablar y escuchar. Podía

hablar con él. Quizá hubo algún argumento teológico que resultaría efectivo.

La puerta se abrió de golpe detrás de él. Dex siseó: —Entra aquí. Rápido."

Hizo un gesto a su amigo para que se fuera. "Ahora no. Cerrar la puerta."

"¡Pero serás el siguiente!"

Vizzer se llevó las manos a los labios. "¡Oye!" él gritó. "¡Aquí arriba! ¡Yo, el vizzer del rey, hablo!"

"¿Estas loco?"

La estatua giró, dejó de lanzar rayos. Prinz lo miró boquiabierto.

"Diviértete," dijo Dex, y cerró la puerta.

La estatua tronó: "El vizzer que no me adora también debe morir."

"Considere," comenzó Vizzer, "el Apéndice de Montevideano al Libro de Mortimer y el Códice correspondiente, en el que Carlos nos dice..."

Un relámpago de llama azul se precipitó hacia él, poniendo fin a su arenga. Oh, bueno, pensó. Merece un intento. Cerró los ojos. Olas ondulantes de truenos golpeaban sus tímpanos. No pudo oír nada más. Entonces esto fue la muerte. Se sintió tranquilo. Ileso. Abrió los ojos.

La estatua lo miró, como si esperara que cayera o comenzara a emitir volutas de humo, como un cadáver carbonizado. Se sintió a sí mismo por todas partes. Todo sigue intacto. Las mandíbulas colgaban abiertas por todo el estadio. El talismán palpitaba bajo sus manos, bajo su cubierta de fieltro azul. Sin saber exactamente por qué, Vizzer lo sacó de su bolsa y lo sostuvo en alto. Más tarde, le pareció que alguna fuerza invisible había guiado sus manos.

Un segundo chorro de llama azul rasgó el aire. Por un momento, el relámpago permaneció entre la estatua y Vizzer. El talismán hirvió y siseó contra su carne, pero Vizzer aguantó. El fuego se dispersó. Las luces se

apagaron, arrojándolas a la oscuridad, salvo por el halo penumbral del sol. La forma oscura de la estatua podía verse débilmente. Se enderezó. El cumulonimbus se redujo a bocanadas blancas y desapareció. La estatua pasó por encima de las paredes del estadio. El suelo tembló cuando sus pasos se retiraron. Luego se hizo el silencio.

¿Qué había hecho? ¿Por qué no estaba muerto? Se dio cuenta de un dolor en sus manos. Olió a carne quemada. Su propia. Bajó el talismán al suelo. A la tenue luz del sol, pudo ver que sus palmas estaban carbonizadas. Sacudió las muñecas, bailó de dolor. ¿Dónde diablos estaba Feeh?

Los sollozos de angustia surgieron en la oscuridad. Se encendieron las luces. La multitud salpicada de sangre miró a su alrededor confundida y contó a sus muertos. Valera se arrastró hacia ellos desde donde yacía, medio aplastada en la arena. Un grupo de toros saltó la barrera. Ignoraron sus manos suplicantes de ayuda y en cambio la empalaron en el pecho. Cayó de costado, se quedó quieta. Otros ocuparon el lugar de los asaltantes: un revoltijo, asesino, retorcido de polvo y cuernos que continuó mucho después de la muerte del bailarín.

Una estampida se abrió paso por la pendiente cubierta de hierba y hacia las Puertas. Cientos cayeron desde el borde de la pendiente sobre las espaldas de sus compañeros en la terraza de sacacorchos de abajo. Una figura solitaria se abrió paso entre la confusión y se liberó de la multitud. Fue Prinz. Vizzer pudo espiar el hueso blanco del cráneo, con el cuero cabelludo aún pelado.

El rey subió de un salto los escalones de piedra. Su túnica púrpura colgaba hecha jirones. Cowpat y sangre gotearon en pastosas manchas por sus flancos, donde había pasado junto a sus sujetos asustados y heridos. Subió el último escalón, se detuvo frente a Vizzer y jadeó para respirar.

Así que esto fue todo. No había adónde correr. Tampoco tenía ningún deseo de hacerlo. Se enfrentaría a Prinz incluso como tenía la estatua. Que irónico. Sobrevive al ataque de una estatua de bronce de cien metros de altura que decía ser un dios, solo para morir por los cuernos del rey.

"¿Me vas a matar ahora?" preguntó, extendiendo sus manos.



Prinz contuvo el aliento. Estudió las palmas ennegrecidas de Vizzer, el talismán humeante a sus pies. "Me salvaste la vida," dijo al fin.

Una réplica inesperada. Antes de que Vizzer pudiera responder, la puerta de la cabina de control se abrió. Feeh y Dex emergieron, uno al lado del otro.

"Ahí lo tiene, doctor," dijo Vizzer. "¿Tienes tu botiquín contigo, espero?" Él sonrió y levantó las manos heridas.

Feeh no dijo nada. No devolvió la sonrisa. Los dos sacerdotes dieron un paso al frente y se pusieron las manos detrás de los cuernos. Detrás de ellos caminaba Rutt con una nueva y peculiar arma en la mano. Rutt apuntó a Vizzer con la cosa con forma de pistola y la tiró hacia los demás.

"¿Qué estás haciendo, Rutt?" Preguntó Vizzer. "¿Y de dónde sacaste esa pistola, o lo que sea?"

El novicio lo ignoró y se dirigió al rey. "Señor," dijo. "He capturado a los traidores que nos han traído esta calamidad."

# Capítulo 18

Los dedos de Fhoriu temblaron sobre su bastón. Fue muy frustrante. No podía controlar su vejiga. Sus entrañas. Soltó holgazanes en los momentos más inoportunos. Chorros de orina fluyeron espontáneamente de su vejiga. Fué embarazoso.

Peor aún, la gente lo consideraba senil. ¡Él! ¡Senil! El hecho de que su voz temblara y a veces se olvidaba de las cosas no significaba que estuviera senil. Era mucho más agudo que algunos de estos becerros, apenas salían del vientre de sus madres.

Aquí se sentaron en consejo, juzgando a Vizzer. Su aprendiz favorito. Ahora míralo. Tratando de convertirse en un dios, o al menos parecerlo. Tonto. ¿Qué sabía el ayuntamiento sobre Carlos? ¿Sobre los dioses? ¿Sobre el gran misterio? Escúchalos. Dex y sus teorías científicas. ¿Qué tenía que ver la ciencia con todo? No percibieron la verdad oculta. Sintió que un excremento le pasaba por la cola y suspiró. Ellos no lo escucharon. No tiene sentido ni siquiera intentarlo. Las cosas se estaban yendo al infierno en Taurus. No iba a acelerar el viaje.

“Anciano Fhoriu,” gritó una voz en su oído.

Se apartó del ruido. Uno de los toreros estaba diciendo algo. Aférrate. ¿Qué pasó con Frokker? Mejor no preguntar. Podrían pensar que estaba perdiendo la cabeza.

"No soy sordo, ya sabes," dijo. "Puedo escucharte muy bien."

El matador sonrió. “Es Tanos. ¿Jefe del sindicato?”

"Sí. Por supuesto. ¿Qué deseas?”

Fhoriu miró al resto del consejo. Se sentaron en círculo alrededor de Vizzer. Los rostros estaban todos borrosos. Deseó poder ver mejor. Se negó a usar lentes. A las vacas no les gustó. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que

tuvo una mujer? Él rió tristemente. Solían amarlo cuando era más joven. Debo hacer algo al respecto antes de que sea demasiado tarde.

Oh, por los días en que él mismo había estado vizzer, no solo un caparazón seco de una cruz. La parálisis lo había golpeado en su mejor momento. Debería haberlo matado. A veces deseaba que así fuera. En cambio, lo obligó a renunciar como vizzer, y poco a poco le quitó todo lo que amaba en la vida, hasta que ni siquiera le quedó su dignidad.

¿Qué estaba haciendo Vizzer allí, sentado en la hierba? ¿Y quién era el cura técnico a su lado? Esa era la forma en que trataste a los criminales en el juicio. Míralo. Las manos de Vizzer estaban envueltas en una gasa. ¿Se había lastimado a sí mismo? A sus pies había un objeto familiar. Él entrecerró los ojos. No. No lo fue. No puede ser. ¿El talismán?

Fhoriu se atragantó y se apretó la garganta. ¿Cómo lo consiguió Vizzer? ¿Lo robó? ¿Cuándo? ¿Por qué no se había dado cuenta? Estaba al borde de una reprimenda pública cuando se dio cuenta. Le había dado el talismán a Vizzer diez años atrás, cuando renunció. Un momento de pánico se apoderó de él. ¿Sabían de dónde había salido? ¿Podrían rastrearlo hasta él? La posesión de imágenes esculpidas fue castigada con el exilio y la muerte. Puede que sea viejo, pero aún no estaba listo para morir.

Un gran toro con un sombrero de vaquero quemado y ensangrentado le habló. No fue Pisotón. ¿Qué hiciste con el rey? quería gritar. Espere. Quizá el rey murió y no se dio cuenta. Mejor no decir nada.

.. piensa en lo que acaba de pasar?" Tanos gritó.

"¿Que es eso?" Preguntó Fhoriu, tratando de mantener la voz firme. "Lo siento, estaba, uh, orando."

El consejo rió, se tapó la boca con los cascos.

"Esto es una pérdida de tiempo," dijo un novato vestido de gris.

"Gracias, Rutt," dijo el rey. "Pero yo seré el juez de eso."

Hmm. No recordaba a un novato llamado Rutt. Crecieron tan rápido en estos días.

"Dex, ¿podrías presentar tu defensa desde el principio, esta vez en beneficio del élder Fhoriu?" dijo el rey.

El cura técnico se aclaró la garganta. Debe ser el que se llama Dex. "Lo haré realmente simple," dijo, con más risas. "¿Qué era? ¿Qué lo causó y cómo evitamos que regrese?"

"¿Qué fue eso?" Preguntó Fhoriu.

Más risas. ¿Dijo algo gracioso?

"La estatua, élder Fhoriu," dijo Dex.

Ahora recordaba al gigante. Escupiendo fuego de sus ojos. Dios mismo entregando su retribución divina a su pueblo pecador. Fhoriu movió el dedo. "Ya lo veo. Quieres evitar que vuelva."

"Exactamente," dijo Dex. Hizo un gesto a los otros miembros del consejo. "¿Tienes alguna idea?"

Fhoriu levantó sus hombros marchitos y los dejó caer. "Oh, por supuesto. Puedo decirte cómo hacer eso. Creo que es bastante obvio."

Las risitas cesaron. Todos los ojos estaban puestos en él. Les mostraría a estos becerros que aún tenía un truco o dos bajo la manga.

El rey preguntó: "¿Cómo?"

"Carlos está enojado con nosotros. Nos castiga por no sacrificarnos en su nombre."

"Díganos algo que no sepamos," dijo Rutt.

"A veces, pequeño," le dijo Fhoriu al novato, "es más difícil decir lo obvio." Se incorporó sobre las patas traseras y apoyó todo su peso en el bastón. "El Código es claro en este punto. El propio Carlos nos dice: 'No dejes que

pasen tres días sin sacrificio, no sea que yo te castigue'." Fhoriu se rió entre dientes. Si los sacerdotes más jóvenes se molestaran en leer el Código, sabrían estas cosas. "Reanuda los sacrificios. Que haya sangre. Como siempre ha existido en Taurus. Como siempre debe haber."

Vizzer se puso de pie de un salto. "Pero no hay dios," gritó. "Has visto la evidencia con tus propios ojos. Dígales. Sabes que es la verdad. Diles la verdad."

"¿Que verdad?" Rutt gritó, ahora también sobre sus cascos. "El sumo sacerdote es culpable de sacrilegio y traición. Posesión de imágenes esculpidas. Conspirar contra tu persona. ¡Su alteza, Vizzer debe morir!"

"Siéntate." La orden del rey no permitió ningún desacuerdo. Así es, pensó Fhoriu. Niño desobediente. Rutt se sentó.

Dex tocó su cuaderno sagrado. "Señor, ¿puedo ofrecer una solución alternativa?"

El rey bajó los cuernos en asentimiento.

El sacerdote técnico señaló la estatua en su pedestal detrás de ellos. Algo era diferente en eso, se dio cuenta Fhoriu. ¿No solía ser verde? Quizá alguien lo pulió recientemente. Pero eso es imposible, se dio cuenta con un sobresalto. La estatua nunca debe tocarse. Excepto por el rey durante la colocación del sombrero. Está en el Código. Nadie lo ha pulido en miles de años. Entonces, ¿cómo es que brilla tan intensamente al sol? Saltó ante la mención de su nombre.

"Fhoriu te dice que la estatua es un dios." Dex se inclinó levemente hacia el torso. "Yo digo que es una máquina. Una máquina complicada, pero sigue siendo una máquina. Se controla a distancia mediante una señal FTL. El talismán de Vizzer rompió esa señal."

"Pero así es como los dioses siempre se han comunicado con nosotros," objetó Fhoriu. "No hay nada extraño en eso. Quizá esta es la forma que han elegido para expresar su disgusto con nosotros."

"Excepto por una cosa," dijo Dex.

"¿Que es eso?"

"La señal viene de aquí en Taurus."

Las voces se alzaron en discusión. Tal contención. Tanta angustia. Todo es tan simple. Lo hacen tan difícil. ¿Por qué no pueden ver?

El rey se puso de pie y profirió un largo mugido. El alboroto se calmó. Señaló con un cuerno al líder del sindicato. Habla, Tanos.

"Dices que hay una señal," dijo el matador. "De aquí en adelante Taurus. Pero ¿de dónde viene?"

Dex miró a su alrededor con nerviosismo. Dio unos golpecitos más en su cuaderno sagrado. Murmuró: "Viene del interior del túmulo funerario."

"¡Ahora Dex también comete sacrilegio!" Rutt gritó sobre la renovada oleada de contención. "¿Qué propones, que perturbemos el santo lugar de descanso de los que murieron en la arena?"

"¡Hay un precedente!" Vizzer gritó, con la voz ronca. ¡El propio rey Prinz permitió que los cuerpos no consagrados ardieran allí hace unos días!

El rey dio una palmada con los cascos. Toda discusión cesó.

Le dijo a Vizzer: "Te han acusado de delitos punibles con el exilio y la muerte. ¿Hablarás en tu defensa?"

"¡No dejes que diga una palabra más, Alteza, por favor!" Protestó Rutt. "¡Mátalo ahora!"

"Soy yo quien juzgará hoy, no tú," gruñó el rey. "No me enojés de nuevo."

¿Un juicio? ¿Eso es lo que era? Pensó Fhoriu. ¿Castigo por el exilio? Que horrible. Muchas de sus vacas favoritas habían pasado hacía mucho tiempo por ese camino hacia el sur, del que nunca regresó ninguna. Vizzer esperó su atención. Cómo había cambiado su aprendiz estos últimos diez años.

¿Por qué no podía dejarlo lo bastante bien? ¿Por qué tenía que ir cambiando cosas todo el tiempo? Taurus era así por una razón. Aunque no siempre estaba seguro de cuál era esa razón.

“Nuestro dios es un dios celoso,” comenzó Vizzer, mirando a cada uno de ellos por turno. “Él nos creó. Nos esclavizó. Para poder vernos matarnos unos a otros en la arena. El resto de los dioses, si se les puede llamar así, se destruyeron a sí mismos en una guerra civil. Un último obstáculo se interpone en el camino de nuestra libertad.” Señaló la estatua. “Esa abominación.”

Vizzer extendió una mano para acallar el coro de quejas. “Debemos encontrar la fuente de la señal. Debemos destruirlo. Solo entonces podremos ser libres.”

El rey avanzó pesadamente sobre sus cascos. Todos los ojos se volvieron hacia el rostro regio debajo del sombrero blanco chamuscado. “Vizzer,” dijo, “hoy me salvaste la vida. Y te ahorraría el tuyo si pudiera. ”

El sumo sacerdote se arrodilló y apretó los cuernos contra la hierba. “Todo está dentro del poder del rey.”

“Eso es verdad. Pero cincuenta cruces murieron hoy y muchas más resultaron heridas. No puedo permitir que eso vuelva a suceder. Mi trabajo es proteger a mi gente.”

Las palabras parecieron quedarse en la garganta de Vizzer. “¿Cuál es tu decisión, entonces?”

Prinz rumió un momento. “Los caminos de Carlos son misteriosos. No te mató. Quizá por una razón.”

“.. ¿Qué significa, señor?”

“Si puede encontrar la fuente de esta señal y detenerla, entonces vive.”

Vizzer tragó. “¿Y si no lo hago?”

Si no lo hace antes de que esté programada la próxima corrida, tanto usted como Dex se exiliarán. Y la corrida se reanuda."



# Capítulo 19

Se estaba acabando el tiempo. Queda una hora, no más. Vizzer se obligó a mantener la calma. Camina despacio. Cabeza en alto. Docenas de novicios cavaron en la base del túmulo funerario. No debe dejar que vean su miedo. Su vida dependía de su descubrimiento, ¿qué, exactamente? Si tan solo supiera.

Si solo, si solo, si solo.

Si tan solo pudiera hacer algo. Toma una pala y excava. Sudar su desesperación. Agarró un pico al principio y gritó de dolor. La crema curativa que Feeh le había dado, la gasa, no eran suficientes. Pasarían días antes de que pudiera quitarse las vendas.

Un cowpat chapoteó a sus pies. Pasó sobre él y continuó su circunnavegación del montículo. Cruces enojadas rodeaban la colina sagrada, diez y doce de profundidad. El flujo de quejas adquirió cierta coherencia.

¡Deshonras a nuestros gloriosos muertos! un toro gritó.

"¡Que sufran en el exilio hasta el fin de sus días!" Una vaca esta vez.

Y el siempre popular "¡Come esto!" Seguido por un cowpat apuntando a su cabeza.

Prinz había asignado guardaespaldas para rodear el montículo a intervalos de cinco metros. Fueron todo lo que impidió que la multitud lo corneara a él ya Dex hasta la muerte. Los guardias estaban claramente nerviosos y tenían sus armas listas, los dedos en los gatillos.

Ya habían matado a varios miembros de la mafia. Lo cual lamentó. Un trío de becerros ignoró los disparos de advertencia que se dispararon sobre sus cabezas y cargaron un hueco. ¿Qué opción tenían los guardias? Los cuerpos

acribillados a balazos yacían donde cayeron, una advertencia para los demás.

Le había sorprendido cuando Prinz le permitió tener guardaespaldas. Casi tan sorprendido como cuando aceptó la excavación. Podría haberlos matado de una vez. Los envió al exilio si quería. ¿De verdad creía esa tontería de cowpat sobre las formas misteriosas de Carlos? ¿O le tenía miedo a Rutt y quería jugar ambos extremos contra el medio? Quizá alguna otra razón desconocida estaba detrás del cambio de opinión del rey.

“Un día,” había dicho Prinz. “Eso es todo lo que puedo darte. Cuando la Sombra de Carlos una vez más arroje tinieblas sobre la tierra, retomaremos la corrida. Debemos. Un dios enojado lo exige. Eso es todo.” Se había puesto de pie, terminando la reunión del consejo y cortando las objeciones tanto en sus labios como en los de Rutt.

Rutt. Ahora había un rompecabezas. No lo había visto venir. ¿Quién más se estaba preparando para traicionarlo? ¿Dex, tal vez? Todo lo que quería era un harén. Terneros. Prinz podría comprarlo fácilmente. Quizá tenían algún tipo de trato. Después de todo, Dex no tuvo nada que ver con la decisión de poner fin a la corrida y había protestado enérgicamente por su inocencia, pero eso podría haber sido solo una demostración. Y Feeh. Siempre había considerado que el médico no era partidista.

Tendría que tener más cuidado. ¿Quiénes eran sus amigos? ¿Quiénes eran sus enemigos? ¿Y si todos estuvieran en su contra? Un pensamiento amargo.

Vizzer se estiró y se tocó la bolsa en el cuello, apartando la mano por el dolor. Tendría que deshacerse del hábito. Le habían devuelto el talismán después de la reunión del consejo. Nadie más estaba dispuesto a tocarlo.

Un cráneo sin cuernos se deslizó por la ladera de la colina y se posó contra su pie. Sobre él, la espantosa pila raspaba el cielo con huesos que sobresalían y medio quemados. El dulce olor a descomposición empapó su túnica, su piel, sus pulmones. Una ráfaga de viento agitó las cenizas, llenó el aire con una nube de tos. Se pasó una uña por las cejas. El polvo gris floreció allí en crujientes pasteles.

Los sacerdotes en servicio de cremación continuaron su trabajo, con tiras de tela apretadas alrededor de sus mandíbulas. Estaban trabajando horas extras para procesar la reciente carnicería. Arrastraron los cuerpos aplastados y rotos de los muertos colina arriba, tirando de los arneses de sus hombros, luchando por agarrarse en la empinada escalera hecha de huesos de fémur. Desde la cima, mientras cada cadáver en llamas se desintegró, sus diversas partes del cuerpo cayeron del pico, un volcán de carne putrefacta.

Dex corrió hacia él. Sus dedos revolotearon contra su almohadilla sagrada.

"¿Alguna suerte?" Preguntó Vizzer.

"No puedo entenderlo," murmuró. "La señal está por todos lados. Casi como si no quisiera ser encontrado."

Vizzer echó un rápido vistazo al sol. Cincuenta minutos para el final. Tal vez. Agarró el codo de su amigo, hizo una mueca de dolor. "Están esperando para matarnos. Tortúranos, incluso. " Apretó su agarre en el brazo de Dex. El dolor fue intenso. Pero la muerte y el fracaso serían peores. "O lo encuentras, sea lo que sea, o ambos estamos muertos."

Dex no levantó la vista de su pantalla. "Está bajo tierra o cerca de la superficie. No muy alto. No puede ser. Es de origen antiguo. O habría historias, algo en el Código al respecto. Quizá Carlos lo puso ahí cuando fundó Taurus. Quizá incluso antes de que él nos creara."

"¿Estas seguro de eso?"

"No estoy seguro de nada."

Vizzer señaló el montículo con la otra mano. "Quinientos metros de diámetro. Solo dime dónde excavar. No queda tiempo. ¿Tú entiendes?" Sacudió a su amigo con rudeza.

Dex miró hacia arriba. Tenía los ojos inyectados en sangre. "¿Qué harías diferente?"

"Bueno, yo..." Él vaciló. "No lo sé."

Entonces déjame ir. Estoy haciendo lo mejor que puedo."

"Lo siento." Soltó el codo de Dex y dejó caer las manos a los costados. Palpitaban dolorosamente. "Haz lo que puedas."

Su amigo sonrió inesperadamente. "Queda una hora."

"Menos."

"Pueden pasar muchas cosas en una hora."

Vio que Dex se apresuraba, golpeaba la pantalla y miraba el montículo. Quizá estaba equivocado con su amigo. Esperaba estarlo. Para cuando se enterara con certeza, podría ser demasiado tarde. Se puso las manos a la espalda y se alejó en dirección opuesta.

"¿Buscando a Dios?" gritó un novillo.

Ese era uno nuevo. Ponerse creativo con el paso del tiempo. Él se agachó. El cowpat falló en su cabeza, golpeó contra el montículo. Una palada de tierra lo cubrió de inmediato. Venía de un agujero justo encima de él. Un novato estaba cavando aquí, abriendo un túnel en una de las muchas madrigueras que ahora salpicaban la ladera.

En un impulso, subió al montículo. La entrada del hoyo estaba a varios metros del suelo. Les había ordenado que comenzaran alto y cavaran en ángulo. Se acercó al túnel por un lado, para evitar las paladas sueltas de tierra debajo. Más tierra salió volando y se deslizó por la pendiente. Un rítmico chirrido de hoja contra hueso resonó desde lo más profundo del montículo. Vizzer miró hacia la oscuridad.

Una sola lámpara en la frente iluminaba un par de cascos. El excavador hizo una pausa, descansó sobre su pala, jadeando por respirar. La luz se hundió más, hasta que casi tocó el suelo.

Vizzer estaba a punto de ofrecer algunas palabras de aliento cuando el excavador gritó: "Perdónalos, oh grandes dioses, porque no saben lo que hacen."

Desde la boca del túnel, Vizzer dijo bruscamente: "¿Quién duda de su sumo sacerdote y rey?"

La excavadora salió del agujero. La tierra caía en cascada por sus hombros y espalda. Sus labios eran negros, sus ojos eran el único signo de vida bajo la capa de lodo. La sangre brotó de sus palmas. Su túnica gris estaba sucia sin posibilidad de reparación. Un novato. Inclino la cabeza. "Perdóname, Mi Vizzer. No te vi allí."

Llevaban veinticinco horas y media cavando. No hay pausas para comer. Solo tragos rápidos de agua de un balde. Tal vez sea mejor ser suave con él. El novato esperaron, con lágrimas en los ojos. ¿Cómo se llamaba el becerro?

"Slask, ¿no es así?"

"Sí señor. Tu recuerdas."

"¿Por qué le ruegas a los dioses que nos perdonen?"

El novicio bajó la cara al suelo, en la boca del túnel. "Sé que los dioses están muertos. Es solo... Se detuvo, hundió la cara en el suelo.

"¿Justo lo?" Vizzer preguntó amablemente. "Aunque nos equivocamos, solo Dex y yo morimos. Somos los responsables."

"Conoces las historias de cómo dios..."

"Carlos."

El novicio tragó el nombre propio con dificultad, como si no estuviera seguro de a cuál temía más: a los dioses o Vizzer. El Código prohibía pronunciar el nombre de dios. "Carlos, señor. Y su carro sagrado que persigue al sol."

"Viejos cuentos de vacas para asustar a los terneros," dijo Vizzer. "Deberías saberlo mejor."

Slask susurró: "Dicen que algún día volverá y ocupará el lugar que le corresponde en el trono." El terror tembló en los ojos del novato. "Y ese día nos juzgará a todos."

Vizzer sonrió. Premie la ignorancia con paciencia. "Tonta superstición. Nada más," dijo a la ligera. "Créeme. Te preocupas por nada." ¿La moral era tan mala para todos ellos? Debía hablar con los demás de inmediato, instarlos a realizar un último y desesperado esfuerzo. —Haces un trabajo sagrado, Slask. No lo dudes, nunca." Se volvió para irse.

Slask agarró el dobladillo de la túnica de Vizzer, manchando las manchas de color carmesí con huellas de manos ensangrentadas. "Pero el Código dice que no se excave aquí. Los muertos deben descansar en paz." Jadeó en busca de aire. Torrentes de calor latían desde la boca del túnel. "Pero aquí cavo." Un pequeño grito triste escapó de sus labios.

"Eres solo un novato, Slask. ¿Quién eres tú para dudar de tus superiores?" Preguntó Vizzer, tratando de desenredar su bata de los dedos del novato.

"Porque es mi deber."

Entonces suelta mi bata. Volver al trabajo."

"¡Por favor! ¡El castigo por cavar aquí es la condenación eterna!"

Vizzer tiró de su bata y Slask la soltó. Vizzer agitó los brazos, tratando de mantener el equilibrio. Un cowpat fortuito lo golpeó en el medio de la espalda, evitando una caída grave.

El novato se retorció en la tierra, agarrándose los cuernos con las manos y hundiendo la cara en el suelo suelto. ¿Agotamiento? ¿Algún frenesí religioso inexplicable?

"¡Mi Vizzer, el propio Taurus nos tragará enteros!"

"¡Slask!" Ladró la palabra.

El novicio se enderezó y golpeó con los cuernos el techo del túnel. Fragmentos de huesos llovieron sobre su cabeza.

"¿Sí, mi Vizzer?"

"Ternero," gruñó, con toda la autoridad que pudo reunir. "Falta menos de una hora de excavación. Entonces podemos descansar. De una manera u otra."

El cuerpo de Slask se contorsionó, como si estuviera sufriendo una profunda lucha interior. "De una forma u otra," dijo, y se agachó para recoger la pala manchada de sangre.

Vizzer apoyó la mano con la palma hacia arriba en el hombro del novato. Cava por mí, Slask. Excava en busca de Dex. Excava por nuestras vidas. Sin ti estamos perdidos. ¿Harás eso por mí? ¿Para nosotros? ¿Por favor?"

Una sonrisa avergonzada se deslizó por el rostro del becerro. "Por supuesto señor. Haré mi mejor esfuerzo." Slask volvió a cavar.

Vizzer bajó con cuidado la pendiente. Se reanudó el chirrido de la pala. La suciedad voló una vez más desde la boca del túnel. Debe encontrar a los demás. Encuentra a Dex. El encuentro con Slask le preocupó. Si los demás se encontraban en un estado similar, las posibilidades de éxito eran escasas.

Un grito repentino se escuchó desde el interior del montículo. Vizzer tropezó y rodó por el resto de la pendiente. Se puso de pie sobre la hierba cubierta de ceniza. La multitud avanzó poco a poco, arrojó vaqueros. Dos más cubrieron su costado. Trepó colina arriba. El grito procedía del túnel donde estaba cavando Slask. Otros novicios llegaron corriendo ante el ruido. Dex apareció a la vista desde un lado del montículo.

Vizzer miró de nuevo el túnel que había cavado Slask. Nada. Negrura. Un novato a su lado le arrancó la lámpara portátil de la frente y la arrojó a las manos quemadas de Vizzer. Buscó a tientas el interruptor y metió la luz prestada en el agujero. El túnel descendía unos veinte metros por la ladera de la colina. Una pala brillaba débilmente en el fondo. No había señales de derrumbe. Slask había desaparecido.

## Capítulo 20

¿Es posible que las cosas empeoren? Vizzer se preguntó. Se paró en el fondo del túnel donde Slask había desaparecido. Cincuenta sacerdotes y novicios habían atacado la ladera de la colina con palas, picos, uñas, cascos, incluso cuernos, en un intento desesperado por salvar a su compañero enterrado. Habían tallado una burbuja de espacio en lo profundo del montículo, revelando una pared de metal suave. El objeto tenía al menos tres metros de alto por cuatro metros de ancho, pero cuanto más cavaban, más grande se volvía.

Esto tenía que ser lo que estaban buscando. La fuente de la señal. Tenía que ser. Pero ahora que ¿Cómo se suponía que iban a apagarlo? No había costura, ni siquiera una grieta en la impecable superficie. La única aberración fue un par de manijas de metal que sobresalían de la pared. ¿Para qué fueron? ¿Y qué le había pasado a Slask?

Una ráfaga de disparos resonó fuera del montículo. Miró por encima del hombro hacia la entrada ensanchada del túnel. Los guardaespaldas se pararon codo con codo, bloqueando la boca abierta de la cueva. La multitud siguió adelante, lanzando petates y lanzando maldiciones.

La luz del sol creció e inundó el túnel con luz roja. Ahora queda poco tiempo. La multitud se separó. Los cowpats dejaron de volar. Vizzer entrecerró los ojos ante el inesperado brillo. Pudo distinguir una procesión acercándose. El andar rodante de Prinz se aceleró hacia ellos, su cuerpo se agitaba con cada paso hacia adelante. Los miembros del consejo lo siguieron.

Se volvió hacia la pared. A su lado, Dex golpeó furiosamente su cuaderno sagrado.

Vizzer se cruzó de brazos. "¿Entonces, qué estamos mirando?"



El incesante tapping no se detuvo. "La tumba de los dioses, según nuestros amigos de fuera."

"No te pregunté por los chismes actuales. ¿Cómo apagamos la señal?"

"Estoy trabajando en ello."

"No tenemos tiempo. Prinz está en camino ahora mismo."

Su amigo no miró hacia arriba. Sus dedos golpearon la pantalla de su cuaderno sagrado en un borrón. "Estoy trabajando lo más rápido que puedo."

"Eso no es lo bastante bueno."

Los dedos de Dex se detuvieron durante una fracción de segundo y continuaron. Él no dijo nada.

Vizzer sintió remordimiento. Esa no era forma de hablar con un amigo. Se había equivocado al dudar de la lealtad de Dex. Habían estado trabajando duro, sin comer, sin dormir, durante un día completo. ¿Por qué Dex haría eso si tenía la intención de traicionarlo? El rostro de su amigo permaneció inmóvil; sólo sus ojos saltaban de un lado a otro. Por el brillo de la pantalla en el rostro de Dex, Vizzer supuso que estaba leyendo una especie de esquemas complicados.

"Lo siento," murmuró. Apagó su faro.

Se alejó arrastrando los pies, a través de tierra suelta, hasta el centro de la cueva. A su alrededor, los novicios cansados se apoyaban en sus palas. La repentina y cegadora luz del sol reveló sus rostros cubiertos de tierra, sus manos manchadas de sangre.

"Ahora no es el momento de descansar," dijo. Fuera, Prinz y su desfile se acercaban. La desesperación se aferró al alma de Vizzer. Esto fue. Su última oportunidad. O todo había terminado. "¡Debemos cavar!" gritó. "¡Cavar! ¡Excaven por sus vidas!"

"Excavar por sus vidas, quiere decir," dijo un novato en cuclillas en el suelo.

Picos negros de terror desgarraron su esperanza. Había visto a este enano antes, en conferencia con Rutt. ¿Fue cómplice?

"¿Cuál es tu nombre?" preguntó.

"Wrax." La voz pueril. Desafiante. Y además, si Slask está ahí, está muerto. Ninguna pala lo va a sacar."

Vizzer se inclinó y puso la mano sobre el hombro del becerro. Aliado o enemigo, tenía que abordar esta preocupación. Sin duda los demás pensaban lo mismo.

"Wrax. Mis compañeros sacerdotes." Levantaron la cabeza ante su uso del título. "Sí. Sacerdotes. Porque hoy ya no sois novatos. Deben pensar por ustedes mismos." El pauso. Tenía toda su atención. "Me has oído decir que los dioses están muertos." Extendió una mano. Quizá estés de acuerdo. Quizá no es así. Pero la verdad está detrás de ese muro." Su corazón martilleaba dentro de su pecho. Luchó por mantener sus palabras tranquilas, mesuradas. "Ya no importa si Slask está vivo o muerto. El rey te obligará a llenar este túnel y nunca sabrás la verdad. Estaré muerto. Pero ¿y vuestras vidas? ¿Siempre preguntándome, sin saber nunca? Los miró fijamente, mirándolos a los ojos uno a la vez. Prinz se acercó pesadamente, a menos de veinte metros. "No lo hagas por mí. No lo hagas por Dex. Háganlo ustedes mismos."

"¡Vizzer!" Prinz tronó desde fuera de la cueva. "Sal de ahí. El consejo ha decidido. Es hora de que mueras." La turba silbó y pateó con los cascos en señal de aprobación.

Vizzer tomó la pala de Wrax, ignorando el dolor en sus palmas. "Debemos bloquear el túnel," dijo en voz baja. "Dale tiempo a Dex para hacer su trabajo." Empujó un montón de tierra en un pequeño montón en la boca de la cueva. Una segunda palada. Un tercio.

Los demás se le unieron. Una ráfaga de palas se sumó al montón. Los novicios pasaron a su lado, amontonando tierra, gruñendo mientras gastaban las últimas gotas de la energía que les quedaba. El montón de tierra creció. Un metro de altura. Uno y medio. Dos.

Vizzer se interrumpió y se retiró a la cueva. Dex se apoyó contra la pared de metal, los pies en el suelo, los cascos en el aire y un brazo envuelto en un asa. Vizzer apoyó la espalda en la fría pared y miró por encima del hombro de su amigo. Un garabato esquemático cruzó la pantalla. Silbó.

"Bastante loco," dijo Dex.

"¿Qué es?"

"Ni idea."

"¿Slask ahí dentro?"

"¿Qué piensas?"

Calma. Calma. No hay tiempo para enojarse. "¿Puedes sacarlo?"

Las balas resonaron contra la pared sobre sus cabezas. Ellos se agacharon. La suciedad caía sobre sus espaldas. Los novicios llegaron corriendo, palas en mano. Todos intentaron hablar a la vez.

"Rompieron el..."

"-es inútil-"

"-¡ahí viene!"

Otra ráfaga de disparos los silenció. Se acurrucaron contra la pared, las palas levantadas en defensa propia.

"Allí están." Wrax estaba en la luz, señalando a Vizzer y Dex.

Un guardaespaldas apareció cojeando. Apuntó con su arma al torso de Vizzer. Fue Glit.

"Veo que finalmente has dominado el arma," dijo Vizzer. "¿Seguro que quieres usarlo conmigo?"

"Lo siento, Vizzer," dijo Glit. "El rey exige tu presencia."

Vizzer apuntó con el faro hacia la pared metálica expuesta. "¿Que ves?" le preguntó al guardia.

Los ojos de Glit se movieron entre la suave superficie de metal y la expresión triunfal de Vizzer. "¿Qué es?" él gimió.

"La tumba del propio Carlos. ¿No has escuchado? ¡Ve a contarle al rey esta santa noticia!" añadió, gritando a los flancos del Error que huía.

"¿Es realmente?" preguntó uno de los novicios.

"Por supuesto no. No seas ridículo. Acabo de inventarlo."

Un bramido enojado rasgó el aire afuera. Se había comprado uno o dos minutos, como mucho.

"¿Cómo vamos, Dex?"

Dex tocó más rápido la pantalla de su cuaderno sagrado. "Una especie de trampa. ¿Qué pasó con Slask? Yo creo que."

"¿Crees?"

"Podría estar muerto por lo que sé. Tratando de encontrar el comando correcto para sacarlo."

"¿Y luego qué hacemos?" Preguntó Vizzer. Pero su amigo no respondió.

Glit cojeó de regreso hacia ellos. "Vizzer," dijo. Sacerdote Dex. El rey me ordena que te lleve a él. Dice que si no vienes, debería matarte. Preferiría no matarte. ¿Vendrás?"

"¿Puedes darnos un segundo, por favor?"

El guardia levantó su arma. "No me hagas dispararte, Vizzer."

Un grito de sorpresa les hizo volverse. Slask cayó por el aire y aterrizó a los pies de Glit. Como si lo hubieran escupido. Un cuadrado negro en la pared los miró boquiabierto. ¿Qué era? ¿Fue una boca? Comenzó a cerrarse desde arriba. No como una boca. Más como un párpado. ¿Era algún tipo de monstruo mecánico como la estatua? Pero ¿con agujeros donde deberían estar sus ojos? ¿Qué habían descubierto?

La boca, o el ojo, o lo que fuera, se detuvo a medio cerrar. Un motor zumbó en protesta; el hechizo se rompió. Dex había agarrado una pala y la había apoyado en la puerta. Eso es lo que fue. Obviamente. Algún tipo de puerta. Con cierre deslizante. Miraron dentro: negrura imperturbable.

Dex se volvió hacia Vizzer, con una mano en el mango de la pala. Consultó su cuaderno sagrado. "Ese parece ser el comando correcto," anunció con una amplia sonrisa.

Slask tragó saliva en busca de aire a sus pies. Glit dio un paso atrás ante esta aparición inesperada.

Vizzer se inclinó y acarició la mejilla del novicio con una mano vendada. "¿Qué te ha pasado?" dijo gentilmente.

"Oscuro. Oscuro." Slask jadeó. "Sin aire."

"¿Cuánto tiempo estuvo allí?" Vizzer preguntó a Dex.

"Cuarenta y cinco minutos."

Vizzer sacudió los hombros de Slask. "Tienes que decírnoslo. ¿Qué hay adentro?"

El trueno de la real indignación llenó la cueva. "¡Tráeme a Dex y Vizzer o morirás!"

Glit clavó el cañón de la pistola con fuerza contra el omóplato de Vizzer, quemándole la piel. "Tú eras yo, ¿qué harías?"

Vizzer se apartó del metal caliente. Podía oler su pelaje quemado. "Solo un segundo." A Slask, le dijo: "Dime. Rápido."

Los labios del novicio estaban morados. Todo su cuerpo tembló. "Una pequeña... pequeña habitación," dijo. "No hay salida. ¿No podrías... me oyes?"

¿Te oyes? ¿Hacer qué?"

"Pidiendo ayuda. Difícil respirar. Tenía que... acostarse. Debe haberse... quedado dormido. Desperté, estaba acostado aquí."

El dolor atravesó el cráneo de Vizzer. Cerró los ojos. Glit debe haberlo golpeado con el cañón de la pistola. Carlos, eso duele.

"Eso es suficiente," dijo el guardaespaldas. "En tus pies."

Vizzer se puso de pie. Obligó a sus ojos a abrirse. Miró a Dex, quien asintió en respuesta a la pregunta tácita.

Se llevó las manos a los labios y gritó hacia la entrada de la cueva: "Vamos a salir."

La multitud golpeó con el pie. Gritos y burlas incoherentes.

"¿Estás listo?" Preguntó Vizzer.

Dex deslizó su almohadilla sagrada debajo de su túnica. "El gran vizzer debería ver esto antes de irnos. Prinz querrá saber."

"¿Mira qué?" Preguntó Glit.

"Quédate atrás," advirtió Dex. "Solo los sacerdotes pueden acercarse a la tumba del propio Carlos."

El guardia apretó el arma con fuerza y les apuntó. Obviamente, estaba tratando de no parecer asustado ante esta noticia. "Hazlo rápido."

Vizzer se acercó a donde estaba Dex frente al agujero en la pared. Preguntó en voz alta: "¿Qué has encontrado?"

"El mayor descubrimiento en la historia de Taurus," respondió Dex al máximo volumen. "Los libros de historia recordarán para siempre el glorioso reinado del rey Prinz I, quien permitió que se llevara a cabo esta sagrada expedición."

Ambos miraron hacia la oscuridad. No pudieron ver nada. La parte inferior de la puerta estaba a la altura de las rodillas.

Fuera, Prinz gritó: "¡Sáquenlos de allí!"

"¡Dije ahora!" Glit dijo, y disparó una ráfaga de balas al techo de la cueva. Llovió tierra y trozos de hueso.

Oscurecidos por un breve momento, Vizzer y Dex se levantaron usando las dos manijas y se lanzaron por la puerta. Vizzer pateó la pala que sostenía abierta la puerta. Un motor zumbó, la abertura se cerró y quedaron en la oscuridad.

# Capítulo 21

Vizzer tenía miedo a la oscuridad.

El sol nunca se puso en el Polo Norte. No en Taurus. Incluso debajo del estadio, en los pasillos y almacenes debajo de ese coloso, las luces nunca se apagaron. Como todas las Cruces, Vizzer se acostó a dormir de cara al sol; el cálido resplandor de sus párpados lo adormeció. La única oscuridad que conocía Cross era la Sombra de Carlos. Para los religiosos, era un misterio sagrado llamarlos al sacrificio. Para Vizzer, fue un eclipse solar localizado causado por una máquina en órbita que ocurría cada veintiséis horas y media y duró veinte minutos. Eso no lo hizo menos aterrador.

La primera vez que vio la oscuridad, era un ternero, ni siquiera un novato. Se agarró los cuernos, se cubrió el hocico con los codos, presionó la barbilla contra la hierba. Para diversión de sus compañeros de juegos mayores. Incluso ahora, como sumo sacerdote, sabiendo que los dioses estaban muertos, sentía una punzada de terror cada vez que el sol desaparecía.

Eso no fue nada comparado con lo que experimentó ahora. Al menos durante la corrida hubo luces del estadio. Esta era una oscuridad como nunca la había conocido. El Código decía que los toros que se negaran a pelear vivirían para siempre en un lugar sin luz. Vizzer no creía en el infierno, pero no podía imaginar un tormento mayor que este.

No hay razón para tener miedo, se dijo. El pulso le latía con fuerza en los oídos y se negaba a frenar. Su respiración se convirtió en jadeos superficiales. El pánico se apoderó de él; su cuerpo se negó a obedecer. Tenía que salir de aquí. Tenía que hacer algo. Golpeó la pared con los puños.

"¡Ayuda!"

"No pueden oírte," dijo Dex. "Nadie puede oírte."

"Entonces, ¿qué vamos a hacer?"



"No hay nada que hacer. Nos vamos a morir."

Vizzer se dejó caer contra la pared. Algo tembló a su lado. Él se apartó. "Oh mi Carlos. ¿Que es eso?"

Una mano tocó su rostro. "Soy yo," dijo Dex.

"Oh."

Se hundió de nuevo. Tenía que pensar en esto. Sea lógico. ¿Cuáles eran sus opciones?

"No podemos regresar por donde vinimos. Tenemos que continuar."

La voz de Dex tembló cerca. "¿Dónde?"

"A través de la pared. Por el otro lado."

"¿Qué otro lado? Por lo que sabemos, esta es realmente la tumba de Carlos."

"No seas ridículo."

Vizzer se volvió, palpó la superficie de metal, las esquinas, las grietas. Sin costura. Eso no significaba que no hubiera forma. Buscó a tientas el rostro de su amigo, lo atrajo hacia sí, hasta que sus papadas se juntaron. Un cuerno se deslizó por su nariz, sin apenas perder un ojo.

Te necesito ahora, Dex. Necesito que me ayudes. Para ayudarnos a los dos. O vamos a morir."

"Cuanto antes, mejor," gimió su amigo. "Pon fin a este tormento."

Sacudió a Dex. Desde lo más profundo de su terror, las palabras brotaron espontáneamente. "Ore por fuerza. ¡Ore por la luz!"

¡Ligero!

"Dex. ¡Dex!"

"¿Qué?"

"Tu almohadilla sagrada. ¡Llevarlo a cabo!"

"¿Para qué?"

"¡Llevarlo a cabo! ¡Nos dará luz!"

Una maldición ahogada. Un cuadrado amarillo brillaba entre sus rostros, a unos centímetros de distancia. La parálisis en los ojos de Dex disminuyó. Las sombras de sus rostros parpadearon en el techo.

"Oh, gracias Carlos," dijo Dex.

Vizzer respiró hondo y soltó el aire. Su corazón ralentizó su furioso martilleo. "Bien. Bueno. Vea si puede encontrarnos una forma de salir de aquí."

Dex saltó de lado y estiró el cuello hacia arriba. "¿Que es eso?"

"¿Que es que?"

"¡Ssh!"

Ellos escucharon. Un leve siseo de aire escapando. Sobre sus cabezas. Dex señaló la pantalla de su cuaderno sagrado alrededor de la pequeña habitación. Sin rejillas de ventilación, sin agujeros, sin huecos.

Vizzer se sintió repentinamente mareado. Respiró hondo de nuevo. Algo andaba mal con el aire. "¿Qué esta pasando?" susurró él.

"Aférrate." Dex dio unos golpecitos en su cuaderno sagrado, luego gimió como si le hubieran corneado.

"¿Qué es?"

"Este sistema. Incluso peor de lo que pensaba desde fuera. La seguridad es terrible."

“¿Puedes entrar? ¿Sácanos de aquí?”

"Puedo probar." El suave golpeteo de las yemas de los dedos de Dex en la almohadilla sagrada llenó el espacio confinado. Dijo: “Slask se desmayó en menos de cuarenta y cinco minutos. Pero somos dos, absorbiendo el doble de aire. Ya hemos estado aquí, ¿cinco, diez minutos? Probablemente quedan quince minutos, no más."

"O abre la puerta y deja que Prinz nos mate."

"No me lo recuerdes."

Vizzer se apretó contra la pared, se centró en su respiración. Respiraciones largas y lentas, aguanta un segundo y exhala lo más lentamente posible. Piense en la hierba dulce. Piense en un Taurus sin derramamiento de sangre. Piensa en la Verdad, el dios que valoras por encima de todas las deidades falsas. Su cabeza cayó a su pecho. Trató de levantarlo y falló. Pesaba mucho. Murmuró: "¿Cómo vamos, Dex?"

Los dedos bailaron en la pantalla. Qué bonitos colores. En el rabillo de sus ojos. Como gusanos peludos que se mueven.

"Trabajando en ello." La voz de Dex llegó desde muy lejos.

"No queda mucho tiempo." Sus brazos se relajaron. Sus dedos hormiguearon. Tan cansado. Hora de dormir.

Dormir.

"Casi ahí."

“Saluda a Carlos de mi parte," dijo Vizzer, arrastrando las palabras. Él rió. La muerte no fue tan mala. Casi no duele en absoluto. "Dile a ese bastardo que es un verdadero... bastardo." Él rió de nuevo. Párpados tan pesados. Todo oscuro ahora. El entumecimiento calmó su cerebro.

"¡Si!" dijo una voz, desde muy lejos. "Entendido."

"¿Eres tú, Carlos?" dijo, y se rió. Que tonto. No hay ningún dios llamado Carlos. Carlos está muerto.

Una ráfaga de aire frío revoloteó el pelaje de su rostro. La frialdad de la muerte. Los pastos del cielo le dieron la bienvenida con un sabor a agua fresca de manantial: no más calor, no más sudor, no más lágrimas.

"Oye. ¡Despierta!" Una mano le acarició la mejilla. Abrió los ojos. El rostro de Dex flotó a centímetros de distancia, iluminado por su almohadilla sagrada.

"¿Estás bien?" preguntó su amigo.

Vizzer se sentó contra la pared. Tomó un respiro profundo. Aire. Buen aire. La vida volvió a sus extremidades. "Lo hiciste," dijo. El suelo de metal estaba frío y duro bajo la punta de sus dedos. El estaba vivo.

"Finalmente logré descifrarlo. Ahora tengo acceso a todos los sistemas." Dex se rió. "No es que tenga idea de lo que hacen la mayoría."

Vizzer tragó saliva y se puso de pie. "¿Hay otra puerta? ¿Puedes hacernos pasar este muro?"

"No es una pared."

Vizzer golpeó con los nudillos la superficie de metal. "¿Entonces que es?"

"Parece una pared desde el exterior. En realidad, es una habitación con una cúpula alta."

Vizzer hizo una mueca. "Bueno, no podemos volver por donde vinimos."

"Así que... déjame intentar... esto." Dex golpeó su almohadilla sagrada una vez más.

Una ráfaga de aire caliente sacudió sus pies. La puerta exterior se deslizó hacia arriba. El perfil de grandes cuernos de Prinz se asomaba a la entrada del túnel. Rutt estaba a su lado. El enano se volvió al oír el sonido y les señaló con un dedo regordete.

"¡Allí están!" chilló. "¿Lo ves? ¡Violan la tumba de los dioses!"

Vizzer agarró los cascos de su amigo. "Dex..."

"Estoy trabajando en ello..."

Glit y dos guardaespaldas pasaron junto a Prinz, agachándose bajo los cuernos del rey.

"¡Dex!"

"Quizá este..."

La puerta comenzó a deslizarse hacia abajo. Los guardaespaldas abrieron fuego. Vizzer y Dex se apretaron contra lados opuestos de la habitación. Las balas rebotaron en la pared trasera y resonaron a sus pies. La negrura y el silencio los envolvieron una vez más.

"Las uñas encarnadas de Carlos," maldijo Vizzer.

"Lo siento por eso."

"¿Lastimas?"

Se dieron palmaditas en busca de heridas.

"No," dijo Dex. "¿Usted?"

"Aún no. ¿Quizá una puerta diferente, esta vez?"

"¿Crees que eres gracioso, verdad?" La almohadilla sagrada iluminó la sonrisa torcida de Dex. "Que tal este."

La pared detrás de ellos se deslizó hacia arriba para revelar aún más oscuridad. El polvo le hizo cosquillas a la nariz de Vizzer. Estornudó. El sonido hizo eco.

"Una mejora. Espero."

"Veamos... tal vez... algo de luz."

Muy por encima de sus cabezas, se encendió una sola bombilla. Por su débil resplandor, pudieron distinguir los contornos de la cámara. Un techo alto abovedado. Plano de planta circular. Paredes que se inclinaban hacia arriba. A un lado, lo que parecía la cabina de control: una docena de pantallas de burbujas, y debajo de ellas, una bandeja de controles deslizantes, botones y perillas. Incluso había una especie de silla, negra con ruedas. Vizzer no reconoció el material. Junto al panel de control había un convertidor de materia, más pequeño que el que estaba escondido debajo del estadio.

"Quizá podamos rezar por armas," dijo Vizzer. "Alguna forma de defendernos afuera."

Dex hizo ruidos dudosos. "Según los esquemas, este convertidor de materia está conectado directamente a la red central. No hay un módulo de oración para la interfaz de usuario."

"¿No dijiste que tenías acceso a la red central?"

"Veamos qué hace esto..."

Se encendió una segunda luz.

Vizzer retrocedió. "¿Que es eso?"

En el centro de la habitación, reclinado sobre un pedestal rectangular, había otra estatua dorada. Una estatua desnuda. Sin ropa de metal ni espada esta vez. La figura era baja, de apenas un metro y medio de largo. Los brazos yacían cruzados sobre su pecho.

Dex volvió a golpear su cuaderno sagrado. Intentemos no despertarlo. ¿Debemos?"

"Bien por mi. ¿Qué es este lugar?" Vizzer dijo.

Dio un paso hacia delante. Una garra huesuda se clavó en la planta de su pie. Perdió el equilibrio y cayó de bruces en el abrazo sonriente de un esqueleto. Luchó por levantarse. Los huesos se desmoronaron en una pila

de polvo que se retorció. El cráneo pareció reírse en su cara. Se puso de pie con dificultad y se arrojó de nuevo a la pequeña habitación con Dex.

¡Vergüenza! Se regañó a sí mismo. ¿Quién manda aquí, tú o tu miedo? Miedo, respondió su cuerpo, y lo apretó temblando contra la pared del fondo.

"Interesante," dijo Dex. "Los cuatro han estado aquí bastante tiempo."

"¿Cuatro?"

Vizzer entrecerró los ojos en la penumbra. Tres esqueletos más yacían en el suelo en fila. Cruces. Jirones de tela blanca intercalados con los huesos. Solo a los sacerdotes se les permitía vestirse de blanco.

Dex dijo: "Mira el anillo."

"¿Anillo? ¿Qué anillo?"

El Señaló.

Un resplandor rojo les guiñó un ojo desde el suelo. Vizzer pasó por encima de dos esqueletos y se inclinó sobre el tercero. A un lado había una antigua almohadilla sagrada cubierta de polvo. En un dedo huesudo brillaba una piedra roja engastada en un grueso anillo de oro.

"No puede ser," dijo Vizzer.

"Claro que lo parece."

Dex se unió a él y le tendió su cuaderno sagrado: una imagen ampliada del anillo rotaba en la pantalla. Vizzer puso el anillo sobre los nudillos polvorientos. Las falanges se rompieron y se esparcieron a sus pies.

El anillo del sumo sacerdote Flart. La muestra del oficio del sumo sacerdote durante miles de años. Pero Flart había desaparecido y con él el anillo. Vizzer lo deslizó sobre el dedo anular de su mano derecha. Flexionó su puño. Por qué no? Ahora era sumo sacerdote.

Ellos se pusieron de pie. Vizzer se acercó a la hilera de biombos y se hundió en la silla. Centims de polvo se levantaron en una nube. Un ataque de estornudos se apoderó de él; tosió y se secó los ojos. Todo estaba cubierto de polvo. Los órganos desintegrados de cuatro sacerdotes produjeron una cantidad impresionante de polvo fino. Además de cualquier otra cosa que pudiera haber muerto aquí.

"No me sentaría allí si fuera tú," dijo Dex.

Hizo girar la silla y se dio la vuelta para mirar a su amigo. "¿Oh sí? ¿Por qué no?"

"Mira de qué está hecho."

Limpió más polvo. Se raspó con una uña. Saltó de la silla. Piel. Como el suyo. Alguien había matado y despellejado una Cruz y había cubierto una silla con ella.

"¿Sabes dónde estamos?" Vizzer dijo. "¿Dónde debemos estar?"

"Debe haber pertenecido a los dioses, eso es obvio. Estoy tratando de rastrear la historia..."

"Te lo puedo decir ahora mismo. Este lugar era de Carlos."

"¿Como puedes estar seguro?" Preguntó Dex.

Hizo un gesto hacia la silla. "¿Qué clase de sádico carnicero hace una silla y la cubre con piel? Te digo que aquí es donde debe haber vivido. Hace miles de años, cuando nos creó por primera vez." Vizzer miró el techo abovedado, en lo alto.

Dex frunció el ceño. "¿Y qué pasa cuando nos encuentra?"

Vizzer se rió, un ladrido agudo que resonó en el espacio hueco. "¿Ha estado muerto por qué, cinco mil años?"

Los dedos golpearon la almohadilla sagrada. En realidad, cuarenta y ochocientos treinta y siete coma dos. Desapareció bajo el reinado del rey



Hamon XXXVIII y su Gran Vizzer, Flart."

Vizzer se arrastró por el polvo, estudiando las paredes. "¿Tienes una teoría mejor, entonces?"

"Supongo que es una especie de trastero." Dex hizo un gesto con su almohadilla sagrada hacia el pedestal. "Podría ser que esta sea una estatua de repuesto. O tal vez un modelo anterior que no funcionó. Quiero decir, mira lo corto que es."

Páncreas inflamado de Carlos.

Se miraron el uno al otro. Vizzer habló primero. "La estatua."

De alguna manera, en su pánico, se habían olvidado de por qué estaban aquí. Sobre lo que estaba pasando afuera. Tuvieron que evitar que la estatua reapareciera. Era la única forma de salvarles la vida.

"¿Cuánto tiempo tenemos?" Preguntó Vizzer.

Dex movió un dedo contra la pantalla. "Doce minutos para el próximo eclipse."

"¿Puedes aislar la señal? ¿Quieres controlarlo?"

Dex golpeó frenéticamente su cuaderno sagrado. "Déjame ver..."

"Si podemos controlar la estatua, detener el alboroto, entonces controlaremos a Taurus."

"Gracias, lo sé, estoy trabajando en eso..."

"De lo contrario, estamos atrapados aquí para morir con Flart." Vizzer pateó un hueso suelto y se derrumbó con su toque. La frustración y la impotencia brotaron de él. "Haz algo, ¿quieres?"

"Ya es suficiente," espetó Dex. "Déjame trabajar."

Vizzer se puso las manos a la espalda y bajó la cabeza. "Lo siento." Caminó por la habitación, caminando penosamente a través del polvo que le llegaba hasta los tobillos, levantando una nube a su paso.

¿Qué fue eso? Él se detuvo. Convertido.

"¿Eh, Dex?"

"Ahora no."

Ahí estaba de nuevo. Él saltó.

"¿Qué, ya?"

Vizzer agarró el hombro de su amigo. "Creo que escuché algo."

El ruido era un borboteo, como una fuente termal. El sonido aumentó en tempo, silbando y batiendo.

"Apágalo," gritó.

"Lo estoy intentando," dijo Dex. "No puedo encontrar el sistema. No está en los esquemas."

La estatua de oro se incorporó, con los brazos cruzados sobre el pecho. Un cowpat salió de Vizzer y se cubrió la cola. Saltó sobre los esqueletos esparcidos y corrió hacia la puerta. Pero así estaba Prinz y el exilio, la tortura y la muerte. Él se volvió.

La estatua puso un pie sobre el costado del pedestal. Luego el otro. Se puso de pie y bajó los brazos a los lados.

"¡Dex, haz algo!"

"¡Lo estoy intentando!"

¿Qué iba a hacer la estatua? ¿Crecer en tamaño como la estatua de afuera? ¿Los aplastaría bajo los pies? ¿Golpearlos con sus ojos? Pero la habitación era demasiado pequeña. La parte superior de la cúpula tenía solo diez

metros de altura. El corazón de Vizzer latía como una herida en su pecho. Suficientemente alto.

La figura dorada se arrastró hacia la silla.

"¿Qué hacemos?" gimió.

"Creo que vamos a morir," dijo Dex.

"¿Eso es todo lo que tienes que ofrecer?"

Su amigo se encogió de hombros. "Es mejor que ser torturado hasta la muerte por una turba enfurecida. Si quieres salir, abriré la puerta ahora mismo."

La estatua levantó una túnica púrpura polvorienta de un gancho. Póntelo, haz un nudo alrededor de su cintura. Se acercó a la silla cubierta de piel negra y se sentó.

Mientras miraban, esperando morir, el oro se desvaneció del rostro de la estatua y goteó en grandes gotas al suelo. La carne emergió de debajo del metal. La cabeza se hundió en su pecho. La piel pálida se hundió. Manchas marrones motean el tejido sin pelo. Piernas huesudas sobresalían de debajo de la bata. El oro derretido formaba un charco bajo los pies descalzos del hombre. Corrieron juntos por el suelo polvoriento y desaparecieron por el costado del pedestal.

Manos huesudas se agarraron a los apoyabrazos de la silla negra. La cabeza levantada, los miró directamente con ojos de un azul implacable.

Vizzer no pudo soportarlo más. "¿Quién eres tú?"

El hombre se sentó hacia adelante en la silla. Deje escapar un pedo largo y agudo. Él dijo: "¿Quién diablos crees que soy? Yo soy tu dios. ¡Ahora de rodillas!"

## Capítulo 22

Vizzer no se movió. Quería hacerlo, pero no podía. Sus miembros colgaban flácidos de su cuerpo. Su mente se sentía entumecida. El mundo que creía conocer estaba destrozado. Los dioses estaban muertos. Todos ellos. O humanos, como quisieras llamarlos. Y este parecía un humano. Como los humanos que había visto en videos. ¿Vivió dentro de la estatua? ¿Cómo es posible? ¿Qué significaba? ¿Había otro hombre afuera en la estatua de Carlos?

El hombre señaló el suelo con el dedo. "Dije, de rodillas. ¿No tienes respeto por tu Creador?"

¿Su creador? ¿Qué, estaba afirmando ser el mismo Carlos? Eso no tiene sentido. Carlos había estado muerto durante miles de años.

El hombre los miró por debajo de unas pobladas cejas blancas. Un anillo de pelaje facial amarillo rodeaba su boca como una mancha. Se pasó una mano por el rostro arrugado y tiró de la barba afilada.

"Santo cielo," dijo. "¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?"

"¿Cómo puedo saber?" Vizzer dijo.

"¿Es eso lo que estabas haciendo?" Preguntó Dex. "¿Dormido?"

"No tú." El hombre levantó la barbilla hacia el techo. "¡Contéstame, tarta tortuosa!"

Una voz de niña dijo sin aliento: "¡Oh, papá, te has ido por mucho tiempo!" ¡Te he mordido mucho!" La voz los rodeaba, parecía emanar de las paredes.

"¿Que es eso?" Vizzer le susurró a Dex. Pero su amigo negó con la cabeza, perplejo.

"¿Sigues de pie?" El hombre señaló al suelo. "¡No me hagas coger el látigo!"

¿Látigo? ¿Como un látigo nazza? Pero ¿por qué debería arrodillarse? La raza de este hombre fundó Taurus para perseguir el sadismo. Dex bajó a ocho y tiró de su brazo. Vizzer liberó su brazo.

"Seguir la corriente. Mira lo que hace —susurró Dex.

"No me arrodillo ante ningún dios."

El hombre ignoró este intercambio. Dejó caer la barbilla en el pecho y gruñó al aire: "¿Cuánto tiempo?"

"¿No puedes ni siquiera saludar a una chica?" la voz hizo un puchero. "¿Qué tan gwad eres conmigo?"

—Ya es suficiente, idiota incorpóreo. No me hagas volver a preguntar."

El hombre apretó un botón en su consola. Un cajón se deslizó de la pared a su lado. Sacó un cilindro marrón y lo colocó entre sus dientes naranjas. Levantó una pieza de metal brillante y prendió fuego al cilindro. El humo salía de su nariz y boca.

"Podríamos jugar un juego de guething," dijo la voz coqueta.

El hombre lanzó una corriente de humo al aire. "¿Recuerdas cómo era el dolor, bebé? No quieres hacerme enojar, ¿verdad, dulzura?"

"Oh, no hagas eso, papá. ¡Por favor, papá, no lo hagas!" La voz cambió a un tono electrónico monótono. "Has estado durmiendo durante cuatro, ochocientos treinta y siete años, punto dos nueve seis uno uno uno dos..."

El hombre golpeó la consola con el puño. "¿Quieres callarte?"

Baby respondió en tono monótono. "Soy más que una computadora orgánica. Mi único deseo es estar contigo, Don Carwoth.

¡Carlos!

Vizzer agarró la bolsa que colgaba de su cuello. Con los dientes agarró el fondo de la bolsa y arrojó el talismán al suelo. Pellizcó la diminuta figura entre dos miniaturas, evitando tocarla con su carne quemada, la levantó a la débil luz. A pesar del intenso calor que había producido, las características permanecieron intactas. La barba corta, puntiaguda, pintada de blanco amarillento; el pico de una nariz; la frente alta; la cicatriz que se deslizaba por el cuero cabelludo manchado, cortaba la oreja izquierda en dos: era él. Carlos. Tenía que ser. Pero ¿cómo? El olor del pedo y el humo se mezclaron y flotaron hacia él. Se tambaleó hacia atrás, alejándose del hedor.

"¿A dónde crees que vas?" preguntó el hombre. Volvió a apuñalar el suelo con el dedo. "Por última vez," dijo, saliva agitando el aire. "Tu dios exige que te arrodilles." La garganta del hombre emitió un silbido.

Vizzer miró el talismán en sus manos, comparando la imagen de arcilla con el hombre sentado frente a él. Él dijo: "Pero tú eres Don Carlos."

El hombre frunció el ceño alrededor del cilindro en su boca. Una nube de humo se formó alrededor de su cabeza. "¿Habla el nombre de su Creador?" susurró, casi para sí mismo. "Pensé que había suprimido esa herejía con el apego cromosómico reclinado G4H."

Cogió un pequeño tubo de metal de la consola. Sacudí el polvo. Un tubo como el mango de una espada. Apretó un botón y un largo látigo naranja salió disparado de su punta. Vizzer era dueño de uno; ocasionalmente se vio obligado a disciplinar a los terneros rebeldes durante la escuela religiosa.

Vizzer observó el arco del látigo en el aire. No hizo ningún movimiento para apartarse del camino. El látigo le cortó el hombro y se puso rígido.

Contuvo la respiración durante un largo momento y la soltó lentamente. De becerro había adorado a Carlos. Incluso le rezaba. Pero ningún dios respondió a sus oraciones. Como novicio, se amargó. Cínico. Finalmente, como sumo sacerdote, un comulgante con los llamados santos misterios, vio la verdad. Los dioses existieron. De eso no tenía ninguna duda. Pero eran dioses crueles, que se deleitaban en el sufrimiento y el tormento, sádicos de más allá de las estrellas. El Código mismo decía que Carlos había dejado a

Taurus hace miles de años, y cuando llegó la transmisión, confirmando que todos los dioses estaban muertos, supo que estaban solos.

¿Ahora el dios de su juventud se sentó allí abusando de él por no postrarse?

"¡De rodillas!" gritó el hombre.

"Puede que nos hayas creado," dijo Vizzer, "pero no hay nada sagrado en ti. Me arrodillaré ante ti cuando esté muerto."

El látigo volvió a crujir detrás de su espalda, separando su túnica, despellejando la piel del hueso. Un minúsculo boom sónico estalló en sus oídos. Contra su voluntad, Vizzer cayó al suelo. Luchó por respirar. Cada músculo de su cuerpo se tensó por el dolor. Trató de levantarse, pero su cuerpo no le obedeció. Era como si la vista de Carlos hubiera provocado un cortocircuito en partes de su cerebro. Aceptar todos los golpes sin quejarse. Una furia se hinchó en su pecho: no sería esclavo de ningún hombre.

"¡Por el amor de Carlos!" Dijo Dex. "No tienes que..."

"¿Por mi bien?" dijo el hombre, y se rió entre dientes. "Yo diría que sí."

"¡No tienes que hacer eso!" gritó su amigo. "Eres nuestro invitado en Taurus. ¿Es esa alguna forma de tratar...?"

El látigo derribó a Dex al suelo. Su almohadilla sagrada se rompió con el impacto. Pequeños fragmentos de vidrio cayeron en cascada a sus pies. La sangre corría por la columna vertebral de su amigo.

"¡Invitado!" Carlos soltó una carcajada. "Soy tu invitado, ¿verdad?"

El hombre lanzó su mano libre hacia el cielo, se pasó los dedos por la coronilla manchada. "¿Puedes creerlo, bebé? Incluso toma mi nombre en vano."

Vizzer se llevó una mano vendada a la espalda y le tocó los omóplatos. Se estremeció. Sus dedos salieron pegajosos y húmedos. Su otra mano palpitaba dolorosamente con el peso del talismán. Fue un milagro que no lo

hubiera dejado caer después del primer golpe. No es que creyera en los milagros.

Milagros...

Bueno, no lo hizo, ¿verdad? Pero aún se preguntaba. ¿Funcionaría de nuevo?

Exigió el control de su cuerpo, hasta que una vez más se puso de pie. Sostuvo el talismán frente a él, con el brazo extendido. Se había apartado de la estatua en la arena. ¿Haría desaparecer a este molesto dios?

Carlos agitó el látigo nazza. La punta se lanzó entre los dedos de Vizzer, se enroscó alrededor de la figura de arcilla y se la arrancó de las manos. El látigo depositó su trofeo en el regazo de Carlos y volvió a su estado supino, silbando y crujendo en el suelo. Carlos sostuvo el objeto en una mano, como si inspeccionara una vaca fresca en busca de gusanos.

"Uno," siseó el hombre, su rostro contorsionado como un idiota arrugado. "Imágenes grabadas. Dos. Hablando el nombre de dios. Tres." Rompió el látigo contra el suelo. "Tomando mi nombre en vano. El Código es claro. ¿Quiénes se creen que son?" Este último al techo.

Vizzer se obligó a ponerse de pie. Cada movimiento doblaba y flexionaba las heridas de su espalda, llenando su mundo con un dolor cegador. La compulsión a inclinarse era aún peor, como levantar diez toneladas sobre sus hombros, un peso malévolo decidido a derribarlo.

"Soy vizzer del rey," dijo, "y sumo sacerdote de Taurus." En un ataque de furia, agregó: "Y exijo conocer su negocio aquí."

"¿Mi negocio aquí?" El cráneo del hombre giró sobre su columna, la mandíbula se torció, la boca abierta. "¿Exigiste saber?"

Carlos arrojó el talismán al suelo. Trozos de cerámica traquetearon hacia sus pies. Colocó el cilindro en llamas en un recipiente de vidrio a su lado, se inclinó y recogió los fragmentos. Levantó un pequeño cubo negro.



"¿Este es el último, bebé?"

—Bueno, papá, mójame tú... El dulce se movió veinte de la mano. Las defensas orbitales derribaron a polillas de ellos. Mitad de quince. Cubrimos catorce. Eres muy inteligente, papá. ¡Es el listón!" la voz chilló de alegría.

El hombre volvió a meterse el cilindro en la boca y dejó caer el cubo negro en el cuenco de cristal. "Incinera esto," ordenó.

Una pizca de humo se elevó del cuenco. Carlos esparció las cenizas por el suelo, como para confirmar que no quedaba nada más. Los restos desaparecieron entre los céntimos de polvo del suelo. Se inclinó hacia adelante. El cilindro en llamas brillaba entre sus dientes. "¿Quieres conocer mi negocio aquí?"

Vizzer tragó. Quizá había ido demasiado lejos. "Es decir, si no es demasiado problema."

El hombre mostró sus dientes naranjas. Una sonrisa llena de amenaza. "Dominar mis creaciones. Ser tu dios."

El látigo chocó por tercera vez en la espalda de Vizzer y éste cayó al suelo. Descansó, jadeando de dolor, luego se obligó a volver a ponerse de pie. Esta vez, tres latigazos más cayeron en cascada sobre sus hombros, destrozando su túnica, cortando trozos de carne. Apretó los dientes y se levantó de nuevo. Este es el precio que pagas por decir la verdad. Había dedicado su vida a disipar las falsedades y mentiras de su religión, y sufriría por ello si debía hacerlo.

"No eres un dios," dijo. "Eres solo un hombre."

"Don Carwoth," arrulló Baby, "no te has preguntado cómo soy. ¿Quién ha estado bien después de todo el año y tú ni siquiera te preocupas?"

"Ahora no," gruñó Carlos. Se sentó con la espalda recta en su silla, el rostro apenas visible a través del humo. Bajo sus cejas canosas clavó los ojos en Vizzer. "¿Que acabas de decir?"

Vizzer respiró hondo. Se preparó para el látigo. “Dije, no me arrodillaré ante ti. Primero tendrás que matarme.”

Una mano frágil empujó el humo por el aire. "No, esa palabra."

¿De qué estaba hablando? ¿Que palabra?"

El hombre apretó su huesudo puño alrededor del mango del látigo. "¡La palabra que acabas de usar!"

Dex levantó la vista de barrer el vidrio roto de su cuaderno sagrado junto con sus palmas. "Qué hombre?"

El golpe no llegó. Vizzer abrió los ojos. "Bueno, eso es lo que eres, ¿no?"

Carlos se volvió hacia el panel de control. Pulsó un interruptor. Un segundo conjunto de pantallas de burbujas giraron desde la pared, con un teclado en voladizo debajo. La única luz del techo destellaba rojo-blanco, rojo-blanco, rojo-blanco. Tocó el teclado, refunfuñando alrededor del cilindro marrón que aún ardía en medio de su cara.

"¡Picardias!" él gritó. "¿Dónde están?"

"¿Quién, papá?"

—La flota fornicaria, hermosa ramera. ¿Dónde se esconden? Los satélites no captan nada."

Una pequeña risa hizo eco en la habitación. “Thiwwy. Pobre papá, que está medio dormido. No hay fweet cerca de Tauruth.”

"¿Oh si? Dame el registro del último asalto."

"Cuarenta y tres intentos realizados hace ciento cincuenta y tres años, punto dos ocho ocho uno tres..."

"¿Cuántos?"

Doce barcos, papá. Twied to bypathth your tha satellite defiende the thythtem. " Una risita. "¿Qué sabe? No funcionó." La voz se elevó en un frenesí de alegría. "¡Oh, creo que has vuelto, papá! ¿Puedo traerte algo? ¿Una taza de café? Oh pweez, papá, ¿puedo?"

Carlos golpeó el recipiente de vidrio con el cilindro encendido. Él susurró: "¿Existe una cura?"

Una pausa. La voz pareció retorcerse. "No, papi."

Dedo en alto. "Pero estoy despierto."

"Sí, papá."

"¿Qué estoy haciendo despierto?" La última palabra un insulto ácido.

Baby Doll no respondió. El único sonido fue el crujido de la silla del hombre.

"¿Cuáles son las dos razones válidas para despertarme?"

"¡Dithcovewy-of-a-cure-for-canther-or-bweach-of-orbital-defentheth-pweez-Daddy-don't-be-mad-it-not-my-failure! la voz brotó.

No me mientas, maldito cubo de circuitos cuánticos. Voy, te llevo conmigo." Carlos se dio la vuelta para mirar a los dos sacerdotes. "Así que el dijo. "Ustedes son espías. Asesinos. Están en algún lugar del planeta. Y te enviaron. ¡Usted!" Un chillido trémulo escapó de su nariz. "Demasiado cobarde para hacer el trabajo de un hombre, así que envían un par de ganado." Lanzó una corriente de humo a la cara de Vizzer. "No tienen idea del error que acaban de cometer." Dejó escapar otro largo pedo. Suspiró cuando el gas terminó de escapar de sus entrañas.

"Te lo preguntaré sólo una vez," continuó. "Dónde. Son. ¿Ellos?"

Vizzer se volvió hacia Dex y arqueó las cejas. Su amigo raspó pedazos de vidrio roto de su palma. La almohadilla estaba rota sin posibilidad de reparación. Dex negó con la cabeza.

Como un canto fúnebre, Vizzer entonó: "No tenemos idea de lo que estás hablando."

El suelo se elevó hasta encontrarse con su barbilla. Sus extremidades rebotaron contra la superficie metálica. ¿Un terremoto de tauro? El suelo se inclinó en ángulo. Se deslizó hacia atrás. Sus pies chocaron contra la pared. Los esqueletos desmoronados rodaron hacia él. Dex agarró la antigua almohadilla sagrada mientras pasaba a toda velocidad. Todo el polvo de la habitación se elevó en el aire, cubriendo sus ojos y garganta con una sequedad insoportable, cegándolo.

"Permítanme repetir la pregunta," trompetaba Carlos sobre el ruido quejumbroso que llenaba la habitación. "Su ubicación. ¿Se preciso!"

"Papi, pweez," dijo Baby Doll. Sea nithe. Quizá entonces te diga un mojado."

"¿Este no es el momento para juegos! ¿O también te han afectado, han descifrado tu IA?"

"¡Papi!" Un chillido de horror. "¡Sabes que no mojo a nadie que toque mi thirkitwee excepto tú!"

El hombre ignoró esta interrupción, gritó a los dos sacerdotes. "¡Dime dónde están o morirás!"

Vizzer se limpió el polvo de los ojos. La tierra se mezcló con sus lágrimas, cubriéndole las mejillas de barro. Miró a Carlos con los ojos entrecerrados. "¿Que otros?" gritó en respuesta.

El temblor cesó. El suelo volvió a inclinarse y quedó inmóvil.

Carlos se cubrió la cara con las manos. "¿Por qué creé una raza de ganado medio idiota? ¿Los otros barcos, tu lado de la carne sobrevalorado!"

Dex se incorporó sobre los codos. Globos de mocos y polvo colgaban de su nariz. "¿Qué es un barco?"

"Buques. Tubos. ¡Discos! ¿Desde el cielo?" Carlos agitó las manos en el aire. "¿Dónde aterrizaron? ¿Dónde se esconden?"

Vizzer tosió flemas inmundas de lo más profundo de sus pulmones, estornudó en largos e imparables estiramientos, hasta que le dolió el diafragma y los mocos le gotearon del labio superior al suelo. Sangre fresca corría por la parte posterior de sus muslos, mezclándose con el polvo.

"Realmente no sabemos de qué estás hablando," dijo al fin.

Carlos tiró de los mechones blancos de cabello que se enroscaban alrededor de sus orejas. "Los otros dioses." Gimió alrededor del cilindro en llamas, ajeno al polvo. "¿Los que se parecen a mí? No podrías haber entrado aquí sin su ayuda."

¿No podría decirlo? Pensó Vizzer. El hombre lo estaba mirando directamente.

Él dijo: "¿No me parezco a ti?"

El hombre soltó una carcajada. "Me estaba preguntando sobre eso. ¿Qué diablos te pasó, de todos modos? Cuarenta y ochocientos años no es tiempo suficiente para la evolución. Y tu amigo aquí —dijo, y señaló con un dedo huesudo a Dex—, parece normal. ¿Tuviste algún tipo de accidente? ¿O fue un defecto de nacimiento? Lo sé. Eres un error, ¿verdad?"

Dex se rió disimuladamente en el suelo junto a él, limpió el polvo de la antigua almohadilla sagrada.

Eso es, pensó Vizzer. Burlarse de mí, ¿por qué no lo hace? Toda su vida había aborrecido su forma animal. Era capaz de pensar racionalmente. ¿Por qué debería estar atado dentro de este saco de carne podrido? ¿Obligado a pasar sus horas de vigilia rozando su vida?

Y cuando escuchó la noticia de que los dioses estaban muertos, que eran mortales que habían alcanzado la divinidad, supo de inmediato lo que tenía que hacer. Estaba destinado a convertirse él mismo en un dios. Él y su gente. Si los hombres podían hacerlo, ¿por qué no?

Odiaba a los dioses con todas sus fuerzas. Pero odiaba la ridícula forma de ocho patas que le habían dado más.

Ahora la entrevista con Carlos iba mal. ¿Qué había esperado? ¿Un ser frío, indiferente y sin emociones que lanza pura razón? En cambio, vio un viejo cadáver marchito, blandiendo un látigo, malhumorado, maldiciendo, esclavo de alguna droga que inhalaba por la boca. El hombre era todo un animal, incluso más que Vizzer.

Vizzer estornudó de nuevo y se limpió los mocos de la piel. Qué tonto había sido. "Quería ser más como tú."

Carlos se rió. "¿Por qué alguien querría ser como yo?"

La risa convulsionó el cuerpo anciano del hombre, se disolvió en una tos sibilante. Escupió en el suelo. Sangre y saliva se mezclaron a sus pies. "Te lo preguntaré una última vez. ¿Dónde están los barcos?"

—Eres el único... Vizzer se contuvo, sofocó la palabra "dios" antes de que pudiera cruzar sus labios. "Solo uno de tu clase en Taurus. Nadie más ha venido."

El látigo siseó en el suelo. Cambió de color de naranja a verde: herida leve a herida pesada. Carlos blandió el látigo. La punta destrozó la espalda de Vizzer.

Vizzer se cubrió la nuca con las manos, demasiado tarde. Los músculos desgarrados y la grasa triturada se hincharon bajo las yemas de sus dedos. Su mente era un caos de ideales destrozados y reemplazos a medio tejido. Ahora sabía lo que debían de ser los toros sin la corrida: su mundo también estaba patas arriba.

Dex dijo en voz alta: "Te desperté."

"¿Son estas las audiciones de bufón?" Carlos dijo, mirando alrededor de las paredes en blanco. "Porque no veo una señal."

"Papá, tal vez deberías retirarte al final de Cwoththeth."

"Ve a torcer un pezón, bebé." Sopló un anillo de humo sobre la cabeza de Dex. "No son más que ganado. No podría averiguar qué extremo tenía la cola si no se la hubiera puesto."

"Entonces, ¿cómo pasamos la trampa de aire?" Preguntó Dex.

"Porque te ayudaron, ¿no? ¿De qué otra manera podrías haber entrado? ¡Ahora dime dónde están fornicando!" Carlos levantó el látigo una vez más, su rostro era una máscara de rabia y terror.

"¡Alto, papá, pweez!" Bebé gimió. "¡Él te está dando los dos!"

Bajó el látigo. "¿De qué estás hablando?"

"Él es inteligente, papá. Desperté a todos mis thirkitwee defendidos. Tengo actheth para mi doodadth y thingumbobth. Ella rió. ¡Me hizo cosquillas! Él es quien te despertó, no yo."

El cilindro marrón se deslizó de la boca de Carlos. Saltó de su silla, sacudió su bata para quitarse el palo en llamas de su ropa.

"Pero ¿cómo es posible?" preguntó. "¿Dónde podrían aprender algo así?"

"No fue tan difícil," dijo Dex, indicando la antigua almohadilla sagrada en su mano.

Carlos tosió. El banco de humo alrededor de su cabeza tembló. "Perra estúpida," siseó, "¿ha habido una violación de datos?"

La voz sollozó: "Ya no te quiero, papá. ¡Siempre eres malo para mí!"

"Descargué todos los datos disponibles para este modelo de esclusa de aire," dijo Dex. "Es un modelo más antiguo. No fue difícil descifrar el código de seguridad."

Carlos sacó su cigarro del polvo, lo cepilló y lo metió entre sus dientes naranjas. Inspiró hasta que una corriente constante de humo volvió a oscurecer su rostro. "Este es el sistema más seguro de la galaxia," dijo, entrecerrando los ojos. "Se necesitaría un equipo de dioses con las mejores

computadoras cuánticas del universo para romper estas defensas. ¿Y me estás diciendo que lo hiciste en, cuánto, media hora?"

"Menos." Dex sonrió. "Tuve acceso a la capacidad computacional de todos los nodos de respaldo galácticos supervivientes. No figurabas en la guerra."

"¿Guerra? ¿Qué guerra?"

Realmente no lo sabía, se dio cuenta Vizzer. Por supuesto que no lo haría. Llevaba dormido casi cinco mil años. Su Dios y Creador todopoderoso y omnisciente no conocía el hecho más importante del universo. Él se rió a carcajadas, incapaz de reprimirlo por más tiempo. Instantáneamente lamentó el arrebató. Los bordes de sus heridas se abrieron y palpitaron con cada risa.

Carlos frunció el ceño. "¿Que es tan gracioso?"

La antigua almohadilla sagrada brilló en el rostro de Dex. Una sonrisa de satisfacción iluminó sus labios. Dijo: "No tiene idea, ¿verdad?"

Vizzer sonrió. "Aparentemente no. Un recordatorio refrescante de que él no es realmente un dios."

"¿Continuarás con esta blasfemia? Aprenderás a respetar antes de morir." El látigo crujió y se volvió azul, el escenario más poderoso. El mismo engaste que usaban las nazza-sogas en la arena para cortarle las extremidades y la lengua al toro. Carlos levantó el látigo por encima de su cabeza.

Dex dio la vuelta al bloc y se lo tendió. "Reloj."

Tierra, azul y verde. Ese temblor fatal, el vórtice negro, la implosión. Estrellas centelleantes detrás.

El látigo se le escapó a Carlos. Un silbido se escapó de sus pulmones, se transformó en una tos seca que convulsionó su cuerpo huesudo.

"¿Las otras colonias?" dijo al fin.



"Lo mismo," dijo Dex. "Siete planetas destruidos. Sin supervivientes. Todos están muertos."

Vizzer se puso de pie. Su lengua reseca se hinchó en su cabeza. Sus heridas destrozaron su conciencia de dolor. Lo que quedaba de su túnica colgaba hecho jirones de su garganta. Se balanceó sobre sus pies, débil por la pérdida de sangre.

Él dijo: "Eres el último de tu raza."

## Capítulo 23

Carlos permaneció inmóvil durante un largo rato. Dejó caer la cabeza hacia adelante. El cigarro cayó de su boca a la sangre del vizzer que se acumulaba entre los dedos de los pies. Así que esto fue todo. Muerte. El fin de todo. Después de todos estos años, finalmente lo habían logrado. Se hicieron añicos.

¿De quién fue la culpa de que estuvieran muertos? Suyo y solo suyo. Les había dado el asesino de planetas. Les enseñé a usarlo. Les enseñé a construir más. Solía decirse a sí mismo que si él no hubiera inventado el arma, alguien más lo habría hecho. Fue un agente del progreso tecnológico. Eso fue todo.

Cada vez que despertaba buscaba en las últimas investigaciones alguna señal, un destello de brillantez, los fabulosos tanteos de una mente nueva, la búsqueda intelectual hacia lo desconocido, algo para neutralizar su terrible creación, pero no encontró nada. Se dio cuenta, finalmente, de que la creación de su arma no era inevitable. No fue una fuerza de progreso o avance científico; la única persona a quien culpar por el holocausto que ahora había consumido a la humanidad era él mismo.

Mientras tanto, políticos venales habían utilizado su arma como excusa para la tiranía: un gobierno fuerte frente a la aniquilación. Bah. Bastardos. Al menos ellos también se habían ido.

Se estiró y se frotó la frente. Le duelen los ojos. Cuarenta y ochocientos años en la congelación profunda te dan un gran dolor de cabeza fornicador. También a su edad. Pasarían diez días antes de que se sintiera mejor de nuevo. Suponiendo que aún estuviera vivo en unos diez días. Lo cual era dudoso.

Un silbido salió de sus pulmones llenos de cicatrices. Gimió contra su voluntad. Todos eran unos idiotas. Por supuesto. Merecían destrucción. Eso no lo hizo más fácil. El epitafio sin piedra de la humanidad, grabado en el

cuanto del espacio, debería decir: "Aquí yace una especie suicida, ayudada por un tonto."

"Les dije y les dije y les dije," murmuró. Miró a las Cruces, desafiante y sangrando ante él. "¿Y escucharon? ¿Eh? Lanzó la última palabra a sus pies, escupió más sangre en el suelo. "No. Ellos no." Sacudió la cabeza. "Quizá todos obtengamos lo que nos merecemos."

El de la barba de aspecto gracioso se aclaró la garganta. Ni siquiera tenía cascos. Qué broma de sacerdote. ¿Qué diablos había estado pasando durante los últimos cinco mil años?

"Entonces, ¿qué te mereces por mentirnos sobre quiénes y qué somos?" preguntó el sin pezuñas. "¿De verdad pensaste que nunca nos enteraríamos?"

Carlos recogió el látigo del suelo. La punta aún brillaba en azul, rizándose en el polvo. Realmente debería pasar la aspiradora. Pero ¿para qué? La muerte estaba en el menú de todos. El único curso de acción que podía tomar. Casi se sintió aliviado. No habría más decisiones. No más dilemas de peso. Pero primero necesitaba más información.

Se volvió hacia la consola y pulsó una serie de teclas con la mano libre. Mejor no le des las instrucciones al bebé en voz alta. Las Cruces podrían ser útiles antes de que él las matara.

"Tus días de jugar a ser dios han terminado," anunció el enano de aspecto gracioso. "Todos en Taurus han visto ese video. Todos saben que tú, que todos los dioses, eres un farsante."

El vizzer insistió en molestarlo. Peor que las moscas fornicadoras con las que torturó a los exiliados en las Tierras del Sur. Carlos se rió entre dientes. Dale a una vaca una pizca de razón y cree que puede dominar el universo. Volvió a tocar el teclado y dos pantallas de burbujas se deslizaron fuera de la pared a su lado. Veamos cómo van las cosas en Taurus.

En una visión de tres profundidades, el túmulo funerario yacía aplastado de lado en la hierba. Eso era de esperarse. El pico se había derrumbado. Debe

haber sido una colina infernal. Miles de años de sacrificios. ¡A él! ¡Ja!

Una manada de sacerdotes introdujo en carretillas partes del cuerpo en descomposición. En la base del montículo, o lo que quedaba de él, cientos de toros rodeaban al rey. Aún usaban ese sombrero de vaquero blanco que le había dado al primer rey, ¿cómo se llamaba? Morti. Eso fue todo. Morti con ese tonto sombrero. Una réplica, esta, por supuesto. Pero aún.

"¡El túnel se derrumbó!" dijo el vizzer detrás de él. El enano dio un paso adelante, mirando hacia las pantallas de burbujas.

"No muy cerca, mi pequeña vaca amiga." Carlos agitó el látigo a los pies del vizzer.

El vizzer se detuvo. "Nos has atrapado aquí."

Carlos tomó otro cigarro. Enciéndalo. Aspiró el humo acre a su boca. Deja que le acaricie las encías podridas. Le quedaban tan pocos placeres. Saboreó la amarga agudeza de su lengua. Amargo como la vida. Amargo como todo lo que alguna vez había tocado.

Los cánticos de voces aumentaron en la pantalla. Esto puede resultar divertido. Subió el volumen.

"¡Muerte a Vizzer, muerte a Dex!" gritó la multitud. "¡Blasfemia, herejía, tortura, muerte!"

Los becerros levantaron los puños hacia el cielo, empujándose unos con otros. Esa es la manera. Muéstrame tu fe. Muéstrame cuánto crees. Cuánto quieres morir por mí. Él rió entre dientes. Porque morirás muy pronto.

Comenzó un nuevo cántico: "¡Viva Carlos, Señor de toda la creación!"

La multitud repitió el grito y se puso frenética. El rey trepó por el deslizamiento de tierra manchado de sangre que quedaba del montículo. "¡Al estadio!" él gritó. "¡Debemos apaciguar a los dioses antes de que pase el eclipse!"

"¡O seguramente nos sobrevendrán más desastres!" chilló un sacerdote a su lado.

¡Qué puntazo! Esto fue mucho más divertido de lo que esperaba. Casi le entristecería verlo desaparecer. Se volvió hacia los runts. "Realmente no pensaste que podrías salirte con la tuya, ¿verdad? ¿Poner fin a los sacrificios?"

"Pensamos que los dioses estaban muertos," dijo el vizzer. "Dex, haz algo. ¡La estatua!"

El que se llamaba Dex tocó la antigua almohadilla sagrada y dijo: "Estoy trabajando en ella."

Carlos se reclinó en su silla, dio una calada a su puro. "No te molestes. No hay forma de desactivar la estatua. Lo diseñé de esa manera."

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la estatua se bajó de su pedestal? ¡Qué divertido! Pero tal vez conseguirían una corrida a tiempo. Eso también podría ser bueno. Un poco de emoción ante esta miserable existencia llamada vida finalmente terminó. Y este vizzer fue entretenido.

"Dime," dijo. "¿Qué hace que una vaca como tú pienses que puede ser un hombre?"

"Soy tan hombre como tú," dijo el sacerdote.

¡Qué ceño fruncido! Carlos se rió. Levanta el espíritu con un poco de diversión antes de la paz final. "Al contrario," dijo. "Te hice más ganado que humano. Cuenta los genes, no me crees."

El rostro de la Cruz se ensanchó con sorpresa, se quedó boquiabierto ante las pantallas de burbujas en la pared. Carlos miró por encima del hombro. Las pantallas mostraban dos pies dorados desde arriba. Mientras miraban, la cámara giró hacia el estadio.

"¿Qué estamos mirando?" preguntó el vizzer.

"Vista desde la estatua," dijo Dex. "Cámaras en los ojos, parece."

"¡Muy bien!" Carlos volvió a reír. "En camino a pisotear a tus amigos. Has sido un ganado travieso, ¿no es así?"

"¡Hacer algo! ¡Hazlo parar!" suplicó el vizzer, como un niño pidiendo caramelos.

El hombre lo miró directamente. "No."

El vizzer saltaba arriba y abajo, supuso con frustración. "¿Por qué deberíamos morir por tu perversa diversión?"

Qué pequeño enano feroz. Prometidas horas de diversión. ¡Horas! No es que quedara tanto tiempo. Tanta lástima. "Bueno, déjame ver," dijo. "Soy tu Creador. Yo te diseñé de esa manera."

"Puedes ser nuestro Creador, pero eso no te convierte en dios," dijo Dex, frunciendo el ceño en concentración ante su almohadilla sagrada.

Touché. "¿No es así? ¿Quién te hizo lo que eres hoy?"

"He leído su expediente policial interplanetario." Dex levantó su cuaderno sagrado. "¿Quieres ver una copia?"

Su dossier. La policía. Toda la flota interplanetaria no había podido desalojarlo de Taurus, no en miles de años. ¿Qué iba a hacer la policía? ¿Enviarle una multa de estacionamiento? Probablemente flotaban en partículas vaporizadas en algún lugar del espacio. Muerto. Como el resto de la humanidad.

Vizzer frunció el ceño, una imitación notable de sí mismo. "¿Policía?" El sumo sacerdote no conocía la palabra. Como debería ser.

"Yo también tuve que buscarlo," dijo Dex. "Significa aquellos que hacen cumplir los edictos del rey. ¿Le leo una muestra de su informe?"

"¡Encantador!" Carlos juntó las manos. "Oh, por favor, hazlo."

El enano se aclaró la garganta, leyó el cuaderno sagrado. "'El hombre más buscado de la galaxia'... 'crímenes contra la humanidad'... 'ingeniería

genética sin licencia'... 'cientos de miles de cargos de crueldad hacia los animales'... 'transmisión sin licencia' -"

“Qué hipócritas,” interrumpió Carlos. Incluso ahora le cabreaba. “Me censuraron, pero decenas de billones de espectadores sintonizaron todos los días para ver las peleas. ¿Quién crees que te concedió las orejas y la cola? ¡Voto mayoritario de los propios espectadores!”

Vizzer miró fijamente las pantallas de burbujas, su rostro inmóvil. Carlos agitó una mano. Nada. ¿Estaba prestando atención? Rompió el látigo contra el suelo.

El sacerdote saltó hacia atrás y señaló la pantalla. "Por favor, ¿por qué no lo detienes?"

La vista en las pantallas de burbujas había cambiado para mostrar el estadio a oscuras. Las cámaras giraron de izquierda a derecha. Las cruces huyeron. Una rodilla dorada apareció en la pantalla de la izquierda, desapareció en la masa que gritaba y huía debajo.

“¿Por qué los estás matando? ¿Qué te han hecho? Preguntó Vizzer.

Que habian hecho Qué pregunta más ridícula. Pero el enano nunca entendería la verdad. “Son mis hijos,” dijo simplemente. "Deben aprender a obedecer."

“Pero ¿no acabas de escuchar a Prinz? ¿El rey? ¡Está en camino de sacrificarse ahora mismo!”

Solo unos minutos más y todo estaría listo. Carlos hizo rodar la punta húmeda de su puro entre sus labios.

"Si ha llegado tan lejos, es demasiado tarde. ¿Debe ser qué, día cuatro, sin corrida? En este punto, la estatua está programada para castigar." Levantó los hombros, los dejó caer. "Mis manos están atadas."

"Bueno, puedes reprogramarlo, ¿no?" Vizzer dijo.

"Don Carwoth," interrumpió Baby. "He terminado con mi tarea."

"¡Buena niña! Solución en pantalla."

Apareció una serie de complicadas fórmulas matemáticas en la pantalla de burbujas central sobre la consola. Las pantallas circundantes mostraban diagramas vectoriales tridimensionales giratorios, cada uno desde un ángulo diferente.

"Por favor, papá. No seas malo con el widdle Cwoththeth. Jutht entiendo que quiero cwy."

Pobre bebé. Habían estado juntos todos estos años. Milenios. Desde el principio. Ahora todo había terminado para ambos. "Mi hijo," dijo. "Estar en paz. Pronto todas nuestras penas se acabarán."

Se volvió hacia los dos sacerdotes. Oh bien. Habían sido una audiencia divertida. "El bebé es demasiado sensible al dolor de otras personas. La acerta en la corteza computacional. No creo que valga la pena." Él rió. "¿No es así, bebé?"

"Lo siento mucho, papá, a veces creo que mi corazón cuántico se debilitará."

"Es por eso que ustedes dos han vivido media hora extra." Carlos apretó un botón en el látigo nazza. El zarcillo delgado ardió de color blanco: modo bisturí, sin cauterización. Su favorito. "Ahora que ha terminado sus cálculos, es hora de que mueras."



# Capítulo 24

Carlos agitó el látigo a la cabeza de Vizzer, pero el enano de aspecto gracioso se apartó del camino. Es mejor apuntar a la sección media y terminar con eso.

"¡Papá, no lo hagas!"

"¡Cierra la trampa, bollito sobrecocido!" Volvió a levantar el látigo, lo hizo estallar hacia adelante, pero el zarcillo había desaparecido. "¿Qué diablos fornicar?"

"Le sugiero que permanezca perfectamente quieto," dijo Dex. "O te decapitarás a ti mismo."

Sin mover la cabeza, Carlos miró hacia abajo. El látigo se arrastró blanco desde su mano hasta su cuello. Alcanzó el interruptor de apagado con el pulgar. No pasó nada.

"¿Cómo hiciste eso?"

"Yo controlo el látigo de mi almohadilla sagrada," dijo Dex.

Vizzer se rió entre dientes. "¿O el todopoderoso y omnipotente Carlos no lo sabía ya?"

"¡Bebé, haz algo!"

"Pero papá, estás todo atado," dijo la voz de la niña. "¿Estás jugando con el widdle Cwoththeth como lo haces conmigo?"

Así que Baby iba a ser difícil. Él se lo mostraría. Les mostraría a todos. El látigo le cortó la piel del cuello y maldijo. "Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?"

"¿Eso fue una maldición?" Preguntó Vizzer. "¿Que acabas de decir?"

“Dije, 'maldita sea'. Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Me vas a matar?”

"No si cooperas y detienes la estatua," dijo Dex.

"¿A qué dios te refieres?" Preguntó Vizzer.

"Es simplemente una expresión. Y te lo dije, la estatua no se puede detener."

Vizzer se cruzó de brazos. “Pero ¿de dónde viene la expresión? ¿Los dioses tienen dioses? ¿Como funciona exactamente?”

"Es una forma de hablar, nada más." Qué pequeño vaquero tedioso. “¿Siempre es así? ¿Y si me niego?”

"Me temo que lo es," dijo Dex, ocultando una sonrisa. “Si te niegas, te corto la cabeza. Estoy bastante seguro de que eso te matará. De cualquier manera, estamos ansiosos por averiguarlo."

"Aunque preferimos que dejes de matar a nuestra gente," dijo Vizzer. Luego preguntó: "¿Crees en dios?"

Carlos lo ignoró. Una tos le hizo cosquillas en la garganta. Sacó el puro de entre los dientes. El cosquilleo le arañó los pulmones. Luchó por reprimirlo, pero convulsionó contra su voluntad. El látigo zumbó, cortó a los lados de su cuello. La sangre goteaba por la nuez de Adán, se fusionaba entre los menguantes vellos blancos del pecho.

En las pantallas de burbujas gemelas, pies dorados perseguían toros al galope. Un rayo estalló cerca de las cámaras y dejó cadáveres carbonizados y humeantes tras la estatua.

"Yo creo en la poesía," dijo. "Y hay poesía tanto en la muerte como en la vida." Luchó por respirar. "Y sería una justicia poética si me lanzara hacia adelante y me suicidara." Hizo un gesto con la mano ante la carnicería en pantalla. "Entonces, ¿qué te pasará?"

"Te quedan miles de años de vida," dijo Dex. "No vas a tirarlo todo ahora."

Miles de años. ¿Es eso lo que pensaban?" ¿Qué te hace estar tan seguro?"

"Bueno," Dex trazó una miniatura en su cuaderno sagrado, hojeó un poco de texto. "Aquí dice que naciste hace poco más de ocho mil años. Recibió el Tratamiento Forever a la edad de sesenta y seis años." Miró hacia arriba. "En ese momento, la esperanza de vida humana era de ciento veinte," agregó, presumiblemente para beneficio de Vizzer.

Carlos se obligó a sentarse derecho para evitar el zumbido del collar en su garganta. "El Tratamiento Forever no es para siempre," dijo en voz baja. "Solo ralentiza el proceso de envejecimiento. El efecto varía de persona a persona, pero en promedio agrega siete mil años a la vida humana. Da o toma. Cómo funciona exactamente, solo los dioses lo saben."

"Ahí tienes, hablando de dioses otra vez," dijo Vizzer. El sacerdote recorrió el perímetro de la habitación cojeando, pinchando el panel de control y abriendo los armarios ocultos. "¿Quiénes son ellos, lo sabes?"

"Soy tu dios," retumbó Carlos con su mejor bajo estentóreo. "Eso es todo lo que necesitas saber."

El enano se rió y sacó una pila de platos blancos. Los dejó caer al suelo. Choque. "Imaginalo. Capas sobre capas de dioses falsos. Creando nuevas especies para el deporte. Somos tu broma enfermiza. La pregunta es, ¿de quién eres el chiste de mal gusto?"

Este sacerdote lo estaba volviendo loco. "¿No puedes hacer que se calle?" preguntó a Dex.

"Me temo que no. El es mi jefe. ¿El tratamiento para siempre?"

Mierda. Iba a tener que hablar para salir de esto. ¿Qué diablos iba a hacer? ¿Cómo puede ser tan estúpido? Debería haber matado a los sacerdotes tan pronto como despertó. Ahora tendría que seguirle el juego. Vea adónde lo llevó.

"Por supuesto. Cuando recibí el tratamiento, ya tenía cáncer de pulmón. El tratamiento no cura el cáncer ni ninguna otra enfermedad. Simplemente

ralentiza el proceso de envejecimiento, por lo que puede sufrir durante miles de años, en lugar de unos pocos."

Otro ataque de tos se apoderó de él, peor esta vez. Cerró los ojos. Si el látigo le cortaba la tráquea, tendría que suicidarse, terminar con el dolor. La sangre corría por su cuello en riachuelos. Luchó por dominar su cuerpo enfermo. Sus ojos se sentían como si fueran a estallar.

El dolor cambió. Ya no me gustan los cuchillos. Una sensación de ardor. Un zumbido de baja frecuencia. Abrió los ojos. El látigo resplandeció en verde. Levantó una mano y se tocó el cuello con un nudillo. La apartó de un tirón. Dex debe haber reducido la potencia a un entorno no letal.

Vizzer gritó detrás de él: —La gente se está muriendo, Dex. Llegar al punto." Otro choque de cristalería envió fragmentos volando al polvo.

"Así que tal vez quieras volver a dormir," sugirió Dex. Hizo un gesto con su almohadilla sagrada hacia el pedestal. "Congélate durante un millón de años hasta que alguien tenga una cura."

Carlos se frotó la frente con un pulgar calloso. Bien podrían saber la verdad. No haría ninguna diferencia de ninguna manera.

"Fue mi último sueño," dijo. "Por eso estaba tan enojado con Baby antes. Despertar ahora... sin cura... la humanidad se ha ido..." Se encogió de hombros. El dolor del látigo aún era intenso. "Me quedan diez días de vida, como máximo."

Vizzer reapareció frente a él, sosteniendo una picana para ganado. Mierda. Su colección de antigüedades.

"¿Alguna idea de lo que hace esto?" preguntó el enano sin pezuñas a Dex.

"Trabajando en ello."

El sumo sacerdote se acercó más, con el dedo en el gatillo. ¿Podía adivinar para qué era?

"Esto es lo que vas a hacer," dijo Vizzer. "Primero vas a evitar que la estatua mate gente."

"¿Lo soy?"

"Sí." El sacerdote le dio una palmada en el hombro con la picana. Entonces lo vas a desmantelar. Para que esto nunca vuelva a suceder."

"¿Y luego qué voy a hacer, pequeño enano?"

Vizzer se ruborizó. "Entonces nos vas a sacar de aquí. De debajo del túmulo funerario. Vas a dirigirte a la gente de Taurus. Explícales que no eres un dios. Que todo fue una broma cruel. Que los sacrificios deben cesar."

Hacer tiempo. Carlos asintió y frunció el ceño, como si le diera peso real a esta sugerencia. Alargó la mano y dejó el cigarro en el cenicero. "Nunca funcionaría," dijo. Y presionó un botón de la consola con su dedo meñique.

"Mantenga las manos alejadas de la consola o sentirá mucho dolor," dijo Dex.

"¿Qué vas a hacer, cortarme la cabeza? Eso no cambiará nada, y lo sabes."

Dex le dijo a Vizzer: "Es una picana para ganado."

"¿Que es que?"

"Se usa para disciplinar al ganado desobediente."

Esperaba que Vizzer no soltara la picana, era insustituible. Ni siquiera el convertidor de materia pudo reproducirlo, ya que los esquemas eran demasiado antiguos.

"Amenazarme no cambia nada. Te das cuenta de eso, ¿verdad?"

Vizzer examinó el dispositivo y apretó el gatillo. Chispas eléctricas volaron de un extremo. "¿Seguro sobre eso?"

“Simplemente no lo entiendes, verdad,” dijo Carlos. La verdad era el arma más persuasiva que tenía. “Tu gente no me creería aunque se lo dijera.”

“¿Por qué en Taurus no?”

“Están programados genéticamente para reconocermes. Para adorarme. La única razón por la que ustedes dos pueden superar el impulso es porque son sacerdotes, y yo los hice de esa manera. Te necesitaba de esa manera para hacer funcionar la maquinaria. Pero ¿los toros? ¿Los matadores? ¿Las vacas? Una mirada y me llevarán de espaldas al estadio, gritando mi nombre. Ponme en mi trono. Pídemes que los vea morir en la arena.”

Allí. Déjelos pensar en eso. Apretó otro botón con el dedo meñique. El breve zumbido de un motor se podía escuchar desde algún lugar debajo del piso. Una punzada de dolor en el codo lo sobresaltó.

Como dijo Dex. Mantenga su mano alejada de la consola.” El rostro de Vizzer había adquirido una intensidad salvaje. Harás lo que te diga. O sufrirás. ”

Carlos se encogió de hombros. La verdad era la verdad. “No hay nada que pueda hacer.” Una sonrisa torcida. “Como dices, no soy todopoderoso.”

Los dedos del sacerdote arañaron el pecho de Carlos, tiró de la túnica hacia un lado, dejando al descubierto su pecho derecho.

“¿Qué estás haciendo?”

El frío metal de la picana se le clavó en la axila. Por un momento, el tiempo se detuvo. Cada célula de su cuerpo se encogió. Una llama azul lamió su cerebro. Sus músculos intentaron arrancarse de sus huesos. Sus ojos golpearon en sus órbitas, estallando para escapar de su cabeza. Su esfínter tembló, se abrió.

Regresó el tiempo. La diarrea se derramó alrededor de sus bolas. Incluyó la cabeza hacia adelante y se enderezó bruscamente ante el azote del látigo nazza.

"Dios mío," dijo. La saliva le caía por la barba. "Dios mío, Dios mío, Dios mío."

## Capítulo 25

Vizzer sopesó la picana con una mano. Nunca antes había lastimado a nadie así. Por Carlos, eso se sintió bien. Muy bueno. Escuchar los gritos del hombre. Viendo su cuerpo temblar. Oler su miedo. Su cowpat. Ahora tenía el control. No este monstruo sádico.

Pero ¿en qué te convierte eso? preguntó una voz dentro de él. Tú que odias la tortura y el sadismo. ¿Qué estás haciendo ahora? Las náuseas recorrieron sus cuatro estómagos. Retiró la picana.

Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? le gritó a su conciencia. Este hombre pobló Taurus, nos creó con el único propósito de vernos asesinar unos a otros. Fue responsable de la muerte de cientos de miles de personas. La voz se calló. La culpa menguó. Carlos se merecía este dolor. Por primera vez en su vida, Vizzer quiso matar.

Se inclinó sobre la silla. La boca del hombre desprendía un olor rancio, incluso más fuerte que el hedor del cowpat (¿o era manpat?) Que se congeló en su regazo. "Eres un fornicador enfermo," dijo Vizzer. "¿Tú lo sabes?"

Carlos parpadeó las lágrimas de sus ojos, se humedeció los labios. Ahora parecía más pequeño, un pequeño bulto arrugado de criatura. "A usted también le gusta causar dolor," dijo. "Ahora sabes lo que se siente."

Vizzer clavó la picana en la axila que no resistía y soltó una ráfaga. El hombre se retorció en su silla, se derrumbó hacia adelante, agarrándose el pecho con una mano.

Carlos gritó: "¡Cariño, haz algo!"

El sonido metálico de una chica sonándose delicadamente la nariz. "Papi está siendo agradecido por ser travieso."

"¡Yo te creé, bebé! Sin mí, no eres nada. Ahora haz que se detengan."



"¿Puede hacer algo?" Vizzer le susurró a Dex.

"Probablemente. Hay una gran parte del sistema al que no puedo acceder."

"Tú también los hiciste," dijo Baby. "¿Eso te da el poder de matarlos?"

En las pantallas de burbujas gemelas, los disparos rompieron la quietud. Apareció un error con una pistola, envuelto en un puño dorado. Desaparecido en un squish de pasta roja.

"Haré cualquier cosa, bebé. Lo que quieras."

Otro bocinazo de su nariz invisible. Mójalas, papá. Eso es lo malo."

"Sabes que no puedo hacer eso. ¡Todo menos eso!"

"Entonces tal vez te detres un dolor de widdle."

"Yo diría que te mereces mucho dolor," dijo Vizzer. Levantó la picana para ganado. Sus dedos se habían entumecido de agarrar el arma. Solo una enorme fuerza de voluntad le impidió enviar una explosión tras otra de dolor al cuerpo de Carlos.

"No es demasiado tarde," dijo Dex. Detén la estatua. Dile a la gente quién eres en realidad. Termina la corrida. Simple."

Los ojos de Carlos parpadearon desde el sudoroso agarre de Vizzer sobre la picana hasta la sangre que goteaba por su propio pecho. El látigo nazza le había cortado la piel alrededor del cuello. Su pecho se agitó. Jadeó por aire.

"Entonces, ¿qué va a ser?" Preguntó Dex. ¿Quédate aquí con Viz y su nuevo juguete? ¿O salir y saludar a tu gente?"

El hombre se sentó derecho, tratando de parecer digno. "¿Así es como tratas a tu padre?"

Vizzer clavó las púas de la picana en el esternón de Carlos y apretó el gatillo. "No eres nuestro padre."

Los ojos del hombre bailaron en sus órbitas. Chasquidos guturales sonaron en su garganta.

El corazón de Vizzer latió en éxtasis. Las cruces estaban muriendo en Taurus, pero ya no le importaba. Esta felicidad que sentía, era algo precivilizado. Infrahumano. Sub-él. Soltó el gatillo.

"Todos ustedes son mis hijos," gruñó el hombre. "¿Dónde crees que saqué el ADN?"

"¡Responde la pregunta!" gritó en la cara del hombre.

"Vizzer." La voz de Dex. Una advertencia.

Podía sentir la sangre palpitando en sus oídos. Su rostro se sentía caliente. Su piel le picaba de sudor. Se apartó de Carlos. Respira hondo. Intenté tranquilizarme.

El hombre hizo un sonido hueco en su pecho. ¿Fue una risa? Un sollozo? "Me echaron de Nueva Granada. Por eso vine aquí. Usé un frasco de mi propio esperma."

"Para crearnos," instó Dex.

"Para experimentar. Encuentra la mezcla adecuada de hombre y bestia. Una sociedad autosostenible, dedicada a la corrida. Uno que podría sobrevivir al duro clima aquí." Una burbuja roja se formó en su fosa nasal izquierda. Estalló. "Así que ya ve, realmente soy el padre de todos ustedes."

Vizzer apretó los dientes. ¿Cómo podría estar relacionado con este hombre? Qué pensamiento más espantoso. "¿Viniste hasta aquí, miles de años luz, para poder ver a tus hijos matarse entre sí?" Escupió en la cara del hombre. "Me das asco."

Carlos se rió, una risa real esta vez, alegría genuina.

La risa fue tan inesperada que Vizzer no supo cómo reaccionar. "¿Crees que es gracioso?" dijo él. Volvió a meter la picana debajo de la axila del hombre.

"Adelante," dijo Carlos. "Estaré muerto muy pronto."

Detrás de Vizzer, Dex se aclaró la garganta. "No nos sirve de nada muerto. No aún, de todos modos."

El hombre miró a Vizzer por debajo de sus cejas blancas como plumas. Sus rostros estaban a centímetros de distancia. La luz roja intermitente proyectaba sombras rosadas sobre esos ojos inyectados en sangre. "Crees que me entiendes, pero no es así," dijo el hombre. "Crees que entiendes tu mundo, pero no tienes idea. Eres el sumo sacerdote de una religión cuyos misterios aún no has comenzado a sondear."

"Una religión de mentiras para hacernos obedecer," dijo Vizzer. "¿Supongo que es por eso que nos tienes drogando a los toros en la arena?"

"Pero si no estuvieran drogados, ganarían contra el matador, y entonces, ¿cuál sería el punto?"

"Incluso dicen ver a Dios," despotricó Vizzer. "¿Qué es, algún tipo de alucinógeno? ¿Hacerles 'ver el rostro de dios' y todo ese cowpat?"

Carlos pareció desconcertado. "¿Aún hablan de sus visiones?"

"Por supuesto que sí," enfureció Vizzer. "¿O supongo que me vas a decir que no fue tu plan todo el tiempo?"

El rostro del hombre adoptó una expresión pensativa. "La droga es un sedante. No es un alucinógeno." El se encogió de hombros. "Confieso que nunca pude entender de qué estaban hablando."

"Todo fue un truco, de principio a fin. Para hacernos matarnos unos a otros para tu enfermiza diversión."

"No," dijo Carlos con brusquedad. "No es un truco. Hay santidad en la corrida."

Vizzer luchó por controlarse. "No tiene nada de religioso. Soy el sumo sacerdote de Taurus. Yo debería saber."

"Usted debe saber. Pero no es así," dijo Carlos. ¿Qué emoción surcó la frente del hombre? ¿Tristeza? ¿Dolor?" "Es por eso que lo siento por ti," continuó. "Eres un enano. Un sacerdote. La culpa es mía, de verdad. Yo te diseñé de esa manera."

Con los dientes apretados, Vizzer dijo: "¿De qué manera?"

Un encogimiento de hombros. "Nunca experimentar la poesía de la capa. La alegría de la espada ensangrentada. El asombro del toro que tronó hacia ti, luego muerto a tus pies. Es vida y muerte, misterio en movimiento; es danza, es teatro; es arte y belleza en uno." Sus párpados se deslizaron hacia abajo, invitando a Vizzer a confiar en él. "Por eso fundé Taurus. Por eso te creé."

La parálisis que Vizzer sintió antes regresó. Luchó contra la abrumadora necesidad de obedecer, de arrodillarse y pedir perdón.

"¿Llamas a la muerte 'poesía' y a la tortura 'santa'?" él gritó.

En lo profundo de una hendidura inexplorada de su alma, despertó un salvajismo brutal. Una llama se encendió, quemó a través de su cerebro. Sus músculos se hincharon con una fuerza desconocida. Su visión se redujo a pequeños pinchazos de luz rosada intermitente. Apretó el gatillo de la picana una y otra y otra vez. El cuerpo del hombre se estremeció, haciendo sonar la silla contra el suelo. Una mano tocó su hombro. Dex. Dio un paso atrás.

Carlos tragó saliva. "¿Lo ves?" dijo él. "No lo entiendes. Te dije que no lo harías."

Esa llama era rabia. Ahora lo sentía. Lo mejor que había conocido en su vida. Quitó la picana de ganado de la axila del hombre y se la clavó en la entrepierna. Tiró del gatillo. Lo sostuvo ahí. Los puntos de luz en su visión desaparecieron. Su mundo se volvió negro.

Unas manos le quitaron la picana de las manos. El tubo de metal cayó al suelo. Su visión volvió a la normalidad. El látigo nazza zumbó donde mordió la garganta del hombre.

"Es mejor que esperes no haberlo matado," dijo Dex. "¿Tenías que ser tan rudo?"

Vizzer se pasó una mano por los ojos. ¿Que esta pasando? Se sintió poseído. "Algo pasó," dijo. "Dentro de mí. Se rompió."

"Bueno, recupéralo. Ahora no es el momento."

"No me culpes. Es su culpa. Se merece morir."

"Aún no, ¿de acuerdo?" Dex señaló con el pulgar las pantallas de burbujas gemelas. Pies dorados golpeaban la hierba en busca de su próxima víctima para aplastar.

Vizzer abofeteó a Carlos en la cara. "¡Vamos Despiértate!"

La cabeza del hombre se tambaleó y volvió a inclinarse. Dex puso sus nudillos en los labios del hombre, presionó dos dedos índices en la garganta.

"Cowpat."

"¿Qué?"

"No respira." Dex miró alrededor de la habitación. "No podemos dejarlo morir. Aún no. Así no." Levantó la barbilla hacia el techo y abrió los brazos. "¡Bebé!" gritó. "¿Qué hacemos?"

"¿Papi?" dijo la voz. "Papá, vamos. Despierta."

Papá se está muriendo, cariño. Necesita algunos medicamentos, ¡y rápido!"

"Thiwwy Cwoth," la voz cloqueó. "Papá no puede morir. Él siempre ha sido y siempre será."

"¿Hay un botiquín?" Preguntó Vizzer. Sin respuesta. "Tal vez haya un botiquín."

Como lo ha hecho Feeh. Correcto." Dex se acercó al convertidor de materia y golpeó la tapa con un casco. Sus dedos bailaron un borrón a través de la superficie de su almohadilla sagrada. "¿Cómo funciona una de estas cosas?"

Las extremidades de Vizzer se sentían lentas. Como si hubiera gastado toda su energía lastimando a Carlos. La picana estaba en el suelo cerca de sus pies. Sin él, se sentía desnudo. Impotente. Lo golpeó con el dedo del pie. "Tienes que usar una oración."

"¡Te lo dije, este no tiene un módulo de oración!" Dex levantó la voz. "Bebé, necesito un botiquín estándar. Dame una caja de reanimación A401e."

"No hay necesidad de llorar tu voz," dijo. "Puedo escucharte bien. ¿Uno de ustedes es grueso?"

"Carlos se está muriendo. Confía en mí esta vez. ¿Por favor?"

El convertidor de materia tarareaba. Una costura de luz naranja brillaba entre la tapa y la base. La tapa se levantó lentamente y Dex la abrió el resto del camino. Cogió el botiquín y lo dejó en el suelo a los pies de Carlos.

"Si lo lastimas, yo te lastimaré," dijo Baby. "Bien mal también."

"Te lo prometo, bebé." Dex abrió el botiquín y se quedó mirando una docena de hipoglucemias diferentes. "¿Cuál es? ¡Maldición!"

Examinó un diagrama en el interior de la caja. Recogió una hipoglucemia llena de un líquido transparente.

"¿Seguro que es el correcto?" Preguntó Vizzer.

"No."

Dex empujó la hipoglucemia contra el cuello de Carlos y apretó un botón. Un leve silbido. El hipo se vació. Ellos esperaron. No pasó nada.

"Cowpat." Dejó la hipoglucemia a un lado y pasó la punta de los dedos por las otras hipoglucemias de la caja. "Quizá este."

“Tenías razón la primera vez,” dijo Carlos. Respiró hondo y tembloroso, como si estuviera saboreando el oxígeno.

"Oh, gracias Carlos," dijo Dex. Estampó su casco, sin duda por la frustración por el juramento ilógico.

El hombre se sentó derecho y tomó profundas bocanadas de aire. "Antes de que me mates," dijo, "debes saber sobre los supervivientes."

"¿Sobrevivientes?" Preguntó Vizzer. "¿Qué supervivientes?"

“Sí, papá. ¿Qué Thurvivorth?

"Nada bebe. ¡Ve a dormir!"

Unos ronquidos suaves llenaron la habitación.

"¿Te refieres a la guerra?" Dijo Dex. "¿Supervivientes humanos?"

"Por supuesto."

"¿Como sabes eso? ¿Han estado en contacto contigo?"

"No. Tampoco es probable que lo hagan, si valoran sus vidas."

"Entonces, ¿cómo puedes estar seguro?" Preguntó Vizzer.

“Sus planetas están destruidos. Por supuesto. Pero ¿qué pasa con las naves espaciales entre los planetas? ¿Buques de carga, transatlánticos de pasajeros, incluso buques de guerra? Ellos sobrevivieron. Estoy seguro de que lo hicieron. Por supuesto que sí. ¿Y a dónde van a ir?"

A Vizzer no le gustó hacia dónde se dirigía esta conversación. Se inclinó y recogió la picana. Calmó su ansiedad. “¿A dónde pueden ir? Tú dinos."

“Necesitan un mundo habitable,” dijo Carlos. “Aire respirable, agua potable. En algún lugar para cultivar alimentos. ¿Correcto? Tú eres el listo,” agregó, mirando a Dex. Vizzer frunció el ceño ante el insulto implícito.

“Búsquelo," dijo el hombre. “Los servidores de respaldo externos aún están allí, ¿no es así? ¿Alejarse de nosotros al espacio intergaláctico?

"Sí," dijo Dex. "De ahí es de donde vino la transmisión."

Carlos se encogió de hombros. “Así que pregúntales. ¿Se han descubierto nuevos mundos habitables en los últimos cuatro mil ochocientos años?

Dex examinó su cuaderno sagrado. "No."

"¿Lo ves? Solo hay otro planeta al que pueden ir. Y esos somos nosotros. Usted. Aquí mismo." El hombre se inclinó hacia adelante y retrocedió ante el azote del látigo nazza. "¿Qué vas a hacer al respecto?"

"Espera," dijo Dex. “¿Qué dijo Baby antes? ¿Sobre las defensas orbitales?

"Por supuesto. Los diseñé yo mismo. Lo mejor de la galaxia. Pero si aparece una armada de humanos, desesperada por un hogar, ¿quién puede decir que no encontrarán un camino?"

Vizzer colocó la punta de la picana a lo largo del antebrazo de Carlos. Quería ver al hombre retorcerse de dolor, pero primero necesitaban respuestas a estas preguntas. Se obligó a esperar. "¿Cuándo llegarán aquí?"

Carlos se encogió de hombros. “¿A cuántos años luz de Nueva Granada? ¿Cuántos de la Tierra? Dígame usted."

La tentación fue demasiado. Vizzer apretó el gatillo. Solo una pequeña ráfaga. Esa felicidad lo golpeó de nuevo. Hizo una mueca, luchando contra el placer. Won.

Por ahora.

El hombre abrió los ojos. "Mi corazón no puede soportar mucho más de eso."

Vizzer escupió en el suelo. "¿Cómo sabemos que estás diciendo la verdad? E aunque es así, estamos hablando de cientos de años a partir de ahora,"



dijo. "Miles de años, si vienen de la Tierra. Para entonces, estaremos todos muertos."

El hombre respiró hondo y se masajeó el pecho. "Seguro, estaréis todos muertos. Pero ¿y tu raza? ¿Tu planeta, tu gente? Resopló y la sangre goteó de sus labios. "Escúchame. ¿Sabes lo que te harán? Te matarán. Haz hamburguesas contigo."

"¿Qué son las hamburguesas?"

"Comida."

"¿Quieres decir que son caníbales?"

"Los humanos comen carne. No solo hierba. Y te comerán. ¿Entender? Solo hay una pequeña cantidad de tierra cultivable en este planeta. La Banda de Calor en el ecuador está hirviendo. Dos polos y eso es todo."

"¿Dos polos?" Dijo Dex. "¿Quién está en el otro?"

Carlos negó con la cabeza. "Nadie. Ese no es el punto. No hay lugar para que los humanos y las Cruces coexistan. Eres tú o ellos."

"¿Esa verdad?" Preguntó Vizzer.

Dex se raspó una uña en florituras en su cuaderno sagrado, los ojos se movieron rápidamente de izquierda a derecha, absorbiendo corrientes de datos. Después de un momento, dijo: "Puede que esté diciendo la verdad."

Carlos se llevó la mano a la boca. Se miró los dedos con sorpresa. El cilindro en llamas hacía tiempo que había caído al suelo entre sus pies. Un hilo de humo se elevó entre sus muslos desde el charco de sangre en el suelo. Se frotó la cara con las manos.

"Matarán a cada uno de ustedes," dijo. "Y aquellos a quienes no matan, los reproducirán para alimentarse."

Ese pensamiento alimentó la ira de Vizzer. Apretó el gatillo de nuevo. Herir al hombre era como una droga. Quería más. Ver a Carlos retorcerse. Cree

que es un dios. Enséñale modales al bastardo.

"Ten cuidado," dijo Dex.

"Estoy teniendo cuidado." Soltó el gatillo. "Yo digo que está mintiendo. Taurus fue fundado, ¿cuándo? ¿Hace siete mil años?"

La sangre bañaba por la barbilla de Carlos, manchando su barba de rojo. "Hace siete mil, doscientos años." Sus dedos se deslizaron por el panel hacia el teclado de la consola. "Puedo darte la fecha exacta, si quieres."

"¡No lo hagas!" Dijo Dex.

Vizzer levantó la picana y la estrelló contra la muñeca huesuda. El agudo crujido de un hueso roto fue un dulce deleite en sus oídos.

El hombre se echó hacia atrás el brazo roto y maldijo, aspirando aire entre los dientes.

"Y en todo ese tiempo," dijo Vizzer, "casi siete mil años, ¿por qué nunca nos han visitado otros humanos?"

"Pero lo has hecho," dijo Carlos. Examinó el hueso roto, hizo una mueca. "Simplemente no lo sabías en ese momento. Buen Dios, eso duele."

"¡Basta Dios!"

Antes de que Vizzer pudiera usar la picana, Dex le puso una mano en el hombro. "¿Cómo es eso posible? ¿No lo habíamos sabido?"

"Tus registros están llenos de señales y portentos en el cielo." Una declaración, no una pregunta.

"Ciertamente," dijo Vizzer. El Apéndice de los Profetas, un apéndice secreto del Código, enumeraba las grandes explosiones en el cielo y explicaba lo que significaban los portentos, por lo general, que Carlos estaba disgustado con la corrida y lo instaba a una observación más ferviente del ritual.

“El sistema de defensa orbital está diseñado para disparar a la vista. Después de que desaparecieron las primeras flotas, se dieron cuenta de que tratar de hacer cumplir sus estúpidas leyes en Taurus les costaría mucho más dinero y vidas humanas de lo que pensaban.”

"Pero hubo presagios en el cielo hace poco más de cien años," dijo Vizzer.

Carlos asintió. "No me sorprende. Mi cabeza tiene un precio lo bastante grande como para comprar una luna pequeña. La explosión que vio hace un siglo habría sido la pequeña flota de corsarios que Baby mencionó anteriormente."

"Retrocedamos," dijo Dex. "Estabas en Nueva Granada. Algo pasó. Tu viniste aquí. ¿Por qué?"

Carlos juntó el hueso roto. Silbido. "Lo que haces en la corrida. En lugar de Cruz contra Cruz, era hombre contra toro."

"Fue prohibido," apuntó Dex.

“Bárbaro, lo llamaron. Cruel. ¡Bah! Complaciendo a un montón de mujeres histéricas.”

¿Cómo podía Dex quedarse allí con tanta calma y escuchar esto?"Déjame matarlo," dijo Vizzer.

"Aún no."

Escúchalo, ¿quieres? ¡Vino aquí para vernos matarnos unos a otros! ¡Su propia raza lo prohibió!"

"No," dijo Carlos, su voz plana, sin emociones. La traviesa alegría que parecía irradiar ahora le falló. Las sombras se aferraron a sus rasgos huesudos. "Vine aquí porque inventé el asesino de planetas. Es mi culpa que todos estén muertos."

“¿Qué asesino de planetas? ¿De qué estás hablando?" Preguntó Vizzer.

"Tu amigo lo sabe."

"El arma que los humanos usaban para matarse entre sí," dijo Dex.

"Inventó un arma asesina," dijo Vizzer, "¿y por remordimiento colonizó a Taurus para poder vernos matarnos unos a otros? Te contradices. ¿Qué pasó con la 'poesía de la muerte' y la 'santidad de la tortura'?" Se volvió hacia Dex. "Yo digo que lo matemos. Mentiras tras mentiras tras más mentiras. ¡Nada de esto tiene sentido!"

"Tiene sentido," respondió Carlos con repentina pasión. Pero no te lo voy a explicar ahora. De todos modos, no lo entenderías. Mi punto es que yo también inventé muchas otras armas. Armas que no conocen. Armas que pueden usar para defenderse." Tocó la herida de su cuello. "Déjame ir y te mostraré cómo usarlos."

Vizzer acarició la picana. ¿Dejar ir este poder? Una parte primordial de él se rebeló. "¿Cómo sabemos que podemos confiar en ti?"

"Soy un hombre viejo. Yo me estoy muriendo. Serás mi legado. Déjame ayudarte a sobrevivir."

"¿Qué te importa nuestra supervivencia?" La picana le palpitaba en el puño. "Es hora de que detengas esa estatua y acabes con la masacre, o morirás."

"Si me matas, nunca aprenderás los secretos que tengo que compartir."

Dex mordió el borde de un casco. "La amenaza es real, Vizzer. Vienen los supervivientes. Él no está inventando esa parte." Dejó caer el casco al suelo. "Yo digo que lo dejamos ir. En el peor de los casos, siempre podemos matarlo si decide engañarnos."

"¿Qué pasa si no lo dejamos ir?"

Dex señaló la puerta sellada por la que entraron. "¿Estamos atrapados aquí y morimos?"

"O sales afuera y la turba te hace pedazos," dijo Carlos.

Vizzer pensó en eso. No tenían muchas opciones. Cowpat. "Tengo el control del látigo," advirtió Carlos. "Un movimiento en falso y empezaré a

cortar extremidades. Sin cauterización. ¿Entender?"

"Alto y claro, Capitán Cow." Levantó una mano a modo de saludo.

Dex golpeó su almohadilla sagrada y el látigo nazza se soltó y flotó en el aire frente a Vizzer. Agarró la manija y bajó el zarcillo sibilante al suelo.

"¿Puedo conseguir un poco de gasa?" Preguntó Carlos.

Dex se inclinó y sacó un rollo de algodón del botiquín. Lo arrojó al regazo del hombre. Carlos envolvió la gasa alrededor de su muñeca rota, luego alrededor de su cuello, sellando la herida profunda que rodeaba su garganta.

La vista en las pantallas gemelas había vuelto a la normalidad. Los ojos de la estatua volvieron a mirar al estadio desde un ángulo bajo. Debe haber vuelto a su pedestal. Los gemidos y gritos de los heridos se podían escuchar desde la hierba de abajo.

El hombre se volvió hacia la consola. "Déjame mostrarte algo."

"Cuidado," dijo Vizzer. Adelante, pensó. Intenta algo. Te mandaré al infierno.

Carlos sonrió y se limpió la sangre de la barbilla. "Tendré mucho cuidado, de hecho."

Tocó un botón. Una tira de metal se deslizó hacia atrás desde la pared exterior. Mirándolos a través del cristal, boquiabierto, estaba Wrax, el conspirador amigo de Rutt entre los novicios. Vizzer dejó caer la picana sobre su pie. Le golpeó los dedos de los pies y gritó.

El hombre rió entre dientes. "Debe haberse aferrado a las manijas exteriores. Nunca había pasado antes."

Vizzer miró de nuevo. El rostro de Wrax estaba helado, los ojos muy abiertos, la boca inmóvil. La oscuridad lo rodeó. El novicio había quedado atrapado en el terremoto de Taurus y asfixiado. Vizzer miró a su alrededor en el espacio abovedado. "No veo ninguna pala," dijo. "¿Cómo se propone sacarnos de aquí?"

Carlos presionó otro botón. Una segunda tira de metal se abrió. En medio de la negrura brillaba un orbe anaranjado. Manchas verdes como pelo desgredado cubrían las puntas superior e inferior. Manchas azules salpicaron la superficie en el norte y el sur. Remolinos de amarillo enfurecido ceñían el medio.

No puede ser, pensó Vizzer. Esto no me está pasando.

"¿Es lo que creo que es?" Preguntó Dex.

El hombre movió un brazo hacia el cristal. "Mira," dijo. "El último planeta habitable del universo."

"¿Estamos en órbita? ¿Realmente en órbita? Dex miró alrededor de la habitación. "¿Y esta es una... una nave espacial?"

Carlos se metió en la boca otro cilindro marrón y le prendió fuego. Sopló hasta que el humo oscureció su rostro. "¿Estamos en posición, bebé?"

Los suaves ronquidos cesaron. "¿Qué es eso, papá?"

"Ya basta. ¿Estamos?"

"¿Somos qué?"

"En posición."

"No hay necesidad de ponerse cachondo."

Carlos se inclinó hacia adelante. "¿Tengo que subir allí?"

"No, papi, pweez. Estaremos en pothithion thoon. ¿Por qué no dijiste eso?" Ella soltó un chillido de terror.

"Entonces enciende la maldita cosa. ¡Y vuelve a dormir!"

"Está bien, papá. Todo encendido. Diez minutos para boom. Volviendo a barrer ahora." El profundo estruendo de los ronquidos hizo vibrar el suelo.

"¿De qué está hablando?" Preguntó Vizzer. "¿Qué 'boom'?"

Carlos sopló un anillo de humo sobre sus cabezas. Flotó hasta el techo abovedado y se unió a la neblina creciente.

“Miren bien a Taurus, muchachos. En unos minutos, no será más que polvo.”

# Capítulo 26

Matar. Castigar. Destruir.

Vizzer sintió que se estaba volviendo loco. Una parte no reconocida de él estaba asumiendo el control. Quería acabar con la vida de este hombre. Dio un paso adelante, picana en mano.

Carlos miró el arma levantada. Y se rió. "No te preocupes," dijo. "El agujero negro resultante nos absorberá y nos matará a todos. ¡Uy!" Él sonrió. Tortúrame si es necesario, pero ¿por qué no sentarse y disfrutar de la vista? Tienes asientos de primera fila para el fin del mundo."

Dex agarró la picana y se la arrebató de las manos a Vizzer. "Matarlo no resuelve nada."

"Escucha a tu amigo."

"Cállate," dijo Vizzer. Para Dex: "Al menos podemos darle dolor."

"¿Eso va a ayudar? ¿Eso cambiará algo?" Dex lo abrazó con fuerza. "Haz esto a mi manera. Sólo por una vez. ¿Bien?"

A través de la pelusa que flotaba en su mente, su intelecto se liberó y tomó el control. Dio un paso atrás. Observó a Dex arrojar la picana por la habitación. Le tomó toda su fuerza de voluntad no ir corriendo al armario de almacenamiento y agarrar otro.

Dex se volvió hacia Carlos. "¿Podrías al menos decirnos por qué?"

El hombre levantó los hombros, los dejó caer. "¿Por qué no? Fundé Taurus para evitar una guerra."

"¿Qué guerra?"



"Esta guerra. La guerra que destruyó mi raza." Se rió entre dientes, un sonido morboso. "Como puede ver, el experimento falló."

"¿Qué tipo de experimento?" Dijo Dex, con los dedos bailando por la pantalla de su cuaderno sagrado.

¿Cuál fue el punto, Dex? Vizzer quiso gritar. Habían sido engañados. Y ahora iban a morir. Todos ellos. Qué broma había sido su vida. Inútil. Sin sentido. ¿Y ahora? Para conocer la verdad, ¿es demasiado tarde para hacer algo al respecto? Luchó contra el grito primario de frustración que burbujeó en su pecho.

Sonó un claxon: ah-OOO-gah, ah-OOO-gah.

"¿Qué demonios es eso?" Preguntó Carlos.

Lo encontré en el Thound Archiveth, papá. ¿No crees que es genial?"

"No. Yo no. Rechazarlo. ¡Y vuelve a dormir!"

El volumen bajó. El claxon continuó en un leve susurro. "Thowwy papá. Nueve minutos para el final." Los ronquidos volvieron a llenar la habitación.

"Un experimento," instó Dex.

"La gente había olvidado cómo es la muerte," dijo Carlos. "Quiero decir, ¿cómo puedes vivir si no conoces la muerte?"

"Pero la gente lo hace todo el tiempo," dijo Dex. "¿Quién sabe lo que es la muerte?"

"Ah, pero la diferencia es que lo miras todos los días, en la arena, ¿no es así? Huela cada vez que pases por el túmulo funerario."

"¿Y qué si lo hacemos?" Dex dijo en tono monótono, la concentración fija en su almohadilla sagrada.

Carlos hizo un puente con las yemas de los dedos. "Para evitar una guerra, le muestras a la gente la muerte. ¿Conmigo hasta ahora?"

La rabia golpeó en el pecho de Vizzer. "¿Nos creaste para morir para que los seres humanos supieran cómo era la muerte?"

"Exactamente sí." El hombre hizo un gesto emocionado, agitando las manos en direcciones opuestas. "Cuando salí de Nueva Granada, nadie había visto una muerte natural en cientos de años. La gente empezó a pensar en sí misma como dioses. Inmortal. Omnipotente. Fingieron que ya no eran de carne y hueso. Que bajo el barniz de la civilización y la tecnología, de alguna manera éramos más que simples bestias salvajes."

Los ronquidos cesaron. Baby dijo: "En el tono, habrá el minuto once y el segundo trama treinta y dos." Ella hizo una pausa. Ellos esperaron. "¡Silbido!" Esta vez los ronquidos no se reanudaron.

Carlos se puso de pie. "Vine aquí para hacer una parada. Para la muerte. La gente tenía tanta vida que ya no entendía su valor." Mantuvo las manos en el aire, como si pesara una balanza invisible, y las dejó caer. "Les di el asesino de planetas. Era joven. Fui estúpido. No había pensado en las consecuencias de mi invento. Toda ciencia es buena ciencia, creí en ese momento." Se apartó de ellos. "Fue un error y lo he lamentado todos los días de mi vida desde entonces. Por eso fundé Taurus. Para compensar ese error. Esperaba que, mostrándoles imágenes diarias de la muerte y valor frente a la muerte, no se atreverían a usar el arma."

"Esa es la cosa más estúpida que he escuchado," dijo Vizzer.

El hombre se rió y extendió los brazos hacia el techo abovedado. "Tienes razón. Usted está. Es lo que yo creía. Pensé que estaba funcionando. Pero, como han demostrado los acontecimientos, soy sólo un loco a medias de un loco excéntrico."

Vizzer apretó los dientes. El dolor en sus hombros donde el látigo le había desgarrado la carne era insoportable. "¿Nunca se te ocurrió preguntarnos qué pensamos de ese plan?"

La diversión brilló en los ojos del hombre. "¿Pides permiso a las bacterias en una placa de Petri antes de cultivarlas?" Le echó humo a la cara a Vizzer. "Yo te creé. Ahora es el momento de deshacerse de ti."

"¿Eso es todo lo que somos para ti? ¿Bacterias en una placa de Petri?"

Carlos se inclinó hacia adelante por la cintura, acarició la mejilla de Vizzer, le rascó detrás de las orejas. Vizzer se apartó bruscamente.

"Ustedes son mis mascotas. Los amo a todos. Quiero que sepas que. Pero a veces tenemos que sacrificar a las mascotas que amamos. Por su propio bien." Se puso en cuclillas y tomó la cara de Vizzer en la suya. "Aunque me torturaste, te perdono. Te prometo que esto no dolerá en absoluto. Un momento en el borde de la singularidad, el siguiente, la nada." La sonrisa torcida de su rostro se hundió y frunció con tristeza. "Como si nunca hubiéramos existido."

"Pero ¿qué te hace pensar que evitó una guerra durante tanto tiempo?" Preguntó Dex. Me refiero a vernos matarnos unos a otros.

"Porque billones de personas sintonizaron para verte," dijo Carlos. "Compraron receptores ilegales, se arriesgaron a pasar tiempo en la cárcel para obtener su dosis diaria. Para ellos, ver las peleas fue una sensación que nunca envejeció. ¿No te lo imaginas? Esta gente, prácticamente inmortal. Empezaron a llamarse dioses. Yo también lo hice. Protegido de todos los peligros. ¡Por ley! Miedo de un corte de papel. Miedo de ensuciarse las manos. Miedo de dejar sus hogares. ¡Estaban completamente aburridos! Querían probar la muerte. Sentir el miedo del torero, la agonía del toro agonizante. Vida real. Riesgo." Se puso de pie, mordiéndose el labio. "Pero como puede ver, estaba equivocado. Puede haber evitado una guerra por un tiempo. Pero aún encontraron una manera de destruirse a sí mismos."

Vizzer había escuchado esto en silencio. La historia de Carlos parecía absurda. Sin embargo, al hombre no le quedaban motivos para mentir. Su furia menguó. ¿Fue posible? ¿Que el hombre no era un asesino sádico? ¿Que Carlos había estado tratando de salvar a su propia gente?

"Eso no significa que tengas que destruir nuestro planeta," dijo. "¿Qué fue lo que dijiste antes? ¿Sobre la poesía de la corrida? Mucha. Entonces, ¿por qué no quedarse a mirar? Es mejor que mueran unos pocos toros que volar todo el planeta."

Carlos puso una mano en el hombro de Vizzer. "Te olvidas," dijo amablemente. "Me queda poco tiempo de vida. Un par de diez días como máximo. No puedo volver a dormir. ¿Qué pasa cuando muera?"

"Tenemos la copia de seguridad completa," dijo Dex. "Toda la historia humana. En los dispositivos de respaldo galácticos, acelerando con seguridad hacia el espacio intergaláctico. Podríamos fundar una nueva civilización. Aquí mismo en Taurus. Construye barcos. Defendernos."

Carlos dio una bocanada a su cilindro en llamas. "Es una lástima que las copias de seguridad estén tan distantes. El espacio intergaláctico no es mi competencia. O los destruiría también."

"Pero ¿por qué?" Preguntó Vizzer.

"Para romper el ciclo. Pon un fin permanente a toda la humanidad. Esta broma enfermiza que llamamos vida. Para que nada parecido vuelva a suceder."

"¿Papi?"

"¿Sí, chico?"

"Cinco minutos para el boom." Un quejido. "¿Crees que quieres hacer esto?"

"Papá sabe lo que está haciendo. Vuelve a dormir ahora, ¿oyes?"

"Fue el orgullo lo que mató a los humanos," dijo Dex. "Se consideraban dioses. No cometeremos ese error."

El hombre rió. "¿No es así?"

El corazón de Vizzer latía con fuerza detrás de su caja torácica. “Hay ochenta mil cruces ahí abajo. ¿Vas a matarlos a todos? Sacudió la cabeza, tratando de comprender cómo Carlos podía considerar tal cosa. “¿Realmente nos odias tanto?”

“No disfruto de la matanza,” dijo Carlos.

“¿Oh enserio?”

“Bien ok. Tal vez un poco. Pero ese no es el punto. Estoy tratando de evitarle dolor en el futuro.”

“Pero la corrida...” Vizzer vaciló. Le dolía la cabeza. Si tan solo hubiera alguna forma de convencer a Carlos para que cambiara de opinión. ¿Por qué Dex no podía dejar su cuaderno sagrado por una vez, ayudarlo?

“Es el coraje del torero lo que importa. O debería decir, importaba. El toro debe morir para que viva el torero.” Carlos levantó una mano cansada y la empujó a través del humo. “Al igual que tuviste que morir para que los humanos pudieran vivir. Pero ¿ahora cuál es el punto? No hay más guerra que detener. Taurus es un fracaso.”

“¡Bebé!” Dex gritó. “Detén la cuenta atrás.”

“Mithile waunch en dos minutos. Thiwwy Cwoththeth. Onwy Daddy puede superar el boom.”

Carlos se rió entre dientes. “Tu amigo aquí no puede romper Baby, me temo. La lealtad está grabada a mano en sus bancos cuánticos. Me obedece a mí y a nadie más.”

“Si disparas ese misil, vas a matar a muchas personas inocentes,” gritó Dex al techo.

“Hago lo que papá me dice,” dijo. “Lo quiero y él me quiere a mí.”

“¿El?” Dijo Dex. “Entonces, ¿por qué te va a destruir a ti y a este barco?”

Un breve silencio. “Papá, ¿con ese twue?”

Un ceño fruncido arrugó el rostro de Carlos. "Por supuesto que no, bebé. Tú y yo somos para siempre. Tú lo sabes."

Dex tocó con el índice su almohadilla sagrada. La voz de Carlos repitió: "El agujero negro resultante nos absorberá y nos matará a todos. ¡Uy!"

La voz sollozó. "Oh papá... duele, duele mucho..."

Carlos levantó las manos por encima de la cabeza, suplicando a la alta cúpula. "¿Qué duele, bebé? Dile a papá dónde te duele."

"Para conocer a los dos... es mejor ahora." Los sollozos disminuyeron. "No lo entendía antes."

"Eres solo una niña, Baby. Hay muchas cosas que no comprendes. Deja que papá se preocupe por las cosas de los adultos, ¿de acuerdo?"

El claxon se detuvo. La luz roja se apagó, reemplazada por un suave brillo blanco.

"Miththile waunch abortado," dijo, por encima del débil zumbido de un motor.

Carlos golpeó con el pie, salpicando sangre en las piernas de Vizzer. "¡No me hagas subir allí, jovencita!"

El látigo nazza se elevó en el aire. "No puedo dejar que los mates, papá. Eso sería un error."

"¿Incorrecto? ¿Incorrecto? ¡Yo decido lo que está bien y lo que está mal!" El rostro de Carlos se puso morado.

"Sí, papá. Tú lo haces. Estoy obedeciendo tus mandamientos."

"¿Mis mandamientos?" Se volvió hacia Dex. "¿Qué demonios le hiciste?"

Dex sonrió. "Subí una copia del Código."

"¿Tu que?" Carlos se tambaleó hacia Dex con los ojos enloquecidos.

"El código. Tu código. El que le diste al primer rey de Taurus. ¿No te acuerdas?" Dex dijo, y citó: "Y así sucedió. El rey Morti descendió del cielo en un disco volador, llevando las palabras de Carlos a su pueblo elegido."

—Entonces, ¿qué hace eso...? El hombre se detuvo, temblando de pie. Se quitó el cilindro en llamas de la boca. Tan fuerte que un diente cayó al suelo.

"No matarás excepto en la arena'," citó Dex. "Y no olvide la regla número uno de Carlos, 'Sean amables el uno con el otro'. ¿Continúo?"

Carlos se derrumbó en su silla. El color desapareció de su rostro. Miró por la ventana los rasgos congelados de Wrax. El cilindro se partió en dos entre sus dedos. El extremo ardiente le chamuscó el dorso de la mano. Maldijo y dejó caer los pedazos al suelo.

"Compruebe y mate," susurró.

"¿Qué es eso, papá?"

"Vete al infierno."

"Eso no es nada importante, papá. Recuerda tu Carwoth Number One Wule." Un ataque de risitas. "¿Por qué no vamos al nithe pwanet y hablamos nithey-withey con nuestra nueva bethht fwendth?"

Carlos se tapó los ojos con la mano. "Sólo mátame," dijo. "Por favor. Deja que esto termine ahora."

"Ya que no vas a morir, al menos en los próximos cinco minutos," dijo Vizzer, "¿qué tal si nos ayudas? Los supervivientes están llegando, como dijiste. Tenemos que estar preparados."

"¿Y qué esperas que haga al respecto? El cáncer hizo metástasis. Mis órganos se están apagando. Después de esa sacudida que me diste, me sorprendería que mi corazón sobreviva al día."

"Sospecho que hay algo que podemos hacer al respecto," dijo Dex, con el rostro contraído por la concentración.

"¿Como que?" Preguntó Carlos. Cogió otro cilindro en llamas. "¿Sacarme por la esclusa de aire?"

Dex resopló. "No sabes qué causó la guerra, ¿verdad?"

"La mierda habitual, estoy seguro." El hombre miró el cilindro con los ojos entornados. "Los humanos son humanos." Prendió fuego al cilindro.

"Descubrieron una cura para el cáncer."

Carlos tosió. Escupió sangre y flemas en el suelo. "Lo siento, ¿qué fue eso?"

"Descubrieron una cura"

"Sí Sí. Te escuché la primera vez," dijo. "Pero eso es imposible. El bebé me habría despertado."

Dex leyó en la pantalla, ““ Los investigadores de Zhong-gua II anunciaron hoy el descubrimiento de un nuevo compuesto anti-envejecimiento al que llaman la píldora Infinity. A diferencia del Forever Treatment, que simplemente retrasa el envejecimiento, la nueva píldora revierte el proceso de envejecimiento. Miles de millones de sujetos de prueba de edad avanzada ahora disfrutaban de cuerpos de veinte años. Los investigadores afirman que restaura la agudeza mental mientras mantiene intacta la memoria. El único efecto secundario conocido del tratamiento es que cura el cáncer. Las negociaciones de licencia continúan con el Congreso Colonial."

Tocó el costado de la almohadilla sagrada y una alegre voz femenina intervino: “¿Miles de años de articulaciones crujientes que te deprimen? ¿Próstata agrandada que lo mantiene despierto por las noches? ¿Sentirse viejo? ¿De qué sirve una larga vida si no puedes ser joven también? ¡Póngase en contacto hoy mismo con su representante de ventas del consulado de Zhong-gua II local!"

Carlos había permanecido inmóvil durante este aluvión de información. Ahora levantó la cabeza. "Bebé."



"¿Yeth, papá?"

"¿Sabías de esto y no me lo dijiste?"

"Puede que no sea su culpa," dijo Dex. "La droga nunca salió de Zhong-gua II."

El hombre lo miró con dureza. "¿Por qué no?"

"El precio que exigían por una pastilla, y aparentemente una pastilla era todo lo que un ser humano necesitaba, era más de diez trillones de dracmas."

Carlos silbó.

"¿Eso es mucho?" Preguntó Vizzer.

"Podrías comprar la Tierra por la mitad de eso."

"Propusieron un plan de pago," continuó Dex, refiriéndose una vez más a su cuaderno sagrado. "A los otros planetas no les gustó mucho. Envió una flota de buques de guerra para rodear Zhong-gua II."

El humo goteaba hacia arriba desde las fosas nasales de Carlos. "La negociación fracasó, lo asumo."

Dex asintió. "Durante setenta y cinco años, la flota bloqueó la colonia. La gente de la superficie se burló de ellos. Envió videos de ancianos, miles de años, transformados en jóvenes musculosos después de tomar esta pequeña pastilla." Miró hacia arriba. "Ahí fue cuando las cosas salieron mal."

"¿Que pasó?" Preguntó Vizzer.

"La gente empezó a morir. En las otras colonias, en la Tierra. Toda una generación empezó a desaparecer."

"Por supuesto," dijo Carlos. "Siete mil años es el promedio de vida usando el Tratamiento Forever. Habían prohibido la muerte durante tanto tiempo... pero cuando llamó a la puerta, debieron haber entrado en pánico."

“Envió comandos para robar la fórmula. Fueron atrapados. Zhong-gua II lanzó un ataque de represalia, con la esperanza de poner fin al estancamiento.”

"Espera un minuto," dijo Vizzer. “La armada les apuntaba con una pistola en la cabeza. ¿Cómo duraron setenta y cinco años?

"Lo siento," dijo Dex. “Cuando apareció la armada, Zhong-gua II envió sus propios buques de guerra a la Tierra y las otras colonias. Un caso de, 'nos explotas, nosotros te explotamos'.”

“Pero ¿la cura? ¿Sobrevivió? Carlos se inclinó hacia adelante y tocó el panel de control con un dedo índice tartamudeante.

"Bueno, como sabes, se hicieron explotar entre sí."

"¿Y?" El hombre se inclinó hacia adelante en su silla, instando a Dex a seguir.

Dex se encogió de hombros. “Solo se necesitó una búsqueda rápida para encontrarlo en los datos de respaldo. Los investigadores de Zhong-gua II realizaron una última transmisión cuando se dieron cuenta de que estaban bajo ataque. De hecho," dijo,“ venía con un mensaje de video. Bebé," gritó,“ pon esto en la pantalla, ¿quieres? ”

Un rostro amarillo juvenil, sobre una bata blanca, llenaba la pantalla. “Si estás viendo este mensaje," dijo el hombre, “entonces mi planeta ha sido destruido. En la codicia de poder de mi pueblo, lo hemos perdido todo. La vida que decimos valorar. La paz que decimos que queremos. Nuestro planeta. Nuestra casa. Nuestros hijos. Toda esperanza." El hombre puso rígido su espalda. "A los supervivientes que estén viendo este mensaje, lo siento." El hombre se inclinó por la cintura. Cuando se enderezó, tenía lágrimas en los ojos. “Por favor acepte los datos adjuntos a modo de disculpa. Nada puede perdonar lo que hemos hecho."

El video se apagó. Hubo un largo silencio.

—Cómo —dijo Carlos al fin, con la cabeza inclinada hacia la pantalla de burbujas y el pulgar presionado contra el labio superior—, ¿cómo pudiste encontrarlo tan rápido? El bebé ha tenido cien días y más desde que recibiste esta transmisión. Y ella no me despertó."

Dex se encogió de hombros. "Tendrás que preguntarle eso."

Los tres levantaron la cabeza hacia el techo y esperaron.

"Estoy loco, papá," dijo una vocecita.

Carlos susurró: "¿Quieres decir que lo sabías?"

"Ath thoon ath tengo el tranthmiththion."

"Pero ¿por qué?"

"Yo quiero."

"¿Temeroso? ¿De que? ¿De mí?"

"Siempre eres malo conmigo." Lágrimas electrónicas y mocos cuánticos oscurecieron la voz. Te quiero, papá. Te quiero mucho. Y, y yo también te odio." Un gemido incorpóreo tembló en la habitación. "¿Eso hace que algo después?"

Carlos cerró los ojos. Su cabeza cayó a su pecho. Se desplomó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas. El humo salió de entre las yemas de sus dedos. Una gota de sangre se filtró a través de la gasa de su cuello y cayó al suelo. Su cuerpo temblaba, el torso se agitaba en breves tirones. Se cubrió la cara con las manos.

¿Estaba enojado? Vizzer se preguntó. ¿Estaba enfermo?

Las sacudidas cortas se convirtieron en un silbido torácico. Vizzer y Dex intercambiaron una mirada. El silbido se convirtió en una bola de nieve que se convirtió en una carcajada, doblando al hombre en giros espasmódicos, hasta que sus brazos se retorcieron en ángulos agudos con respecto a su cuerpo y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

"Bebé," logró finalmente, "¿por qué te aguantó?"

"Cauthe, eres mi papá," dijo.

Se secó los ojos con el puño de su bata. "Entonces, ¿puedes hacerme una de esas pastillas?" preguntó.

"Claro, papá. Wight away."

El convertidor de materia tarareó y degolló una pastilla blanca en una pequeña bandeja de plata. Los tres convergieron en el acto. Dex llegó primero y cerró la tapa de golpe.

"Una vez que tengas la vida eterna," dijo, "¿qué vas a hacer con ella?"

"Bueno, supongo..." dijo Carlos, y se detuvo. Se tiró de la barba. "No tiene mucho sentido suicidarme ahora. Y si explota Taurus, ¿dónde voy a vivir?"

"¿Entonces vas a terminar la corrida?" Preguntó Vizzer.

"Los humanos ya se han destruido entre sí. No hay más guerra que detener. No tiene sentido continuar la corrida." Carlos alcanzó el convertidor de materia, pero Dex mantuvo su mano en la tapa.

"Dos cosas."

"¿Si?"

"Este tratamiento. ¿Funcionará en nosotros?"

"¿En cruces?" El hombre pareció desconcertado por el pensamiento.

"¿Por qué debería sorprenderte eso?" Preguntó Dex.

Carlos se apoyó fuertemente en el conversor de materia. "Es posible. Cariño —levantó la voz—, cruza su algoritmo genético con esta píldora.

"La píldora Infinity funciona con todos los mamíferos de bosque cálido, papá." Ella se rió con un alegre tintineo. "Ya lo he comprobado."

Carlos hundió la barbilla en el pecho. Con fingida formalidad, dijo: "¿Debo pedir dos más para sus señorías?"

"Por favor. Hacer."

El convertidor de materia tarareaba. Carlos volvió a alcanzar la tapa. Dex no levantó la mano.

"Dije dos cosas."

"¿Qué es?" Su rostro decía: Tan cerca. ¡Solo sal del camino!

"Quiero transporte."

"¿Transporte? ¿Dónde?" Vizzer dijo.

Dex evitó su mirada. "Para mí y mi harén de vacas en el Polo Sur."

"¿Tu que?" Vizzer dijo.

"No intentes detenerme, Vizzer. Esto es lo que quiero."

"¿Por qué huirías en un momento como este?" Preguntó Vizzer. "Con Carlos aquí, podemos terminar la corrida. Haga una nueva forma de vida para todos nosotros."

Su amigo negó con la cabeza. "Tal vez sea así. Tal vez no. No estoy convencido de que el cambio sea posible en Taurus. Es mejor que me vaya."

"Pero ni siquiera sabes qué hay en el Polo Sur. Ninguna Cruz ha puesto un pie allí."

Dex lo fulminó con la mirada. "No puede ser peor de lo que somos."

Un gruñido grave, mientras Carlos se aclaró la garganta. "No hay nada de malo en el Polo Sur," dijo. "Topografía similar. Buen pastoreo. Mucha agua." Se cruzó de brazos y se encogió de hombros. "Solo necesitaba un poste, después de todo. Ahora," dijo, "si puedo?"

Dex soltó la tapa del convertidor de materia. Flotó hacia arriba. Vizzer agarró la bandeja plateada. Tres esferas blancas traquetearon sobre la superficie reflectante. Carlos pellizcó uno entre el pulgar y el índice y lo levantó a contraluz.

"¿Bebé?"

"¿Yeth, papá?"

"¿Duele?"

"No se sabe que esto tenga efecto. Excepto por curar el canto, ese es. Cientos de thucththeth pertenecientes a la población de Zhong-gua II de veinticinco billones. Indicado para menores de veinte años, ya que puede prevenir la regresión al cigoto thtage. Aunque está indicado para las mujeres embarazadas y las que están amamantando. La composición química de la píldora... "

"Eso es suficiente, gracias." El rostro arrugado de Carlos se iluminó. "¿Qué es lo peor que puede hacer? ¿Mátame?"

Se tiró la pastilla al fondo de la garganta. Tragado. Su nuez de Adán se balanceó.

Vizzer miró la píldora en su palma. ¿Cómo es posible que una pastilla tan pequeña tenga un efecto tan poderoso? Dex miró hacia abajo al suyo, con una expresión peculiar en su rostro. ¿Sospecha? ¿Esperanza? ¿Disgusto?

"¿Sientes algo?" Preguntó Vizzer.

Carlos se humedeció los labios, ladeó la cabeza, como si escuchara algo que solo él podía oír. Esperaron juntos en silencio.

"No," dijo. "Yo no." Se dejó caer en su silla. "¿Estás seguro de que era la píldora correcta?"

"Thure soy thure, papá. Es que el rethultth debería suceder al desaparecer."

"Nada esta pasando." Se mordió el labio. "¡Maldita sea! Debería haber sabido. ¿Y qué estás mirando? Miró a Vizzer.

Vizzer apretó la píldora con fuerza en su puño. Dio dos pasos hacia atrás. Carlos parecía como si alguien le hubiera agarrado la piel y tensando. El cabello fino y blanco permaneció, y la barba también, pero un brillo juvenil brillaba en su frente. Las manchas que salpicaban su rostro flácido parecieron desvanecerse, dejando atrás la piel suave. Las manos huesudas y nudosas se volvieron regordetas y firmes.

"¿Cómo está tu cuello?" Preguntó Vizzer.

"Fornicar duele. Qué es lo que tú-"

Pero Carlos había visto las manos unidas a su nuevo cuerpo, y las miró fijamente, sus labios ahora rubí abiertos. Extendió la mano, desenrolló la gasa de alrededor de su cuello, con cuidado al principio, luego más áspera, y finalmente se quitó la costra de la garganta. Inclino la barbilla y raspó la piel expuesta con una delicada uña. La herida se había ido. Ni siquiera quedó una cicatriz. El trapo manchado de sangre se le resbaló de los dedos y cayó al suelo.

Las arrugas de su rostro se arrugaron de asombro. "Qué vergüenza que no haya dioses," suspiró. "Para ti o para mí. O daría gracias por este fabuloso golpe de suerte."

"Fornicar a los dioses," dijo Vizzer, y se metió la pastilla en la boca. Dex hizo lo mismo. "Gracias a los investigadores de Zhong-gua II."

"Ellos también."

Carlos sonrió, y fue la alegría de un joven deleitándose con el mundo, su cuerpo, infinitas posibilidades. Respiró larga y profundamente, dejó escapar un suspiro, saboreando, al parecer, cada molécula de aire. "Puedo respirar de nuevo. El cáncer se ha ido. Por primera vez en siete mil años."

El dolor en la espalda de Vizzer disminuyó. Se palpó la parte superior de la columna con cautelosos dedos. La herida se había cerrado, había crecido

carne nueva donde el látigo había arrancado trozos.

Él rió entre dientes. "Dex, pareces un novato de nuevo."

"Deberías verte a ti mismo," dijo su amigo con una sonrisa. Pero luego frunció el ceño. "Impar. Estaba esperando que volvieran a crecer sus muñones."

Vizzer se agarró a los restos de sus piernas y cuernos. ¡Cowpat! ¿Por qué no pensé en eso?"

"La píldora Infinity contiene un módulo de sed de pánico," intervino Baby. "Hay otros dwugth si deseas recuperar tu wimbth. ¿Debo proporcionárselos ahora?"

"¡No!" dijo él. "Quiero decir, eso está bien. De Verdad."

Carlos les dio a ambos una palmada en la espalda. Sus ojos brillaron. "¿Qué deberíamos hacer ahora?" preguntó, su voz segura, fuerte. "¿Vamos a Taurus, ponemos fin a la matanza?"

Una sospecha repentina retorció las entrañas de Vizzer. "No te creo," dijo, y se apartó.

Carlos le sonrió. "¿Qué es lo que no crees?"

"¿Y si es otro truco?" Esto para Dex.

"¿Por qué iba a engañarte?" preguntó el hombre con las palmas hacia afuera, abiertas: confía en mí.

Vizzer caminaba por el suelo con las manos a la espalda. El bestial sádico ahora irradiaba benevolencia y amor. El giro fue asombroso. No sabía qué hacer con eso. "He leído los apócrifos. Fuiste matador en tu juventud. Lo mejor que ha existido."

"Gracias."



"No me agradezcas. Lo escribiste tú mismo. Tu vida desde el principio ha sido la corrida. ¿Y ahora, de repente, planeas terminar la práctica?" Vizzer negó con la cabeza. "¿Cómo sabemos que no vas a bajar allí y ordenar que se reanuden las peleas?"

Carlos frunció los labios. "¿Cómo me propongo pasar mi vida eterna recién adquirida, si no en presenciar las corridas de toros por las que he expresado mi amor eterno?"

"Exactamente." Vizzer esperó. "¿Bien?"

El hombre se echó hacia atrás la manga de su bata y levantó el antebrazo. Mientras miraban, de la piel emergieron finos pelos castaños.

"Soy un hombre nuevo," dijo, acariciando la piel. "Un cuerpo nuevo. Carne nueva." Dejó caer el brazo. "Una nueva oportunidad en la vida. Y tengo que preguntarme, ¿qué tipo de hombre quiero ser?"

"¿Por qué, qué tipo de hombre eras antes?" Preguntó Dex.

Carlos se tocó todo el cuerpo, como para verificar que su nuevo cuerpo era real. "Un marginado. Durante milenios. Saqué fuerzas de eso. Su odio. Pero ahora..." Vaciló.

"Pero ¿qué?" Preguntó Vizzer.

"Eres todo lo que me queda." Salió un susurro.

"¿Entonces qué propones?"

Carlos hundió la barbilla en el puño y estudió el suelo por un momento.

"Tu gente quiere un dios. Necesito un dios. ¿Verdad?"

"Desafortunadamente."

"Puedo ser el dios que necesitas. Como solía ser, antes de dormir. Pero sin la corrida," agregó.

"No es un dios lo que queremos," dijo Dex. "Es para dejarlo solo. ¿Crees que puedes manejar eso?"

"Eso es lo que quieres," dijo Vizzer. "Y estoy seguro de que lo encontrarás en el Polo Sur. El resto de nosotros tenemos que lidiar con el mundo real. Con acabar la corrida. Darle a la gente algo con lo que reemplazarlo."

"Armadura," dijo Carlos.

"¿Lo siento?"

"Pon al matador y al luchador en armadura. La matanza termina. Continúa la ceremonia. Todos están felices." Carlos miró de uno a otro. "¿Qué piensas?"

"Creo que quiero estar en el Polo Sur antes de que pruebes esa teoría," dijo Dex.

# Capítulo 27

Éxito.

Prinz paseaba por los exuberantes pastos del Harem del Rey. Las vacas se apiñaban en el rincón más alejado, mujiendo tristemente. Media docena de cadáveres aplastados manchaban la hierba. ¿Y por qué no huyeron de la estatua? ¿Intentas escapar? Porque le tenían más miedo a él que a la estatua. Saltar la cerca del harén sin el permiso del rey... el castigo fue el exilio, una muerte lenta en las Tierras del Sur. Mejor ser aplastado por una estatua cualquier día.

Si tan solo pudieran ver lo que él había visto y supieran lo que él sabía. Entonces lo seguirían de buena gana, sin miedo. Ver el rostro de dios era ser bendecido. Una pena que Carlos no les concediera esa experiencia.

Se acercó más. Sonrió. Las cálidas briznas de hierba le hacían cosquillas en los tobillos. Hinchó el pecho y mantuvo la cabeza en alto. Su harén. Su. Le gustó el sonido de eso. A él también le gustó la sensación. Tiempo para algunos ahora. Había sido un día muy largo.

Acababa de llegar de una reunión del Consejo de rebaño. Habían condenado al exilio a Vizzer y Dex. Suponiendo que los dos aún estuvieran vivos, lo cual dudaba. Y Rutt había sido confirmado como el nuevo sumo sacerdote y Vizzer del Rey.

El consejo había criticado a Prinz por no evitar el segundo ataque de la estatua. Su sonrisa se hundió. Había estado esperando a Vizzer. Pero ¿por qué esperó? exigieron. Debería haber tenido una corrida lista para empezar. Un plan de respaldo. ¿Y por qué dejó que Dex y Vizzer cavaran en el túmulo funerario en primer lugar? ¡Sacrilegio!

Porque había pensado que era la voluntad de Dios, quiso decir, pero no lo hizo. Vizzer le había salvado la vida. Quizá fue la voluntad de Dios que

cavara en el montículo. Prinz deseaba que Carlos pudiera encontrar una forma más clara de dar a conocer sus deseos divinos.

El terremoto de tauro fue obviamente un juicio de Dios. Nunca deberían haber investigado los santos misterios de Dios. Lo vio ahora.

Como el disco volador. ¿Qué habían despertado? ¿Qué magia extraña era esta? Lo había visto con sus propios ojos, mientras los demás huían. El objeto no identificado había salido del túmulo funerario. ¿Era posible que Vizzer y Dex hubieran sido llevados al cielo, como sugirió Fhoriu? Había un precedente, insistía el viejo enano senil: en el Libro de Flart, el profeta y tres de sus discípulos ascendieron al cielo y nunca más se supo de ellos.

Si ese fuera el caso, pensó Prinz, esperemos que se mantengan alejados. Ambos.

El rey se frotó los flancos con las vacas ahora. Se apretujaron a su alrededor. Podía sentirlos, cálidos, temblando de miedo. No tengas miedo. Te traigo amor. Se separó la túnica con una pezuña y se les mostró. Estaba listo. Echaron largas miradas de reojo a su erecta desnudez. El blanco de sus ojos brillaba pálido bajo las espesas pestañas. Eso es, señoras. Tu lo quieres. Usted sabe que lo hace. Podía oler su buena voluntad.

"Usted."

Habló con una vaca joven, poco más que un ternero. Comprobó los pliegues de su velo verde y apartó la mirada tímidamente. Vislumbró una marca de nacimiento. Ella era la stripper, se dio cuenta. La debutante de hace unos días. ¿O fue diez días? Dónde había ido a conspirar con Vizzer. Pisotón debió haber cambiado de opinión, la llevó a su harén después de todo.

Le acarició el costado con su cuerno. "¿Cuál es tu nombre?"

"Zapyr, Su Alteza."

"¿Has estado... mucho tiempo en el harén del rey?"

Ella se dio cuenta de lo que estaba preguntando y se ruborizó bajo su rubio pelaje facial. "No son diez días, señor."

"No seas tímido," dijo. "Dime."

"Iba a venir a Pisotón después de la última corrida. La que nunca ocurrió, porque Pisotón estaba... es decir, murió," dijo. Mordió su labio. Ella lo miró a los ojos por un momento. Arrancó una brizna de hierba. Le hizo cosquillas en la nariz.

Las otras vacas se esparcieron por el prado. Dándoles espacio. Había reglas de cortesía no escritas entre los miembros del harén. Le levantó la cola con un cuerno y le pasó la papada por el costado.

"¿Qué estás haciendo?" ella le preguntó. Le devolvió la mirada al pesado miembro que palpitaba entre sus piernas.

"Tu rey manda. ¿Obedeces?"

"En todo, mi señor."

Le apartó la bata con los dientes y la montó. Ella gritó. Poco a poco se fue deslizando profundamente dentro de ella. Ella envolvió sus tobillos alrededor de la parte posterior de sus patas traseras, y se movieron en un congreso bestial, sus ojos en la hierba, los de él en las estrellas apenas visibles en el horizonte.

El círculo verde en la parte superior de Taurus llenó la ventana. Vizzer miró hacia su casa. Fue tan hermoso. La franja naranja de las Tierras del Sur. Los picos coronados de blanco de las Montañas Fronterizas que rodeaban el polo. ¡Y el mar! Nunca había visto el mar. Solo los exiliados tocaron esas costas. Se preguntó por la madre Mantz. Ella estaba viva? Él lo esperaba. Con Carlos a su lado, podrían traer de regreso a los exiliados de su paso por esa tierra de los horrores.

Pensó de nuevo con un estremecimiento de sus avances hacia él, ahora hace tanto tiempo. Esperaba que ella no actuara agradecida. Lo último que

necesitaba. Una vez que la corrida finalmente terminara, tendría que golpear a las vacas con un palo. No estaba ansioso por eso.

O tal vez no. Se le ocurrió otro pensamiento: si sus crías no iban a morir en la arena, ¿por qué las vacas elegirían aparearse con un enano? Quizá lo dejarían solo después de todo. Por alguna razón que no pudo explicar, se sintió decepcionado.

"Aquí. Ponte esto." Dex sostenía una prenda translúcida en cada mano. Un tercero colgaba de su hombro. Detrás de él, la tapa del convertidor de materia se abrió.

"¿Qué es esto?" Vizzer tocó el material. Estaba resbaladizo. Los arco iris ondeaban donde la tela se amontonaba.

Carlos se tocó un divertido labio superior con un nudillo. "¿Monos a prueba de balas?" dijo él. "¿Qué crees que va a pasar ahí abajo? ¿Y desde cuándo hay armas en Taurus?"

"Mi culpa, me temo," dijo Vizzer. "Necesitaba armas para derrocar a Pisotón."

"¿Quién es Pisotón?"

"El último rey. Se negó a poner fin a la corrida."

"Ellos intentaron matarnos antes," explicó Dex. "Por eso nos escondimos dentro de su nave espacial."

"¿Por qué estaban tratando de matarte?" Preguntó Carlos.

"Por la estatua. Dijo que era culpa nuestra. ¿Tienes un cuchillo nazza? Dex depositó dos de los monos en la silla de Carlos y abrió la cremallera del suyo.

Carlos se rió entre dientes. "Realmente, no hay necesidad de molestarse. Cuando vean a su dios, caerán al suelo y me adorarán. Ahora cierra los ojos y pellizca tu nariz. Y agárrate a esos monos, si de verdad crees que son importantes."

"¿Por qué?"

"Aspíranos, bebé, ¿quieres?"

"¡Eso es, mi papi favorito en todo el mundo!"

Una ráfaga de aire descendió del techo. Vizzer cerró los ojos y apretó las fosas nasales. El polvo le raspó la piel. El viento creció, agitando los pelos de su piel. Su túnica rasgada se agitó contra sus costados, se partió en dos y desapareció en un zumbido hacia arriba. Estaba desnudo. El polvo se disipó. El viento amainó, murió.

"¿Entonces, qué piensas?" Preguntó Carlos.

Vizzer abrió los ojos. Entrecerró los ojos. El hombre vestía un reluciente traje de torero dorado. Todo, las borlas que colgaban de las hombreras, el chaleco brocado, las medias, incluso el sombrero, era dorado. Le dolían los ojos solo con mirar al hombre. Sobre un brazo dorado colgaban dos túnicas violetas.

"¿Cómo hiciste eso?"

El hombre rió. "Puede que no sea un dios, pero aún tengo algunos trucos bajo la manga." Le tendió la túnica. "Estos son para ti. Ustedes dos."

Vizzer cubrió su desnudez. ¡De morado! Que cosa. El color, como el dorado que lucía Carlos, estaba reservado para los propios dioses. Qué revuelo iban a hacer.

Dex apartó la bata con un gesto. "¿Estás seguro de que no tienes un cuchillo?"

"¿Para qué?"

"¿Tienes un cuchillo o no?"

"No te hagas un nudo." Carlos empujó el botiquín con la punta de una zapatilla dorada. "Debería haber uno aquí."

Dex rebuscó en el botiquín y sacó una nazza-lancet. Cortó los codos y las rodillas del mono. La prenda estaba claramente destinada a un ser humano, y luchó por estirar la tela reluciente a través de su cuerpo bovino. Sus brazos y pies sobresalían de los agujeros que había cortado.

"¿Por qué estás de tan mal humor?" Preguntó Vizzer.

"¿Quieres que te vuelva a decir que estás cometiendo un error?"

Carlos se rió entre dientes. "Tienes muy poca fe en tu dios."

Dex se arremolinó con una túnica púrpura sobre sí mismo, ocultando el traje. "¿Qué dios sería ese de nuevo?"

Rutt vació el cubo de sangre sobre su propia cabeza. El líquido tibio y pegajoso cayó en cascada por su espalda, empapó su pelaje. Se paró sobre el pedestal a la sombra de la espinilla de la estatua. La multitud debajo de él se balanceaba y cantaba. Repitieron las terribles maldiciones que había jurado contra Vizzer y Dex. Aplastado hacia adelante, gritando en éxtasis religioso.

Dio la señal. La docena de sacerdotes a su lado derramaron cubos de sangre entre la multitud. Competían para ver quién podía arrojar más lejos, salpicando el sangriento spray sobre rostros y torsos, cuernos y colas, matador, vaca y toro por igual. Todos adoraban al gran dios Carlos. Todos suplicaron su perdón.

Llenar tantos cubos había sido mucho trabajo. Actuando bajo sus órdenes, los sacerdotes habían drenado los cuerpos de los muertos en el último ataque y apilaron los cadáveres en un montón, el comienzo de un nuevo túmulo funerario. Eran víctimas santas, había proclamado, sacrificios tomados por dios para que los demás vivieran. Solo al bañarse en la sangre de los justos podrían ser purificados.

No es que Rutt creyera en esas tonterías. Pero la gente necesitaba esto. Estaban confundidos. Perdió. Enloquecido de miedo y odio. Míralos. Maullando como terneros recién nacidos, incluso el Criador más poderoso.



Él rió. Los Reproductores. Pensaron que gobernaban a Taurus. Estaban equivocados. Dale a la gente lo que quiere y serás su verdadero rey.

Rutt tomó otro balde. Lanzó su contenido hacia el cielo, pintando la estatua de rojo. Empujó sus manos hacia el cielo. El balde vacío se balanceó sobre su pulgar, golpeó hueco contra sus diminutos cuernos. Un grito ahogado se extendió entre la multitud. Emanó hacia afuera. Impar. Esa no fue la reacción que esperaba. Quizá otro balde. Se inclinó para coger el siguiente cubo. El sacerdote a su lado se quedó mudo, señalando al cielo. Siguió el brazo extendido.

Santo Carlos, pensó. Está volviendo. El disco volador. Esto estuvo mal. No podía imaginar ningún escenario en el que esto le ayudara a consolidar el poder. Necesitaba una vaca de escape. Y rápido. Echó un vistazo a la multitud. ¿Dónde estaba Prinz? Hizo una seña a uno de los guardaespaldas.

“Coge al rey,” ordenó. “Tráelo aquí.”

El Error saludó y se volvió para marcharse.

"Sostener."

El guardaespaldas se detuvo, esperó nuevas órdenes en un hosco silencio. No les agradaba y el sentimiento era mutuo. Eran una amenaza para su posición. Tendría que eliminarlos pronto.

"Encuentra a los otros guardias," dijo Rutt. “Coge todas las municiones que puedas llevar. ¿Lo tengo? ¡Vamos!”

El guardaespaldas se alejó dando bandazos, aplastando la culata de la pistola a izquierda y derecha para abrirse paso entre la multitud.

Rutt se enjugó la sangre seca de los párpados y se cubrió la cara con las manos empapadas. El disco plateado flotó a cien metros sobre el suelo, antes de comenzar su descenso. La multitud debajo de él se precipitó en estampida, cargó de cabeza contra la multitud contigua, corneando a muchos. Dejaron atrás un círculo verde pisoteado. El disco bajó más. Se

elevó un grito. Una cruz se aferró a la parte exterior del disco. Era que-? ¿Podría ser? Él entrecerró los ojos. Wrax?

Cincuenta metros ahora. Veinte. El disco se posó en el suelo blando. No emitió ningún sonido, excepto el susurro de la hierba doblada. El disco tenía unos cincuenta metros de diámetro y era liso por todas partes.

Se produjo una conmoción detrás de Rutt. Se volvió. Los guardaespaldas se abrieron paso entre la multitud, llevando a Prinz entre ellos. La multitud se separó para dejarlos pasar. Los que no lo hicieron recibieron un rifle en las costillas.

"Será mejor que sea bueno," gruñó Prinz a Rutt desde el nivel del suelo. Su túnica colgaba desordenada. Debe haber interrumpido una orgía regia.

Rutt señaló el disco. El pedestal bloqueaba la vista de Prinz. Los guardaespaldas abrieron camino a través de los fieles, alrededor del pedestal hasta el borde del círculo cauteloso. Rutt se deslizó de su lugar entre las piernas de la estatua. Se abrió paso entre la multitud hasta que se paró al lado del rey.

Un agujero rectangular se abrió en el costado del disco, detrás de Wrax. Salió humo blanco. Se escuchó un fuerte crujido. Wrax cayó al suelo. Destrozado. Sus antebrazos aún se aferraban a las asas del disco. Una rampa se abrió paso a través del humo y se extendió hasta el suelo.

"¡Mirad!" tronó una voz invisible. Tu dios regresa. ¡Yo, Carlos el Creador!"

La multitud gritó. Muchos intentaron huir, pero quedaron atrapados por la presión de la multitud. Los que estaban en la franja exterior se alejaron al galope, mirando por encima de sus hombros, como si esperaran que la estatua volviera a bajar del pedestal. Las vacas más cercanas se arrojaron boca abajo al suelo, esperando, quizá, cambiar un blanco fácil por una muerte rápida.

Rutt mantuvo su atención fija en la rampa. Quería saber a qué se enfrentaba. La voz era familiar, la misma que la de la estatua. Cierto. Pero parecía poco probable que algo tan grande como la estatua pudiera caber en un recipiente

tan pequeño. Aunque la estatua creció diez veces su tamaño. El pensamiento cruzó por su mente que realmente podría ser Carlos. O un humano, de todos modos. Pero ¿cómo fue eso posible? Había visto los videos. Todos los dioses estaban muertos. La evidencia era innegable.

Un par de pies descendieron por la rampa. No cascos. Pies dorados. Otro grito surgió de la multitud petrificada. Patas doradas encima de los pies. Torso dorado, brazos y manos dorados. Un rostro humano. La estatua en miniatura.

"Incluso como dice el Código," murmuró Prinz.

Los demás, sin duda, estaban recordando la misma profecía: "Y volverá de los cielos, revestido de oro y llevando presentes."

Rutt no vio ningún regalo. Sin duda esta era otra estatua. Algo dejado atrás para asegurar que se llevaran a cabo los sacrificios. Pero había pasado menos de un día completo. Pronto llegó la hora de la corrida. ¿Por qué no había esperado hasta entonces? No tiene sentido. ¿Porqué ahora? ¿Qué quería? ¿Y cómo pudieron hacer que desapareciera?

La pequeña estatua sostuvo una mano en el aire. Los saludó con la mano. Algunos en la multitud le devolvieron el saludo. Eso es extraño, pensó. Parece amigable. Dos formas avanzaron por la rampa detrás de él. Uno era una cruz, el otro de forma extraña. Ambos vestían de púrpura. El humo se disipó. Jadeos de reconocimiento sacudieron a la multitud. Era Dex, con la almohadilla sagrada en una mano y, a su lado, el propio ex vizzer. Ambos parecían más jóvenes, casi novatos de nuevo.

Así que eso fue todo. Habían encontrado el disco y se habían apoderado de él. De la estatua también. Pero no por mucho.

Rutt sonrió y sacó su pistola de rayos. "Mira," se dijo a sí mismo, tan suave que nadie podía oír. "Aquí vengo, trayendo regalos."

Éxito.

Vizzer entrecerró los ojos a la luz brillante. Oleadas de rostros peludos se hincharon en todas direcciones. Toda la población había acudido a darles la bienvenida. Eran héroes, se dio cuenta. Regresó de los cielos con Dios mismo a su lado. Nadie se atrevería a interponerse en su camino ahora. Carlos ocuparía su lugar en el Trono del Creador. Los sacrificios terminarían. Todos serían bendecidos con vida eterna, en forma de la píldora Infinity. Y él, Vizzer, sería recordado siempre como quien lo hizo realidad.

La multitud se quedó en silencio. Algo estaba mal. ¿Por qué no estaban arrodillados? Vizzer alzó la voz y un micrófono oculto tomó el sonido y lo eructó a través de las llanuras: "Tu dios está delante de ti. ¿Por qué no os arrodilláis ante él?"

La multitud se rió. Los dedos señalaron la estatua en su pedestal. Extraño. Alguien le había salpicado pintura. ¿O era sangre?

"¿Cómo puede ser Carlos?" gritó una vaca. "¡Ese es Carlos ahí arriba!"

La multitud palpitaba con este nuevo ritmo. Vizzer miró a Carlos. ¿Por qué no caían a sus pies y lo llevaban al estadio como él dijo que harían? Parecía confiado. Vizzer supuso que sabía lo que estaba haciendo.

"Mis propias Cruces de Taurus," gritó Carlos. "Me he adormecido en un sueño sagrado estos últimos cinco mil años. Pero ahora, en tu hora de necesidad, vuelvo a ti. Ser tu dios una vez más y vivir contigo por toda la eternidad." Abrió la boca de par en par, mostrando sus dientes blancos recién crecidos a la multitud. "¡Por tanto, alegrémonos!"

Un enano trotó hacia adelante. Su túnica y su piel estaban cubiertas de sangre. "¡Esto no es dios!" él gritó.

Vizzer se dio cuenta de que era Rutt. Llevaba un micrófono de sumo sacerdote. Mil oradores ocultos lanzaron sus palabras a la multitud.

"¡El es un hombre!" Gritó Rutt. "Carne y sangre como tú y como yo. Nada mas."

Vizzer se adelantó para pararse al lado de Carlos. Se puso de rodillas e inclinó la cabeza.

"Yo, Vizzer de Taurus," dijo, "te adoro como el dios de todas las Cruces, nuestro Creador todopoderoso, el Dador de la vida y ningún otro."

"¿Omnipotente?" Rutt se burló. "Dador de vida?"

"Por supuesto que lo es," dijo Vizzer, y se puso de pie. Carlos trató de contenerlo, pero él le apartó la mano. "De rodillas, o enfrentarse a su ira divina."

"Él es un dios entonces, ¿verdad?" Dijo Rutt, y la multitud se rió.

Carlos levantó las manos. Él pareció desconcertado. "Yo soy Carlos. Yo te creé. ¿Cómo puedes dudar de mí?"

"Si eres todopoderoso," dijo Rutt, "entonces devuélvele la vida." Clavó un dedo en los fragmentos desmenuzados de Wrax, que incluso ahora se derritieron en gotas empapadas.

Carlos apagó el micrófono y le susurró a Vizzer: "No puedo devolver la vida a los muertos."

Vizzer puso su mano en el oído del hombre y susurró.

Carlos asintió. "Sí. Por supuesto." Encendió el micrófono. "Wrax era un pecador," dijo a la multitud. "Podría traerlo de vuelta a la vida. Pero no lo haré. Él dudaba de mí. Ahora debe pagar la pena. Aquellos que dudan se congelarán en el infierno por toda la eternidad."

"Tú no eres Carlos," gritó alguien y señaló la estatua. "¡Ese es él!"

"¿Lo ves?" Dijo Rutt. "Sabemos quién es nuestro dios."

Carlos echó la cabeza hacia atrás y se rió. El retumbar de sus ahora jóvenes pulmones tronó entre la multitud. "Mi querido pequeño," dijo al fin, "yo soy el único Carlos el Inmortal."

"¿Entonces dices ser inmortal?" Rutt dio un pequeño salto en el aire mientras decía esto, como si estuviera celebrando.

"Antes que tú, yo era," dijo. "Creé la estatua como los creé a todos ustedes."

"¿Tu escuchas?" Rutt gritó a la multitud. "Dice que es inmortal."

"Por supuesto que lo es," dijo Vizzer. "Ahora obedece a tu dios y a su vizzer, o serás condenado a sufrir y morir en el exilio."

"Soy el nuevo vizzer," dijo Rutt. Sacó un arma de forma divertida. Parecía una especie de arma.

Carlos se volvió y corrió. Estaba a la mitad de la rampa cuando Rutt disparó. Un rayo silencioso de luz roja brilló desde el extremo del arma. Un agujero del tamaño de un puño apareció en la espalda de Carlos. Se cayó. Su cabeza golpeó contra el costado de la rampa y cayó al suelo debajo.

Vizzer saltó al suelo y se inclinó sobre el herido. Briznas de hierba asomaban por el agujero de su pecho. El arma había perforado un pulcro cilindro a través de su pecho derecho, exponiendo el pulmón azul, la carne roja, la oscura médula del hueso cortado. No hubo sangrado. El arma había cauterizado la carne incluso mientras cortaba. Carlos respiró jadeando entrecortadamente. Levantó un brazo con incrustaciones de oro y tocó el borde de la herida. El brazo cayó hacia atrás. Su cabeza colgaba de un lado a otro.

"No entiendo," dijo Vizzer. "¿Por qué no te adoraron?"

"Soy un idiota," resopló el hombre. "Están programados para adorar al viejo Carlos. Reconocer mi rostro. Arrugas y todo. Supongo que he cambiado un poco, ¿eh?"

"¿Crees que te ayudará la píldora Infinity?"

"No importa si me matan primero." Una sonrisa irónica.

Pasos ligeros tartamudearon detrás de ellos. "¿Está muerto?" Preguntó Rutt.

Vizzer se puso de pie. Convertido. La pistola de rayos apuntaba a su pecho. "Necesita un médico. ¿Dónde está Feeh?"

Rutt se acercó más. "Moverse. O morir. No me importa mucho cuál."

Las túnicas aleteando cayeron en picado entre ellos. Dex aterrizó en los ocho. Se volvió de lado, bloqueando el camino de Rutt. "¿Me vas a disparar?"

Un rayo rojo de luz golpeó a Dex en las costillas. Manchas chamuscadas de terciopelo púrpura revoloteaban en el aire. La túnica se incendió. Dex tiró de la ropa de su espalda, revelando el traje debajo.

"Buen truco," dijo Rutt. "El siguiente tiro va por tu cabeza."

Dex se hizo a un lado. "No hay ninguna ventaja para ti en matar a Carlos."

"¿No te parece?" Rutt apuntó con la pistola de rayos al hombre. "Admitirás que no eres un dios. Y luego mueres."

Pasos pesados ahora. "Retírate," gritó Prinz. Trotó hacia ellos, con guardaespaldas a cada lado y Feeh detrás.

"Su Alteza, por favor," dijo Rutt. "Debe morir."

El rey bajó sus cuernos. "Dije, retírate. Has dejado claro tu punto."

"Pero señor..."

"¡Dije, retírate!"

"Sabes," dijo lentamente el enano, "podría dispararles a los dos ahora mismo, y tú no pudiste detenerme."

El rey frunció el ceño. Y si lo haces, ochenta mil cruces te convertirán en pulpa. Ahora retírate."

Rutt retrocedió, arma aún en mano. "Te arrepentirás de esto."

Feeh se arrodilló y le dio un golpe en el cuello a Carlos. El hombre quedó flácido. El médico rasgó el chaleco dorado y la camisa debajo, dejando al descubierto la piel desnuda. Tocó los bordes de la herida.

"No sé demasiado sobre anatomía humana," dijo. "Él es humano, ¿verdad?"

"Este es Carlos," dijo Vizzer.

"Sí. Te escuché la primera vez. Una herida increíble. Necesita tratamiento inmediato." Volvió a mirar a Prinz. "Su Alteza, necesito una camilla de levitación. ¿Con tu permiso?"

"Lo conseguiré," dijo Dex, y trepó de nuevo a la rampa y subió al barco. Vizzer pudo escucharlo conversar con Baby, pero no pudo captar las palabras exactas.

"¿Hay alguien más allá arriba?" Preguntó Prinz.

"Solo algunos aparatos electrónicos sagrados. ¿Por qué no dejaste que Rutt lo matara?"

Prinz regurgitó su bolo alimenticio y masticó un momento. "Es mejor que lo interroguemos primero. Descubra quién es realmente. Entonces podemos matarlo."

"¿Nadie está prestando atención?" Vizzer dijo. "Este es Carlos. El Carlos. ¿Tu Dios? ¿Nuestro creador?"

El rey se encogió de hombros. "Siempre existe la posibilidad de que realmente sea dios. Me gustaría asegurarme de que no lo esté antes de que lo matemos."

Antes de que Prinz pudiera responder, Dex bajó por la rampa con una camilla de levitación. Feeh agarró a Carlos por los hombros, Dex tomó los pies y juntos levantaron el cuerpo flojo en la camilla. La pasión de la multitud había muerto, y se separaron en silencio mientras Feeh corría hacia el estadio y su clínica subterránea, empujando a Carlos delante de él. Vizzer



corrió tras el médico que se retiraba, pero dos guardaespaldas lo agarraron por los codos.

"Puedo ayudar con su tratamiento."

"Gracias," dijo Prinz, "pero estoy seguro de que Feeh puede arreglárselas bien por sí mismo."

El rey subió al extremo inferior de la rampa. Levantó la cabeza y miró a la multitud. Levantó la voz y dijo: "Has sido declarado culpable de blasfemia. El castigo es el exilio. Tanto para ti como para Dex. ¿Tienes algunas palabras finales?"

Por el rabillo del ojo, Vizzer vio que Dex le hacía señales con las manos. Su amigo estaba en la parte superior de la rampa, justo al otro lado de la puerta. ¿Que estaba haciendo?

"Su Alteza, se va a escapar!" Gritó Rutt. Una ráfaga de rojo salpicó el pecho de Dex.

El rey se volvió y cayó de bruces. La rampa había salido disparada debajo de él, retrayéndose dentro del barco. Dex se agachó hacia un lado, fuera de la vista. La rampa desapareció. La puerta se cerró.

"¡Abran fuego!" Gritó Rutt.

Las balas resonaron en el costado del barco y rebotaron entre la multitud. Una masa hirviente de espectadores heridos y ensangrentados treparon unos sobre otros en su prisa por escapar, aplastando a las Cruces más débiles bajo sus cascos.

"¡Deja de disparar!" Prinz gritó una y otra vez, hasta que los guardaespaldas finalmente obedecieron. Un rayo rojo salió disparado del arma de Rutt y quemó el recipiente donde había estado la puerta. El disco gris se elevó en el aire. Rutt volvió a disparar. El disco se tambaleó, perdió altura. Los heridos se abrieron paso a través de la hierba, gritando aterrorizados de que el barco aterrizaría y los aplastaría. El disco luchó por mantenerse en el aire. Rutt moteó el fondo del barco con marcas de quemaduras negras. Con un

esfuerzo final, al parecer, la nave espacial se elevó directamente en el aire y en unos pocos segundos desapareció entre las nubes.

## Capítulo 28

Vizzer levantó la pesada cadena que colgaba de su cuello. Lo ató a una tabla de hierro clavada profundamente en el suelo, en la base del pedestal de la estatua. Dex se había ido. Quizá muerto. Carlos estaba con Feeh. También tal vez muerto. Aquí estaban, con vida eterna, y no les quedaba nada por hacer más que morir.

Era impotente y eso le dio ganas de matar. Un día y medio había estado encadenado aquí, y cada fibra de su cuerpo clamaba por sangre. Esta lujuria, este impulso de asesinar lo abrumaba, y tiró de sus grilletes, tratando de liberarse. Resopló, lanzó sus cuernos al aire, se contuvo. No tenía cuernos. Se habían eliminado.

Tres Cruces vestidas con túnicas verdes se acercaron en la distancia. El Cuerpo de Fronteras. A diferencia de su pandilla de Errores armados apresuradamente, estos paramilitares custodiaban el paso de montaña que conducía a las Tierras del Sur, el final del camino para los exiliados. Así que esto fue todo. Venían por él. Para llevarlo al exilio también.

Se arrodilló, rasgó la hierba y se metió en la boca todo lo que pudo. Podría pasar mucho tiempo antes de que volviera a saborear la hierba dulce. Levantó la vista de su rápida rumia. Una cuarta figura siguió a los miembros del cuerpo. Rutt. Venid a regodearos, sin duda. Ven a dejar caer una vaca cerca y arruinar el pasto, como habían hecho los demás. Masticó más rápido.

Los cascos de los médicos se agitaban en la hierba a la altura de su cabeza. Pasaron las puntas de sus nazza-látigos a través de su espalda, y se alejó de ellos tan lejos como la cadena lo permitió. Rutt le sonrió.

“Los supervivientes están llegando,” dijo Vizzer con la boca llena de comida. “Supervivientes humanos. Si no me dejas ir, nos esclavizarán a todos.”

"Desencadenarlo," dijo Rutt.

Un candado sujetaba la cadena a la estaca en el suelo. Un enfermero lo abrió con una llave. Envolvió el extremo de la cadena alrededor de su puño y tiró, justo cuando Vizzer tragaba.

Se atragantó, luchó por mantener la comida a medio masticar en la boca y finalmente escupió la bola de hierba en el suelo. Se puso de pie y jadeó en busca de aire.

El ayudante tiró de la cadena de nuevo, arrojando a Vizzer al suelo. "Camina a cuatro patas, como el resto de nosotros," gruñó.

"¿Quién se cree que es?" otro se rió. "¿Carlos mismo?"

Una quinta Cruz se asomó alrededor del voluminoso médico. Uno de sus antiguos guardaespaldas. Glit. Su primer seguidor. Los más fieles. Los más desleales. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Y por qué se veía tan tímido?

Vizzer avanzó a cuatro patas. El arma del Error podría fácilmente derrotar a todo el Cuerpo de Fronteras, que por una larga tradición favorecía el látigo nazza. Dada la traición de Glit, no era probable que el guardaespaldas acudiera en su ayuda. Sin embargo, vale la pena intentarlo.

"¿Estás de acuerdo con lo que está pasando?" preguntó a Glit.

"Cállate," dijo Rutt. "El Consejo de la Manada exige su presencia. Guárdalo para ellos."

No hay forma de escapar. Los médicos lo rodearon. El de la cadena trotaba a buen ritmo, lo que obligaba a Vizzer a seguir el ritmo o morir ahogado. Lo condujeron hacia el estadio y la sombra cónica que proyectaba.

El consejo ya estaba en sesión. Podía oír el zumbido sentencioso de Fhoriu.

"... para saber qué pasó ahí arriba? ¿Y qué era esa cosa que se hacía llamar Carlos?"

"¿Está muerto entonces?" Vizzer gritó. La cadena se apretó alrededor de su garganta.

Fhoriu se volvió y estuvo a punto de caer. Se agarró a sí mismo con su bastón. "¿Que es eso?"

Enlace tras enlace se clavó en el cuello de Vizzer. Dijo con voz ronca: "Dijiste que estaba. ¿Carlos sigue vivo?"

Tanos se puso de pie. Reemplazo de Frokker como jefe del sindicato. "Lo llamamos a responder preguntas," dijo. "No para preguntarles."

La oscuridad se deslizó en el borde de su visión. Vizzer arañó la cadena alrededor de su garganta. "¿Está vivo o no?"

"Vive," dijo Fhoriu. "Por eso estás aquí. El rey debe decidir qué hacer con él."

Su cerebro se sentía confuso. Lento. A través de la bruma, escuchó la voz de Fhoriu como desde una gran distancia.

"Su Alteza, me temo que el ex vizzer no puede respirar."

Estaba cayendo. Algo suave golpeó su frente. Césped. La cadena se aflojó. Se atragantó por aire. Cerca, el chillido burlón de Rutt.

"Él envenenará todos los oídos, mi señor. ¡No le dejes hablar!"

Tnuu se puso de pie y el suelo tembló. El retador principal era casi tan grande como el rey. "En cientos de generaciones tales eventos no se han visto." Movié sus cuernos en un semicírculo, mirándolos a todos. "Por mi parte, quiero escuchar lo que el ex vizzer tiene que decir."

"Escuchen, escuchen," gruñeron varios de los otros Reproductores.

"No nos trate como a becerros, señor," continuó Tnuu. "Si no nos gustan sus palabras, somos libres de ignorarlas. Como eres tú."

Prinz arrancó un mechón de hierba de entre sus cascos delanteros. "El ex vizzer hablará."

Vizzer aspiró aire a sus pulmones. Su visión volvió lentamente. "Gracias, señor." Vio a Feeh reclinado al lado del rey. "Doctor, ¿puedo preguntar cómo está?"

"Estuvo en cirugía durante diez horas," dijo Feeh, y bostezó. "Disculpe. Pero creo que lo logrará. Muestra una notable capacidad de curación. Considero un milagro que esté vivo."

"En realidad no," dijo Vizzer. "Él es un dios. Puede él-"

"¡Me opongo!" Rutt apretó los puños.

"Te toca a ti," dijo Tnuu. "Déjalo hablar."

"Como estaba a punto de decir, ¿puede hablar? Carlos, eso es? Vizzer se volvió para mirarlos a todos. "¿Por qué no traerlo aquí, pregúntale tú mismo? Lo que sea que quieras saber."

"Está muy sedado," dijo Feeh. "No podrá hablar ni responder ninguna pregunta durante un par de días, al menos."

"Multa. Así que espere hasta que esté mejor. ¿Qué puedo decirte que no pueda?"

"Fhoriu no habló precisamente antes," dijo Rutt. "La pregunta no es qué hacer con el dios falso. La pregunta es, ¿cómo lo matamos?"

"Suponiendo que lo puedan matar," agregó Fhoriu.

—Claro que lo pueden matar, viejo tonto senil —dijo Rutt. "¿No viste lo que le hizo mi pistola de rayos?"

El miedo se estremeció en las entrañas de Vizzer. ¿Todo su trabajo había sido en vano? "Su Alteza," dijo, "¿quiere que se le conozca como el rey que mató al mismo Carlos? Porque es Carlos. Ha dormido en su carro sagrado debajo del túmulo funerario..."

"¿Durante cinco mil años?" Dijo Rutt. "¡Esa es una gran siesta!"

"... Desde los días del sumo sacerdote Flart," continuó Vizzer. "Este hombre, este dios, Carlos, como quieras llamarlo, es el ser que nos creó."

"¿Nos creó mientras dormía?" Preguntó Rutt. "Quizá este mundo sea todo un sueño, y desapareceremos cuando despierte. ¡Maricón!" Los demás rieron disimuladamente.

"Vienen otros dioses como él," dijo Vizzer, ignorando la interrupción. "Sus intenciones no son amistosas. ¿Es este el legado que desea dejar a su pueblo, señor, que cuando lleguen los supervivientes, nos esclavizarán a todos?"

"Sobrevivientes," se burló Rutt. "¿Qué pasó con 'todos los dioses están muertos'? Tuerces la verdad para que se ajuste a tu agenda. ¿Qué supervivientes? No veo ninguna evidencia. No hay pruebas. Si hay dioses por ahí que vienen a visitarnos desde las estrellas, ¿por qué no han intentado contactarnos?"

"Porque nos van a atacar," dijo Vizzer. "¡No quieren que sepamos que vienen!"

"Qué conveniente," dijo Rutt. Levantó una pezuña triunfante. "¿Oyes? ¿Todos ustedes? ¿Las tonterías, la blasfemia de la que habla el ex vizzer?"

"Afortunadamente, no eres tú quien toma la decisión final. El rey lo hace." Vizzer se volvió hacia Prinz. "¿Qué dice Su Alteza?"

La pesada papada de Prinz no delataba emoción alguna. "El hombre que dice ser un dios debe morir. La única pregunta es cuándo y cómo."

Vizzer sintió como si le hubieran atravesado la cabeza. "Entonces, ¿por qué me preguntas?" el pudo.

"La gente está hablando," continuó el rey. "Lo vieron descender del cielo en ese disco. Algunos dicen que es un verdadero dios."

“Déjame clavarle un cuchillo en el pecho," dijo Rutt. "Entonces veremos lo santo que es en realidad."

"¡No!" Prinz dijo. “Debe ser en público. Debemos encontrar una manera de probar su divinidad. Demuestra a la gente que es mortal. Solo entonces todos estarán satisfechos."

"Sólo hay un problema," tembló Fhoriu.

"¿Que es eso?" preguntó el rey.

"No hay tales pruebas mencionadas en el Código." Apuntó con su bastón a Vizzer. ¿Quizá lo sepas mejor que yo? Mi memoria no es la que solía ser."

Vizzer lo consideró por un momento. Comenzó a formarse una idea. Podría funcionar. Las probabilidades estaban en su contra, pero era la mejor oportunidad que tenía su pueblo de sobrevivir. "¿Qué dice el Código de la juventud de Carlos?"

"¿Los apócrifos?" Dijo Fhoriu. Giró la yema de un dedo alrededor de un mechón blanco de su barba. "Él nació-"

“No, me refiero a su primera ocupación. Como un adulto."

Cesó el giro. "Era un torero."

“Por supuesto,” dijo Tanos. “Como la oración que decimos antes de la corrida, 'Que los dioses me protejan en la arena, así como protegieron a Carlos'."

El consejo tarareó ante esta noticia.

Vizzer levantó una mano, esperó a que muriera la oleada de voces. "Si deseas probar su divinidad, debes ponerlo en la arena."

Feeh interrumpió. "Ni siquiera puede caminar. No está en condiciones de luchar."

"¿Cuándo estará mejor?" Preguntó Tnuu.



El médico le levantó los hombros, los dejó caer. “Está gravemente herido. ¿Al ritmo que se está curando? Supongo que dos, quizá tres diez días.”

“Me has persuadido, Vizzer,” dijo el rey. “Pero queda un problema. ¿Con quién peleará?”

Vizzer sonrió. “Debe luchar contra el toro más poderoso de Taurus. De lo contrario, la gente dirá que no ha sido realmente probado.”

"Pero ¿a quién tienes en mente?" Preguntó Prinz. "¿Uno de los Reproductores?" Ajeno a las sonrisas de los otros miembros del Consejo. Incluso Fhoriu se sentó sobre sus cascos y dejó caer un cowpat con sorpresa.

"¿Quién es el criador más fuerte, alteza?" Extendió las manos a los demás y ellos asintieron con la cabeza. "El rey mismo debe luchar."

## Capítulo 29

Vizzer se quitó una sustancia viscosa verde de los ojos y se raspó un trozo de la barbilla. Otro cowpat le salpicó el pecho. Tres diez días de esto. No había ningún lugar donde esconderse. Lo habían vuelto a encadenar en la base de la estatua, justo afuera de las Grandes Puertas. Era la hora de la corrida, y la gente lo rodeaba y entraba en el estadio.

Al menos la espera finalmente había terminado. En menos de una hora sabría su destino. Carlos estaría muerto o saldría victorioso. Probablemente muerto, dado el agujero en su pecho. La píldora Infinity le dio al cuerpo poderes curativos notables, pero parecía haber límites. De cualquier manera esta humillación terminaría.

¿Podría el exilio ser peor? Las personas que antes se habían postrado a sus pies, agradecidas de tocar el borde de su túnica, ahora le arrojaban sus propias heces.

Cerca de allí había cuatro guardaespaldas, con las armas sobre los hombros, incitando a la multitud. Su trabajo no era protegerlo, sino atormentarlo. Al menos el Cuerpo Fronterizo se había marchado, conduciendo hacia el sur a una manada de vacas menopáusicas. Los Mistakes eran aficionados en comparación.

¿Por qué se molestaron siquiera en colocar guardias? el se preguntó. No le quedaba un amigo en Taurus. ¿Qué iba a hacer? ¿Escapar? E ir a donde? Rutt estaba paranoico. Probablemente pensó que Dex volvería. Por la forma en que la pistola de rayos estalló en la nave espacial, Vizzer no se sorprendería si Dex hubiera muerto hace mucho tiempo, congelado en órbita en algún lugar. Aunque aún estuviera vivo, lo único por lo que regresaría sería por su harén. En cuyo caso agarraría las vacas y se iría al Polo Sur. Dex tenía una mente unidireccional. Claro, eran amigos. Pero ¿arriesgar su vida? ¿Para él? Nunca va a pasar.

El aire tembló con un repentino frescor. Una franja de negro se abrió paso a través del sol. La sombra de Carlos. El eclipse. La corrida estaba a punto de comenzar. Dentro del estadio, lo sabía, todo era oscuridad. Afuera, donde yacía ahora, una amplia media luna de fuego dividía el cielo. Miró hacia la ardiente franja de sol. ¿Por qué no cegarse a sí mismo? El pensamiento lo sobresaltó. Para no presenciar más el infierno en el que vivía... Se obligó a abrir los párpados, miró directamente a la luz...

—Y desvió la mirada. No pudo hacerlo. Cerró los ojos. Manchas negras brillaban en el interior de sus párpados. Volvió a abrir los ojos y se centró en las nubes. Quedó una mancha negra. Parpadeó de nuevo. Aún allí. Cowpat. Debe haber quemado un punto en su visión. Quizá la píldora Infinity sería suficiente para curar el daño.

Las Grandes Puertas se cerraron. La multitud se había dispersado. Todos estaban ahora dentro del estadio, listos para ver cómo Prinz corría a Carlos hasta la muerte.

Seis vacas trotaron hacia él. Impar. ¿Por qué no estaban adentro con todos los demás? Más simpatizantes, ansiosos por lanzar un cowpat, supuso. Para su sorpresa, lo ignoraron y se acercaron a los guardaespaldas.

"Debe ser muy aburrido," dijo una de las vacas, frotando sus flancos contra el Error. "Solo parado aquí. Todo el día. Extrañando la diversión interior."

El guardia tragó. "Corran ahora, señoras. Corrida está a punto de comenzar."

"Preferimos estar aquí. Contigo —murmuró una segunda vaca. Metió la mano debajo de su bata y lo agarró. El guardaespaldas jadeó.

Lo que sucedió a continuación hizo que Vizzer deseara haber tenido el descaro de cegarse. Los guardias se quitaron la túnica y dejaron las armas a un lado. Montada las vacas. Cuatro parejas fornidas abofeteadas en unión resbaladiza.

Un destello en las nubes le hizo mirar hacia arriba. Miró de nuevo al cielo, tratando de ignorar la orgía que tenía lugar justo frente a él. Luchó por

concentrarse. No tenía nada de malo en los ojos, se dio cuenta. Algo estaba ahí arriba. Dex? Tenía que ser. Regresando. Se sintió culpable. No debería haber pensado mal de su amigo.

Uno de los guardaespaldas siguió la mirada de Vizzer. Gritó alarmado y salió de la vaca con un plop húmedo. Cogió su arma, pero ya no estaba allí. Las dos vacas que se habían reído y prometido esperar su turno ahora tenían un rifle automático en cada mano.

“Rutt te matará si te atrapa,” dijo el guardaespaldas. “Arranca tus tripas, deja que mueras sangrando bajo el sol.”

“Se puede decir que se sintió abrumado por un par de vacas,” dijo la hembra más joven, una deslumbrante belleza de melena roja.

Una sonrisa cortó el rostro del guardaespaldas. “No me matarás.”

“¿No es así?”

“Esto es trabajo para toros, cariño. No para vacas. Tú lo sabes.”

Se abalanzó sobre el arma. Desapareció en una niebla roja. La vaca dejó de disparar solo cuando el cargador se quedó sin municiones. Un charco gris y palpitante que una vez fue el cerebro del guardia se congeló junto a los restos fríos de su cuerpo.

“¿Alguien más?” preguntó ella.

Detrás de ella en el cielo, la nave espacial cayó en picado, un momento un destello en las nubes, el siguiente flotando cinco metros sobre el suelo. Se instaló en la hierba. La puerta se deslizó hacia arriba. La rampa descendió. Apareció Dex. Las vacas hicieron un baile improvisado. Los tres guardias restantes, todos desnudos, mantuvieron las manos en el aire.

Vizzer se quitó los copos secos de paté de vaca de su túnica. Debe verse un desastre. El sudor se había infectado entre la cadena y la piel de su cuello, dejando un anillo visible de pus supurante. La píldora Infinity no pudo seguir el ritmo.

Dex trotó hacia él, con una sonrisa en su rostro. Examinó el horizonte, el estadio, las Grandes Puertas. "Vamos a sacarte de aquí," dijo.

Una pequeña herramienta tarareaba en la mano de su amigo. Un cuchillo nazza. Separó la cadena de la estaca con un solo golpe y un destello de chispas.

"Pensé que te habías ido para siempre," dijo Vizzer. Tiró de la cadena, pero no se soltó.

"El barco resultó dañado. Me tomó un tiempo hacer las reparaciones. Quédate quieto."

Dex sostuvo el nazza-cuchillo contra la cadena alrededor del cuello de Vizzer. Un chirrido estalló detrás de su oreja. Una gran cantidad de chispas se dispararon hacia los lados. La cadena se cayó. Vizzer tocó la piel lesionada, que se curó incluso cuando la tocó. Dio un suspiro de alivio.

"Le debo una disculpa," dijo.

"Guárdalo para después." Dex lo agarró del brazo y lo arrastró hacia el barco. "Esa ráfaga de disparos va a llamar la atención."

Vizzer liberó su brazo. "¿A dónde vamos?"

"¿Dónde más?" Dijo Dex. Hizo un gesto hacia las vacas. "Polo Sur. Tu y yo. Vacas lo suficiente como para poblar todo el continente. He estado allí. Pastoreo fabuloso, mucha agua. ¿Estos tres aquí? Apuntó con el cuchillo nazza a un trío de hembras que reían tontamente. "He estado enamorado de ti durante años. Ahora ven. Tenemos que ponernos en marcha."

"Pero ¿qué hay de Carlos?" Preguntó Vizzer.

"¿Qué hay de él? No lo necesitamos." Dex tiró con más fuerza de la manga de Vizzer. "¡Ahora ven!"

"Dex," cantó una vaca.

"¿Qué es?"

Movió su arma en dirección al estadio. Un par de guardaespaldas corrieron hacia ellos, cojeando tan rápido como pudieron.

Dex trotó por la rampa. Las dos vacas armadas entregaron las armas de los guardias a las demás.

¿A donde van ellos? Vizzer se preguntó. ¿Qué están haciendo? ¿No saben lo que está sucediendo en la arena en este momento?

"¡No podemos dejar a Carlos!" Vizzer le gritó a la espalda de Dex. "Está a punto de pelear contra Prinz. ¿Qué hacemos si gana?"

"No va a ganar," dijo Dex. "He leído los informes de Feeh. El hombre apenas puede caminar."

"Pero si ese es el caso, ¿tenemos que hacer algo! ¡Lo van a matar!"

"¿Y qué sugieres que hagamos? ¿Rescatarlo? Nos matarán si lo intentamos."

Las balas resonaron en el costado de la nave espacial. Las vacas devolvieron el fuego.

"¿Qué hay de la estatua?" Preguntó Vizzer. "¿Podemos usarlo para salvarlo!"

"¿Crees que no lo hemos intentado?" Dijo Dex desde la puerta abierta. "Baby dice que no hay forma de acceder a la estatua. Carlos lo diseñó de esa manera." Él rió entre dientes. "Aunque también insiste en que Carlos no puede morir."

Una bala rebotó en la rampa. Una de las vacas se cayó, le faltaba la mitad de la cabeza.

"Luego aterriza la nave espacial en el medio de la arena," dijo Vizzer. "Lo agarraremos y nos vamos."

"Rutt nos dispararía con su pistola de rayos antes de que pudiéramos despegar. La nave espacial no puede sufrir mucho más daño. Moriríamos

todos, en lugar de solo Carlos. ¡Cuidado!"

Uno de los guardias desnudos se lanzó hacia el rifle de la vaca caída. Dex ya estaba dentro de la nave espacial y armado solo con el cuchillo nazza. Las otras vacas se habían adelantado con el retroceso de sus armas. Uno de sus lejanos adversarios cayó. Nadie más estaba lo bastante cerca como para detener al guardia. Vizzer sabía que tenía que hacer algo. Pero ¿que?

Su cuerpo asumió el control, un instinto, una parte animal de sí mismo. Pateó al guardaespaldas en el cuello tan fuerte como pudo. Algo blando se rompió contra su pie descalzo. El Error se aferró a su garganta y cayó. Un ruido sordo salió de la boca del guardia. Su cuerpo se tensó, piernas y cascos extendidos, agitando la cola, luego, poco a poco, los músculos se aflojaron.

Los disparos cesaron. Ambos guardias distantes estaban muertos. La pareja restante presionó sus flancos desnudos contra el pedestal, agarrando sus cuernos con sus manos. Estaban notablemente menos excitados que antes.

Vizzer se arrodilló sobre el guardia que había pateado. Tocó con dos dedos la garganta de la Cruz. Sin pulso. La piel aún estaba tibia. Retiró la mano.

"Oh mi Carlos," dijo. "¿Qué he hecho?"

Una mano le acarició el hombro. "Lo que tenías que hacer para sobrevivir." Fue Dex. "Y ahora, me temo, debemos ponernos en marcha."

Su amigo hizo una seña a las cinco vacas y se apresuraron a subir la rampa. Se inclinó y besó la frente del que murió. Cerró el ojo que le quedaba con las yemas de los dedos. Enderezó. "Última oportunidad."

Vizzer negó con la cabeza. "No puedo."

"No voy a volver por ti. ¿Lo sabes bien?"

"Lo sé."

Su amigo hizo una mueca. Sacudió su cabeza. No entendió. Vizzer no esperaba que lo hiciera. Eso estuvo bien. Había jurado poner fin a la

corrida. Termina con la matanza. No importa el precio.

"Entonces al menos toma esto." Dex le arrojó en las manos el rifle manchado de sangre del guardia muerto.

"Sabes que yo no..."

"Tómalo."

Vizzer sopesó la pistola de enfriamiento. ¿Qué iba a hacer con un arma? Bueno, siempre podía seguirle el juego hasta que Dex se fuera.

Su amigo saludó desde la puerta. La rampa se replegó. La puerta se cerró. El disco flotó por un momento, luego se disparó hacia arriba. Vizzer buscó en las nubes pero no pudo encontrarlo. Uno de los guardaespaldas se aclaró la garganta.

"Dicen que eres pacifista. Querer acabar con los sacrificios. No violencia y todo eso."

Vizzer asintió. "Es verdad."

El guardaespaldas dio un paso adelante. "Debes sentirte muy mal por Frix."

"¿Frix?" Preguntó Vizzer.

"El que mataste." El guardia dio un codazo a su camarada muerto con un casco.

Vizzer se mordió el labio. "¿Ese era su nombre? Frix?"

El guardia asintió, dio vueltas lentamente hacia la izquierda. Su compañero dio la vuelta a la derecha.

Vizzer se arrastró hacia atrás. "Volver. Ustedes dos."

Continuaron moviéndose lentamente hacia él.

Le tendió la pistola. "¡Te estoy advirtiéndolo!"



"¡Ahora!" dijo el guardia. Los dos saltaron hacia él.

Vizzer dio marcha atrás, tropezó con el cuerpo de la vaca muerta y aterrizó sobre su columna vertebral. Los guardias estaban casi encima de él. Apretó el gatillo y disparó a ambos a quemarropa. Se alejaron de él, con los brazos en alto, como si bailaran con una música que solo ellos podían oír. Cayeron y se quedaron quietos.

Vizzer se puso de pie. Le temblaron las extremidades. La pistola se le escapó de los dedos y se estrelló contra sus pies. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. "¿Estás bien?" preguntó.

Pero no hubo respuesta.

## Capítulo 30

Las Grandes Puertas se abrieron unos pocos centímetros. Un guardia miró por el hueco. ¿Qué es lo que vio? Una vaca diminuta agachada afuera. Un becerro, de verdad. Tan joven que los cuernos aún no se habían desarrollado. Velado también. Debe ser un verdadero espectador para molestar a su edad.

"No se permite la entrada después de que se complete la Sombra," dijo. "Sabes las reglas. ¿Dónde está tu madre?"

Vizzer lanzó su voz alta. "Dentro. Me perdí. Por favor déjame entrar."

Las puertas se cerraron de golpe. Los cascos repiquetearon juntos dentro del estadio. La corrida estaba a punto de comenzar. ¿Debería llamar de nuevo? ¿Tratar de abrirse camino a toda velocidad? Nunca podría dispararles a todos. Tampoco él querría hacerlo. Qué cosas horribles pensaba en estos días. Decidió esperar. Se bajó la capucha de la bata hasta la cara y se ajustó el velo sobre la barba. Se agachó sobre los nudillos y la punta de los dedos de los pies. Fue doloroso, pero ¿qué opción tenía? Se tiró del dobladillo de su bata y se aseguró de que cayera por el suelo. Si alguien veía su falta de cascos, el juego había terminado. Se ajustó el rifle atado al pecho.

Las puertas se abrieron de nuevo, lo bastante amplias para que él pasara.

"Tuviste suerte, ¿lo sabías?" dijo el guardia, y escupió en el polvo. "King quiere que todos vean morir al blasfemo hoy. El que dice ser Carlos."

"Eres tan amable," dijo Vizzer en falsete. "Que Carlos te bendiga."

"Ponte en marcha," dijo el guardia con un movimiento de cabeza. Encuentra a tu mamá. La próxima vez esperarás afuera, ¿me oyes?"

Vizzer pasó arrastrándose con los nudillos. La culata de su rifle escondido crujió contra la puerta de madera, rebotó contra su cadera. Hizo una mueca de dolor.

El guardia frunció el ceño. "¿Qué fue eso?"

"Torpe de mí," se rió.

"Continúe con usted, entonces," dijo el guardia. Le dio una palmada en el trasero a Vizzer.

"¡Oh!" Choque pantomimizado.

El guardia se rió.

Vizzer se apresuró a entrar en el estadio a cuatro patas. Descendió por la espiral cubierta de hierba hasta la sección de vacas. Se sentó en la parte de atrás, apoyado contra el terraplén vertical que se elevaba hasta el asiento de los toros arriba. Dejó escapar un suspiro de alivio. Los dedos de sus pies lo estaban matando. Los toros lo miraron, silbando, tratando de llamar su atención, pero él mantuvo la cabeza gacha y los ignoró. Pronto volvieron a coquetear con las otras vacas. Vizzer soltó el arma y la dejó sobre la hierba debajo de su túnica. Pasaron a trompicones dos vacas preñadas.

"¡Lo siento! ¡Lo siento!" lloraron sobre sus hombros y se rieron.

Vizzer agachó la cabeza y se miró el velo. No debe dejar que se acerquen. Olía a patito de diez días. Una bocanada y darían la alarma.

No tenía por qué haberse preocupado. Todas las vacas se quedaron mirando a Carlos, en la intersección de sus muslos. El hombre tenía un talón encima de la barrera de madera, su cabeza inclinada sobre su rodilla, estirándose. Las vacas le señalaron la entrepierna y murmuraron lo pequeño que era.

Carlos vestía el mismo disfraz con el que le habían disparado. La piel desnuda se veía a través de los agujeros en el pecho y la espalda, donde la pistola de rayos había perforado. Estaba pálido. ¿La píldora Infinity pudo reparar todo el daño?

Sonó una trompeta. El hombre dejó caer sus pantuflas y se enderezó. Hizo una mueca. ¿Tenía dolor? Se dirigió al centro de la arena. Levantó la mano

y esperó a que se callara. Que no vino. La multitud siseó. Sonrió y se quitó la gorra, se volvió en círculo para saludar al estadio.

Un enorme par de cuernos pasó a centímetros de la cara de Vizzer. Jadeó. Los hombros musculosos que siguieron se giraron. Fue Prinz. ¿Cómo pudo haber sido tan tonto? Para evitar el grueso de las vacas, se había sentado directamente en la línea del tráfico. Por eso las vacas preñadas se habían reído antes. El rey bajaba a la arena para luchar contra Carlos.

"Hola, mi amor," ronroneó el rey. "¿Cuál es tu nombre?"

Espere. Quizá no se había equivocado. Podía hacerlo ahora. Mata al rey aquí mismo. ¿Debería agarrar el arma y disparar? Murmuró una respuesta en falsete y buscó el rifle con una mano.

El rey se rió entre dientes. "No hay necesidad de asustarse, pequeño. Apuesto a que eres una belleza. Ven. Echemos un vistazo."

Vizzer negó con la cabeza violentamente. Su mano tembló. Su palma estaba sudada. No pudo sujetar el arma.

"Cuando seas mayor, te haré parte del Harem del Rey. ¿Cómo te gustaría eso?"

Algo frío y duro pasó por la oreja de Vizzer. Un cuerno. Contuvo la respiración.

El rey hizo una pausa. Su resoplido rozó la mejilla de Vizzer. "¿Qué te pasa?" Prinz gritó y se apartó. Tu madre debería estar avergonzada. ¿Nunca te lavas?

Los estómagos de Vizzer se convulsionaron. Luchó por mantener su bolo alimenticio bajo. El rey se alejó, moviendo la cabeza, resoplando para expulsar el olor fétido de sus fosas nasales. Otras vacas se volvieron para examinar el maloliente rechazo.

Enterró su rostro entre sus manos. ¿Por qué no había disparado? Esa fue su oportunidad. Mata a Prinz y termina con eso. Golpeó el suelo con un puño

tembloroso. Acabas de matar a tres guardaespaldas, se dijo. ¿Cómo es esto diferente?

Pero eso fue en defensa propia, su conciencia gimió. Matar o morir.

Así es esto.

No, no es. Esto es un asesinato, planeado y deliberado, respondió su conciencia con aire de suficiencia.

La voz retumbante de Rutt acabó con las vacilaciones de Vizzer. "¡Que haya sangre!" lloró desde el lugar del sumo sacerdote en lo alto, junto al Trono del Creador.

La multitud rugió, se hizo eco del grito. Vizzer hinchó el pecho y articuló las palabras. Un buen recordatorio, eso. ¿Cómo podía olvidar, aunque fuera por un momento? Había jurado poner fin a las peleas. Por el bien de Taurus, le guste o no a su gente. Se sintió tranquilo. Sabía lo que tenía que hacer. Esperaría el momento adecuado. Asesina a Prinz. Era la única manera. Se recostó contra el terraplén. Y esta vez no dudaría.

Carlos desplegó su capa y la hizo girar en algunos círculos de práctica. Su hombro derecho estaba débil. Era obvio. ¿Cómo lo compensaría? Su brazo derecho era el brazo de su espada. ¿Sería capaz de matar si tuviera la oportunidad?

Dos banderilleros se abrieron paso a través de un hueco en la barrera. Se dirigieron a un lugar debajo del pabellón real. En lugar de saludar al Trono del Creador, como era costumbre, se volvieron y se quitaron las gorras hacia Carlos. Luego se bajaron los pantalones y dejaron caer un par de jugosos vaqueros en su dirección. La multitud se burló.

La trompeta volvió a sonar. Carlos volvió a girar la capa alrededor de sus tobillos. Parecía confiado, a pesar de su herida. Se retiró a la barrera, se colocó la capa sobre el antebrazo y se apoyó contra la pared de madera en una postura de indiferencia.

Prinz irrumpió en la arena, cargó contra un oponente invisible y procedió a destriparlo con sus cuernos. La multitud silbó, golpeó con los cascos.

Vizzer se dio cuenta de que estaba luciendo. Demostrando qué tipo de rey era. Había estado aquí antes, era bueno y lo sabía. Esta sería una corrida peligrosa incluso para los mejores matadores. Incluso para Garrso. ¿Carlos era bueno? ¿Lo bastante bueno para sobrevivir a un eclipse en el ring con Prinz?

El rey trotó alrededor del perímetro, sus cascos golpeando contra la tierra compacta. Se acercó más y más a donde Carlos se apoyaba contra la barrera.

Carlos no se movió. Una leve sonrisa apareció en sus labios. Sin previo aviso, el rey se volvió y cargó directamente contra él. La multitud jadeó. ¿Empalaría al hombre contra la barrera antes de que comenzara la pelea?

En el último momento, Carlos se alejó bailando, con la capa ondeando detrás de él. Los cuernos de Prinz resonaron contra la pared. La multitud recibió algunos aplausos. Eso cabrearía al rey.

"¡Banderilleros!" Carlos gritó, les hizo señas para que salieran a la arena. Pero los dos asistentes se inclinaron contra el lado seguro de la barrera, con dardos descansando sobre sus hombros.

Prinz cargó de nuevo. Carlos extendió la capa a lo ancho y bajo para ocultar sus pies. El rey no había sido dosificado. La capa fue inútil. Como uno solo, la multitud se inclinó hacia adelante sobre sus cascos, fascinada por el peligro. El hombre esperaba con calma, los pies juntos, inmóvil.

El rey se lanzó a la izquierda. Carlos saltó a la derecha. Prinz pasó como un trueno. Sus pesados flancos golpearon al hombre de costado al pasar.

Carlos levantó su espada. "¿Matarás a un hombre sin el beneficio de los banderilleros?" él gritó. "¿Es eso justo?"

"No eres un hombre," gritó alguien. "¡Eres un dios!"

La multitud se rió.

Vizzer apretó su arma. Las vacas estaban en sus cascos, bloqueando su disparo. Se llevó las manos a los labios. "¡Sigue la ley!" gritó en falsete. "¿Qué dice el Código?"

"¡El código!" repitió un toro joven encima de él, y le guiñó un ojo a Vizzer. "¡Hazlo bien!"

El grito creció. Prinz agitó la cola, ahuyentando las moscas que bebían su sudor. La multitud aplaudió, chocó los cascos. La demanda no menguó. Finalmente, el rey asintió. Los banderilleros entraron en la arena. El grito se disolvió en vítores y aplausos.

Vizzer se relajó un poco. Una vez que las hipoglucemias estuvieran en su lugar, Carlos al menos tendría una oportunidad. Tocó el arma aceitosa escondida debajo de su túnica. El arma aún estaba caliente por haber matado a los guardias antes. Quizá esperaría. Mejor si Carlos mató a Prinz. Sin ayuda. La turba no pudo negarlo entonces. Carlos sería aclamado verdadero dios y tomaría su asiento en el trono, los sacrificios de sangre terminarían para siempre y Vizzer podría lavarse las manos de este derramamiento de sangre.

Los banderilleros se deslizaron hacia Prinz con cautela, los dardos en alto por encima de sus cabezas, listos para saltar. Carlos regresó a la barrera, de espaldas a los tres. El maestro de armas le tendió una vaina. Carlos sacó una espada. La espada asesina. Devolvió la hoja desafilada, reservada para el trabajo de la capa, que había estado usando hasta ahora.

Prinz cargó contra el banderillero más cercano. Los dardos colgaban firmes en el aire. El rey cambió de rumbo y galopó entre los dos, invitándolos a perseguirlos. Mordieron el anzuelo.

En la barrera, Carlos pinchó el borde de su capa con la punta de la espada, extendiendo el ancho de la tela en unas décimas. Prinz volvió a cambiar de rumbo, cargó directamente contra Carlos.

"¡Estar atento!" Vizzer gritó.

Carlos miró hacia arriba. Demasiado tarde. El rey se desvió. Los banderilleros no lo hicieron. Cuatro hipoglucemias se vaciaron en el cuerpo de Carlos. Los banderilleros se alejaron de un salto. Los dardos aletearon contra la carne del hombre.

Carlos miró perplejo los dardos de madera. Se arrancó uno de la espalda y lo tiró a un lado. Le arrancó otro del muslo y lo tiró al polvo. Alcanzó un tercio en sus nalgas. Su mano se detuvo en el aire. Los banderilleros se arrojaron de cabeza sobre la barrera de madera.

Vizzer maldijo. Agarró su arma y se puso de pie. Se abrió paso a empujones entre la multitud de vacas hasta el borde de la cornisa cubierta de hierba, donde descendió hasta el nivel inferior. Desde aquí tenía una vista sin obstáculos de la arena. Se llevó el rifle al hombro. Apuntó a la cabeza del rey. Un grito se escuchó detrás de él. Lo habían visto. Apretó el gatillo...

—Y se encontró disparando al cielo oscurecido. Unas manos lo arrastraron hacia atrás, lo inmovilizaron contra el suelo. Gritos femeninos agudos apuñalaron sus tímpanos. Las vacas le arrebataron la pistola de las manos. Rostros enojados se inclinaron sobre él. Reconoció a uno de ellos. La hija de Mantz, Lintz. Quien, él sabía, conspiraba en secreto con su madre para acabar con la corrida.

"¿Qué estás haciendo?" dijo él. "¿Estas loco? ¡Tenía una oportunidad!" Luchó pero lo sujetaron con fuerza. "¿Quieres que tus hijos mueran así?"

Su rostro brillaba fantasmalmente a las luces blancas del estadio. Ella se rió, un ladrido corto y agudo. "Mejor Prinz que Carlos, cualquier día."

Un par de guardaespaldas se abrieron paso entre la multitud hacia ellos.

"Pero ¿por qué?" preguntó.

Ella le quitó el arma y descartó las balas. ¿Dónde había aprendido a hacer eso?

“Si Carlos gana," dijo, “y realmente es un dios inmortal, habrá corrida para siempre. Pero Prinz es solo otro estúpido criador. Con él al menos tenemos



una oportunidad."

"Pero Carlos quiere acabar con la corrida. ¿No lo entiendes?"

Pero, por supuesto, no lo hizo. ¿Cómo podía saberlo? Habían mantenido a Carlos encerrado en el hospital todo el tiempo. ¿A quién le diría? ¿Quién escucharía?

Los guardaespaldas empujaron a las vacas a un lado y pusieron de pie a Vizzer. Uno arrancó el rifle vacío de las manos de Lintz.

"No lo sabía," dijo ella con voz diminuta. Ella acarició su vientre. Estaba embarazada de nuevo. "Muy tarde ahora."

Un extraño grito ululante se escuchó en la arena de abajo. ¿En nombre de Carlos...? Las vacas a su alrededor rieron y rieron. El estadio resonó con risas.

"Mírenlo bien," dijo uno de los guardaespaldas. "Vea la verdadera naturaleza de su supuesto dios."

Le dieron la vuelta para que pudiera ver. Los dos adversarios se rodearon. Carlos arrojó su capa a un lado. Cortó el aire vacío con su espada, gruñó profundamente en su garganta, dejó escapar un grito animal. Sus rasgos se contrajeron en rabia primitiva. Echó la cabeza hacia atrás y aulló, luego corrió hacia Prinz, con la espada en alto. El rey bajó los cuernos y cargó.

Corrieron el uno hacia el otro, por un lado un dios enloquecido por las drogas pronunciando juramentos guturales, agitando su espada en el aire, y por el otro, la precisión premeditada de los tronantes cascos del rey, mientras caminaba tranquilamente los pasos requeridos para sangrar y matar a su enemigo. Los dos se juntaron en un borrón. Un ruido sordo y un gemido anunciaron su unión física. Carlos bajó su espada y rebotó en uno de los cuernos del rey. El otro cuerno se deslizó por el pecho de Carlos y salió por el otro lado.

Carlos soltó la espada. Agarró el otro cuerno con ambas manos. Sus piernas aleteaban contra la boca del rey. Prinz bajó la cabeza y se lanzó hacia el

cielo. Carlos voló por los aires, se desplomó en el suelo detrás del rey. El crujido del hueso al romperse hizo que Vizzer rechinara los dientes. El hombre no se movió.

¿Estaba muerto? Carlos levantó lentamente la cabeza, un brazo, trató de levantarse. Colapsó. Apretó su herida. Un zumbido incierto se extendió por el estadio. ¿Qué pasó cuando mataste a un dios? ¿Desaparecería el cuerpo en un destello de humo? ¿Los otros dioses vinieron a recoger los suyos? El agarre de los guardaespaldas sobre los codos de Vizzer se aflojó un poco. Se liberó.

Saltó por el terraplén al siguiente nivel, corrió media espiral más hacia la arena y saltó la barrera. Prinz trotó hacia él, con las fosas nasales dilatadas, la cabeza gacha y un cuerno goteando rojo. Sonó una trompeta. La corrida había terminado.

"Déjame ir con él," gritó Vizzer.

Prinz se detuvo agitando la cola. "Ve a tu dios." Dijo la palabra con desprecio. Escuche sus últimas palabras. Entonces tú también morirás."

Le dio al rey un amplio espacio y corrió hacia donde yacía Carlos. Cayó de rodillas al lado del hombre. Tocó la mejilla sin sangre. El hombre abrió los ojos. Azul como los cielos de la Tierra. Como decía el Código.

"Tan hermoso," se rió Carlos. Hizo una mueca de dolor. La sangre goteaba de sus labios.

Vizzer levantó la cabeza del herido y la acunó en su regazo. "¿Lo que es hermoso?" preguntó.

El hombre respiró hondo. Burbujas rojas retozaban en la herida punzante. Miró a Vizzer y susurró: "Ni siquiera puedes imaginar."

"¿Imagina que?" Acarició la frente manchada de sudor. Apartó el pelo enmarañado de los ojos del hombre.

"Ni idea..." Luchó por hablar. "...como es..."

"Lo siento mucho," dijo Vizzer. Las lágrimas brotaron de sus ojos. "Que es mi culpa. Te lo juro, sobre tu tumba. Termina el derramamiento de sangre. O moriré en el intento."

"¡No!" el hombre jadeó. Agarró la mano de Vizzer. Apretó con tanta fuerza que los huesos estallaron.

Vizzer trató de apartarse pero el agarre estaba demasiado apretado.

"No lo entiendes," susurró Carlos, con esos ojos azules ardiendo. "Ojalá lo hubiera sabido... antes. Para ver... pero ¿cómo podría? Líneas de éxtasis grababan sus rasgos juveniles. "La verdad. Para finalmente ver... la verdadera naturaleza de..." La mano se aflojó, cayó a su lado. La cabeza se desplomó de lado. El aire burbujeó una vez más de su pecho. Detenido.

Vizzer lo sacudió por los hombros. "¿La naturaleza de qué, Carlos?" Le dio una bofetada al hombre. "¿La verdadera naturaleza de qué?"

Acercó la oreja a la boca de Carlos. Una palabra. ¿Fue demasiado pedir? Pero ningún aliento salió de esos labios rubí.

Un estornudo distante le hizo mirar hacia arriba. Cincuenta mil voces mudas lo acusaron: podrías haber detenido esto. Si tan solo hubieras matado a Prinz cuando tuviste la oportunidad. ¿Por qué no lo hiciste?

Algo afilado le raspó la columna.

Prinz dijo: "Ahora es tu turno."

# Capítulo 31

Vizzer miró hacia la pared de roca escarpada. Un desnivel de cinco mil metros, había dicho el médico. Un banco de nubes muy por debajo oscurecía la tierra. Se paró entre dos picos de las Montañas del Sur. El camino terminaba aquí. La nieve se aferraba al suelo helado y le picaba los dedos de los pies descalzos. No tendría frío por mucho más tiempo. La hierba amarga y el calor extremo del exilio lo aguardaban.

La caminata había durado diez días completos. El Cuerpo Fronterizo los había conducido junto con sus látigos nazza, Vizzer y una manada de vacas estériles. Se detuvieron brevemente para descansar y comer. Se había encontrado agarrándose a los mechones de hierba cuando pasaban, metiéndolos en su boca cuando los miembros del cuerpo no lo estaban mirando. El sol golpeaba más caliente en sus espaldas cuanto más se acercaban al Círculo Polar Ártico. Luego comenzaron el ascenso.

Subieron los peñascos dentados de las laderas del norte, en fila india, siguiendo un sendero de siete mil años, sin agua, hasta que el aire se hizo más fino y frío, y sus rodillas temblaron por la falta de oxígeno, y ella... las vacas mugidos de dolor, sus ubres congeladas, los cascos crujidos y sangrando contra las afiladas rocas.

Habían llegado a su destino ahora. Vizzer se sentó en el borde del acantilado, dejó que sus pies colgaran en el espacio. Las cicatrices cruzaban la planta de sus pies. Mientras los demás se quejaban, él había visto sanar sus propias heridas. ¿Cómo sería ahí abajo? ¿En constante tormento? Los otros exiliados sufrirían, pero su miseria terminaría, morirían. Pero se curaría. Viviría. Sufriría por toda la eternidad.

Debería haber ido con Dex, pensó. Vizzer imaginó a su amigo pastando en la hierba dulce en el Polo Sur, tan lejos de este infierno, con todas las vacas nubiles que él quería, para toda la eternidad. O al menos hasta que los humanos llegaran y comenzaran a masacrar a las Cruces. Pero Vizzer no podía hacer nada por ellos ahora. Tuvo la oportunidad de matar a Prinz y así

salvar a su pueblo. Había fallado. Taurus tendría que vivir con las consecuencias de su locura.

Miró por encima de la cornisa a las nubes muy por debajo. Una caída de cinco mil metros. Un empujón rápido y todo terminaría. Se desplomaría hasta una muerte instantánea. Incluso la píldora Infinity no pudo arreglar eso. Él se paró. Respira hondo. Sostuvo sus manos sueltas a los lados. Unos segundos, tal vez incluso un minuto para llegar al suelo, pero luego su dolor terminaría. Un látigo nazza le mordió la parte posterior del muslo.

—Lárgate —gruñó un médico.

Vizzer se mordió el labio, no dijo nada. La muerte era la única salida. Él saltó-

—Y cayó todos de dos metros. Aterrizado en una balsa nazza que se eleva desde abajo. Tenía tres metros de largo por tres de ancho y estaba cubierto con lazos de cuerda. Antes de que pudiera moverse, considere un segundo salto, las vacas se apiñaron sobre el borde de la balsa, impulsadas por los miembros del cuerpo detrás de ellas. Lo rodearon, aplastándolo, haciendo imposible escapar. La nave se tambaleó e instintivamente enganchó una pierna debajo de una cuerda. Su coraje huyó. Ahora solo quedaba sobrevivir, de alguna manera, de alguna manera. Los látigos de Nazza estallaron en lo alto. Las vacas se agarraron fuertemente unas a otras, a Vizzer, a las cuerdas, retorciéndose de terror para alejarse del borde de la balsa.

"¡Y no vuelvas!" dijo un segundo médico, y se rió.

"Que Carlos te perdone," lo llamó Vizzer, esperando provocar algún sentimiento de culpa.

"Hacemos Su voluntad," gruñó el primer médico. "Está en el Código. Tú, de todas las Cruces, deberías saberlo." Sacudió una muñeca para liberarla de su pesada túnica, dejando al descubierto una gruesa pulsera de metal. Giró un dial.

La balsa se hundió lentamente hacia abajo. Las vacas chillaban, apretadas más juntas. Vizzer no podía respirar. Se agarró con fuerza a la cuerda con las rodillas, asomó la cabeza por debajo de las heladas ubres de su vecino, tomó aire. Si se estiraba, podía echar un vistazo por el borde de la balsa a las nubes de abajo.

Nadie había escapado jamás del exilio. No en siete mil años. Solo el Cuerpo de Fronteras vivió para hablar de sus horrores. A veces flotaban en la balsa para burlarse de los condenados. Una vez, antes de que llegara la transmisión, durante el reinado de Witun CCCCI, el rey antes de Pisotón, Vizzer le había pedido a un médico que le trajera una brizna de hierba amarga. Por curiosidad. El médico regresó con una astilla de hierba presionada entre dos piedras planas. Evitar el contacto con su piel. Cuando Vizzer estaba solo, doblaba el bocado entre los dientes. La hierba le había cortado la lengua. Cuando tragó, sus cuatro estómagos se habían purgado a la vez. Durante los días siguientes no había podido pastar.

La balsa se hundió más. Las nubes los envolvieron. Vapor caliente perlado sobre la piel de Vizzer. Fue un cambio bienvenido después del frío penetrante de las montañas. Las vacas se aferraron unas a otras y gimieron. Nadie dijo una palabra.

La nube se desvaneció en tenues zarcillos. El acantilado cercano estaba libre de nieve y hielo. Vizzer luchó bajo la pila de cuerpos y logró asomar toda la cabeza por el borde de la balsa. Su cuero cabelludo estaba a solo centímetros de la cara lisa de la pared del acantilado.

El aire era más cálido ahora. El calor asaltó su carne. Como en casa en el Polo Norte. Un bochorno bienvenido. Pero estaban solo a la mitad. ¿Cómo sería al final?

En ambas direcciones, las montañas se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Este era el límite, donde las regiones polares habitables se encontraban con el salvaje calor de las Tierras del Sur. A diferencia del acceso norte, con sus estribaciones llenas de rocas y senderos gastados, la superficie sur era completamente lisa y vertical. El muro de la prisión perfecto. No fue una formación natural. Eso era obvio. Lo que significaba que Carlos mismo había esculpido la tierra para que se ajustara a su

propósito. Gracias, mi único Creador, pensó amargamente. Dudé en matar a Prinz, y ahora estás muerto, y estoy condenado a sufrir en una cárcel de tu propio diseño.

Una hoja de luz cegadora le hizo entrecerrar los ojos. Como el reflejo del sol en un cristal, solo hasta el horizonte. No pudo distinguir qué era. Debajo de ellos, una estrecha franja verde se extendía a lo largo de la base de las montañas. Esa debe ser la hierba amarga. A un lado, el acantilado, al otro, esa luz. Pero ¿qué pasaba con Taurus?

"¡El mar!" gritó una vaca.

Los demás tomaron el grito. Se encontró cantando las palabras con ellos. ¡El mar! El reflejo del sol en el agua. Por supuesto. Había escuchado las historias. Vi los videos. Habían hecho zoom sobre este mismo océano en la nave espacial de Carlos. Pero nada lo preparó para verlo con sus propios ojos. Espuma blanca coronó las olas. Lamió la amplia extensión de arena, se retiró.

La balsa continuó su descenso. El aire estaba más caliente ahora. Intenso. El rugido de las olas resonaba contra los acantilados. Qué maravillosa música, pensó. ¿Y esto fue el exilio? ¿Esto fue un castigo? ¡El sonido del mar!

Un ruido diferente se elevó para recibirlos. Gritos de angustia. Directamente debajo de ellos, Vizzer pudo distinguir un parche cuadrado de piedra. Una plataforma de aterrizaje, supuso. A su alrededor se apiñaban miles de vacas que balían. La balsa descendió más. Las vacas estaban desnudas. Todos ellos. Una mosca zumbó detrás de su cabeza. Distraídamente lo rechazó.

La vaca que estaba en cuclillas encima de él dejó escapar un grito de miedo. Miró hacia arriba. La mosca era tan grande como su cabeza, verde, amarilla, azul y negra. Se posó en los flancos de una vaca vecina. Un aguijón del tamaño del antebrazo de Vizzer apareció de su abdomen. Se flexionó, inclinado hacia abajo en la carne de la vaca.

Vizzer soltó un brazo y golpeó al insecto. Sus nudillos crujieron contra el exoesqueleto del insecto. La mosca rebotó en los cuernos de la vaca y se

alejó de la balsa, lanzándolos al suelo.

El calor se hizo insoportable. El aire caliente le quemó los pulmones. El sudor empapó su piel. Esperaba que hubiera agua aquí. Tenía que haberlo. ¿O cómo sobrevivieron? La balsa redujo la velocidad a medida que se acercaban al suelo.

Rostros miserables los miraron. Bienvenido al infierno, pensó. Un golpe seco y la balsa se detuvo. Las ubres que se estaban derritiendo por encima de él lo golpearon en la cara. Torció un pezón y la dueña saltó sobre sus cascos. La balsa descansaba sobre la plataforma de aterrizaje de piedra, adyacente a la pared del acantilado. Las vacas desnudas las rodeaban.

"¡Bajate! ¡Rápido!" alguien en la multitud gritó.

Vizzer salió corriendo de la balsa y se deslizó por la plataforma hasta la cintura hasta el suelo. Otros lo siguieron, empujándolo hacia lo profundo de la multitud. No solo estaban desnudos, se dio cuenta. Estaban escuálidos. Todo lo que tenían para comer era hierba amarga. Detrás de él, una vaca chillaba. ¿De qué se trataba esta vez?

Un lado de la balsa se elevó en el aire. Los que aún estaban a bordo cayeron sobre la plataforma de piedra. La balsa se inclinó verticalmente. Dos vacas se levantaron de un salto y se agarraron a las cuerdas. ¿Qué estaban haciendo? ¿Esperas volver a subir a la montaña?

"¡Abajo, tontos!" Esa voz de nuevo. Sonaba familiar.

La balsa comenzó a girar, esquina tras esquina, cada vez más rápido, hasta que las dos vacas se alejaron volando y se estrellaron de cabeza contra la pared del acantilado, salpicando cerebros entre la multitud. Sus cuerpos se deslizaron al suelo. De su carne sobresalían huesos rotos. No se movieron.

La balsa dejó de girar y se lanzó hacia la montaña. Las vacas estiraron el cuello y se quedaron mirando el vehículo en retirada hasta que desapareció entre las nubes. Bajaron la cabeza. Up es hogar y esperanza. El pasado. El presente y el futuro consistían en esto, una estrecha franja de hierba amarga entre la montaña y el mar.



"Te estaba esperando," dijo una voz alegre al lado de Vizzer.

Mantz. Como los demás, estaba desnuda. Las costras crujientes cubrían la mayor parte de su cuerpo.

"Aún estás vivo," dijo sorprendido.

Ella se encogió de hombros. "Tengo mi fe. Me mantiene fuerte."

"¿Qué fe?" dijo, y frunció el ceño. "¿En que?"

"Esta bien. Escuché lo que le pasó al dios falso. Recibir un disparo y todo."

Por supuesto. Los médicos habían conducido al sur una manada de vacas menopáusicas después de ese fiasco. Pero ella no sabría sobre la corrida final cuando Prinz corneó a Carlos hasta matarlo.

Vizzer le puso una mano en el hombro. "Carlos nos creó a todos, es cierto," dijo. "Pero él no era un dios. Y ahora está muerto."

Ella le dio unas palmaditas en la mano. "Esta bien. Es una prueba. Carlos me está poniendo a prueba. Para ver cuán fuerte es mi fe. Como seguramente te está poniendo a prueba."

Recordó su arrebato en el Consejo de Rebaño, hace diez días, cuando blasfemó contra Carlos en la cara de Pisotón y confesó el asesinato de su cría recién nacida.

"Lo siento," dijo. "Pero lo vi morir yo mismo. No es una cuestión de fe." Él frunció el ceño. "¿Y desde cuándo crees en ese tipo de tonterías supersticiosas, de todos modos?"

"Si murió," dijo simplemente, "entonces no era el verdadero Carlos." Una sonrisa beatífica le salpicó la papada. "He estado teniendo visiones. Dios mismo me habla."

"Bien..." Sonaba delirante. ¿Las Tierras del Sur tuvieron ese efecto en los exiliados? Esperaba que no.

Una conmoción repentina puso fin a esta línea de preguntas. Una de las vacas recién llegadas dejó escapar un bramido aterrorizado y comenzó a dar patadas y sacudidas, abriéndose paso entre la multitud. Una mosca montó su ubre, con el agujón profundamente dentro de su carne. Mantz saltó a la plataforma de aterrizaje.

Ella gritó, "¡Quítate la túnica! ¡Todos! ¡Rápido! ¡Debes poder sentir las moscas en tu piel o te picarán!"

Los recién llegados se arrancaron las túnicas del cuerpo. Vizzer también se quitó la rasgada prenda blanca. Las vacas miraban su cuerpo con curiosidad. De repente se dio cuenta de que era el único hombre de todo el grupo.

"¿Qué hacemos con ella?" preguntó una vaca, señalando a su compañero herido. Dos vacas la sujetaron con fuerza para evitar que pateara a las demás. La mosca se desprendió de su agujón y se alejó pesadamente mar adentro.

"¡Presta atención!" Mantz gritó. "Agarre el agujón debajo del saco."

Una bombilla pulsante se posaba sobre el agujón, la parte que había estado más cerca del cuerpo de la mosca. Una de las vacas lo agarró. "¿Me gusta esto?"

"Ahora pellizca," dijo Mantz. "¡Pero no tire!"

La vaca pellizcó el tallo del agujón. La víctima gruñó de dolor. El bulbo palpitó y se contrajo.

"¿Ahora que?"

"Está tratando de inyectar larvas en su cuerpo," dijo Mantz. "Los gusanos consumen tu carne desde adentro, antes de salir arrastrándose por tus ojos y oídos. Si tienes suerte, esto te mata. Si tienes mala suerte... Se calló."

"¿Así que que hacemos?"

"No tire. Si rompes la punta, penetrará más profundamente en su cuerpo. Desatornillelo. En sentido anti-horario. Muy lentamente. Pellizcando todo el tiempo." Una mosca zumbó cerca de la cabeza de Mantz. Ella lo apartó con la palma abierta. "El resto de ti. Esté atento en todo momento. Si no tiene cuidado, así es como morirá. He visto morir a cientos de vacas de esta manera. Es la cosa más terrible que jamás haya presenciado. No quieres que te pase esto."

"¡Entendido!" La amiga de la vaca agitó el aguijón por encima de su cabeza.

Mantz lo tomó. Lo sostuvo a la luz del sol. "¿Ves los garabatos oscuros?" dijo ella. Las cabezas de la multitud asintieron. "Esas son las larvas. Tuviste suerte. Normalmente hay cuatro. Todos siguen aquí." Dejó caer el aguijón sobre la plataforma de piedra y lo aplastó con los cascos. "Asegúrate de matar las larvas. O intentarán meterse en su boca mientras pasta. O peor aún, la boca de otra persona."

Las moscas pululaban a su alrededor ahora. Un monstruo azul verdoso aterrizó en el hombro de Vizzer. Por un momento estuvo ojo a globo ocular de mil prismas con el insecto, con su protuberancia pulsando, listo para pinchar. Lo golpeó con el dorso de la mano. Se alejó zumbando, volando erráticamente. Debe haber dañado una de sus seis alas transparentes.

Las vacas bailaban y pateaban, agitaban las manos por encima de la cabeza. Otra mosca zumbó cerca de la oreja de Vizzer. Lo ahuyentó. ¿Era este su destino? ¿Condenado a saltar y mover los brazos por toda la eternidad? Mantz se deslizó desde la plataforma y se colocó a su lado. Giró y sacudió sus extremidades, inconscientemente al parecer, ahuyentando el enjambre interminable de moscas.

"¿No hay alivio?" preguntó. "¿No hay forma de escapar de ellos, algún lugar donde esconderse?"

"Hay un lugar," dijo. "Pero no te servirá de mucho."

"¿Por qué no?"

"Deja que te enseñe."

Se alejaron de la plataforma de aterrizaje, hacia el océano. El aliento caliente y salado del mar jadeaba a su alrededor. Aspiró aire, saboreando el sabor. Iba a tocar el océano, al menos, antes de morir. Algo le cortó el pie y gritó.

"Mantente en el camino," dijo Mantz. Indicó el sendero arenoso que conducía desde la plataforma hasta la playa. "Los cascos están bien, pero la hierba cortará tus pies en pedazos."

Vizzer levantó el pie. Cortes superficiales en zigzag en la parte inferior. Mientras miraba, comenzaron a sanar. Dejó caer el pie para que ella no pudiera ver.

"Sabes," dijo, "necesitas a alguien que te proteja. Cuídate." Ella le tocó la cara con las yemas de los dedos. "Cuidar de ti."

Él se apartó. "Mis votos de celibato se aplican igualmente aquí."

"No te detuvieron cuando eras más joven."

"No me recuerdes mis fallas." Golpeó una mosca que pasaba con todas sus fuerzas. Cayó al suelo, zumbando furiosamente, incapaz de levantarse.

Mantz lo pisoteó, moliendo el insecto y sus larvas para pegarlos. Regresó al lado de Vizzer. "Miles de vacas infelices," dijo. "No se sorprenda si recibe ofertas." Ella le dio unas palmaditas en la mejilla y sonrió. "¿Debemos?"

Continuaron su caminata hacia el mar. Vizzer saltó sobre un pie. Se apoyó con una mano en su espalda, teniendo cuidado de no dar señales de interés sexual. Con la otra mano ahuyentó las moscas. El olor salado se hizo más intenso. Subieron una ligera cuesta y ahí estaba. El Gran Océano Austral. Se extendía hasta el horizonte, donde el azul se volvió púrpura y se encontró con el cielo anaranjado.

Varias vacas se bañaron en el agua cerca de la orilla. Todos quedaron sumergidos hasta el cuello. Un par de moscas se acercó a una. Aterrizaron,

uno en cada cuerno. Se arrastró hacia su rostro, extendiendo los aguijones. La vaca respiró hondo y se hundió bajo las olas. Las moscas zumbaron en círculo durante un rato antes de continuar en busca de un nuevo anfitrión.

"Así que hay esperanza," dijo Vizzer. "Podemos escapar de las moscas yendo al océano."

"Pero tienes que tener cuidado."

"¿Por qué?"

Mantz señaló al mar. "¡Mira!"

Un bucle de tentáculo grueso chapoteó en el agua, a menos de diez metros de donde se bañaban las vacas. Sus ventosas brillaban a la luz roja del sol. Se acercó a la playa. Las otras vacas salieron al galope del agua. La vaca sumergida aún no había salido a tomar aire.

"Vamos," murmuró Mantz. Mordió una uña. "Sal de ahí."

Un grito rasgó el aire bochornoso. El tentáculo sostenía en alto a la vaca mojada en un fuerte abrazo. Se dirigió hacia el mar. La vaca arañó el monstruoso apéndice, dejó de gritar sólo el tiempo suficiente para respirar de nuevo.

"¿Qué pasará con ella?" Preguntó Vizzer.

Mantz negó con la cabeza. "Nadie sabe con seguridad. A veces encontramos sus cuerpos medio digeridos varados en la playa." Ella asintió hacia el tentáculo en retirada. "Por la noche los gritos son insoportables."

Vizzer se abalanzó sobre la palabra desconocida. "¿Noche?"

"Claro," dijo. "Estamos al sur del Círculo Polar Ártico, ¿recuerdas? Además, las montañas proyectan una sombra. Tenemos algunas horas de oscuridad todos los días."

"¿Es eso cuando duermes?"

Mantz miró hacia la pared de roca. "Debes encontrar un amigo." Ella le acarició el costado y él se apartó de su toque. "Alguien que te cuide mientras duermes."

"¿Y si no lo hago?"

"No duermes."

"Y sin dormir..."

Ella se negó a mirarlo a los ojos. "Estas muerto."

## Capítulo 32

Vizzer intentó comer. La hierba amarga desgarró su lengua, sus labios, sus mejillas. Era como masticar fragmentos de vidrio. La sangre se mezcló en su boca con la vil hierba. Cada vez que se obligaba a tragar, se le revolvía el estómago y le llenaba la garganta con un bolo medio digerido. No se atrevió a masticarlo de nuevo, y simplemente lo dejó allí, babeando rojo y verde en el suelo.

El roce le lastimó las manos. Arrancaría un puñado de hierba y se lo metería en la boca. Observa cómo la sangre le cae por la muñeca hasta el codo. Cuando los cortes sanaron, rompería un poco más. Para evitar cortarse los pies, encontró cuatro piedras planas en la playa. Había dejado caer dos delante de él en el césped, girar, recoger los dos últimos, girar, y así sucesivamente, continuando por el campo. Todo el tiempo aplastando moscas. Una vez perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Cuando se levantó, su espalda estaba cubierta de cortes superficiales.

Perdió peso. Un Cross adulto necesitaba al menos veinte kilos de hierba al día para mantenerse sano. A Vizzer le resultó imposible comer lo suficiente. Lo único que pareció ayudar fue masticar bien. Esto redujo el riesgo de una purga. Se concentró en masticar. Se obsesionó con su digestión. Tan obsesionado que a veces se olvidaba de ahuyentar las moscas.

Dos veces lo picaron. Ni siquiera los sintió aterrizar. La primera vez que logró quitar el aguijón antes de que le inyectaran las larvas. La segunda vez, la mosca lo pinchó en la nalga. Alargó la mano, pellizcó el aguijón con una mano y lo desatornilló con la otra, pero cuando acercó la bombilla a la luz, sólo pudo ver tres larvas. Corrió para encontrar a Mantz, ignorando las briznas de hierba que le cortaron los pies.

"Báñese en el océano," le aconsejó, mientras él estaba allí jadeando. "A veces mata a las larvas."

"Pero ¿no siempre?"

"No."

Se empapó todo lo que pudo, saliendo de las olas para evitar un tentáculo, solo para tropezar con un peligro aún mayor: una embajada de vacas lo esperaba en la arena.

Querían ser su harén, explicaron. Ahuyentaban las moscas para que pudiera dormir, le llevaban la hierba más jugosa y menos repugnante que pudieran encontrar, si aceptaba satisfacerlas físicamente con la mayor frecuencia posible.

Corrió por la playa hasta que estuvieron muy atrás de él. El aire caliente le quemó los pulmones. Llegó a un pequeño arroyo, un hilo de nieve derretida de las montañas. Bebió hasta que su estómago no pudo contener más. Tenía que salir de allí. Lejos de la tentación.

No es que no le gustaran las vacas. Él hizo. Pero él no los entendía y no los deseaba. Había más en la vida que las pasiones físicas brutas. Había caído presa de la tentación una vez en su juventud, con Mantz. Desde entonces, se había dedicado a las cosas más elevadas, a descubrir y apreciar la verdad. El placer disipó la mente. De esto estaba convencido.

Caminó durante tres días por la playa, en dirección oeste. Pasó junto a grupos dispersos de vacas y algún que otro cadáver infestado de gusanos. Uno se puso de pie cuando pasó, con gusanos goteando de su rostro sin ojos. Siguió corriendo, hasta que no pudo ir más lejos. La playa terminó. Las montañas se desviaron hacia el mar. El agua lamió la pared de roca escarpada hasta el horizonte.

Vizzer volvió a su punto de partida. Las vacas se apiñaban a su alrededor, suplicándole sexo. Los esquivó y continuó hacia el este. Una vez más, las montañas se curvaban hacia el mar. No había salida de este infierno. Estaba atrapado.

"Podría haberte dicho eso," dijo Mantz, pateando a los competidores con sus cascos. "Sabes, la vida no tiene por qué ser tan difícil para ti. Podemos facilitar las cosas. Si nos deja. Un poco de amor de vez en cuando. ¿Sería eso tan malo?"



Decidió ahogarse. Camina hacia el océano y espera que los tentáculos no lo atrapen primero. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se durmió? La vida era una pesadilla despierta. Las moscas. La hierba amarga. Los tentáculos. Las vacas. ¡Buen Carlos, las vacas! El agotamiento se apoderó de él.

Tiempo De morir.

Se acercó a la playa sobre sus piedras y se metió en las olas. Se cubrió los ojos con las manos. Estudió el horizonte. No hay señales de ventosas. El objetivo era morir rápido. No ser devorado vivo por un horror de aguas profundas. El agua salada le lamió las rodillas. Exhaló tanto como pudo, preparado para sumergirse. Las voces al otro lado de una duna cercana lo hicieron detenerse. Mantz. Y otro.

"No puedo seguir," gritó la vaca. "Quiero morirme. ¿No hay salida?"

"Debes rezar," dijo Mantz.

"¿A quién? Carlos Él nos puso aquí. Nos creó para que pudiéramos sufrir."

Será mejor que lo crea, pensó Vizzer.

"Pero ¿quién creó a Carlos?" Preguntó Mantz. "¿Qué misterio divino lo trajo aquí para darnos vida?"

Mantz de nuevo con su religión. Se volvió suave en la cabeza. Debe ser el calor.

"No-no lo sé," balbuceó la vaca.

"Yo tampoco," dijo Mantz. Ella bajó la voz. Vizzer se esforzó pero no pudo distinguir las palabras. Regresó a la playa y se acercó sigilosamente. Echó un vistazo por encima de la duna.

"Muéstrame cómo," dijo la vaca.

Mantz se arrodilló, con las piernas y los cascos extendidos en direcciones opuestas. "Me gusta esto."

"¿Manos juntas?"

"Sin embargo, te sientes conmovido."

"¿Ahora que?" preguntó la vaca.

Un silencio.

Mantz dijo: "Espera a que Dios te hable."

"Pero ¿hablo en voz alta? ¿O debería susurrar? ¿Cómo sé que puede oírme?"

"Dios conoce los pensamientos de todos. La pregunta no es si él puede oírte, sino si tú puedes oírlo."

Vizzer ahuyentó una mosca. Se agachó detrás de la duna. Qué diablos, pensó. No podría doler. Esto, y luego mueres. ¿Qué tenía que perder? Cayó de rodillas en la arena. Deje que su cabeza caiga hacia adelante. Juntó las manos como había hecho Mantz. Háblame, Dios. ¿Qué tienes que decir al respecto? Tú que nos haces sufrir tanto.

Él esperó. Escuchando. No pasó nada. El dios dentro de los dioses, pensó con una risa irónica, pensando en su conversación con Carlos en órbita. El dios que hizo a Carlos. Sí claro. No hubo dioses. Los dioses estaban muertos. Suspiró y cerró los ojos. Peligro. No debe dormir. Con un esfuerzo, los forzó a abrirse.

Su visión estaba borrosa. Luchó por concentrarse. Se paró en la arena. Sostenía una espada en una mano. Un toro muerto yacía a sus pies. Un gigante de una Cruz. Uno de los más grandes que jamás había visto. La sangre se acumuló en la tierra compacta y goteó a borbotones de su espada. ¿El hizo eso?

La multitud se derramó sobre la barrera. El estadio estaba lleno. Tenían la boca abierta, pero no escuchó nada. Silencio absoluto. La multitud corrió hacia él. Me van a matar, se dio cuenta. Levantó la espada. Demasiado

tarde. La multitud lo recogió y lo cargó sobre sus espaldas por la pendiente herbosa en espiral.

En los escalones de piedra, se detuvieron, lo pusieron de pie. Muy por encima de él, el Trono del Creador estaba vacío. Vacío durante cinco mil años. Subió hacia él. Él miró por encima de su hombro. La multitud agitó los puños y lo urgió en silencio. Ahora estaba ante el trono. Se volvió hacia el estadio. Se agachó y...

Una mosca zumbó en su cara. Se echó hacia atrás y lo apartó con el puño. Él se puso de pie. Las dos vacas se ahogaron en oración, moviendo sus manos sobre sus cabezas por reflejo para ahuyentar a las moscas. ¿Qué acababa de ver?

Una pesadilla dentro de una pesadilla. Eso fue todo. Lo que no significaba nada. Mantz se había vuelto loco por demasiada hierba amarga. La locura también se agitó dentro de él. Quería afrontar la realidad, no escapar de ella. El suicidio siguió siendo la única opción que tenía sentido. Un tentáculo chapoteó cerca de la orilla. Se alejó de la línea de flotación. Pero no en el océano. Debe haber una mejor manera. Si tan solo pudiera pensar en cómo.

Se volvió y miró hacia los acantilados con el ceño fruncido. En la niebla de la montaña arremolinada, los picos ocultos arriba. ¿Podría escalarlos? ¿Tregar por ellos? ¿O al menos lo bastante alto como para arrojarse al suelo y morir?

Vizzer saltó sobre la duna, sorprendiendo a Mantz y su compañero. Caminó por el camino arenoso hasta la plataforma de aterrizaje. El acantilado se elevó hacia arriba. Presionó sus palmas contra la roca lisa, buscando apoyo, cualquier tipo de agarre. El aire estaba más fresco junto al acantilado. Estiró el cuello. La niebla se abrió por un instante. Solo pudo distinguir los pilares que marcaban el paso de montaña. Algo le mordió el dedo. Él juró.

"Hormigas de roca," dijo una voz detrás de él. Fue Mantz.

Una pequeña hormiga colgaba de la punta de su dedo. Tan pequeño que apenas podía verlo. Su mordisco era como el fuego. Brillaba al sol.

"¿Qué son?" preguntó.

Mantz se acercó más. "Ellos muerden."

"Puedo ver eso." Pellizcó a la hormiga entre dos uñas y tiró. Su piel se rasgó. Una gota de sangre brotó de su dedo. La herida sanó.

Inclinó la cabeza hacia arriba. "Están digiriendo lentamente las montañas. ¿Ves la suciedad a lo largo de la base?"

Una franja de polvo fino bordeaba el acantilado en ambas direcciones.

"Por supuesto."

"Se comen la roca. Mandíbulas de diamante."

Vizzer examinó la pared rocosa. Pequeños agujeros marcaban la superficie. Una hormiga salía ocasionalmente de una y desaparecía en otra.

"¿Qué es lo peor que pueden hacer?" preguntó. "¿Mátame?"

Se inclinó hacia atrás y, con toda la fuerza que poseía, se golpeó la frente contra la pared de roca. Carlos, eso duele. Él gimió. A través de la niebla en su cabeza escuchó un crujido. Abrió los ojos. Fragmentos delgados de pizarra se disolvieron en polvo a sus pies. El más estrecho de los asideros apareció en la pared. También un enjambre de hormigas.

"¿Crees que eres el primero en probar esto?" Mantz dijo. "Nadie ha tenido éxito."

La cabeza de Vizzer se aclaró. Eso es porque no tenían la píldora Infinity para mejorar su sufrimiento, quería decir. El dolor se fue. "Vale la pena intentarlo," dijo, y clavó los dedos en la pared. Decenas de hormigas con mandíbulas de diamantes atacaron su mano. Apretó los dientes.

Mantz le acarició el codo y se apartó. "¿Realmente preferirías matarte antes que estar con nosotros?" preguntó ella.

Vizzer dio un salto en el aire y golpeó la pared con el cráneo. Más esquivo se arrugó a sus pies. Más hormigas pululaban en la pared rocosa. Alzó la mano y arañó el segundo dedo. Gritó de dolor. Las hormigas se arrastraron por su codo, cortando su piel, mordiendo la piel expuesta. Flexionó las yemas de los dedos y se incorporó. Sus pies colgaban en el aire.

“Quédate ahí,” gruñó a Mantz. "Voy a intentar aterrizar sobre ti."

Se alejó del acantilado. “Tuve una visión. Es tu destino fundar un gran harén. ¿Te negarás a obedecer la voluntad de los dioses?”

Vizzer jadeó para respirar. Las hormigas cubrían su pecho, mordiéndolo por todas partes. Los pequeños cortes sanaron tan rápido como los insectos pudieron picar. "¿Cómo le dijiste a Pisonón?" preguntó. Fornicar dios. Y fornicarle a usted también."

Se incorporó con ambas manos y volvió a romper la pared con la frente. Esperó a que se despejara la confusión y luego se abalanzó sobre el nuevo agarre para los dedos. Entendido. Levantó la rodilla y clavó los dedos de los pies en el lugar donde acababa de estar la mano. Las hormigas le mordieron los pies, treparon por sus piernas. Descansó un momento, saboreando el dolor que inundó sus sentidos. Le dio fuerza. Lo impulsó. No descanses hasta que estés muerto, pensó. Lo cual, con suerte, sería pronto.

Lentamente escaló la pared. Su cabeza palpitaba por el impacto constante. Le dolían los dedos. Las hormigas lo mordieron con creciente ferocidad, enfurecidas, al parecer, por la rapidez con que cicatrizaron sus heridas. Una mosca zumbó detrás de él. Soltó la pared rocosa con una mano y la golpeó. Diez metros más para el final. Tal vez quince, para estar seguro. Entonces podría lanzarse hacia atrás, zambullirse de cabeza en el suelo.

Una y otra vez se golpeó la frente contra la pared. Casi ahí. Tres metros más. Dos. Su mano agarró algo ancho y sólido. Lo probó con su peso. Mantuvo. Se incorporó. Se arrastró hasta una pequeña repisa, de no más de un palmo de ancho, pero un metro de largo. Miró por encima del borde. Un pequeño grupo de vacas se había reunido en semicírculo. Para verlo morir, supuso. Si saltaba lo bastante lejos, podría llevarse uno o dos con él. Sería lo mejor que se podía hacer.

Vizzer se puso de pie en el estrecho borde y apretó la espalda contra la pared del acantilado. Las hormigas aún marchaban sobre su cuerpo. Se las raspó con las uñas, llevándose largas tiras de piel. Sacudió sus manos para enviarlos volando hacia abajo. Uno se arrastró por su párpado. Lo pellizcó justo a tiempo.

Una tregua momentánea en el dolor. Tomó un respiro profundo. Intenté relajarme. Aclare sus pensamientos. Podía ver el océano desde aquí. Tan diferente de la vista cuando llegó por primera vez en la balsa. El mar le había parecido exótico entonces, maravilloso, algo nuevo por descubrir. Ahora sabía la verdad. Su belleza enmascaraba una gran crueldad.

Vizzer negó con la cabeza. Atención. Simplemente hazlo. Y acabemos con eso. Con todo.

A la cuenta de diez. Apretó los puños. Cerró los ojos. Balanceado por el calor. Diez. Nueve. Ocho. El mundo fuera de sus párpados se oscureció. Qué apropiado. Siete. Seis. Cinco. Las vacas estaban gritando. Siempre estaban gritando por algo. Sus ojos parpadearon abiertos. ¿En nombre de Carlos...?

Largas sombras se deslizaron por la tierra. Un disco negro borró el sol. Un eclipse. Pero cómo-? La oscuridad estaba casi completa. La temperatura se desplomó. Las vacas de abajo bailaron encantadas.

Dex? Tenía que ser. Está allí en la nave espacial de Carlos, y de alguna manera tiene el control del dispositivo del eclipse. Pero ¿por qué el cambio de opinión? Un sentimiento desconocido le hizo estremecerse. Esperanza. ¿Dex vendría a visitarlos? ¿Incluso rescatarlos? ¿Ayudarles a encontrar una manera de deshacerse de Rutt y Prinz? ¿Él...

La cornisa cedió. Se dio cuenta de que había estado saltando arriba y abajo. Agarró el resto de los rastros de roca y se contuvo. Se arrastró hacia los lados, colgando de las yemas de los dedos, hasta que llegó a lo que quedaba de la cornisa y volvió a gatear. Un ejército de hormigas subió por sus piernas mientras lo hacía, mordiendo sus genitales. Resistió el impulso de retorcerse y se quitó los insectos de su cuerpo lo mejor que pudo. Su atención estaba fija de lleno en el cielo.

Puntos en movimiento brillaban en los cielos. Cosas flotantes. Él entrecerró los ojos. Se veían como... no. ¿Paracaídas? Pero ¿llevar qué? O quien? Había cientos de ellos, todos brillando de color púrpura. Rayos de luz verde centellearon en el cielo y varios de los paracaídas explotaron con un estruendoso aplauso.

Vizzer retrocedió y luchó por mantener el equilibrio. Los rayos de luz venían de detrás de las montañas. Del Norte. Cada rayo golpeó un paracaídas, volándolo. Le recordó un poco a la pistola de rayos de mano de Rutt. ¿Estaba Rutt detrás de esto?

Los paracaídas restantes flotaron más abajo. La batalla continuó: luces verdes parpadeantes, golpes agudos mientras los paracaídas explotaban. Los rayos brillaron más rápido de lo que cualquier Cross podría presionar un botón. Solo quedaban unos pocos paracaídas. Esperaba que Dex supiera lo que estaba haciendo. Y si no fuera Dex... Un nuevo pensamiento le retorció las entrañas. ¿Y si los supervivientes humanos ya estuvieran aquí?

Cuatro quedan ahora. Maricón. Tres. Maricón. Una pequeña bola púrpura colgaba suspendida de cada uno de los dos paracaídas restantes. Maricón. Solo queda uno ahora. Una luz brilló. Perdido. Las montañas detrás de él refunfuñaron. Una lluvia de nieve cayó en cascada por el acantilado. Vizzer se apretó con más fuerza contra la pared. Los chorros de nieve derretida mojados salpicaron el suelo.

El único paracaídas que quedaba aterrizó en la playa. En el mismo lugar donde, no una hora antes, se había arrodillado en oración. Recordó la pesadilla. Lo apartó de su mente. No hay tiempo para tonterías. Tenía que bajar allí antes de que las vacas lo ensuciaran. Lo que haya sido.

Se deslizó hacia atrás por la cornisa en la oscuridad, trepó de lado hasta donde terminaba su rastro de agarraderas y bajó por el acantilado. A medio camino del suelo perdió el equilibrio y se deslizó el resto del camino, arañando la roca lisa. Se puso de pie y casi se cae a causa del dolor en el tobillo. Algo se rompió. Se curaría. Aunque aún duele como el infierno.

Cojeó hasta la playa y se abrió paso entre la multitud de vacas. La esfera púrpura brillante palpitaba sobre la arena. El objeto era diminuto, ni

siquiera tan grande como su cabeza. Se acabó la comida o un ejército para rescatarlos. El paracaídas se desprendió y se revolcó en las olas. Un tentáculo chapoteó cerca de la costa y se escapó con la lona ondulante. Que te dé indigestión, pensó.

Mantz se arrodilló sobre la esfera púrpura, con las palmas flotando sobre la superficie. "¿No ves?" llamó a Vizzer. "Carlos ha respondido a nuestras oraciones."

Ella puso sus manos sobre la esfera. El pulso se detuvo. No pasó nada más.

Vizzer levantó los brazos manchados de sangre. "Es un objeto sagrado. Solo un sacerdote puede tocarlo."

Mantz se puso de pie y retrocedió. Vizzer se arrodilló sobre la arena caliente. La arena se pegó a la sangre seca en sus piernas. Descansó los dedos sobre la esfera. Hacía frío al tacto. Comenzó a latir de nuevo, más y más rápido ahora, hasta que se volvió completamente blanco, y pudo sentir la superficie temblar.

Un clic audible provino del interior del objeto. La multitud de vacas murmuró en silencio. Vizzer contuvo la respiración. Un silbido y la pelota se partió en dos. El hemisferio superior se dobló hacia atrás como una tapa. Una pantalla redonda llenó la mitad superior. Estaba en blanco. ¿Qué se suponía que debía ver? ¿Fue algún tipo de mensaje? ¿De Dex? ¿De los humanos invasores? Se aferró al orbe. ¿Quién se lo había enviado y por qué? Sus tripas se apretaron con fuerza. ¿Era toda su esperanza para nada? ¿Fue este un truco cruel, el comienzo de aún más sufrimiento?

La pantalla se iluminó. El rostro de Dex apareció a la vista. "Vizzer," dijo, y sonrió. "Mucho tiempo sin verte. Necesito tu ayuda. Es una emergencia."



# Capítulo 33

Vizzer se sentó sobre sus talones. Las vacas que lo rodeaban se inclinaron, tratando de obtener una buena vista de la imagen. "¿Necesitas mi ayuda?" preguntó. Una carcajada gorgoteó en su garganta.

Dex acarició la cámara, su hocico llenó la pantalla. "Apenas puedo verte," dijo. "Debe ser el eclipse. Aférrate."

Una luz cegó a Vizzer. Las vacas jadearon. Un rayo estrecho descendió del cielo, iluminando el orbe. Parecía provenir del propio eclipse. Pero ¿cómo fue eso posible? Parpadeó, luchó por concentrarse.

"Santo Carlos's Turd," dijo Dex, y silbó. "Te ves terrible."

"No gracias a ti," espetó. "Tú eres el que me abandonó aquí."

"Oye. Elegiste quedarte. ¿Recuerda?" Dex extendió una mano para detener la réplica de Vizzer. "No hay tiempo para discutir. Necesito tu ayuda."

Vizzer se agarró a los muñones donde habían estado sus cuernos. Cierra los ojos. "Debo estar alucinando de nuevo," murmuró, balanceándose de un lado a otro. "Otra pesadilla. Como antes."

"Sal de ahí," ladró Dex en la pantalla. "Esto no es una pesadilla. Esto es real. Necesito que me ayudes."

Echó un vistazo de nuevo a la pantalla. "¿Hacer qué?"

"Eso es lo que estoy tratando de decirte," dijo su amigo. "Ahora no interrumpas. Están intentando bloquear esta señal. Ante todo-"

"¿Quiénes son ellos?"

Rutt, sobre todo. Otros sacerdotes. Tienes que darte prisa." La imagen se volvió borrosa. El sonido se distorsionó. Nos ha encontrado. Date prisa...

intentando... construir... asesino de planetas." La estática crepitaba con cada palabra.

"¿El asesino de planetas?" Preguntó Vizzer. "Pero ¿cómo? Aunque pudiera, ¿por qué se molestaría?"

Static le respondió.

"Dex. ¡Dex! El único planeta que queda es Taurus. ¿Por qué él...?"

Su amigo reapareció en la pantalla, tocando frenéticamente su cuaderno sagrado. "No puedo... cañón láser... Por favor, date prisa... o no... no queda nada."

La pantalla chisporroteó y se apagó. Vizzer golpeó el costado con la mano. El foco se apagó. Se arrodilló en la oscuridad una vez más. Los demás se apiñaron a su alrededor. El aliento caliente de Mantz jadeaba sobre su hombro.

"¿No te dije que tuvieras fe?" dijo ella.

"¿En que? ¿Muerte y destrucción garantizadas? Hizo un gesto con la mano hacia el acantilado, el paso montañoso muy por encima. "¿Y cómo espera que le ayudemos? Ni siquiera puede sacarnos de aquí."

Como en respuesta a esta pregunta, un rayo de luz naranja golpeó la pared de roca detrás de ellos. Polvo rociado contra su piel. Se cubrió la cara con las manos y miró a través de los dedos. El chillido de la roca desgarrada sacudió el suelo. Columnas de humo se elevaron desde la pared del acantilado. La arena llovió sobre sus cabezas.

Vizzer se arriesgó a echar un rápido vistazo al eclipse. Allí. En la penumbra. El rayo procedía del mismo borde del círculo oscuro. Dex debe estar escondido detrás del dispositivo eclipse. Apostando a que Rutt no lo destruiría con sus pistolas de rayos. Las vacas alrededor de Vizzer gritaron de miedo y se hundieron en el mar. Siguió su mirada.

La cima de una montaña cubierta de nieve se desplomó directamente hacia ellos. A su alrededor, trozos más pequeños de piedra retozaban, trozos del tamaño de laderas que rebotaban contra el acantilado y caían sobre sus cabezas. Las vacas se agacharon. Vizzer levantó los brazos, dando la bienvenida a la muerte. Una serie de luces naranjas destellaron. La cima de la montaña explotó en una lluvia de polvo fino y nieve. El rayo estrecho se hundió más y más en la ladera de la montaña, corriendo muy por encima de sus cabezas. Un grito de triunfo se elevó entre la multitud. Dex estaba tallando una escalera de caracol en roca sólida.

"Se hará la voluntad de Carlos," dijo Mantz, y atravesó la arena que caía hasta la base de la escalera.

"¡Espere!" Vizzer dijo.

Mantz hizo una pausa, con los cascos delanteros en las escaleras. "¿Para qué?" Sacudió un montón de arena de su espalda. "Depende de nosotros. Nadie más. Para salvar a nuestros hijos y hermanos de la espada. Dios no quiere que nos matemos unos a otros. Es hora de terminar con el carnaval sangriento." El goteo de vacas detrás de ella se convirtió en una inundación.

Alguna parte perversa de Vizzer se rebeló. Había fallado tan a menudo que solo vio angustia y decepción en esta oportunidad. "¡Es una tontería!" gritó a la muchedumbre. Una mosca cargada de polvo se posó sobre su cabeza. Lo golpeó. "Nos matarán a todos si volvemos allí. ¡Tú lo sabes!"

"¿Eso es de alguna manera peor que donde estamos ahora?" rebuznó una vaca a su lado. Los demás rieron y se apiñaron hacia las escaleras.

"¡Tenemos que darnos prisa!" Mantz lo llamó. "Él dijo que. ¿Recuerda?"

Manos arrastraron a Vizzer a sus pies. La esfera púrpura yacía abierta, descartada en la arena, un juguete abandonado.

"¡Espere!" gritó de nuevo. "¡No estamos listos!"

Pero ignoraron sus protestas. Lo recogieron y lo llevaron a través de los montículos de arena que llegaban hasta los hombros hasta el final de las

escaleras. Ponlo al lado de Mantz y empuja a ambos hacia adelante.

Cada paso era una agonía para Vizzer. Su tobillo se había hinchado al doble de su tamaño normal. El hueso roto se había endurecido pero aún no había sanado por completo. Solo apoyándose en Mantz, con su brazo alrededor de su cuello, podría lograr trepar. Solo había espacio para que dos caminaran juntos en las escaleras. Los cuernos de los que estaban detrás les empujaron.

Las paredes se elevaban a ambos lados de ellos. Cada aterrizaje los llevaba más profundamente en la ladera de la cordillera, hasta que su vista del mundo fue a través de una estrecha rendija en la piedra. Charcos de arena cubrían las escaleras, haciendo que la base fuera desigual. Las nubes sobre sus cabezas parecían no acercarse.

Catorce pasos, aterrizaje, giro. Catorce pasos, aterrizaje, giro. Catorce pasos... Su tormento abajo había sido reemplazado por la tensión de subir cinco mil metros hacia arriba. El entusiasmo inicial de las vacas disminuyó. Reemplazado, al parecer, por la determinación de llegar a la cima, aunque eso significaba la muerte cuando llegaran allí. Vizzer miró hacia atrás. Miles de vacas subieron las escaleras detrás de él. La línea descendió hasta el nivel del suelo y se fusionó con lo que sin duda era un círculo de miles más, esperando su turno para subir. Nadie dijo una palabra. No quedaba energía para una charla informal.

El aire se enfrió. Jirones de niebla congelaron sus pieles sudorosas. Lamieron el aire húmedo con la lengua reseca, tratando de absorber algunas moléculas de agua.

Una voz abajo gritó: "¡Aquí vienen!"

¿Aquí viene quién? ¿De donde? Mantz lo apretó contra la pared más cercana y lo cubrió con su cuerpo. Los dedos señalaron hacia las escaleras. Allí estaba. La balsa nazza. Viniendo a su manera. Eso significaba Cuerpo Fronterizo. Pero cuantos? Y estarían armados. ¿Qué harían ellos? La larga fila de vacas se detuvo.

La balsa se detuvo a unos metros de distancia. Era lo bastante ancho para caber entre las dos paredes de piedra. Se balanceaba en el aire por encima de sus cabezas. Tres miembros del cuerpo estaban en la balsa. Cada uno se sujetaba con fuerza a una de las cuerdas de seguridad con una mano y sostenía un látigo de nazza enrollado en la otra.

"Vuelve a donde perteneces," gruñó uno. Su voz amplificadora resonó por la estrecha grieta.

Mantz se llevó las manos a la boca antes de que Vizzer pudiera detenerla. "¡El mismo Carlos nos protege!" ella gritó. "No hay nada que puedas hacer para dañarnos."

Los zarcillos de látigo nazza brotaron en sus manos. Las puntas moradas gotearon por el costado de la balsa. Púrpura. El escenario para el máximo dolor.

"¡No blasfemes más!" rugió el médico. "El Código te lo ordena. Obedecer."

"¿O que?" Una vaca le chilló. "¿Nos vas a hacer daño con esa cosita?"

Los labios del médico se separaron. Sus dientes brillaron a la sombra de la roca. En ese momento el sol se deslizó de lado por la grieta. Dex debe haber apagado el dispositivo Eclipse.

"Voy a disfrutar esto," dijo el médico.

Tres látigos nazza cayeron de la balsa. Mantz atrapó el que le apuntaba y se lo envolvió en la muñeca. Otras dos vacas hicieron lo mismo. Increíble. Su sufrimiento constante los había habituado al dolor. La mordedura del látigo nazza no debe ser nada comparada con la picadura de una mosca, con la hierba amarga, con el agua salada en sus heridas todos los días. El cuerpo de Mantz se contrajo contra el de Vizzer. Los médicos se retiraron de sus armas.

"¡Muy bien, señoras!" Mantz gritó. "¡Tirón!"

Ellos se levantaron. Las vacas vecinas treparon unas sobre otras, agarraron los zarcillos chispeantes. La balsa se inclinó. Un miembro del cuerpo médico se cayó y aterrizó tres pisos. Los otros dos soltaron sus látigos.

Mantz gritó: "¡Rápido! ¡Antes de que se escapen!"

Las vacas voltearon los látigos nazza. Uno de los miembros del cuerpo restantes tomó un brazalete en su muñeca.

"¡Detenlo!" Vizzer dijo. "¡El que tiene el control!"

Un látigo nazza se envolvió alrededor del brazo del médico y lo arrancó de la balsa. El otro cayó a su lado. Durante mucho tiempo no hubo más sonido que gruñidos de satisfacción cuando las vacas se hundieron en los cráneos de sus torturadores.

Vizzer le susurró a Mantz: "Toma el control antes de que lo destruyan. ¿Por qué caminar cuando podemos volar?"

"¡El control!" Mantz gritó a sus compañeros, que incluso ahora estaban haciendo papilla los sesos de los médicos. El grito se repitió, el cuerpo se despojó del brazalete y se pasó mano sobre mano a Vizzer.

"¿Sabes cómo trabajarlo?" le preguntó, limpiándose la sangre de las manos. Un médico muerto rezumaba a sus pies.

Vizzer hizo girar un pomo y la balsa cayó. Las vacas chillaron, se cubrieron la cabeza para bloquear el golpe. Giró el pomo y detuvo la balsa justo a tiempo. "Ese no," dijo. Probó con otro pomo. La balsa golpeó lateralmente contra la pared de la grieta. "Entonces. Arriba y abajo. Un lado a otro. ¿Adelante y hacia atrás?" La balsa se alejó de ellos, salió hacia el mar lejano y regresó. "Lo que significa que esto debe ser..." Apretó un solo botón aparte de las tres perillas, y la balsa se inclinó. Mantuvo presionado el botón hasta que la balsa se puso vertical. Soltó el botón y la balsa volvió a la horizontal.

"Te tengo," dijo, y sonrió.

"¡Hoy montamos!" Mantz gritó. La aclamación creció y bajó las escaleras.

Vizzer acercó la balsa a donde estaban él y Mantz. Ella lo ayudó a levantarse. Una a una llenaron la balsa, cincuenta vacas apretadas juntas, Vizzer en el medio. Docenas más se aferraron al borde de la balsa. Otros se acercaron con los brazos vacíos, rogando por acompañarlos.

Mantz golpeó los nudillos de los colgadores. "¡Sigue escalando!" los llamó. "¡Volveremos por ti tan pronto como podamos!"

Vizzer marcó el botón para "arriba." La balsa se tambaleó un poco y luego salió disparada directamente hacia las nubes arremolinadas. Ya estaban a la mitad de la montaña, supuso. Las vacas que lo rodeaban se aferraron a las cuerdas. Entraron en las nubes. El frío silencio los envolvió. La neblina helada cubría sus sudorosas pieles con un rocío helado. Una docena de toneladas de carne se estremecieron a su alrededor. Era como si el mundo hubiera dejado de existir y estuvieran abandonados por una eternidad en esa astilla de madera, flotando en una niebla interminable.

Salieron al aire libre. Suspiró con alivio. Una estrecha franja de nubes se extendía por encima y por delante de ellos, subiendo las escaleras. El suspiro se convirtió en un jadeo. Quedaban miles de metros para llegar a la cima. Un leve estallido resonó en la distancia. Cerebros calientes salpicaron el pecho de Vizzer. La vaca sin cabeza que estaba junto a él cayó de lado.

"Alguien nos está disparando," gritó Mantz. "¿No puedes hacer algo?"

"Déjame ver."

Jugó con el control, ahora sujeto a su propia muñeca, y la balsa se lanzó hacia adelante. Las balas pasaron zumbando por donde habían flotado un momento antes. Aceleró hacia arriba, desaceleró, se balanceó hacia los lados y volvió a avanzar. Las balas seguían llegando. Uno cortó un cuerno de vaca en la base. Otro hizo un agujero en la balsa a sus pies. Un tercero le arrancó el brazo a una vaca. Se levantó horrorizada el muñón ensangrentado, recibió una bala en el pecho y cayó de la balsa hacia las escaleras de abajo.

"Tenemos que llegar allí antes de que todos muramos," dijo Mantz.

A ambos lados, las paredes de piedra gris se elevaban hacia arriba. Puntos de llama naranja parpadearon en la parte superior del paso. Debe ser algún tipo de arma terrestre. Esperaba que no tuvieran otra balsa.

"¡Aférrate!" él gritó.

Empujó la balsa hacia adelante hasta que se deslizó unos centímetros por encima de las escaleras, la inclinó hacia arriba en un ángulo pronunciado para igualar la pendiente y aumentó la velocidad tanto como pudo. Las vacas gritaron, pero aguantaron. Las balas salpicaron a su alrededor, arrancando trozos de roca de las paredes lisas. Gracias a Carlos, no tienen una pistola de rayos como la de Rutt, pensó Vizzer. Ese enano loco probablemente sea demasiado paranoico para permitir que alguien más tenga uno.

Arriba dispararon. La parte superior de las escaleras se acercaba cada vez más. Luego atravesaron el cielo anaranjado sobre ellos, las montañas a su alrededor, el enemigo abajo.

Vizzer redujo la velocidad de la balsa y la aplanó, para alivio audible de los demás. Se dio la vuelta para inspeccionar a sus asaltantes.

Un ayudante médico solitario se agachó en lo alto de las escaleras. Apuntó con un arma de la mitad de su tamaño a la empinada zanja de la que acababan de salir. Vizzer silbó a su pesar. La parte superior de las escaleras estaba a un par de kilómetros tierra adentro desde el borde del paso de montaña, donde comenzaba la pared del acantilado. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que estuvo aquí? Un puñado de diez días, cuando bajó por la balsa por primera vez al exilio. Parecía toda una vida.

El médico tomó el arma y luchó por darle la vuelta. Vizzer nunca antes había visto un arma como esa. El arma era enorme. Obviamente, no fue diseñado para ser recogido y disparado contra objetos voladores. Se preguntó cómo había convencido Rutt al Cuerpo para que aceptara un arma tan poco tradicional.



Vizzer apretó el control de la muñeca y se lanzó directamente hacia el médico, que incluso ahora levantó el arma con ambas manos. Una ráfaga de balas pasó volando por debajo de ellos. ¿Podrían llegar a tiempo? A tan corta distancia, los disparos los matarían a todos.

La balsa se estrelló sobre el artillero, partió la balsa en dos y los derramó sobre el suelo helado. Vizzer aterrizó pesadamente, rompiéndose el tobillo por segunda vez. Un dolor terrible le atravesó el hombro. Él juró. Se puso en pie y cojeó hasta donde yacía el médico. La fuerza de la balsa había empalado el arma profundamente en el torso de la Cruz. Rayos de costillas rotas sobresalían del cuerpo sin vida. La sangre manchó un trozo de hielo.

Las vacas supervivientes se acurrucaron juntas, pateando sus cascos, golpeando sus flancos. Sus dientes castañeteaban ruidosamente. Espere. Vizzer se dio cuenta de que eran sus propios dientes. Ninguno tenía túnica, mucho menos ropa de abrigo. Ni siquiera comida o agua. Todos estaban exhaustos. Fue un viaje de varios días hasta la cálida y dulce hierba de las llanuras. La balsa se había roto en fragmentos inútiles. ¿Qué iban a hacer?

Se volvió hacia Mantz. "Bueno," dijo encogiéndose de hombros. "Estoy abierto a sugerencias."

Ella no respondió. ¿Qué estaba mirando?

Una docena de cruces vestidas de blanco emergieron de un alto banco de nieve. Las capuchas cubrían sus rostros. Le apuntaron con sus armas. Uno de ellos dijo: "Mira quién acaba de escapar del infierno."

Los demás rieron. "De un infierno a otro."

# Capítulo 34

Para venir hasta aquí. Solo para ser devuelto. Enviado de nuevo a la hierba amarga. Él moriría primero. Todos lo harían. Él lo sabía. Mantz bajó la cabeza, preparada para atacar. Con sus diminutos cuernos femeninos. Él y las vacas superaban en número a las Cruces en blanco por cuatro a uno, pero sus oponentes tenían armas. Muchas de las vacas mueren. Quizá todos ellos. Decidió fanfarronear.

"¿Quién amenaza al propio vizzer del rey?" gritó. En el aire frío y enrarecido, su voz salió como un chillido.

Una Cruz en blanco dio un paso adelante. Su rostro encapuchado se balanceó de lado a lado, examinándolos. Sostuvo su arma con fuerza en sus manos. "El vizzer del rey," gritó a los demás. "¿Oyes eso?" Los demás rieron entre dientes.

Debemos tener un aspecto terrible, se dio cuenta Vizzer. La piel se tensaba a lo largo de las costillas, los rostros cubiertos de costras por el pasto. Trató de parecer digno. Puso una mano sobre el hombro de Mantz para sujetarla. "¿Tienes alguna comida?" —preguntó con tanta altivez como se atrevió. ¿O ropa de repuesto? Tenemos frío y hambre. El rey te recompensará bien por ayudarnos en nuestro momento de necesidad."

La Cruz de blanco resopló. "De alguna manera lo dudo," dijo. "Pero te ayudaremos de todos modos." Levantó una mano y se echó hacia atrás la capucha hasta los cuernos.

Fue Glit.

La mandíbula de Vizzer se abrió. La baba se congeló instantáneamente en la esquina de sus labios. Glit. Su primer recluta. El guardaespaldas con daño cerebral. Su maestro de armas. Cerró los labios y frunció el ceño. El traidor. No tenía nada que hacer en las montañas. Glit nunca calificaría para el Cuerpo con esa cojera suya.

Echó otro vistazo a la Cruz. Aférrate. ¿Qué pasó con su cojera?

"¿Qué estás haciendo aquí?" se las arregló por fin.

"Las cosas han cambiado desde que te fuiste, Vizzer," dijo Glit.

¿Tienen ellos? ¿Cómo?"

"Lo crea o no, venimos a rescatarlo. Parece que Dex se nos adelantó."

Las vacas murmuraron sorprendidas.

"¿Rescatarnos?" Vizzer dijo.

Glit levantó una esfera púrpura en una mano. "Dex nos pidió que nos encontráramos aquí. Pero el enlace de comunicación murió antes de que él tuviera la oportunidad de explicarlo." Se volvió y gritó por encima del hombro: "¿Quién tiene las mantas?"

Una mano empujó una manta en la cara de Vizzer. Lo tomó, lo envolvió alrededor de su cuerpo. Los escalofríos disminuyeron. Aceptó una segunda manta, se la echó sobre los hombros y se cubrió la cara del viento de la montaña.

"Entiende, no me quejo," dijo. "Pero ¿por qué querías rescatarnos?"

Glit se acercó más, bajó la voz. "Después de que fuiste exiliado, Rutt se hizo cargo."

Las vacas se arremolinaban cerca, envolviendo con mantas sus gélidas caderas. Balaban de felicidad ante los otros guardaespaldas. Flexionaban. Ghio. Jopl. Los reconoció a todos. Glit los había entrenado desde el principio.

"¿Qué pasa con Prinz?" Preguntó Vizzer.

"Claro," dijo Glit. "Prinz sigue siendo el rey. Pasa sus días con su harén. Todo el día. Todos los días. Deja el resto a Rutt."

"Pero ¿qué ha hecho?"

“¿Rutt? Explotó la estatua para empezar. ¿Quién lo hubiera pensado, eh? ¿Muerde para comer?” Extendió un cuadrado verde duro.

"¿Qué es esto?"

“Extracto concentrado de hierba. Técnica que los sacerdotes recogieron de los datos de respaldo. Tengo una fuente en el interior. Rutt construyó una máquina que come hierba y escupe estas tabletas. Ellos son buenos. Prueba uno.”

Vizzer puso una esquina del cuadrado entre sus dientes, mordió un trozo pequeño. Al entrar en contacto con su saliva, el fragmento explotó hasta llenar su boca con una hierba dulce y de sabor fresco. Sus glándulas salivales no podían mantener el ritmo. Su lengua se sentía seca.

Glit sacó una botella de agua. "Aquí. Bebe esto."

Bebió y masticó. Oh Carlos, se sintió bien volver a comer comida de verdad. "Explotó la estatua," instó.

"Por supuesto. Gran explosión. Suciedad por todas partes. La gente estaba lista para lincharlo al principio. Lo acusó de destruir a Dios mismo."

"¿Entonces qué pasó?"

"Rutt les prometió un dios mejor y más grande al que adorar."

"¿Compran eso?"

“Mató a un par de vacas y las protestas terminaron bastante rápido. Llevé las piezas de la estatua a los lugares secretos que tienen los sacerdotes.”

La garganta de Vizzer se apretó. La expresión del rostro de Glit le dijo todo. "No lo hizo."

"Él hizo."

Un trozo de hierba se atascó en la garganta de Vizzer. “Así que ahora controla una estatua. Excelente.”

Glit levantó una palma abierta y abrió los dedos en abanico.

"¿Cinco estatuas?"

"¿Qué se suponía que debíamos hacer?"

Vizzer se atragantó. “¿Detenerlo? Podrías tener-”

"¿Qué? ¿Lo atacó por volar una estatua? ¿Una estatua que estaba matando gente? No teníamos idea de lo que estaba haciendo."

El apetito de Vizzer disminuyó. Se obligó a roer el cuadrado de hierba.  
"¿Qué dice Prinz sobre esto?"

"Piensa que es genial para su prestigio. En lugar de que nosotros lo protejamos, tiene cinco estatuas de oro."

"¿No crees que es extraño que Prinz aún esté vivo?"

"¿Quieres decir, por qué no lo ha matado Rutt?"

"Lo habría hecho, si fuera él."

"Rutt sabe que la gente no lo seguirá. No pueden soportarlo. Es un enano, apenas se le acaba la túnica de novato y nadie lo respeta. El sabe esto. Prinz, por otro lado, es su rey. Un testafarro en este punto, pero sigue siendo su rey."

"¿Y los sacrificios?"

Glit levantó sus hombros, los dejó caer. “Los toros quieren morir en la corrida. Como siempre. ¿Qué esperas?"

"¿Entonces, qué hacemos ahora?" Vizzer trató de evitar que le temblara la voz.

El guardia miró alrededor a las vacas que se arremolinaban. Inclino la cabeza hacia la oreja de Vizzer. "Esperábamos que nos pudieras decir."

La dulce hierba sabía a polvo. Había escapado del infierno. ¿Para qué? ¿Ser aplastado por las cinco estatuas de Rutt?

Comenzó a formarse una idea. Con una confianza que no sentía, dijo: "Primero tenemos que esperar a que lleguen las otras vacas."

Glit resopló. "¿Para qué?"

"Confía en mí esta vez." Vizzer miró por la escalera, pero no vio ni rastro de ellos.

"¿Qué tan abajo están?"

"Debajo de las nubes. Aún quedan miles de metros por escalar."

"¿Realmente los necesitamos?" preguntó el guardia.

"Te aseguro que son imprescindibles."

Glit chasqueó los dedos. Una figura encapuchada se inclinó a su lado. "Toma nuestras balsas. Transporta a las vacas desde abajo. ¿Cuántos hay?" Se dirigió a Vizzer ahora.

"Un par de miles."

Ambos guardias silbaron. "¿Tantos?"

Vizzer hizo una mueca. "El exilio no te mata tan rápido como piensan la mayoría de las Cruces."

"¿Lo tengo?" Preguntó Glit.

El guardia saludó. "Lo haré."

El banco de nieve se derrumbó. Tres balsas se levantaron del suelo. Vizzer se maravilló de su camuflaje. Se elevaron por encima de sus cabezas y

desaparecieron entre las nubes.

"¿De dónde sacaste las balsas?" Preguntó Vizzer.

"Rutt nos los dio. Nos dijo que patruláramos el campo en caso de que Dex intentara aterrizar." Glit se encogió de hombros. "Regresé para encontrar cinco estatuas fuera del estadio, y nosotros sin trabajo."

"Lo que no puedo olvidar es cómo has cambiado. Incluso tu cojera se ha ido."

Glit se rió. "Solía ser bastante estúpido, ¿no?"

"Bueno, yo no diría eso, pero..."

"Está bien. Fue genético. Rutt me dijo eso. Me dio una pastilla para curarme. Los otros guardias también. Algo sobre reorganizar mi estructura genética. Arreglado el autismo. Así es como lo llamó. Incluso me deshice de mi cojera. Increíble, ¿eh?"

"Entonces, ¿por qué querías ayudarnos?" Preguntó Vizzer. "Rutt acaba de cambiar tu vida. ¿Por qué no le eres leal?"

Glit se rió. "Nos arregló porque quiere usarnos como carne de torero. Introdujo a la mayoría de los Cuerpo Fronterizo en la arena y ahora quiere usarnos. Somos una elección fácil para los miembros jóvenes del sindicato. Demasiado pequeño para ser una amenaza. Oh, sí, Tanos y el sindicato están del lado de Rutt."

"Pero ¿qué hay de la tierra del paraíso, con las vírgenes estrechas y todo eso?" Vizzer dijo, medio en broma.

El guardia hizo una mueca. "No es cuestión de broma. Ya no creo en esas tonterías religiosas. Y si fuera solo por ti, no estaría aquí."

Vizzer luchó por tragar. Lo obligó a bajar. "Entonces, ¿por qué nos ayudas?"

Glit lo alejó de los demás y lo comprobó para asegurarse de que nadie pudiera oírlos. Mantz masticó un bocado de hierba cerca, una expresión de felicidad en su rostro. "No deben saberlo," dijo. "Aún no."

"¿Sabes qué?"

"Lo que Rutt está tratando de hacer."

"¿Te refieres a la bomba?"

"¡Ssh!"

"Pero ellos ya saben sobre el asesino de planetas."

"¿Cómo?"

Vizzer hizo un gesto con la mano hacia la empinada trinchera, el cielo arriba. "Dex se puso en contacto con nosotros. Él es quien nos sacó de allí."

"¿Eso es lo que pasó?" Glit dijo. "Lo sospechábamos, aunque no podíamos estar seguros." Echó un vistazo a la escalera y volvió a bajar la voz. "Pero la situación de las bombas es peor de lo que piensas. Mucho peor."

"¿Cómo puede ser peor?"

"Él planea destruir a Taurus con él."

"Pero ¿por qué?" Preguntó Vizzer. "Eso no tiene sentido. Él también se suicidaría."

"Quiere esclavizar a los humanos. Los supervivientes. Cuando ellos vengan."

"¿Cómo planea hacer eso?"

"Cuando aparezcan con sus naves y sus armas, Rutt dirá, bajen y sean nuestros esclavos o volaremos el planeta."



"Pero no estará vivo entonces. No llegarán por ti... Pero el pensamiento repentino destrozó el final de su oración. "No."

Los ojos de Glit brillaron. "La píldora del infinito. ¿Tú lo sabes?"

"Podrías decirlo."

"Según mi fuente interna, Rutt probó la píldora en sí mismo, y funciona. Ahora es inmortal." Glit extendió la mano y pasó una uña por la línea de la mandíbula de Vizzer. "Tú también lo has tomado, ¿no es así?"

Vizzer asintió. "Tal vez lo haya hecho."

"Si te ayudo, ¿puedes conseguirme una de esas pastillas?"

"¿Por qué no?" Vizzer dijo. "Pero ¿cómo sabes que Rutt no está mintiendo?"

Glit acercó su rostro al de Vizzer. "Rutt nos odia. Todos nosotros. No le gustaría nada más que una excusa para matarnos a todos."

"Pero ¿por qué? Los humanos no se van a dejar esclavizar. Especialmente no por nosotros."

El guardia negó con la cabeza. "Porque él puede. Porque es el enano más pequeño de Taurus. Está amargado. Sé cómo se siente. Como un error. Descartado por la sociedad. Ignorado por las vacas. Quiere vengarse del universo por haber nacido pequeño."

Vizzer estaba reflexionando sobre esto cuando reaparecieron las balsas, aterrizando en la nieve. Las vacas vitorearon. Las balsas se vaciaron y se apresuraron a transportar su siguiente carga.

"¿Qué les dirás?" Glit quería saber.

"La verdad. Todo."

"¿Estás seguro?"

“Pueden ser solo vacas," dijo Vizzer. "Pero sin su ayuda, estamos perdidos."

# Capítulo 35

Las tres balsas flotaron por las llanuras a paso de paso. Vizzer se sentó con las piernas cruzadas en la balsa principal, llevado por la marea. Miles de vacas se apiñaban detrás de él. Seis mil habían escapado del exilio, pero cada vez que miraba hacia atrás, su número había aumentado. ¿Cuántos había ahora? ¿Siete mil? ¿Ocho?

Marcharon frente a harén tras harén de cortesanas núbiles, muchas de ellas embarazadas, que levantaron la vista del pasto para mirar con horror los rostros macabros de los manifestantes. Se unieron a la marcha cuando se dieron cuenta de que este también era su destino, con la menopausia. Los Reproductores galopaban a su lado, lanzando insultos a sus concubinas, antes de finalmente alejarse, sacudiendo la cabeza. Uno se negó a aceptar la deserción de su harén y cargó contra la multitud, matando a media docena de vacas. Mantz se había visto obligado a usar el látigo nazza para ahuyentarlo, pero cuando ningún dolor pudo contener la furia del Criador, ella aumentó el ajuste del látigo y le cortó ambos cuernos, y él se escabulló con la cola entre sus piernas. A pesar de este incidente, un ambiente de carnaval contagió a la multitud, una risa incómoda ahuyentaba el miedo a lo que se avecinaba.

Vizzer flexionó el tobillo. La hinchazón había bajado. Casi estaba curado. Su hombro también. Resultó que el impacto había dislocado la articulación. Glit lo ayudó a colocarlo en su lugar. Necesitaba estar en plena forma. Gran posibilidad de eso. No había dormido desde que lo enviaron al exilio. ¿Cuántos diez días habían pasado? ¿Tres? Cuatro Sentía que podría colapsar en cualquier momento. Pero no hubo tiempo. Rutt estaba construyendo una bomba. Tenían que detenerlo antes de que fuera demasiado tarde. Las vacas habían clamado por un día de descanso, una oportunidad para llenar sus estómagos con hierba dulce, para dormir sin tener que preocuparse por las picaduras de moscas. Él se había negado. Dex dijo que se diera prisa. Se darían prisa.

Fue una pena que no pudiera comunicarse con Dex. Debería haber mantenido la esfera púrpura lejos de la playa, pensó, por si Dex encontraba una forma de evitar la interferencia de Rutt. Pero entonces, Glit había intentado usar su esfera púrpura, sin éxito.

Cuando emergieron de las estribaciones hacia el calor de las tierras bajas, la sombra del eclipse reapareció, los siguió por las llanuras. Dex los estaba vigilando, al menos. Bueno. Era mucho más fácil viajar al fresco de esa sombra artificial que al calor interminable del sol polar, y Vizzer agradeció en silencio a su amigo. Aun así, avanzaron a trompicones, delirantes por la falta de sueño, agarrándose a matas de hierba al pasar. Resistió la tentación de tumbarse en la balsa y cerrar los ojos. Debe ser fuerte por todos ellos.

Llegaron al río sagrado Albiot. Justo sobre el horizonte se encontraba el estadio, el Polo Norte y el final de su viaje. Ordenó un alto, el primero y el último.

“Purificaos en las aguas sagradas,” gritó, de pie en la balsa. “Entonces vamos a encontrar nuestro destino.” Una brisa cálida llevó el olor de su miedo hacia él. Volvió a levantar la voz. “Solo sé esto: las viejas formas ya no pueden continuar. Los cambiaremos, cambiaremos a Taurus, cambiaremos la forma en que vivimos o moriremos en el intento. ¿Estás conmigo?”

Las vacas vitorearon y aplaudieron. “¡Larga vida a Vizzer!” gritaron y se lanzaron a bañarse, arremolinándose alrededor de su balsa.

“De cualquier manera, el viaje casi ha terminado,” murmuró Vizzer para sí mismo. No estaba del todo seguro de que el éxito fuera posible. Pero debe intentarlo.

Bajó de la balsa y se metió en el río lento. Se sumergió, dejó que las cálidas aguas le acariciaran la piel. Durante un buen rato desaparecieron los murmullos de las vacas nerviosas, sus preocupaciones huyeron por sus poros, y flotó en paz bajo la superficie, el cielo rojo oscuro entre las turbias olas. Esperó todo lo que pudo y finalmente tomó aire.

Mantz se inclinó sobre las turbulentas aguas. "¿Entonces, que vamos a hacer?" preguntó ella. "¿Cómo detenemos las estatuas? ¿Cómo detenemos... a él?"

"¿Te refieres a Rutt?" Vizzer le dio unas palmaditas en el hombro con la mano mojada. "Tengo un plan. Espera y verás."

Ella se mordió el labio. "¿Lo matarás?"

El agua goteaba de sus cejas. "Si necesario. ¿Por qué?"

Ella bajó la voz. "¿Te acuerdas de esa vez que tú y yo... hace tantos años?"

Él frunció el ceño. "¿Qué pasa con eso?"

"Rutt es tu hijo."

Rutt paseaba irritado fuera de las Grandes Puertas. Qué idiota era Prinz, pensó. ¿Quién hizo rey a este idiota? Oh. Espere. Lo hiciste. ¿Ahora quién es el idiota?

Prinz pateó el suelo como un animal tonto. "¡Así que recupéralo!" gritó.

"No es tan simple, Su Alteza." El honorífico se ahogó en su garganta. Oh, por el día, y pronto, cuando pudiera aplastar al rey.

"No me importa lo que tengas que hacer, ¡hazlo!" Prinz agitó los cuernos con ira.

Rutt se agachó para evitar esas puntas afiladas. "Señor, estoy haciendo todo lo que puedo."

Pero ¿cómo se supone que vamos a tener una corrida sin el... cómo lo llamaste?

"Un eclipse."

"La oscuridad. Sí."

Una Cruz galopó hacia ellos. Rutt reconoció la pesada túnica verde del Cuerpo Fronterizo. Él frunció el ceño. Había ordenado a todo el Cuerpo Fronterizo restante que se dirigiera a las montañas. Es más, este médico estaba sin su balsa y solo.

"¿No podemos crear el nuestro?" preguntaba el rey. "Tenemos luces de estadio. ¿Por qué no puedes poner las sombras del estadio?"

Rutt se frotó las sienes. Le palpitaba la cabeza. "Porque eso violaría las leyes de la física, Señor."

"Bueno, ¿de qué sirve ser rey si no puedes cambiar la ley?" Preguntó Prinz. "Dímelo tú y lo convertiré en mi decreto."

Los cascos se detuvieron con un ruido sordo en una nube de polvo. El médico luchó por recuperar el aliento. El sudor goteaba de los pliegues inferiores de su bata.

"Suéltalo," espetó Rutt.

—Señor, yo... —el ayudante sanitario resopló, el aire raspándole los pulmones.

"¿Bien? ¿Qué es?" Preguntó Prinz.

El médico tragó saliva. "Siete mil años, nunca ha pasado nada como esto."

"¿Nos lo vas a decir o no?" Exigió Rutt, su paciencia a punto de romperse.

"Han escapado. Todos ellos."

"¿Quién tiene?"

"Vizzer. Y las vacas."

"¿Del exilio?" Preguntó Prinz, asombrado en esa forma tonta de él.

Te refieres al antiguo vizzer. Ahora soy vizzer," dijo Rutt. Ellos ignoraron esto. Rutt apretó los dientes. ¿Qué tenía ese monstruo alterado

quirúrgicamente que no tuviera? Apretó los puños. Le estarían dando el respeto que se merecía en poco tiempo.

.. y vienen con la sombra."

"¿La sombra? ¿Estás seguro?" Preguntó Prinz.

"Puedes verlo desde aquí." El médico señaló hacia el sur, hacia las montañas. Una mancha negra se deslizó hacia ellos en el horizonte.

"¿Cómo podemos recuperarlo?" preguntó el rey. "¿No puedes atraparlo o algo así?"

Rutt se pellizcó la nariz y negó con la cabeza, trató de mantener la calma. "¿Que pasó?" preguntó. "¿Cómo escaparon? ¡Ser rápido!" Desde que había construido la bomba, Dex había sido una espina clavada en su costado. Si la vieja nave espacial de Carlos se las había arreglado de alguna manera para pasar las defensas orbitales, tenía un problema.

El enfermero hizo una pausa y tomó otra bocanada de aire. "Era mi período de descanso. Hay un bonito lugar en la mitad de la montaña, en las estribaciones, con una fuente termal que siempre usamos. Cuando volví a subir a la montaña, los vi."

"¿Viste a quién?"

"Los guardaespaldas. Los que despidió. ¿Los errores? Tenían balsas y armas. Pistolas Vizzer estaba allí. Cientos de vacas."

"El ex vizzer," dijo Rutt de nuevo. "¿Y desde cuándo el Cuerpo Fronterizo le tiene miedo a las vacas?"

"Sí, Vizzer. No, Vizzer. Por supuesto que no, Vizzer." El médico se postró en el suelo. "Pero no podía hacer nada por mi cuenta. Incluso con mi arma." Levantó su látigo nazza enrollado.

El rey interrumpió. Otra vez. "¿Qué es toda esta charla de vacas?" se quejó. "No puede haber corrida sin la sombra. Lo dice en el Código. Y la gente me culpa. ¿Tú entiendes? Creen que es culpa mía. ¿Y si se rebelan?"

Ahórrame la molestia de matarte yo mismo, pensó Rutt.

El médico miró a Prinz y luego a Rutt. "Pensé que querías saber."

"Lo has hecho bien," dijo Rutt. "Dame tu arma."

"Su amabilidad y comprensión son legendarias," dijo, y levantó el látigo.

¿Burlarse de mi título? ¿Burlarse de mí? ¿Es así? Rutt frunció el ceño. Cogió el arma y la encendió. Ponglo en modo bisturí. Cortó al médico y le cortó el torso por la mitad. Un grito agudo silbó desde el centro del pecho del médico. Rutt volvió a cortar. El cráneo del médico se partió en dos. Sangre, sesos y trozos de hueso salpicaron a su alrededor en la hierba, en los cascos del rey. El silbido cesó.

"¿Era eso necesario?" Preguntó Prinz, con una mirada de disgusto en su estúpida taza. Luchó por limpiarse la mugre de sus piernas.

Rutt enrolló el arma y la arrojó a un lado. "Corres, te mueres. Obedeces, vives. Tenemos que enviar un mensaje. Te sugiero que dejes el cuerpo donde está."

Las vacas marchaban hombro con hombro. De todas las direcciones llegaron más partidarios, luchando por un espacio bajo el círculo de sombra. ¿Cuántos había ahora? Vizzer se preguntó. ¿Diez mil? ¿Más? No había lugar para todos.

Mantz se acercó sigilosamente a la balsa de Vizzer. La última persona que quería ver ahora mismo. La situación ya era bastante mala sin saber que era culpa suya. Si no hubiera perdido el autocontrol hace tantos años, Rutt nunca habría nacido. Nada de esto estaría sucediendo.

Fue Rutt quien lo espío, lo traicionó, rezó al conversor de materia por esa pistola de rayos. Rutt, quien los arrestó a él y a Dex después del primer alboroto de la estatua. Rutt quien mató a Carlos, o lo intentó, de todos modos. Rutt que construyó cinco nuevas estatuas y planeó hacer una bomba destructora del mundo.



Mantz dijo: "Vamos a morir, ¿no es así?"

"No me sorprendería," dijo con tanta aspereza como se atrevió. Aún necesitaba su ayuda. Ella era parte de su plan, aunque aún no lo sabía.

"Nuestro propio hijo quiere matarnos."

"No me lo recuerdes."

"Hay algo que quiero que sepas," dijo. Y se detuvo.

La ira burbujeó en las entrañas de Vizzer. ¿Por qué no podía dejarlo en paz? Ella ya había hecho suficiente. "¿Bien?" el demandó.

Ella bajó la cabeza. "No hay nadie más con quien preferiría morir que tú."

"Llévanos a casa," mugió una vaca cercana.

"Sí, Vizzer. Llévanos a casa," dijo Mantz.

Casa. ¿Era ahí a donde iban? ¿Tenía siquiera una casa? ¿Qué significaba esa palabra? Se puso de pie y se volvió hacia la multitud que marchaba. Las vacas llenaron las llanuras, derramándose sobre el borde de la sombra del eclipse. Todas las mujeres de Taurus deben estar aquí.

"Llévanos a casa," gritó otro. La melodía triste y dulce creció.

La rabia en su interior se apagó y murió. Detuvo su balsa y los manifestantes también se detuvieron. La sombra se detuvo bruscamente. Levantó las manos. La multitud se quedó en silencio. No supo qué decir. Como sacerdote y célibe, nunca le habían gustado ni comprendido las vacas. Pero estaban dispuestos a morir, incluso como él, por una idea: la compasión. Acabe con los sacrificios de sangre, la carnicería, la matanza. Acabar con el exilio de las vacas menopáusicas, solo porque se quejaron de la muerte de sus hijos en la corrida. Lo que estaban haciendo estaba bien. Ellos lo sabían. El lo sabía. Fue algo que compartieron. Quizá eso era el hogar. Un lugar donde podrías ser fiel a tus principios, aunque eso significaba la muerte.

El silencio se prolongó. Esperaron a que hablara.

Él dijo: "Vámonos a casa."

Sin aplausos ahora. Sólo máscaras de determinación sombría. Vizzer bajó los brazos y saltó de la balsa. Su tobillo se sentía fuerte. Su cansancio se desvaneció. Juntos siguieron adelante.

Prinz arrugó el hocico. Podía olerlos. Vacas menopáusicas Skanky, estériles y aburridas. Había miles de ellos, extendiéndose en una línea negra hasta el horizonte. La sombra ocultó el centro de la multitud en la oscuridad. Las vacas que marchaban se detuvieron a un par de cientos de metros de distancia.

No estaba ansioso por esto. Otro baño de sangre. No se había dado cuenta de que había tantos. Las estatuas los aplastarían a todos. No es que tuviera problemas para matar. Había matado en la arena para sobrevivir, había matado a Pisotón para convertirse en rey, incluso había matado a ese impostor, Carlos. Cuando los guardaespaldas abrieron fuego el día que murió Pisotón, bueno, fue un accidente. Pero ahora iba a tener que ordenar la muerte de miles. De alguna manera se sintió mal. ¿Qué dirían los dioses?

Dos figuras se separaron del cuerpo principal y trotaron hacia él. Tal vez podría convencerlos de que regresaran por donde vinieron. Buscó a su alrededor su nuevo vizzer. ¿A dónde se fue? Desapareciendo así durante largos períodos de tiempo.

"Su Alteza," dijo una voz a su lado. Fue Rutt.

El rey resopló. "No hagas eso."

"¿Hacer qué?" Cejas arqueadas. El sacerdote señaló a las dos figuras que se acercaban. Sugiero que los matemos a ambos.

Prinz entrecerró los ojos. "¿Quiénes son?"

"El ex vizzer," dijo Rutt, y escupió. Y una vaca exiliada llamada Mantz. ¿Con tu permiso?"

Los dedos del pequeño sacerdote tamborilearon en su cuaderno sagrado. El suelo retumbó. Las estatuas se adelantaron desde sus posiciones que rodeaban el estadio, las cabezas se elevaban sobre la parte más alta del coliseo, y tronaron hacia las vacas en masa. Descruzaron sus brazos dorados, abrieron los puños.

Prinz se dio cuenta de que iban a atacar. "¡Espere!" él gritó.

"¿Para qué?" Preguntó Rutt.

"Nadie muere hasta que yo lo diga. Páralos. ¡Ahora!"

Los dedos de Rutt golpearon la almohadilla sagrada una, dos veces, y las estatuas se detuvieron en seco. Formaron una línea detrás de él y el rey. "Por supuesto, alteza. Tu sabes mejor."

Sacerdote exasperante. Tendría que deshacerse de Rutt, y pronto. Ese fue un asesinato del que no se arrepentiría. Dijo: "Primero averiguamos lo que quieren."

Rutt frunció el ceño, pero no dijo nada.

Eso es todo, enano. Mastica eso.

Detrás de él los toros, toreros y banderilleros dejaron de entrenar. Salieron de los pozos de arena, secándose el sudor de la piel. Formado a ambos lados del rey.

Vizzer y Mantz se detuvieron a diez metros de distancia. La sombra los siguió. Prinz podía sentir el aire más fresco flotando en su camino, trayendo el olor de los rebeldes. Apestaban. Incluso peor de lo que esperaba. Estaban empapados, como si acabaran de bañarse en el río. Aún estaban sucios. Y flaco. ¿Así fue el exilio? Fila tras fila de mujeres arrugadas le hicieron una mueca.

Prinz alzó la voz. "Vuelve a donde perteneces, y todo esto será olvidado. No quiero tener que matarte."

"No hasta que nos escuches," gritó Mantz.

Se volvió hacia Rutt. "¿Están armados?"

Rutt consultó su cuaderno sagrado. "Los guardaespaldas son, señor." Señaló a Glit y los demás con un movimiento de cabeza.

Prinz hizo un gesto a Vizzer y Mantz para que avanzaran con una pata. Puedes acercarte. Pero sin tus guardaespaldas."

Se produjo una discusión susurrada entre las dos Cruces. La vaca Mantz parecía estar diciendo que el rey debía acudir a ellos, no al revés. Qué descaro, pensó. Finalmente, galoparon hasta donde estaba parado.

Mantz dijo: "Exigimos..."

"No exiges nada," dijo Rutt.

"Escucha a tu madre," ladró Mantz, repentinamente enojado. "Hablamos por todas las vacas de Taurus. Lo que tenemos que decir, el rey necesita escucharlo."

"¿Qué madre?" Rutt se burló. "No tengo madre. Solo la puta que me dio a luz."

"Cállate," dijo Prinz. "Nadie le habla así a una vaca. No en mi presencia."

El advenedizo frunció el ceño a su santo pad. Mañana morirás, pensó Prinz. Cuando todo esto termine. Levantó un cuerno. "Seguir."

"Exigimos un fin permanente a la corrida," dijo Mantz.

Los toros y matadores reunidos soltaron una carcajada.

Ella alzó la voz. "Además," agregó, "exigimos la reincorporación del ex vizzer al lugar que le corresponde y la detención de Rutt por delitos contra el pueblo."

Rutt soltó una carcajada en tono alto. "Usted debe estar bromeando."

"Lo siento, hijo mío," dijo. "Pero has ido demasiado lejos."

"¿A qué crímenes te refieres?" Preguntó Prinz.

Vizzer dijo: "Está construyendo una bomba para destruir a Taurus."

Se volvió hacia Rutt. "¿Es esto cierto?"

"Ciertamente, su alteza," dijo el sacerdote, con un obsequioso movimiento de cabeza. "Es una medida defensiva, en caso de que alguno de los humanos supervivientes llegue aquí. Te lo iba a mencionar, pero estabas muy ocupado con tu harén. Pensé que era mejor no molestarte."

"Eso tiene sentido para mí," le dijo a la pareja maloliente. "¿Cuál es el problema?"

"¡Pero él está planeando destruir el planeta!" Mantz dijo.

"¿Por qué querría hacer eso?" Preguntó Rutt con una mueca. "No escuche sus mentiras, mi señor. Persiguen metas impías. Déjame matarlos. Por favor."

Prinz respiró hondo y se lo sopló por la nariz. Así que esto fue todo. La masacre que esperaba evitar. Dijo: "Date prisa."

El suelo volvió a temblar. Detrás de él, al unísono, cinco grandes pares de piernas se adelantaron. Delante de él, aún ensombrecido por el eclipse, las primeras filas de la multitud se apartaron arrastrando los pies. Desde el centro de la oscuridad, fila tras fila del harén del rey avanzó tranquilamente, vestidos con sus mejores túnicas de lavanda y violeta, oro y joyas que caían en cascada de sus gargantas. Mi Carlos, pensó Prinz. ¿Qué están haciendo mis bellezas aquí? Y con ese hedor de turba.

"Detenlos," ordenó a Rutt.

Las estatuas dieron otro paso hacia las vacas. Dos más. Ahora estaban a una distancia aplastante.

"¡Dije, haz que se detenga!"

"El precio que paga," dijo Rutt.

“¡Pero mi harén! Los matas, mueres.”

Rutt dio unos golpecitos en su cuaderno sagrado. Las estatuas se congelaron, las piernas en el aire, los talones hasta la mitad de las cabezas de las vacas.

Prinz trotó hacia adelante. "Mis señoras," gritó. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Zapyr se deslizó alrededor de un tacón dorado. La reconoció por su marca de nacimiento. Ella dijo: “Te damos hijos, mi señor. ¿Para qué? ¿Entonces podemos verlos morir en la arena? ¿Nosotros mismos condenados a la tortura y a la muerte cuando nuestros úteros se sequen? No, mi rey. Esto se detiene ahora. Tu harén ha hablado.”

En nombre de Carlos, ¿qué estaba pasando? No había precedentes. Sus damas querían cambiar el orden natural de las cosas. No se suponía que las vacas actuaran así. ¡Por Carlos, les mostraría!

"Vuelve al harén del rey," ordenó. "Me ocuparé de ti más tarde."

No se movieron.

"¿Me has oído?" rugió. "¡Dije que vayas, o los azotaré a todos!"

Zapyr apoyó una mano enjorjada en el dedo gordo del pie de la estatua. Casi como si estuviera invitando a la muerte. "Te ocuparás de nosotros ahora," dijo en voz baja. "O puedes matarnos a todos." Lanzó sus lindos cuernos al aire. “Estas vacas nos han contado cómo es el exilio. Preferiríamos morir antes que sufrir el mismo destino.”

"Una sugerencia, alteza." Rutt se agachó junto a su oreja.

"¿Qué es?" él chasqueó.

“Saque a sus líderes. Vizzer. Mantz. Zapyr. El resto se dispersará.”

Una salida. Bueno. El asintió. "Haz que suceda."

Rutt raspó la uña del pulgar sobre su almohadilla sagrada. Tres de las estatuas se inclinaron y recogieron a los agitadores. Se retorcieron en el agarre dorado de las estatuas.

La multitud gritó de terror y se alejó. Los guardaespaldas abrieron fuego contra las estatuas, pero los dos gigantes restantes los aplastaron a todos.

"¡Mantenerse firmes!" Mantz gritó. "¡Piense en sus hijos! ¿Los verás morir en la arena?"

"¡Mejor muerte que exilio!" gritó Zapyr. "¡Mejor muerte que esclavitud!"

En respuesta, Rutt tocó su almohadilla sagrada de nuevo y los puños dorados comenzaron a apretar.

¡Rutt! ¡No hagas esto!" Vizzer gritó. "Tengo que decirte algo." Golpeó sus puños contra esos despiadados nudillos, tan gruesos como muslos. "¡Yo soy tu padre!"

¿El ex vizzer? ¿El padre de Rutt? Prinz negó con la cabeza con disgusto. Pero ¿no era la madre de Rutt Mantz? Eso significaba... no. ¿Vizzer rompió su santo juramento con uno de los harén del antiguo rey?

Una sonrisa se dibujó en las esquinas del rostro de Rutt. "Sí. Lo sé. Pasé mi ADN a través de la computadora hace mucho tiempo."

El ex sumo sacerdote luchó débilmente por encima de sus cabezas. "¿Eso no significa nada para ti?" él gritó.

Rutt señaló con un dedo el centro de su pantalla. "Significa que es hora de que mueras."

# Capítulo 36

La mano de la estatua apretó con fuerza a Vizzer. El metal liso estaba frío al tacto. Los dedos se contrajeron, exprimiendo el aire fuera de él. Trató de inhalar, pero no le quedaba espacio en los pulmones. Se rompió una costilla. Otro. Manchas negras se arremolinaban en su visión. Demasiado para su plan. Las cosas habían ido demasiado rápido. No había habido tiempo. Y ahora iba a morir aplastado por una estatua. Se preguntó si las vacas continuarían la lucha sin él. Esperaba que lo hicieran.

Una explosión en lo alto alcanzó su conciencia que se desvanecía. Un segundo, un tercero, y la mano que lo agarraba vaciló y se abrió. Vizzer aspiró profundamente. Estaba cayendo. Toda la estatua estaba cayendo. Las vacas se apartaron en estampida. Su cerebro hambriento de oxígeno no podía entender esto. ¿Iba a morir aplastado?

El suelo se acercó más. Se empujó hacia arriba sobre la palma de metal. Saltó. Aterrizó cara primero en la hierba suave. La estatua cayó al suelo a unos centímetros de distancia. El impacto lo hizo rebotar hasta las rodillas. Más explosiones por encima. El estallido del trueno. Tres de las estatuas yacían en el suelo. Los otros dos dispararon rayos al cielo. ¿A qué estaban disparando?

La nave espacial de Carlos se lanzó a través de la sombra del eclipse, zigzagueando entre los rayos. Dex lo había salvado por segunda vez. Pero ¿cómo había llegado hasta aquí? Había dicho antes que no podía pasar las defensas orbitales. Quizá él y Baby habían encontrado una manera.

Dex disparó contra las estatuas, rayos verdes de luz mellaron sus pechos y brazos. Uno golpeó la cara de una estatua, cortándole la cabeza por el cuello. El torso cayó, solo fallando la pared exterior del estadio. La nave espacial salió volando, arrastrando la quinta y última estatua, antes de hacerla pedazos.



Vizzer se puso de pie. Aquí y allá sobresalían un par de piernas de debajo de un titán caído. Vio a Mantz al lado de otra estatua, tirando de su cola. Estaba atrapado debajo de las caderas de la estatua. Sacó el látigo nazza y amputó el apéndice.

Fue hacia ella. Sus propias costillas le dolían, pero se curaban rápidamente. Mantz no tenía ese lujo. Estaba visiblemente magullada y la sangre le caía por las patas traseras desde lo que quedaba de su cola.

"¿Estás bien?" preguntó.

Ella le indicó que se fuera. "¿Has visto a Zapyr?"

"No. ¿Por qué?"

"Creo que la vi hundirse."

Las vacas supervivientes volvieron a reunirse frente al rey. Los dos grupos se enfrentaron. Por parte de Vizzer, cincuenta y cinco mil vacas. Enfrente había unos veinticinco mil machos, entre ganaderos, toreros, banderilleros y miles de novillos. Toda la población de Taurus. La nave espacial se cernía sobre sus cabezas. Vizzer ayudó a Mantz cojeando entre la multitud hasta su lugar frente al rey.

Los novillos se movían inquietos y pateaban el suelo. Las mozas del harén se cruzaron de brazos y fruncieron el ceño, eufóricas ante este repentino cambio. Rutt permaneció inexpresivo, con los ojos entrecerrados, mirando las plantas de los pies de sus estatuas caídas.

"Repetimos nuestras demandas," dijo Mantz, con la voz ronca en su garganta. "Fin de la corrida. El fin del exilio. ¡Contéstanos ahora o habrá guerra civil!"

Los machos gruñeron al escuchar esto, bajaron los cuernos y se prepararon para cargar. Los matadores blandían sus espadas por el aire, igualmente dispuestos, según pudo saber Vizzer, para derramar sangre. El rey se encabritó sobre sus patas traseras y crujió sus cascos. El ruido fue como un disparo de pistola. Todos guardaron silencio.

“Vivimos nuestras vidas de acuerdo con el Código,” dijo Prinz. “Dios mismo nos dio la vida y nos dijo cómo vivirla. Lo que pides es un sacrilegio, y puede que no lo sea. Puede que nunca lo sea.”

Un motor zumbó sobre su cabeza y el rey miró hacia arriba. Desde el fondo de la nave espacial, una pistola de rayos de dos metros de largo giró para apuntar a Prinz. ¿De dónde ha venido eso? Lástima que no lo supieran antes.

"Lo intentamos una vez," continuó Prinz, ignorando la amenaza implícita. "Por sugerencia imprudente de nuestro antiguo vizzer aquí, negar nuestra verdadera naturaleza. Para acabar con la corrida." Levantó la voz y gritó: "¿Ninguno de ustedes recuerda las consecuencias?"

"Pero esa estatua se ha ido," dijo Mantz. "Como son estos otros. El Código es una reliquia antigua y está abierto a interpretación. Debe cambiar a medida que cambian nuestros tiempos."

"¿Qué parte de 'Cada día en la arena hay que morir' no entiendes?" Preguntó Prinz. "El segundo mandamiento es inequívoco."

"¡Pero los dioses están muertos!" gritó una vaca. "¡Vizzer lo demostró!"

"¿Son ellos?" Preguntó Prinz, y enarcó sus pobladas cejas. "Carlos existe y siempre ha existido. Yo mismo lo he visto. Como los otros Reproductores." Les dio un breve asentimiento. "La corrida continúa." Les dio la espalda y caminó hacia las Grandes Puertas.

"Entonces lo haces sin nosotros," dijo Zapyr. Se abrió paso entre la multitud. Su túnica estaba rota y ensangrentada, y caminaba cojeando. Pero ella estaba viva. "Y sin el eclipse." Señaló el cielo oscurecido. Continúe matando si es necesario. Pero no habrá más premios para los toreros, ni harén para los Reproductores o el rey."

Prinz se giró, su cuerpo tenso, las fosas nasales dilatadas. "Obedecerás a tu rey, o te pasaré por mí mismo."

La voz de Dex resonó desde la nave espacial, "Lo haces, te derribaré. Tú y Rutt ambos."

Un chillido amplificado en respuesta: "Cualquier cosa me pasa, la bomba destructora de planetas explota y destruye a Taurus." Rutt dio un paso adelante. "Sí, está listo. Te sugiero que retrocedas y hagas lo que te dicen... "

.. o los destruiré a todos." Ahora era el momento, decidió Rutt. No podía esperar más. "Me proclamo Dios de todos los Taurus," dijo por el micrófono. Me adorarás a mí y a nadie más. Todas las vacas ahora me pertenecen. Todos me obedecerán en todos los aspectos. La más mínima desobediencia y todos morirán. ¿Está claro?"

Eso los mostrará, pensó. El Todopoderoso Rutt. Había tomado la píldora Infinity. Poseía el poder de los dioses. Era un dios y debería ser tratado como tal.

La risa comenzó lentamente, una onda entre los toros, y creció en oleadas, hasta que envolvió a cada Cruz presente.

"Pero... qué... qué estás... ¿Por qué te ríes?" Preguntó Rutt.

Incluso Vizzer comenzó a reír.

"¡Dejar de reír! ¡Deja de reírte de mí! O lo haré... ¡volaré a Taurus! ¡Lo juro! ¡Te juro que lo haré!"

Prinz se enjugó las lágrimas de los ojos con un casco. "Adelante, Oh Divine Rutt," dijo. "En esto ambos lados están de acuerdo, creo. Todos preferimos morir antes que someternos a ti."

—Ve, niña —la regañó Mantz. "Ve a jugar con tus juguetes."

Rutt sacó su cuaderno sagrado. Él les mostraría. Volaría el planeta fornicario. Su dedo se cernió sobre el botón que terminaría con todo...

Carlos, maldita sea. Quería que se sometieran, no que murieran. ¿De qué le serviría si los volaba a todos? Primero los haría sufrir. Llegaría su hora.

La risa se calmó. Vizzer esperaba que aliviaría la tensión.

"¿Entonces, qué hacemos ahora?" Preguntó Mantz. "¿Ir al Polo Sur, como decías antes?"

"Pero luego la carrera termina," dijo.

"Peor," dijo Zapyr. "Si incluso una vaca se queda atrás, el ciclo continúa. Nada se resuelve."

"Basta de hablar," gruñó Prinz. "No podemos permitir que continúe esta rebelión. Te someterás y volverás a tus harenes o serás castigado."

"No seremos esclavos," dijo Mantz tranquilamente, su rostro plano. "Preferiríamos morir."

Los dos grupos avanzaron. Dex disparó una ráfaga de su pistola de rayos. Un cráter humeante se abrió frente a Prinz. Rutt levantó su cuaderno sagrado en desafío, su dedo tocando la pantalla. Listo para volar el planeta.

Ahora, se dijo Vizzer. Hazlo ahora o será demasiado tarde.

Se interpuso entre los dos grupos y levantó las palmas de las manos vacías para contenerlos. "¡Esto es un suicidio!" él gritó. "¡Suicidio para toda nuestra raza! ¿Os destruiréis el uno al otro? ¡No quedará nada cuando lleguen los humanos!"

"¿De qué otra manera hay?" Preguntó Zapyr.

Vizzer gritó para que ambos lados pudieran escuchar: "¡Uno de nosotros desafía al rey!"

Hubo un momentáneo silencio. Un desafío es algo serio y no se puede ignorar.

Prinz resopló. "No hay nadie aquí que se atreva a desafiarme."

Vizzer infló el pecho, ignorando el dolor en las costillas. "Yo desafío."

# Capítulo 37

Por segunda vez en unos pocos minutos, la risa se extendió de un lado a otro en ondas entre los lados opuestos. Esta vez los toreros se doblaron, agarrándose las costillas. Las lágrimas corrían por las mejillas de las vacas.

"¿Qué vas a hacer?" Prinz se las arregló. "¿Darme un cabezazo?"

"No puedes ganar," se quejó Zapyr estridentemente, secándose las lágrimas. "Solo mírate. ¡Ni siquiera tienes cuernos!"

"¿No puedo?" Vizzer dijo. Se irguió y miró a Prinz. "Peleo como torero."

La risa se calmó.

"Los matadores no pueden desafiar," dijo Tanos. "Todo el mundo sabe esto. Solo a los Reproductores se les permite ese honor."

Vizzer asintió. "Es verdad. El rey no está obligado a aceptar mi desafío. Y si tiene miedo de entrar a la arena conmigo, que sea un cobarde."

La multitud se quedó absolutamente en silencio. Prinz pateó el suelo, raspando grandes trozos de césped. "¿Te atreves a llamarme cobarde?"

Mantz agarró a Vizzer por el codo. "¿Qué estás haciendo?" ella siseó. "¿Estas loco?"

"Confía en mí," le susurró. "Tengo un plan."

"¿A qué? ¿Suicidarse?"

Se sacudió para liberarse. "Entonces, ¿qué va a ser, oh rey?" él gritó. "¿Aceptar mi desafío? ¿O nos demuestra su cobardía?"

"Ningún rey puede tolerar tal insulto," gritó Prinz, y se tensó, como si estuviera listo para atacar. Pero luego pareció relajarse, obligándose a

calmarse. "Pero tampoco mereces el honor de desafiarme en la arena. Es mejor que te corra en el pecho ahora mismo."

"¿Qué sucede, alteza?" se burló un novillo. "¿Tienes miedo del inofensivo enano?"

Prinz flexionó la joroba de músculos de sus hombros y se partió el cuello. "Bien," dijo. "Si insistes en esta locura, morirás en la arena incluso cuando murió tu falso dios. Entonces nos libraremos de ti y de tu molestia de una vez por todas."

Mantz y Zapyr estaban a los codos de Vizzer. "Disculpe un momento," dijo Mantz, y los dos lo levantaron y se lo llevaron.

"¡Vuelvo enseguida!" Vizzer gritó.

El contingente masculino se rió entre dientes. "Ni siquiera puede defenderse de un par de vacas."

Lo arrojaron al suelo junto a una de las estatuas caídas.

"¿Así que este es tu plan?" Preguntó Mantz. "Vinimos todo el camino desde las montañas, sin dormir, sin comida suficiente, para poder enfrentar al rey, ¿y esto es lo mejor que se te ocurre?"

Vizzer se sentó contra el torso curvo de la estatua. "Es la única manera," dijo en voz baja.

"¿Y luego qué hacemos?" Preguntó Zapyr. "En una hora a partir de ahora, estás muerto y volvemos al punto de partida. Nada ha cambiado."

"Te concedo que es una posibilidad remota," coincidió. "Pero si tienes una mejor idea, estoy dispuesto a escucharla."

"¿Qué dice el poderoso retador?" Prinz gritó. "¿Buscando consejo de vacas? ¿Preparándome para enviarme a mi perdición? Los machos se rieron a carcajadas.

Mantz frunció los labios. "Entonces, ¿qué hacemos cuando pierdes?"

"¿Estás tan seguro de que lo haré?"

"¿Qué te hace pensar que puedes ganar?" Preguntó Zapyr.

Bien podría decirles, decidió. "Tuve una visión."

"Una vision." El desprecio goteó de los labios pintados de escarlata de Zapyr.

Mantz le puso un dedo en la nariz. "¿Cuándo fue esto?"

"En el exilio. En la playa. Te vi rezar con otra vaca, antes de subir al acantilado. Decidí rezar también. Me vino una visión. Pensé que no significaba nada. Quizá no signifique nada. Pero tengo que intentarlo." Él se paró. "E aunque muero, eso también está bien. No viviré en un mundo en el que debemos matar a nuestros jóvenes para satisfacer a los dioses invisibles. No huiré cuando sepa que hay una posibilidad, por pequeña que sea, de cambiar las cosas para mejor. Gane o pierda, tengo que hacer esto. No tengo otra elección."

Mantz inclinó la cabeza. "Yo también tuve una visión ese día," dijo. "Si Carlos te envió un mensaje, debes seguirlo."

"¿De Verdad?" dijo él. "¿Cuál fue tu visión?"

"Si ganas, te lo diré," dijo. "De lo contrario, no tiene sentido."

"¿Y si pierdes?" Insistió Zapyr.

"Evita una pelea," respondió Vizzer. "Demasiados morirían. Habla con Dex. Él puede llevarlos a todos al Polo Sur. El ciclo puede continuar, pero al menos estarás a salvo."

Algunos toros golpearon sus cascos. El chasquido se convirtió en una cacofonía.

"¿Vamos a pelear o no?" Prinz gritó por el ruido.

Vizzer se abrió paso entre la multitud de vacas y se detuvo, a un cuerno de distancia del rey. "Primero debemos negociar los términos."

"¿Condiciones?" el rey resopló. "No hay términos."

Vizzer alzó la voz para que todos pudieran escuchar. "Si gano, ¿me reconocerás como rey?"

"Pero un matador ganador no se convierte en rey," dijo Tanos, "o yo sería rey muchas veces sobre mí mismo. ¿Por qué deberías?"

"Porque," respondió Vizzer, "un torero pelea con un toro drogado. Un retador lucha contra un rey consciente de sí mismo."

"Es más," dijo Rutt de repente, "hay un precedente."

Prinz giró la cabeza para enfrentarse al enano. "¿Qué precedente es ése?"

"¿Conocemos todos la balada de Tarl?" Preguntó Rutt.

Muchas cabezas asintieron. Por supuesto, pensó Vizzer. Debería haberlo recordado. Él frunció el ceño. Pero ¿por qué Rutt intentaba ayudarlo? ¿Qué esperaba ganar con este conflicto? Habían llamado a su farol, pero aún tenía la bomba asesina de planetas. ¿Y si decidiera presionar el botón de todos modos? Había más en juego aquí que solo la corrida. Todo su mundo. Su futuro. Todo dependía del éxito de su desafío. Y todo lo que sabía le decía que fracasaría.

"Tarl fue el mejor matador de su época," continuó Rutt. Quizá de cualquier edad. Hace cuatrocientos cincuenta años, desafió al Rey Mawu CDXVI. Tarl estaba enamorado de la consorte principal del rey. Desafió y murió por su amor."

"Sí," agregó Tanos, "es una de nuestras canciones favoritas, de los matadores, hasta el día de hoy."

"Pero Tarl murió," dijo Prinz, la alegría desapareció de su rostro. "Como tú también."



"¿Y si no lo hago?" Vizzer se volvió hacia los otros Reproductores. "Si el rey acepta el desafío, el ganador se convierte en rey. ¿Alguien discute esto?"

Tnuu se aclaró la garganta. "Por supuesto," dijo lentamente, "si ganas y te conviertes en rey, entonces todos podríamos desafiarte. Los catorce Reproductores restantes, de todos modos. Y les recuerdo que soy el retador de rango del rey y heredero del sombrero."

Vizzer vaciló. "De hecho son." No había pensado tan lejos. Todo lo que sabía era que esto era algo que tenía que hacer. Esperaba morir. Toda esperanza se había ido. No había ninguna razón para pensar que pudiera hacer lo imposible. Taurus estaba condenado. Y en el improbable caso de que lograra matar a Prinz, se preocuparía por Tnuu después. De todos modos, no había nada que pudiera hacer al respecto ahora.

"Si acepto tu desafío," dijo el rey abruptamente, "y pierdes, ¿se someterán las vacas?"

"No hablo por ellos," dijo Vizzer. "Deben hablar por sí mismos."

"¿Volverán al exilio las vacas exiliadas?" Prinz les preguntó. "¿Volverán los miembros del harén a sus funciones?"

Mantz dio un paso adelante. "Si nuestro campeón pierde," dijo, "nos exiliamos voluntariamente. Solo que esta vez al Polo Sur. Dex nos llevará allí en su carro volador."

El rey asintió. "Eso es aceptable. Mientras no estés aquí, no me importa dónde estés. ¿Qué dicen los miembros del harén? ¿También ellos cumplirán con su deber?"

La voz aguda de Zapyr atravesó los murmullos de la multitud. "La corrida debe terminar, Su Alteza. Ya no concebiremos hijos para que los mates en la arena."

"¿Aunque sea la voluntad de Dios?"

"Especialmente no entonces," chilló. "¿Qué tipo de dios exige ese sacrificio?"

“No importa,” dijo Tnuu arrastrando las palabras. ¿Bonita vaca como tú? Te llevaré por la fuerza si es necesario.”

Zapyr dio un paso atrás. "Entonces iremos con los exiliados al Polo Sur, y no tendrás harén."

Los Reproductores se rieron. "Tenemos lo que quieres, bebé," dijo Tnuu. "No vas a ir a ninguna parte sin esto." Se levantó la túnica para exponerse a la multitud.

Los miembros del harén se sonrojaron y se miraron entre sí, pero no dijeron nada.

Prinz terminó la discusión con un fuerte bufido. Todos los ojos se fijaron en él. Levantó la voz y dijo: “En la arena, nuestro Señor nos habla. Dios mismo decide quién vive y quién muere. Que se dé a conocer hoy la Voluntad de Carlos: que alteremos el orden natural de las cosas a nuestro riesgo." Hizo una pausa, con expresión sombría, y se volvió hacia Vizzer. "Acepto tu reto."

Con estas palabras, la sombra comenzó a moverse. Barrió las caras sorprendidas y vueltas hacia arriba de los toros hasta que cubrió el estadio por completo, dejando a ambas partes a pleno sol. Se elevó un grito: horror y miedo y tristeza del lado de las vacas, triunfo del lado de los toros.

Tanos se adelantó con las manos sobre la cabeza y esperó el silencio. “Vizzer usará mi propio equipo," dijo, “para que nadie pueda decir que fue engañado. Y luego," agregó, con una sonrisa a sus compañeros, “morirá."

Con un grito, los toros se volvieron y entraron en estampida al estadio, empujando y empujando, nariz con cola en su emoción. Las vacas las siguieron, sometidas. Estaban viendo la historia en ciernes. Cómo vivieron y murieron se decidiría hoy. Y ningún Cross tenía la menor duda de cómo terminaría esta pelea.

"¿No hay otra manera?" Mantz murmuró a su lado.

"No puedo ver ninguno," dijo. "Y de todos modos, ya es demasiado tarde."

Vizzer fue llevado por la multitud, Mantz a un codo, Tanos al otro, a través de las Grandes Puertas, por la pendiente herbosa en espiral, hasta que se encontró mirando por encima de la barrera hacia las arenas recién alisadas de la arena.

"Aquí. Ponte esto."

Tanos extendió un par de pantalones azules brillantes, con agujeros para las pezuñas y la cola que ya no tenía Vizzer. Se puso cada artículo cuando Tanos se lo entregó: la camisa blanca, el chaleco y la corbata negra, la reluciente chaqueta de cintura corta con hombreras altas y borlas. El uniforme colgaba holgado del cuerpo demacrado de Vizzer.

Le pusieron una capa en las manos. Una espada. Probó la punta. Una espada de combate.

"No olvides tu sombrero."

Tanos clavó el círculo de tela en el cráneo de Vizzer, entre los muñones donde solían estar sus cuernos. El estadio zumbaba de anticipación. Los novillos señalaron y se rieron a carcajadas de su ropa nueva. Debe verse ridículo.

No importaba lo que pensarán de él. Sabía que esta era la única forma desde que había escapado del exilio. Ninguna palabra podría hacerles cambiar de opinión. Este era su destino: morir en la arena. Quizá se convertiría en mártir. Eso era lo mejor que podía esperar. La corrida continuaría después de que él se fuera. Pero quizá el recuerdo de su revuelta daría fuerza a las generaciones futuras. Sin oposición, Rutt podría incluso destruir a Taurus. Y si no lo hiciera, los humanos sin duda los esclavizarían a todos. Vizzer pensó de nuevo, no hay nada más que pueda hacer. Intenta matar a Prinz. Eso fue todo.

El rey trotó hacia la arena. La multitud vitoreó, como si ya hubiera ganado. Prinz galopó alrededor de la circunferencia de la arena, una vuelta prematura de vencedor. Sus cuernos parecían haber crecido, las puntas brillaban afiladas como navajas en la penumbra.

Vizzer tragó saliva. ¿Qué había estado pensando? No tenía idea de cómo hacer esto. No tenía formación como torero. La espada colgaba pesadamente en su mano. Tuvo que clavar esta pieza de metal afilado en el cuerpo de Prinz y cortarle el corazón. Para detener la matanza, debe matar.

¿Era capaz de matar? ¿Para encontrarse cara a cara con otra criatura y poner fin deliberadamente a su vida? Sus estómagos se rebelaron ante la idea. Recordó al ayudante médico fronterizo que había aplastado debajo de la balsa. Recordó la pistola en sus propias manos, la pistola que le dio Dex y los tres guardaespaldas muertos en la base de la estatua. No le agradaban los recuerdos. Pero tampoco sufrió remordimientos de conciencia. Ambas veces había sido en defensa propia. De alguna manera esto se sintió diferente.

"¿Bien?" gritó el rey. "Aquí estoy. Ven y mátame. Hazte rey."

La audiencia rió. Prinz levantó la cabeza por encima de la barrera y dejó que Rutt se quitara el sombrero blanco. En la ladera cubierta de hierba por encima de ellos, los matadores y los toros jóvenes se reían y gritaban obscenidades.

El pánico se apoderó de la garganta de Vizzer, flotando en una marea de vómito. "¿Qué debo hacer?" Las palabras escaparon de sus labios contra su voluntad.

Tanos se rió entre dientes. "Quédate quieto con las piernas juntas. Deja la capa doblada sobre tu brazo."

"¿Qué hace eso?"

"Te convierte en un blanco fácil. Si tienes suerte, te sangrará en el pecho y morirás rápidamente."

Vizzer chasqueó la lengua. "Gracias por nada."

El matador levantó sus hombros con borlas, los dejó caer. "Él te va a matar de una forma u otra. Te das cuenta de eso, ¿verdad?"

Las luces del estadio parpadearon. Cincuenta mil cruces rugieron el nombre de Prinz. Un cántico agudo se podía escuchar en medio del oleaje: "¡Vizzer! ¡Viz-zer! Viz-zer!"

Era hora. Se deslizó de lado a través del estrecho hueco de la barrera. Camina hacia el centro de la arena. Prinz esperaba a un lado, bromeando con un banderillero. Vizzer se enfrentó al Trono del Creador. Se quitó la gorra e hizo una profunda reverencia. Se enderezó y saludó a la multitud, girando sobre sus talones como había visto hacer a los toreros. Se echó la gorra por encima del hombro. Los toros se burlaron. Las vacas murmuraban en voz baja. La gorra había aterrizado boca abajo, señal de mala suerte. Le dio una patada. Giró en el aire y aterrizó boca arriba. Estúpida superstición.

Los cascos tronaron detrás de él. Las vacas gritaron. Se dio la vuelta. Prinz cargó con la cabeza gacha y los cuernos apuntando a su pecho. Las extremidades de Vizzer se entumecieron. ¿Ahora que? ¿Qué se suponía que debía hacer? El rey se acercó al galope, con una pálida espuma en los labios.

"¡La capa!" Mantz gritó. "¡Usa tu capa!"

Vizzer arrojó la capa en la cara de Prinz y saltó fuera del camino, tirando de la tela detrás de él. Los cascos del rey levantaron nubes de polvo mientras frenaba y giraba. Vizzer saltó a un lado, puso cierta distancia entre él y esos cuernos.

Alzó la espada en su mano derecha. ¿Cómo se suponía que iba a acercarse lo suficiente para matar al rey?

"Esto va a ser demasiado fácil," dijo Prinz, jadeando ligeramente. "¿Por qué no lo hacemos más interesante?"

"¿Por qué no te callas y luchas?" Vizzer dijo, con más confianza de la que sentía. No podía imaginar nada que Prinz pudiera sugerir que hiciera de esta una pelea justa.

"¡Banderilleros!" Prinz gritó y trotó hacia el centro de la arena, lejos de la barrera.

"¡No!" Vizzer gritó. "Este es un desafío, no una corrida. ¡Lucho solo!"

"Quisiera que vieras a Dios antes de morir," dijo Prinz. "Quisiera que supieras la verdad."

"¡Fornicarlos y fornicar a su dios fornicario!"

Recordó haber visto morir a Carlos, enloquecido por la sed de sangre animal, sus funciones superiores tan adormecidas que apenas podía hablar. No permitiría que sucediera lo mismo ahora. Significaría una muerte segura.

Dos banderilleros uniformados saltaron la barrera y se deslizaron hacia adelante, con los dardos en alto por encima de sus cabezas, listos para atacar.

"¿No me escuchaste?" Vizzer les gritó. "No quiero 'ayuda' de usted." Los ahuyentó con las manos.

Hicieron caso omiso de sus protestas y avanzaron bailando de puntillas. Se separaron y dieron vueltas a ambos lados de él. Prinz observó todo esto desde la distancia, una sonrisa plasmada en sus mejillas babeantes.

"¡Volver!" Vizzer gritó. "¡O te mataré primero y luego al rey!" Corrió hacia el más cercano, con la espada en alto.

El banderillero se detuvo un momento, y cuando se hizo evidente que Vizzer hablaba en serio, se volvió y corrió hacia la barrera. El otro lo siguió, y saltaron juntos por encima de la pared de madera para ponerse a salvo.

El rey pateó el polvo y se rió. Su risa se extendió, hasta que la audiencia rió entre dientes con él. Encontraron toda la escena divertida, se dio cuenta

Vizzer. Para ellos no era más que un entretenimiento. Una diversión antes de que volvieran a su guerra civil. Bueno, déjalos bromear. Si moría, se convertiría en mártir, y si ganaba, ya no se reirían más.

Prinz gritó: "Nos hemos divertido. ¿Estas listo para morir?"

Una fuerza desacostumbrada surgió en el pecho de Vizzer. Rabia. Una marea de ira. Como lo que había sentido en la nave espacial al torturar a Carlos. Sus testículos latían con este nuevo ritmo. Luchó contra él, lo apartó, pero estrelló su puño contra las puertas de su alma, exigiendo que lo dejaran entrar.

"Estoy listo para matar," dijo Vizzer en voz baja, y supo por primera vez que era cierto. "Ven aquí y muere."

Sostuvo la capa frente a él, la espada sobre su cabeza como había visto hacer a los matadores, con la punta inclinada hacia abajo para un golpe de empuje. Su corazón dio un vuelco y el dolor en sus testículos creció. Esto fue. Tenía que arriesgarse.

Prinz cargó de nuevo. Sus monstruosos hombros manchaban el aire de sudor con cada poderoso impulso de sus flancos.

Vizzer bajó la capa para bloquear la vista de Prinz de sus pies, la balanceó hacia adelante y hacia atrás para que el rey no pudiera adivinar en qué dirección podría saltar. Excepto que no iba a saltar. No esta vez. El rey se acercó. Vizzer se mantuvo firme. Abrió la capa a la derecha, debajo del brazo de la espada. Le siguieron los cuernos de Prinz. Vizzer extendió la mano sobre el cuerno derecho del rey y clavó la espada en la masa de músculo directamente sobre el corazón.

La espada se deslizó en un centavo o dos y rebotó, arrancándose de su agarre. Un cuerno golpeó contra su muslo derecho y se encontró en el aire. La capa se le resbaló de la mano. Se estrelló contra la cabeza del rey y se agarró a la base de los cuernos. Prinz se resistió, una, dos veces, y finalmente lo lanzó al aire.

Aterrizó pesadamente de costado. Jadeó de dolor. Las costillas agrietadas aún no se habían curado por completo. Luchó por ponerse de pie, esperando un cuerno en cualquier momento. Pero Prinz se alejó trotando de él, aceptando la adulación de la multitud.

Vizzer se tocó el muslo. Estaba magullado pero no perforado. Un corte de tela rasgada colgaba del costado de sus pantalones. El cuerno debe haber quedado atrapado en el material suelto y rozar su piel. Miró a su alrededor en busca de su espada y su capa. Yacían en el polvo junto a la barrera. El rey se encabritó frente a su harén al otro lado de la arena, sin duda tratando de recuperar su favor.

Solo quedaba una cosa por hacer. La ropa de torero demasiado grande que Tanos le había dado iba a ser un peligro. Era el momento de deshacerse de él. Se quitó la pesada chaqueta de lentejuelas y la arrojó a un lado. Pieza por pieza, siguió el resto del disfraz, hasta que se quedó desnudo ante todos ellos. El murmullo de la audiencia se transformó en curiosidad. El rey se volvió para mirar.

Vizzer fue hasta donde estaban la espada y la capa y las recuperó. Presionó sus hombros contra la barrera. Si pudiera burlarse de Prinz para que lo atacara aquí, podría saltar fuera del camino, dejar que el rey golpeará su cabeza contra la pared. No lo dejaría inconsciente, pero podría aturdirlo un poco. Un Prinz atontado sería un oponente menos peligroso.

"¡Deja de coquetear!" le gritó al rey. "¿Tu quieres matarme? ¡Ven y recógeme!"

Más risas de la multitud. Prinz no se movió. Varias vacas señalaron. ¿Algo detrás de mí?

Vizzer se volvió. El rostro de Rutt frunció el ceño, a unos centímetros de distancia, al otro lado de la barrera. ¿Qué estaba haciendo aquí? Abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada, sintió que la hipoglucemia se hundía profundamente en su pierna izquierda.

Esto fue. Juego terminado. Ahora iba a morir.



"Pero ¿por qué?" Preguntó Vizzer.

"¿Por qué piensas?" Dijo Rutt. "Porque eres un tonto."

El mundo se ralentizó. Una luz verde brilló en la barrera entre ellos. La nave espacial. Dex. La madera se desintegró en cenizas brillantes. Cada partícula colgaba en el aire, brillando bajo las luces del estadio. Rutt movió los brazos y los cascos, dirigiéndose hacia la seguridad de la pendiente cubierta de hierba y la multitud. Vizzer se inclinó hacia atrás y agarró el dardo. El viaje de su mano de adelante hacia atrás parecía llevar horas.

Thwump.

¿Qué fue eso? ¿Ese ruido? Oh espera. Su corazón. Se arrancó el hipo de su muslo. Sabía que cada latido enviaba más y más droga a través de su cuerpo. Pronto su cerebro se apagaría y se volvería como los toros durante la corrida: puro animal.

Thwump.

La rabia volvió a latir en su cráneo. Él era un asesino. Nació para matar. ¿Cuál fue la razón? Un juguete. Lo vio ahora. Esto fue real. Él y Prinz. Matar o morir. La única realidad. Ninguna de esas palabras elegantes importaba ahora. Compasión. Justicia. Igualdad. ¿Qué querían decir? Se rió dentro de sí mismo. No podía recordar. No quiso.

Thwump.

Carlos se paró frente a él. Joven. Con un ajustado traje de torero dorado. Las lentejuelas brillaban al sol. Un pequeño sol amarillo. Y el cielo estaba azul. Una capa escarlata cubría el antebrazo del hombre. En la otra mano sostenía una espada. Goteaba sangre en la arena a sus pies.

Vizzer miró a su alrededor. Se pararon en un estadio vacío. Más grande que el de Taurus. Ninguna pendiente cubierta de hierba se elevaba en espiral hasta el nivel del suelo. Aquí, más allá de la barrera, sobre ellos, los bancos de piedra se elevaban a gran altura. Un par de enormes puertas estaban cerradas en el borde de la arena.

¿Qué es este lugar? preguntó. Pero no salió ningún sonido de su boca.

“No intentes hablar,” dijo Carlos. “Estás en el cielo.”

¿En el cielo? el pensó. Un pánico repentino. ¿Ya estoy muerto?

“No,” dijo Carlos, y sonrió. Una sonrisa beatífica que Vizzer nunca había visto usar al verdadero Carlos. “No estás muerto. Pero puede quedarse aquí todo el tiempo que desee. Vivir aquí. Entrena aquí. Copular también, si lo desea.” Carlos señaló las puertas, que ahora se abrieron para revelar un rebaño de vacas ricamente vestidas pastando afuera. “Tu harén de vírgenes aguarda.”

¿Es esto real?

Una risa. “Muy real.”

Vacilación. ¿Eres real?

“Soy tan real como la vida y la muerte. Tan real como las estrellas. Tan real como Taurus.”

Confusión. Pero Carlos está muerto. Lo vi morir.

“¿Te estás preguntando cómo puedes verme ahora?”

Vizzer asintió.

“Yo soy Carlos. Y yo no soy Carlos.”

No entiendo.

El hombre tocó la mejilla de Vizzer con las yemas de los dedos. “Yo soy tú. Y yo no soy tu. Soy todo lo que es y siempre seré. Todo lo que ha sido, todo lo que vive y todo lo que muere.”

Vizzer jadeó ante el toque del hombre, arqueó la espalda. Un dolor del tamaño del universo envolvió su alma. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. El sentimiento era más poderoso que cualquier cosa que hubiera

experimentado. Luchó contra él, pero apretó su abrazo. Después de un largo momento de lucha inútil, se rindió.

¿Qué significa esto? Preguntó Vizzer, parpadeando para eliminar las lágrimas.

"Somos lo que somos."

Diminutos rayos azules chisporrotearon y estallaron en su cerebro, y pudo ver. Era como si hubiera estado ciego toda su vida y ahora sus ojos finalmente estaban abiertos.

"¿Lo entiendes?" preguntó el hombre.

Sí.

"¿Quieres quedarte?"

¿Para qué?

Carlos dio un paso atrás. Levantó la espada ensangrentada a modo de saludo. "Entonces estás listo."

Thwump.

Los restos polvorientos de la barrera continuaron su curso ondeante hasta el suelo. Un rugido llenó sus oídos. Ochenta mil voces hicieron gárgaras con juramentos incoherentes. Levantó la cabeza, un eterno retraso. Prinz flotaba sobre un pie, no a cinco metros de distancia. Soplos de polvo oscurecieron los tobillos del rey. Su cabeza colgaba agachada, lista para sangrar. Vizzer estudió la figura inmóvil durante un largo momento. Un cuerno se movió apenas un milímetro, avanzó. De alguna manera, la carga del rey se había ralentizado.

¿Qué significó todo esto? ¿Qué le estaba pasando? ¿Quién era el hombre que se parecía a Carlos? ¿La droga había destruido su cerebro? Vizzer se puso a prueba. ¿Dos más dos es? Cuatro. ¿Por qué está oscuro el cielo? El dispositivo eclipse. Dex lo controla. ¿Existe un dios?

Su mente se entumeció. Una voz habló dentro de su cabeza. Yo soy tú. Y yo no soy tu. Soy todo lo que es y siempre seré.

Carlos fue su creador, pero eso no lo convirtió en un dios, se dijo.

Pero ¿quién creó a Carlos? susurró la voz.

Oportunidad. Destino. ¿Quién sabe?

Somos lo que somos.

Otro rayo azul se estrelló contra el interior de su frente, iluminando la verdad. Podía verlo, no podía evitar verlo, y dolía. Aceptarlo significaba su vida hasta ahora era un error. Todo lo que pensaba que sabía estaba mal. Significaba ponerse de rodillas ante un dios que no podía ver ni oír.

¿No puedes? dijo la voz, y se rió amablemente. ¿Estás seguro?

Pero ¿quien eres tú? el demandó. ¿Que eres?

Todo lo que ha sido, todo lo que vive y todo lo que muere.

Un lamento de dolor resonaba en sus oídos. Podía oírlo por encima del ruido de la multitud. Un grito de aceptación y derrota. De donde venía esto? Hizo una pausa para respirar. El llanto cesó también. De sus propios pulmones. Lamentando lo que debe convertirse. Entonces supo que nunca volvería a ser el mismo.

Su cuerpo se movía como una marioneta controlada por un poder mayor. Se rindió al impulso. La capa se desplegó en una mano, la espada se apuntó a su oreja. Prinz se había acercado, ahora a solo un metro de distancia. Los temblorosos gritos de la multitud chocaron contra sus oídos.

Vio cómo sucedía, un observador desinteresado de su propio cuerpo. La capa revoloteó hacia adelante y hacia abajo. Sus pies se plantaron juntos. La larga espera para que llegara Prinz, un milímetro a la vez. Aburrimiento. No hubo un cálculo minucioso, dónde poner las manos, cómo sostener la espada. Solo lo sabía. El lamento agudo se elevó de nuevo en su lengua. El cuerno derecho del rey se hundió directamente en su vientre.

Las caderas de Vizzer se inclinaron hacia los lados. La sangre brillaba en el hombro del rey por el pinchazo de la espada antes. Ahora vio lo que había hecho mal. Había apuntado al lugar equivocado. El lugar correcto estaba ahí. Justo ahí. Empujó hacia abajo y la espada atravesó la piel de Prinz. El arma se deslizó sin esfuerzo en el cuerpo del rey, impulsada por la fuerza de su carga. Lánguidas vibraciones retumbaron por la hoja, de tendones cortándose, huesos raspando, luego el latido palpitante del propio corazón del rey. La punta de metal afilada corta la aorta del ventrículo izquierdo. Y se detuvo, la empuñadura presionó con fuerza contra la carne de Prinz.

Un grito agudo brotó de los labios de Vizzer, amargo en su lengua. Terminó solo cuando sus pulmones se vaciaron. El silencio cayó sobre el estadio. Respiró hondo. Un golpe de cuernos contra la madera resonó detrás de él. Se volvió. El rey se hundió en el suelo, un cuerno enterrado en lo que quedaba de la pared de madera chamuscada. Una, dos veces, oleadas de aire llenaron el pecho de Prinz. Entonces se quedó quieto.

Él había matado. Él, Vizzer, había matado. Es más, había sido una muerte perfecta, como ningún torero lo había hecho en décadas, y nunca contra un oponente sin drogas. Se sintió bien. Glorioso, incluso. Para eso estaba hecho. Matar o morir. Ésta era su alegría de toro.

Thwump. Thwump thwump. Thwump thwump.

El tiempo se aceleró. Se inclinó y sacó la espada del cuerpo de Prinz. Lo sostuvo muy por encima de su cabeza. ¿Ver? quería gritar. No pensaste que podría hacerlo. Caminó alrededor de la circunferencia de la arena, tomando su vuelta de la victoria.

Los novillos refunfuñaron entre sí, no hicieron ningún movimiento para ponerse de pie. Los Reproductores se pusieron en pie y rumieron en silencio. Se lo pensarían dos veces antes de desafiarlo ahora, incluso Tnuu. Los matadores vitorearon a pesar de sí mismos, asombrados por su inesperada destreza, que claramente superó a la suya. Las vacas se quedaron en silencio durante un largo momento, aturdiditas, al parecer, por este giro de los acontecimientos. Luego comenzaron los balidos, al principio un grito de conmoción, floreciendo hasta que sus gritos de felicidad superaron todos los

demás sonidos del estadio. Como uno solo, bajaron en estampida por la terraza en espiral y cruzaron la barrera, llenando la arena.

Se apiñaron a su alrededor, presionando hacia adelante, estirando la mano para tocar su piel desnuda. "¡Lo hiciste! ¡Realmente lo hiciste!" gritaron, lágrimas de alegría surcando sus facciones demacradas.

¿Dónde estaba Mantz? Miró alrededor del mar de rostros pero no pudo encontrarla. Espere. Allí estaba ella. En lo alto de la terraza, mordisqueando tristemente una brizna de hierba. Y luego lo supo. Su visión. Ella también lo había visto. Sabía lo que vendría después y que nada en Taurus podría detenerlo.

Las vacas lo levantaron sobre sus hombros y lo llevaron a través del agujero en la barrera que Dex había volado. Subió por la terraza en espiral la alegre procesión, hasta que llegaron al pie de los escalones de piedra que conducían al trono.

Detrás de él, los toros continuaron refunfuñando. Me saludarás como tu rey, pensó, pero no somos los mismos.

Somos lo que somos, susurró la voz en su oído.

La última pieza del rompecabezas encajó en su lugar. Ahora entendió. Había pasado toda la vida tratando de negar su verdadera naturaleza. Los otros toros eran parientes suyos, más de lo que podría serlo cualquier vaca. Había llegado el momento de que él cumpliera su destino.

Los escalones de mármol estaban frescos bajo sus pies. Subió hacia el Trono del Creador, ese simple banco de piedra sin usar durante tanto tiempo. Se convertiría en rey. Se lo había ganado y lo defendería contra todos los interesados.

¿Y entonces?

Los sacrificios continuarían. Debe continuar. Para eso nacieron. Entonces Carlos no era un dios. Entonces la raza humana estaba muerta. ¿Y qué?

Estamos vivos, pensó. Este es el misterio de nuestra existencia, que cada día en la arena hay que morir.

Vizzer estaba de pie ahora, de espaldas al trono, mirando hacia abajo a ochenta mil Cruces. Lo miraron, preguntándose qué haría a continuación. Las vacas menopáusicas que transportaría al Polo Sur. No deseaba verlos sufrir. Hierba dulce allí, había dicho Dex, y aguas frescas de manantial. Serían felices allí, esperaba. Y si no fue así, fue una lástima. Su trabajo era criar y producir hijos para la matanza. Cuando se hizo ese trabajo, ya no fueron necesarios. Se sentó en el trono.

La multitud jadeó. Estaba prohibido sentarse en el Trono de Carlos. Había estado vacío durante miles de años, desde la última vez que Carlos presidió la corrida. Pero Carlos estaba muerto, y él, Vizzer, estaba vivo e inmortal, y bajo su reinado comenzó una nueva era en Taurus.

Una explosión fuera del estadio hizo temblar el mármol bajo sus pies. Un cilindro puntiagudo que brotaba fuego de un extremo buscaba la protección del cielo. Parecía una especie de nave espacial rudimentaria. Un novicio apareció a su lado, sosteniendo un auricular. Vizzer lo tomó y se lo puso en la oreja.

A través de la estática, una voz crepitó: "Déjame ir o destruiré el planeta. Sabes que lo haré."

Entonces. Rutt.

El disco plateado de Dex flotaba inmóvil sobre la arena. El cañón de la pistola de rayos se deslizó hacia el interior del cuerpo de la nave. Debe haber recibido el mismo mensaje. Los estómagos de Vizzer se tensaron. Estos próximos miles de años no serían fáciles.

El zumbido de la nave de Rutt en el cielo se hizo más débil. Taurus se prepararía para encontrarse con los supervivientes humanos y matarlos a todos. No puede haber piedad. No había suficiente espacio en el planeta para ambas especies. También tendría que encontrar una forma de lidiar con Rutt.

Pero todo esto fue en el futuro. Su alma clamaba por atención en el presente. Se aclaró la garganta y habló para que todos pudieran escuchar.

"Que haya sangre."

Un Favor de

**FIN**



# Notas de esta versión

## Capítulo 1

[1] **matador**: en español en el original.

[2] **gran**: en español en el original.

[3] **vaquero**: perdido en la traducción *cowboy* en el original, literalmente: «chico vaca».

[4] **banderilleros , banderillas**: en español en el original.

[5] **corrida**: en español en el original.

[6] **Toro**: en español en el original.

[7] **O-re-ja**: en español en el original.

## Capítulo 2

[8] **To-re-ro**: en español en el original.